PEARL ROSETTA



NUEVE MESES PARA LA Bratva

NUEVE MESES PARA LA BRATVA

PEARL ROSETTA

ÍNDICE

Prólogo: Nora
Prólogo: Nick
1. Nora
2. Nick
3. Nora
4. Nick
5. Nora
6. Nick
7. Nora
8. Nick
9. Nora
10. Nick
11. Nora
12. Nick
13. Nora
14. Nick
15. Nora
16. Nick
17. Nora
18. Nick
19. Nora
20. Nick
21. Nora
22. Nick
23. Nora
24. Nick
25. Nora
26. Nick
27. Nora
28. Nick
29. Nora
30. Nick

31. Nora
32. Nick
33. Nora
34. Nick
35. Nora
36. Nick
37. Nora
38. Nick
39. Nora
40. Nick
41. Nora
42. Nick
43. Nora
44. Nick
45. Nora
46. Nick
47. Nora
48. Nick
49. Nora
50. Nick
51. Nora
52. Nick
53. Nora
54. Nick
55. Nora
56. Nick
57. Nora
58. Nick
59. Nora
60. Nick
61. Nora
62. Nick
63. Nora
64. Nick
65. Nora

66. Nick
67. Nora
68. Nick
69. Nora
70. Nick
71. Nora
72. Nick
73. Nora
74. Nick
75. Nora
76. Nick
77. Nora
78. Nick
79. Nora
80. Nick
81. Nora
82. Nick
83. Nora
84. Nick
85. Nora
86. Nick

Epílogo: Nick
Epílogo: Nora

I. Avance exclusivo
    1. Sera
    2. Sera

PRÓLOGO: NORA

El caos zumba en Urgencias como ruido blanco. Monitores pitando. Alguien vomita en el box tres. Un niño pequeño grita como si le estuviéramos amputando el brazo en lugar de sacarle una astilla, tocándola con cuidado con las pinzas.

Un jueves por la noche cualquiera en el County.

Echo un torniquete usado al contenedor y me froto las manos con desinfectante, extendiéndolo entre cada dedo como si pudiera borrar el día. No puedo. Se queda pegado. La sangre, el miedo, la forma en que la gente te mira como si fueras Dios con una placa de identificación.

Me centro en el siguiente historial. No pienso, de ninguna de las maneras, en mi hermana pequeña.

Los moratones en las piernas de Lena.

Las hemorragias nasales que «pasan porque sí».

La forma en que se ríe para restarle importancia y cambia de tema.

La voz demasiado prudente de la doctora: *Necesitamos más pruebas, Nora.*

Se me encoge el estómago. Presiono la lengua contra el paladar y lo empujo todo hacia el fondo, allí donde vive todo lo demás. El Sótano de los Malos Sentimientos. Ya lo visitaré luego. Quizás. Probablemente no.

Ahora mismo tengo a gente sangrando de verdad delante de mí, no suposiciones fantasmales en la cabeza.

Los sentimientos para después. Las suturas ahora.

—¡Cole! —llama Janice desde el control de enfermería, con una voz que corta el estruendo—. ¡Herida de bala en camino! ¡Dos minutos!

Bien. Un problema con el que puedo hacer algo de verdad.

Suelto el historial en el mostrador y troto hacia Trauma Uno. Sobre mi cabeza, los grandes focos redondos se encienden con un golpe seco, bañando el box vacío con un blanco quirúrgico y crudo. El técnico ya está allí, abriendo kits con unas manos que están a punto de dejar de ser firmes.

—Abdominal o torácico —digo, dirigiéndome al carro de las vías —. Preparad para ambos y haced como si fuerais unos perfeccionistas.

Él suelta una risa nerviosa. Es nuevo. No debe de tener más de veintidós años. El pobre tiene toda la pinta de que, si esto sale mal, dejará la carrera para hacerse instructor de yoga.

—No quedan catéteres de calibre 16 en este cajón —dice, con la voz un poco aguda.

—Eso es porque los hemos usado —le digo con suavidad—. Concepto radical. Prueba en el cajón de arriba.

Lo comprueba. Los encuentra. Sus hombros se relajan un milímetro.

La doctora Harris entra a toda prisa, con la bata a medio poner, el pelo despeinado y los ojos afilados tras las gafas. —¿Constantes? —exige, mientras ya se pone los guantes.

—Inestable —dice Janice desde la puerta—. La tensión por los suelos. Combativo. Intubado con ambú en el lugar. Probablemente drogado hasta las cejas.

Así que empezamos el turno con un desastre. Cómo no.

—Muy bien —murmuro, sobre todo para mí misma, mientras alineo mis suministros—. Gran lío, aguja grande. Vamos a salvar a alguien, ¿os parece?

Las puertas dobles se abren de golpe como si fuera una película. Los paramédicos entran corriendo con una camilla que deja gotas

rojas en el suelo, un rastro de migas de pan oscuras y húmedas.

El paciente es enorme. Enmascarado. Vestido de negro de las botas a los guantes, como si acabara de salir del rodaje de *Actividades Sospechosas: El Musical*. Alguien le ha cortado la camiseta para exponer el pecho y la herida fea y floreciente en la parte baja de la caja torácica.

Hay mucha sangre. Espesa, oscura. Se derrama por su costado, empapando la sábana, goteando al suelo. Del tipo que hace que la gente en las salas de espera palidezca y se siente rápido.

Lo pasamos a la cama de trauma. Necesitamos a cuatro de nosotros. Es tan pesado que el armazón llega a crujir.

—Herida de bala en el abdomen —recita el médico de emergencias—. La presión cae. Solo una vía buena. Saturación de O2 por los suelos. Ha intentado darnos un puñetazo.

—Ah, o sea que es encantador —digo—. Me encanta nuestro panorama. Yo me encargo de la otra vía.

Torniquete puesto, dedos buscando. Su piel está fría y pegajosa por el sudor y la sangre. Mis manos se mantienen firmes. Siempre lo están. Ese es el truco: tus manos no tienen voto.

Encontrar la vena. Pinchar. Flash de sangre. Pasar el catéter.

Asegurado. Hecho.

—Segunda vía puesta. Fluidos a chorro —anuncio.

—Ponedle dos unidades de O negativo —ordena la doctora Harris —. Pedid pruebas cruzadas. Nora, quédate con esa vía.

—En ello estoy.

La máscara oculta la mayor parte de la cara del paciente. Solo queda una franja de piel sobre la nariz y dos trazos oscuros de cejas. El sudor se acumula allí, tembloroso. Mi mirada se queda atrapada en la tinta debajo del dobladillo roto de su camiseta.

Negro y gris. Líneas afiladas, depredadoras. Un par de ojos tatuados en la parte superior del pecho, devolviéndome la mirada, con iris vacíos y planos.

Vale. Eso... no es nada inquietante.

Luego, Nora. La charla sobre la etiqueta de los tatuajes, luego.

Su pulso revolotea bajo mis dedos. Demasiado rápido, demasiado débil. Se nos está escapando.

—Señor —le digo, inclinándome sobre él. Mi voz cambia automáticamente al tono tranquilo y cálido que reservo para los niños y los adultos aterrorizados—. Está en el County. Le han disparado. Estamos trabajando en ello, ¿vale? Necesito que se quede conmigo.

Sus párpados tiemblan. Luego se levantan.

Y... vaya.

Esos ojos. Azul hielo, tan pálidos que son casi plateados. Nada de calidez, solo un enfoque agudo, como si estuviera catalogando salidas y amenazas mientras se desangra en mi mesa.

Sus ojos se clavan en mí como si me conociera. No me conoce, obviamente. Recordaría unos ojos así. Aun así, la mirada me deja clavada en el sitio durante medio latido antes de que vuelva a centrar mi atención donde corresponde.

—Tensión setenta treinta —llama Janice, con la tensión a flor de piel.

Nada bueno. Ni de lejos.

—Meted fluidos —espeta la doctora Harris—. Preparaos para intubar. ¿Dónde está mi ecógrafo? Moveos, equipo.

La mano del hombre se sacude y luego se cierra alrededor de mi muñeca. Con fuerza. Su agarre es una garra, pegajoso por la sangre, irrazonablemente fuerte para alguien cuya presión arterial está jugando al limbo.

—Oiga. —Me acerco más, bajando la voz otro tono—. Está bien. Estoy con usted. No va a ir a ninguna parte, ¿de acuerdo?

Respira rápido a través de la máscara, con el pecho entrecortado. Sus labios se mueven debajo, con la voz destrozada y ronca.

—No...

Arrastra una bocanada de aire irregular como si doliera existir.

—...me deje... morir.

Por un segundo, la habitación se reduce a esa mano en mi muñeca y a esas cuatro palabras.

He tenido pacientes que han suplicado de cien maneras distintas. Llorando, regateando en silencio con los ojos. Pero algo en la forma en que él lo dice, como si yo fuera lo único que se interpone entre él y una caída al vacío, me golpea de lleno en el pecho.

—No pienso hacerlo —le digo, con tanta firmeza que casi se me quiebra la voz—. Pero tiene que luchar conmigo, ¿trato hecho?

Sus dedos sufren un espasmo contra mi piel. Luego, sus ojos se ponen en blanco.

Se ha ido antes de que pueda pestañear.

—GCS cinco —dice el técnico, con la voz demasiado alta en mis oídos.

—Intúbenlo —ladra la doctora Harris.

El laringoscopio se desliza en su boca. Las alarmas gritan. El terapeuta respiratorio interviene. La anestesista se materializa como si acabara de teletransportarse. Se cuelgan bolsas. El ritmo de la sangre aumenta. Las órdenes vuelan.

Nos movemos siguiendo patrones. Evaluar, actuar, reevaluar, adaptar. Mi cuerpo hace aquello para lo que está entrenado mientras mi cerebro reproduce *No me deje morir* en bucle.

Lo estabilizamos lo justo. A duras penas.

—El quirófano está listo —anuncia alguien.

Estamos corriendo con la camilla por el pasillo antes de que hayan terminado de hablar. Su sangre mancha el suelo a nuestro paso, un camino oscuro por el que alguien de mantenimiento jurará más tarde.

—Dile a la enfermera de quirófano que tenemos a un luchador —digo, mitad para ellos, mitad para mí.

Desaparece tras las puertas dobles en un torbellino de cuerpos y uniformes azules.

Y así, sin más, se ha ido de mi mundo. Trauma Uno parece más pequeño sin él.

Para cuando termino de limpiar los mostradores, la habitación huele a lejía en lugar de a sangre. La adrenalina ya se ha evaporado, dejando un ligero temblor en mis músculos y el comienzo de un dolor de cabeza tras mi ojo izquierdo.

En la pantalla oscura del monitor, mi reflejo me devuelve la mirada: ojos de un gris cálido, pelo castaño rojizo escapando de mi moño en rizos encrespados, ojeras oscuras bajo mis ojos que ningún corrector puede arreglar. Veintiocho años camino de los ochenta.

Me froto una mancha de sangre seca de la mejilla con el talón de la mano.

Piensa en Lena.

Piensa en la cita de mañana con hematología.

Piensa en la forma en que sonrió cuando dijo: «Seguro que no es nada, Nora», aunque sabe que yo sé que miente.

Piensa en el hecho de que cuando me preguntó si tenía miedo, yo le devolví la sonrisa y le mentí a la cara.

En quien no quiero pensar es en un extraño vestido de negro con ojos de glaciar y una súplica desesperada.

Pero parece que mi cerebro se ha puesto en huelga.

No puedo sacudirme la imagen de la tinta en su pecho, mirándome. No puedo olvidar los ojos de verdad clavándose en los míos.

No puedo dejar de oír su voz, bronca y quebrada, envolviéndose alrededor de cuatro pequeñas y pesadas palabras.

No me deje morir.

Tiro otro par de guantes ensangrentados al contenedor y saco un juego limpio de la caja, ajustándomelos con un chasquido. Si salvar a Lena fuera algo que pudiera solucionar con una vía y unas cuantas bolsas de O negativo, ya estaría extrayendo los análisis.

Trago saliva para aliviar el nudo en mi garganta.

Los turnos terminan. Las cirugías terminan. Las noches terminan.

El miedo no.

PRÓLOGO: NICK

El hombre atado a la silla ya está medio roto. El sudor le resbala por la cara en gotas gordas. Ahora tiene la nariz torcida —obra mía— y la sangre repta sobre sus labios hasta la barbilla. Las piernas le tiemblan tanto que las patas de metal de la silla chirrían contra el hormigón.

El sonido desasosega. Uñas sobre hueso.

No siento nada.

—Última oportunidad —le digo.

No hace falta gritar. El ruido es para aficionados y cobardes. El silencio es lo que se te mete bajo la piel, lo que hace que el corazón te dé un vuelco. Los hombres son lo bastante listos para oír la muerte en una voz calmada.

Escupe sangre al suelo, por poco me da en la bota. Intenta mirarme con odio a través de un ojo hinchado.

—Vete al infierno.

Suspiro, largo y lentamente. Sin dramatismo. Simplemente aburrido.

Esto debería haber terminado hace diez minutos.

Le rodeo la mandíbula con los dedos, apoyando el pulgar bajo un pómulo y el resto de la mano sobre el otro. Aprieto hasta que siento que el hueso cede bajo la presión.

Su respiración se entrecorta. El dolor brilla en su ojo sano, rápido e intenso.

—Nombres —le digo—. O empezaré a quitarte trozos.

Me cree. Siempre lo hacen cuando los toco así, cuando ven que no hay nada en mi cara, nada en mis ojos. Ni farol, ni ira.

Solo un hombre haciendo su trabajo.

Se le mueve la nuez. Abre la boca…

La puerta estalla hacia dentro. Madera y metal barato golpean contra la pared. Un tiroteo desgarra la habitación; el sonido me golpea el pecho como si fuera un impacto físico.

Empujo al prisionero hacia un lado y echo mano a mi arma.

La primera bala me alcanza antes de que mis dedos se cierren sobre la empuñadura. En el centro del cuerpo. Disparo limpio. Caliente y profundo, como si alguien me hubiera clavado una varilla de acero entre las costillas y la hubiera dejado allí, vibrando.

Choco contra la pared. El impacto me saca el poco aire que me quedaba.

Todo se reduce a unas pocas órdenes sencillas.

Moverse. Devolver el fuego. Matar.

Tres tiradores. Quizá cuatro. Es difícil contar cuando tu sangre se dedica a derramarse sobre el suelo.

Levanto el arma. Apunto. Aprieto el gatillo.

Uno cae. Luego otro. Buenos disparos al centro. Años de entrenamiento no desaparecen simplemente porque te estés muriendo.

La tercera bala me alcanza abajo en el costado, desgarrando el músculo. Mi pierna cede. El arma se me resbala de la mano y se aleja tintineando, inútil.

Caigo al suelo. El hormigón frío me muerde la espalda. El ardor en mi pecho se vuelve líquido, extendiéndose bajo mi camisa, empapando la cinturilla de mis pantalones. Caliente. Pegajoso.

Demasiado rápido.

Las voces se confunden. Gritos, maldiciones, la nota aguda del pánico. El hombre de la silla está gritando. Alguien más también lo hace. Podría ser yo. No importa.

Intento incorporarme. No pasa nada.

Lo intento de nuevo. Mi brazo tiene un espasmo y luego cae como si ya no formara parte de mí.

Los tiradores pasan por mi lado. Ni siquiera se molestan en rematarme. Agarran al prisionero, lo sacan a rastras entre cristales rotos y astillas. Uno me pisa la mano al salir. No lo siento.

Cobardes.

Está bien. Corred. Vivid unas cuantas horas más. Alguien os volverá a poner en una silla por mí más tarde. O no. Ya no es problema mío.

Me presiono el agujero del pecho con la palma de la mano. Se hunde más de lo que debería. Sale empapada, con los dedos brillando de forma oscura.

La visión me parpadea. El gris me devora los bordes.

Pasos. No son pesados. No son precavidos. Sin cambio de peso, sin patrón de combate. Zapatillas de deporte, quizá. Suelas blandas. Civil.

Perfecto. Justo lo que le faltaba a este desastre. Público.

Unas manos me agarran de los hombros y me ponen boca arriba. Dejo que lo hagan. La gravedad gana, de todos modos.

Se oye una inspiración brusca. —Dios mío —murmura una voz.

Aguda. Temblorosa. No es de los nuestros. Tampoco de los suyos. Demasiado limpia.

—¿Oiga? ¡Oiga! ¿Me oye? ¡Quédese conmigo!

Me dan palmaditas en la mejilla. Inútil. Los mataría por tocarme si pudiera hacer que mi brazo cooperara.

Llaman al 112. Puedo distinguir las palabras a través del martilleo en mis oídos.

—Un disparo en el pecho… Está sangrando por todas partes… Un almacén en… No, no lo sé, él simplemente… ¡Daos prisa!

Sus manos presionan la herida. Ambas, con todo su peso. El dolor estalla como un blanco incandescente, arrancándome de la garganta un sonido que no reconozco.

Bien. Significa que sigo aquí.

De momento.

Pero los bordes del mundo siguen ablandándose. El techo, la luz rota, el agujero irregular donde solía estar la puerta. Todo se

disuelve.

Las sirenas empiezan a sonar a lo lejos. Más cerca. Más cerca.

Cierro los ojos un segundo. Solo un segundo.

Después de eso, todo se vuelve feo y brillante.

Luces rojas y azules que parpadean tras la puerta destrozada.

Los paramédicos se inclinan sobre mí, terminan de cortarme la camisa con sus manos que se mueven rápido. Voces ladrando números, lanzándose jerga de un lado a otro.

—La tensión se está hundiendo…

—Necesito otra vía…

—Posible neumotórax…

—A la de tres…

Me levantan. El movimiento me clava cuchillos de fuego en el pecho. Me trago un gemido y saboreo la sangre.

La camilla traquetea. El techo pasa borroso. Me meten en la ambulancia. Alguien me pone una mascarilla en la cara. El plástico huele a aliento químico y a goma.

Me dejo llevar.

Vuelvo.

Me vuelvo a dejar llevar.

El trayecto es un destello de luces y baches en las ruedas y manos sobre mi cuerpo, inyectando fármacos en mis venas, presionando agujeros que ya deberían haberme matado.

Cuando me meten en el hospital, estoy flotando fuera de mí mismo, observando la escena como si perteneciera a otra persona.

Entonces…

Ella.

Se inclina sobre mí y todo vuelve a enfocarse de golpe.

Ojos grises. No son suaves. Están concentrados. Son agudos. Están en calma, de un modo en que no lo están la mayoría de los hombres con armas en las manos.

Pelo cobrizo recogido, con algunos mechones pegados a la mejilla por el sudor. Una mascarilla le cuelga del cuello hasta que se la sube.

Huele a lavanda. No del tipo empalagoso. Limpia. Discreta. Completamente fuera de lugar en un sitio que huele a antiséptico y

a miedo viejo.

—Herida por arma de fuego en el abdomen —dice alguien cerca de mi cabeza—. Tensión por los suelos. Una vía. Necesitamos otra.

—Traedme una del dieciséis —dice ella, con voz firme, ya con los guantes puestos—. Y abrid los fluidos a tope. Vamos, grandullón, quédese conmigo.

Grandullón. Qué tierno.

Sus manos tocan mi brazo, firmes y seguras. Sin vacilación. Sin inmutarse ante la sangre. Sus dedos presionan, buscan, encuentran lo que quieren. Aguja dentro. Esparadrapo. Eficiente.

—Segunda vía colocada. A goteo libre —anuncia. Profesional, concisa.

Pero cuando me mira, hay algo más en su cara. No es lástima. No es miedo.

Es algo como… una promesa.

—Señor —dice, inclinándose más, con la voz más baja y suave—. Está en el County. Le han disparado. Estamos ocupándonos de usted, ¿de acuerdo? Necesito que se quede conmigo.

Sus ojos son lo único que alcanzo a ver. Grises con pequeñas motas de un color más oscuro alrededor de las pupilas. Tiene una pequeña arruga entre las cejas, como si se estuviera concentrando mucho.

Me resultan… familiares.

Me aferro a ellos. A su voz. A la forma en que la lavanda atraviesa el olor a sangre, metal y podredumbre que tengo en la nariz.

Me arden los pulmones. Cada respiración es cristal roto. Mi corazón es un martillo desbocado en mi pecho. La habitación se inclina, cambia, da vueltas.

Lucho por atravesar el dolor para conseguir aire suficiente y forzar las palabras.

—No…

Mi garganta es arena y cuchillas de afeitar. El sonido que sale de mí es horrible.

Sus dedos se aprietan alrededor de mi muñeca, como si supiera por lo que estoy luchando.

—Lo tenemos —dice—. Vamos. Hable conmigo.
—… me deje… morir.
La oscuridad llega rápido después de eso.
Sus ojos son lo último que veo.
La lavanda, lo último que huelo.
Todo lo demás —dolor, ruido, sangre— desaparece.
Luego, no hay absolutamente nada.

1

NORA

Tres años después…

Estoy rodeada de colores pastel. Paredes pastel. Sillas pastel. Folletos en tonos pastel con familias sonrientes e increíblemente esperanzadas que acunan a bebés de dibujo animado. A los hospitales les encantan las temáticas, y parece que la de este pasillo es: *por favor, relájate mientras todo en tu interior grita.*

Todo está diseñado para calmar a la gente. Para infundirles esperanza. Para ayudarles a respirar. Por lo general, incluso funciona.

Solo que… hoy no conmigo.

Me he escapado de la sala del personal durante mi descanso, dejando atrás mi triste taza de café y el intento aún más triste de fingir que mi vida no se está consumiendo en llamas. Mis pies me han traído hasta aquí en piloto automático. Al ala de oncología.

Aquí, la iluminación es más cruda, las sillas son robustas en lugar de monas y el aire se siente más enrarecido, como si todos en la planta hubiesen decidido contener la respiración al mismo tiempo.

Sentada frente al oncólogo de Lena en una pequeña sala de consultas que alguien ha intentado alegrar con una planta en la esquina y una lámina de un paisaje en la pared. La planta se está

muriendo. El paisaje parece un lugar al que la gente va para estar triste por culpa de los barcos.

El doctor Avery entrelaza las manos sobre el escritorio, entre nosotros, como si se estuviera preparando físicamente. Ha perfeccionado esa expresión que ponen los médicos justo antes de decir algo horrible pero queriendo que te sientas apoyada mientras tu mundo se viene abajo. Ojos dulces. Boca amable. Voz configurada en modo «robot reconfortante».

—Nora… —Se aclara la garganta—. Ya tenemos los resultados de Lena.

Se me cae el alma a los pies tan rápido que estoy segura de que ha dejado una muesca en el suelo. Aun así, me obligo a sonreír. Siento como si estuviera estirando papel de film sobre un socavón.

—De acuerdo —digo—. Suéltelo.

Él duda. Mala señal. Muy mala señal. Los médicos que dudan son como la música ominosa en una película de terror.

—Sus marcadores de leucemia han subido de nuevo —dice con cautela.

Ahí está. El golpe que sabía que vendría. Aun así, impacta como un puñetazo directo a las costillas.

Tras mis ojos, surge algo caliente y punzante. Mantengo el rostro sereno, firme. Porque si permito que se agriete algo, aunque sea un poco, no estoy segura de si podré parar.

—Y el tratamiento actual ya no está ayudando —añade, ahora más suave—. No al nivel que necesitamos.

Asiento una vez. —Sí. Yo… ya me lo imaginaba. —Me quedo mirando su corbata. Tiene pequeños veleros azules—. Entonces… ¿ahora qué?

—El ensayo clínico del que hablamos —da unos golpecitos a una carpeta gruesa sobre su escritorio—. Ha tenido unos resultados iniciales excelentes en casos como el suyo.

La palabra «excelentes» cae como un rayo de luz en una cueva.

—Pero… —añade él.

Y ahí se va la luz. Se me encoge el estómago. Es increíble lo pesada que puede ser una palabrita de cuatro letras.

—¿Pero?

Exhala por la nariz. —El seguro ha denegado la cobertura.

Por supuesto que sí.

No quiera Dios que una chica de veintiún años que hace voluntariado en refugios de animales y llora con las películas de Pixar tenga una oportunidad de luchar cuando una hoja de cálculo dice que no.

Trago saliva para combatir el desierto que tengo en la garganta. —De acuerdo. ¿A cuánto asciende?

Me lo dice. La cifra no parece real. Parece una errata. Parece un código postal. Siento como si alguien hubiera abierto una ventana en enero y me hubiera echado toda la nieve directamente en el pecho.

Me quedo mirando la carpeta.

Sus manos.

El póster motivacional en la pared detrás de él que dice *La perseverancia forja la fuerza* bajo la foto de una montaña al amanecer.

La perseverancia puede venir a buscarme personalmente al aparcamiento para que nos peguemos.

—Eso es… —Mi voz flaquea. Me aclaro la garganta, obligándola a obedecer—. Eso es totalmente inalcanzable.

Para gente normal, seguro. Gente con casas que hipotecar y parientes con los bolsillos llenos y planes de pensiones que pueden saquear.

¿Pero para mí?

La expresión del doctor Avery se tensa. —Tiene algo de tiempo —dice con suavidad—. Pero sin el ensayo, estimo que a Lena le quedan… seis meses. Quizá menos.

Seis meses.

La habitación se inclina, solo un poco. Pero la enderezo antes de que se me vaya de las manos. Me enderezo yo también, porque desmoronarse no está en la agenda de hoy.

Lena. Mi hermana pequeña, la que me roba los calcetines y rebobina las películas para hacerme ver las partes divertidas otra vez.

Mi única familia.

Seis. Meses.

Asiento, porque si intento hablar, todas las palabras saldrán como un lamento quebrado, y ya lo acordamos: nada de crisis nerviosas delante de los médicos.

—Muy bien —consigo decir.

—Nora…

—He dicho que muy bien. —Me levanto antes de que mis emociones tengan alguna idea ingeniosa—. Gracias. Yo… se me ocurrirá algo.

Sus ojos son demasiado amables. Odio que sean tan amables. Hace que todo parezca más real.

—Por favor, llámeme si necesita cualquier cosa —dice—. Aunque sea solo para hablar de opciones o recursos.

No lo haré. Ya sé cuáles son sus opciones y sus recursos. Son los que tienen cifras que no podemos pagar.

Pero le agradezco que piense que hay algo que pueda hacer él.

El pasillo exterior se siente a la vez demasiado brillante y demasiado lúgubre. Camino por él como si estuviera bajo el agua. Paso junto a pacientes de rostros grises y gorros de lana, junto a familias con vasos de café de poliestireno y ojos cansados, junto a enfermeras haciendo lo que pueden con lo poco que se les da.

He llorado en estos rincones anteriormente.

Hoy no.

En el ascensor, me quedo mirando mi reflejo en las puertas de acero inoxidable. Parezco yo misma, pero un poco… vacía. Respiro para aliviar la opresión en mi pecho, cuento lentamente hasta diez mientras los pisos van pasando.

Para cuando las puertas se abren de nuevo, me he vuelto a poner la máscara.

El mundo suave y bonito de la clínica de fertilidad me saluda como una bofetada. Iluminación difusa, arte de buen gusto, difusión de aceites esenciales que se supone que huelen a «Prado en Calma», pero que huelen sobre todo a jabón carísimo.

Parece como si estuviera cruzando un portal hacia la vida de otra persona. Alguien cuyo mayor problema es si va a tener gemelos.

Llego a la sala de personal vacía y me siento con pesadez en la silla más cercana. Me tiemblan las manos, así que las entrelazo en el

regazo y aprieto hasta que se portan bien.

Seis meses.

Pienso en las horas extra. En los turnos dobles. En el trabajo de urgencias que me encantaba y que dejé porque no pagaban lo suficiente para mantenernos a flote ante la avalancha.

En la manera en que los pocos ahorros que logré reunir desaparecieron entre facturas del hospital, recetas y comida con una rapidez alarmante.

Pienso en que cambié las urgencias por esta clínica porque pensé que tal vez, solo tal vez, el sueldo ligeramente mejor y el entorno más calmado me ayudarían a mantenerme a flote.

Alerta de espóiler: no fue así.

Seis meses.

Apoyo la cabeza en las manos y me permito sentarme en silencio durante exactamente un segundo. Dos.

Bien. Ya es suficiente. Los ataques de nervios son un artículo de lujo para el que no tenemos presupuesto.

Me enderezo. Me aliso el uniforme. Me limpio bajo los ojos por si acaso y me pellizco las mejillas hasta que recuperan algo de color.

La cifra que me ha dado el médico no es solo grande. Es… ficticia. Pertenece a historias en las que la gente gana la lotería, recibe herencias sorpresa o hace tratos terribles y desesperados con demonios que visten buenos trajes.

No quedan préstamos.

No quedan ahorros.

No hay padres que ayuden. Se fueron hace años, y el poco dinero del seguro de vida que dejaron se esfumó en la primera ronda de tratamientos de Lena.

Solo estamos Lena y yo.

Pienso en la forma en que sonrió anoche a pesar de que se la veía pálida y agotada. En cómo me dijo: «Es solo una mala semana», como si eso lo hiciera menos aterrador.

En cómo se rio de mi estúpido chiste sobre que el pastel de carne del hospital es un crimen contra la humanidad. En cómo siempre intenta ser valiente por mí.

Tiene seis meses si le fallo.

Ese pensamiento hace que algo afilado y feroz encaje en mi interior. Se parece un poco a la rabia y mucho a la determinación.

Me pongo en pie. Mi descanso ha terminado. Mi vida no.

Si tengo que arrancar el dinero del mismísimo cielo con las uñas, lo haré.

Como sea… de alguna forma… lo encontraré.

No permitiré que seis meses sean el final de su historia.

2

NICK

El heredero ha empezado a caminar de un lado a otro otra vez. Lo hace cuando está furioso. Cruza el despacho de su padre de punta a punta como un toro que aún no se ha dado cuenta de que hay una valla. Pasos pesados. Quejas aún más pesadas. Todo en él dice *mírame*.

Me mantengo detrás de él, a un lado. En silencio. Siempre en silencio.

Guardaespaldas. Matón. Sombra.

Lo que el día requiera.

—Dicen que no puede concebir —espeta, agitando un papel arrugado como si quisiera estrangularlo—. Ni ahora ni nunca. ¿Qué demonios se supone que voy a hacer con una esposa que no puede darme un heredero?

Dmitri Leonovich Morozov —Dima, cuando su padre se siente generoso— no me mira al decirlo. Rara vez lo hace. Estoy aquí para absorber el peligro, no la conversación.

En estos momentos, Leonid Sergeyevich Morozov —el Paján de este territorio, su padre— se limita a observarlo desde detrás del enorme escritorio de roble, con los dedos entrelazados, la expresión grabada en piedra. Ha sobrevivido a la cárcel, a guerras y a media

docena de intentos de golpe de Estado. Las rabietas de su hijo no le impresionan.

—Siéntate —dice Leonid con calma.

Dmitri sigue acechando de un lado a otro, con los hombros tensos bajo su traje caro. El papel cruje en su puño.

—Pagamos a especialistas. Pagamos a la mejor clínica de la ciudad. ¿A qué se refieren con «sin embarazo viable, sin futura concepción viable»? ¿Es que ahora se creen Dios?

—Son médicos —dice Leonid—. Su palabra tiene peso.

—Su palabra es inaceptable. —Dmitri estampa el papel sobre el escritorio y, por fin, se deja caer en la silla frente a su padre—. Los hombres ya están hablando. Creen que no soy capaz de engendrar un hijo. —Tuerce el gesto—. Dirán que está maldita. De mala estirpe. Su padre habló demasiado; ahora ella lo paga.

Su esposa. Ekaterina. Un matrimonio político. Buen pedigrí. Ojos fríos.

Su padre sí que habló demasiado. Murió por ello.

Yo estaba en la habitación.

Leonid se reclina en su silla. Me lanza una mirada fugaz. Dirigida a Dmitri, no a mí. *¿Ves?*, dice. *Él está observando. Volkov ve todo lo que haces.*

—Tendrás un hijo —le dice Leonid—. Hay soluciones.

—¿Qué soluciones? —espeta Dmitri—. ¿Quieres que adopte? ¿Que presente a cualquier mocoso de la calle como sangre Morozov? Se me reirían en la cara.

—Utilizarás a una gestante —dice Leonid con sencillez—. Y a una donante de óvulos. Tenemos dinero. Tenemos contactos. Cogemos lo que necesitamos.

La mandíbula de Dmitri se tensa. La ira no desaparece, pero cambia de forma. Menos explosiva, más calculadora. Esa es la parte de él que resulta peligrosa. No el ruido.

—La clínica ha enviado una lista —continúa Leonid. Alarga la mano hacia una carpeta sobre el escritorio y la empuja por la madera pulida con más fuerza de la necesaria—. Evalúan a sus donantes. Buena salud, buenos genes, antecedentes limpios. —Suelto una mueca de desprecio—. O tan limpios como ellos creen.

Me muevo sin que me lo pidan. Un hábito más antiguo que la mayoría de mis cicatrices. Recojo la carpeta y se la llevo a Leonid.

Él la abre. No tiene prisa. Los hombres que tienen prisa admiten que temen lo que van a encontrar.

—Volkov. —Leonid inclina la carpeta hacia mí—. Mira.

No es exactamente un permiso. Es una orden: *Entiende lo que estamos a punto de hacer*.

Bajo la mirada y escaneo la primera página.

CANDIDATA DONANTE: NORA KOROLOVA

Edad: 28

Profesión: Enfermera titulada – Clínica de Fertilidad

Antecedentes médicos: Sin hallazgos de interés

Antecedentes reproductivos: Nuligesta

Notas: Buena salud física; candidata ideal para inseminación intrauterina y gestación subrogada.

Korolova.

El nombre me golpea como un empujón por la espalda. No lo suficiente como para derribarme. Lo suficiente como para que todo cambie de sitio dentro de mi cabeza.

Mantengo el rostro inexpresivo. Siempre inexpresivo.

—La clínica dice que ella también trabaja allí —dice Dmitri—. Hemos usado ese lugar antes. Saben que es mejor no hacer preguntas. —Esboza una sonrisa cínica—. Les pagamos lo suficiente.

—Las relaciones familiares facilitan el chantaje —dice Leonid—. Conveniente.

—Exacto. —La sonrisa de Dmitri se ensancha—. Es joven. Guapa, según el expediente. Buena genética. La quiero a ella.

La forma en que lo dice deja claro que no se refiere solo a su ADN.

Golpea el nombre con el dedo índice. —Empezad con esta chica Korolova.

Algo frío se desenrosca en mis entrañas. Un sentimiento que no me permito a menudo: el asco. No por el trabajo. Por el hombre que lo ordena.

Se me clava bajo las costillas como metralla vieja.

Dmitri se levanta de la silla y rodea el escritorio, situándose a mi lado. Me pone la mano en el hombro, con demasiada familiaridad, con demasiada dureza. No me muevo. Que golpee piedra.

—Prepara una reunión —dice—. Coge uno de los coches sin matrícula. Sin insignias. Habla con ella en privado. Explícale el acuerdo. —Sus labios se curvan con diversión—. Hazle entender que es una oferta generosa.

Una oferta generosa.

—Si dice que no... —Su sonrisa se vuelve cruel en las comisuras —. Explícale por qué eso sería un error.

Ahí está. El verdadero Dmitri. Bajo el traje caro y los lloriqueos, hay un hombre al que le gusta acorralar a la gente y ver cómo se rompe.

Leonid observa a su hijo con esa misma mirada plana y calculadora. No le corrige. No le frena.

Este es el hombre al que están preparando para ocupar su lugar.

—*Da* —digo. Mi voz es uniforme—. Yo me encargaré.

3

NORA

A la mañana siguiente, la clínica de fertilidad vibra con su habitual optimismo de tono suave; todo son colores pastel, iluminación discreta y folletos que juran que todo es posible si crees lo suficiente y, además, tienes un seguro médico excelente.

Mientras tanto, yo funciono con cuatro horas de sueño y el equivalente emocional a la cinta americana. Por fin ha terminado mi turno y, en lugar de fichar para irme como un ser humano normal, estoy metida en el minúsculo despacho de Caroline, detrás del mostrador de enfermería. Solo me había pasado por allí para devolver una carpeta y coger mi bolso, pero Caroline me ha visto la cara e inmediatamente ha arqueado la ceja con preocupación, lo cual es básicamente un arma de destrucción masiva.

Un difusor zumba en el estante de la esquina, soltando un vapor «antiestrés» que huele sobre todo a naranjas y un poco a mentira. Caroline está sentada frente a mí, con los tobillos cruzados y las gafas bajas sobre la nariz, bebiendo té de su taza que dice: *Confía en mí, soy prácticamente mágica.*

En cierto modo lo es. Especialmente cuando se pierden formularios, o las aseguradoras «entienden mal» las cosas, o los médicos necesitan un empujoncito en lo que a empatía humana básica se refiere.

—Pareces cansada —dice, ladeando la cabeza, con los ojos recorriendo mi rostro de esa forma que tiene, como si estuviera comprobando mis constantes vitales sin necesidad de un estetoscopio.

Me encojo de hombros, intentando parecer despreocupada. —Es mi cara. Venía así de serie. Hubo una campaña de devolución, pero se me pasó el plazo.

Casi escupe el té por la nariz de la risa. —Nora.

Tiro de un hilo suelto de mi pantalón de pijama sanitario para no tener que mirarla directamente. —Solo ha sido una noche larga —admito—. No es mentira; solo que… no es la parte de la verdad que incluye cronogramas y ultimátums de seis meses. A Lena le costó dormir. Estuvimos viendo reposiciones hasta las dos.

—Pobrecilla —la expresión de Caroline se suaviza, como siempre que sale el tema de mi hermana. Toda su cara cambia, las severas líneas de administradora se alisan en algo casi maternal—. ¿Es por el dolor o por la ansiedad?

—Por ambas cosas, creo. —Intento sonreír. Me tiembla el gesto —. Fingió que era porque no podía dormir sin terminar la temporada. Pero hacía una mueca de dolor cada vez que se movía.

Caroline deja su taza sobre la mesa y estira el brazo para apretarme la mano. Tiene la palma cálida y firme. Transmite estabilidad. Me contrató hace un año e inmediatamente decidió que yo necesitaba que me alimentaran, me guiaran y, de vez en cuando, me hicieran de madre. Es muy eficiente en ese sentido.

—¿Has dormido *tú*? —pregunta.

—Claro —respondo—. En micro-siestas de cinco minutos entre episodio y episodio. Es lo último. Está muy de moda. Todas las enfermeras quemadas lo hacen.

Me lanza La Mirada™. Esa que dice: *Sé que estás bromeando, y también sé que estás desviando el tema.*

Trago saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta.

No llores. Aquí no. Una vez que empieces, no podrás parar.

Caroline vuelve a apretarme la mano, presionando con el pulgar mis nudillos. —Sabes que puedes decirme si necesitas ayuda,

¿verdad?

Lo sé. Ese es el problema. Porque no hay nada que ella pueda hacer de forma realista respecto a una cifra tan grande, o respecto a un reloj que, de repente, corre más de la cuenta.

—¿Sinceramente? —digo—. Ahora mismo, solo necesito cafeína y no estallar en lágrimas delante de un paciente. Creo que en Recursos Humanos no lo verían con buenos ojos.

—Simplemente te daríamos un folleto sobre regulación emocional —dice ella con ironía—. Y luego yo les gritaría a los de Recursos Humanos.

Suelto una risotada. —Pagaría por ver eso.

—Ya *lo* has visto.

Cierto. Una vez destripó verbalmente a un representante de seguros en nuestro vestíbulo. Fue inspirador.

Antes de que pueda decir algo estúpidamente sincero como *gracias por existir*, la puerta se abre de golpe. Darcy, una de las otras enfermeras, asoma la cabeza. Tiene las mejillas encendidas y respira como si acabara de subir las escaleras corriendo.

—Siento interrumpir —dice Darcy, apartándose un rizo de la cara —. Pero hay… esto… alguien fuera preguntando por una tal Nora Korolova.

El nombre me golpea como un cubo de agua helada por la espalda.

Korolova.

Por un momento, estoy segura de que he oído mal. —¿Perdona? ¿Por quién dices?

—Korolova —repite Darcy—. No Cole. Ha sido muy específico. Y él… —mira a Caroline y luego vuelve a mirarme a mí— no parece alguien a quien quieras tener esperando demasiado tiempo.

Caroline frunce el ceño. —¿Conoces a alguien que usaría tu apellido de nacimiento? —me pregunta.

—No —respondo de inmediato. Demasiado rápido. El pulso se me dispara, caliente y punzante, bajo la piel—. Quiero decir, a nadie vivo, al menos. Y el resto del mundo piensa que soy Nora Cole desde que tenía tres años.

Desde que mi padrastro me adoptó. Desde que dejamos ese nombre atrás.

Lo que significa que quienquiera que esté ahí fuera…

No debería saberlo.

Un calor me sube por la nuca. Todos los peores escenarios que mi cerebro es capaz de inventar se alinean como un coro poco alentador.

Quizá sea una estafa.

Quizá sea un error administrativo.

Quizá sea alguien del antiguo barrio.

Quizá sea…

Quizá sea algo malo.

Me levanto, alisando mi pijama sanitario con las palmas de las manos húmedas. —Iré a hablar con él.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta Caroline, haciendo ya el amago de levantarse de su silla. Ahora hay algo gélido en sus ojos. Puede que mida un metro sesenta y funcione a base de té, pero la he visto intimidar a cirujanos que le doblaban el tamaño.

—No —le dedico mi sonrisa de enfermera más tranquilizadora, la que uso con las mujeres aterrorizadas que están a punto de someterse a una intervención—. Probablemente no sea nada. Una confusión. Quizás alguien ha venido para una consulta de fecundación in vitro y ha escrito mal el nombre en el móvil.

Caroline no parece muy convencida. —Ten cuidado.

—Lo tendré —doy un golpecito en la taza sobre su mesa—. Termina tu magia.

Ella pone los ojos en blanco, pero su preocupación me sigue hasta la puerta.

El pasillo está igual que siempre. Una suave música de piano saliendo por los altavoces, fotos enmarcadas de bebés en las paredes, el murmullo bajo de las voces de las salas de exploración. Paso por delante de parejas cogidas de la mano, mujeres rellenando formularios, un hombre mirando su teléfono como si este pudiera decirle el futuro.

Normal. Completamente normal.

Excepto por el martilleo de mi corazón y el nombre que resuena en mis oídos.

Korolova. *Korolova*. ¿Cómo?

Giro la última esquina hacia la zona de espera y lo veo.

Freno el paso sin pretenderlo.

Está de pie junto al mostrador principal, de espaldas a mí. Incluso por detrás, parece… fuera de lugar en este sitio. Como si alguien hubiera cogido un bloque de granito y lo hubiera soltado en un montón de nubes de golosina.

Es alto y de hombros anchos. Lleva una chaqueta negra que no logra ocultar las sólidas líneas de los músculos que hay debajo. Su postura es relajada, con las manos a los costados, pero no hay nada relajado en él. Toda la tensión está dirigida hacia adentro, contenida.

Depredador al acecho.

La recepcionista está sentada muy derecha en su silla, con los dedos sobre el teclado, claramente indecisa sobre si debería teclear o salir corriendo.

El estómago me da un vuelco lento e inquietante.

Como si pudiera sentir que lo estoy mirando, se da la vuelta.

Por un segundo, mi respiración simplemente… se detiene.

Esos ojos.

Gélidos, evaluadores, como si yo fuera una amenaza que catalogar o un problema que resolver.

No me examina como lo hace un hombre cuando está echando un vistazo a alguien. No hay nada en su mirada que parezca sexual. Se siente táctica. Analítica.

Su rostro es todo ángulos marcados: pómulos afilados, mandíbula fuerte con un rastro de barba de un par de días, labios apretados en una línea que no sabe cómo curvarse hacia arriba. Tiene una tenue cicatriz en la sien, pálida contra su piel.

Definitivamente no es un paciente.

Definitivamente no está perdido.

Definitivamente no está aquí para pedir folletos sobre congelación de óvulos.

—¿Nora Korolova? —dice. Su voz es baja y áspera, como grava arrastrada sobre acero.

Oír mi antiguo nombre con esa voz me provoca un escalofrío por la espalda. De cerca, parece todavía más fuera de lugar. Como si alguien hubiera dibujado por error a un guardaespaldas de la mafia en un tierno folleto de fertilidad.

—Yo, esto… —se me traba la lengua—. Ahora uso el apellido Cole.

Nada en su expresión cambia. Ni un parpadeo. Si no hubiera visto moverse sus labios, casi podría creer que alguien estaba doblando una voz sobre una estatua.

—Tenemos que hablar.

4

NICK

No puedo dejar de mirarla. Puede que esté en estado de choque.

Por un instante, no veo a Nora en absoluto… Veo a un hombre.

Hombros anchos. Pelo oscuro. Ojos grises. Una mandíbula obstinada capaz de triturar granito. Un rostro que vi una vez, hace años, iluminado por la luz del porche justo antes de que mi padre apretara el gatillo.

Konstantin Korolov.

Me golpea tan rápido que lo siento en las costillas. El reconocimiento de él en ella. La misma estructura ósea. La misma boca, como cuando aprieta los labios como si estuviera conteniendo algo. Los mismos ojos. De un gris cálido en lugar de frío, pero tallados en la misma piedra.

Ella está hablando, algo sobre que ahora se hace llamar Cole, pero todo lo que oigo es el nombre del expediente resonando en mi cabeza.

Korolova.

Eso encaja la última pieza con una violencia que no se refleja en mi rostro.

Su padre no era solo un antiguo soldado de la Bratva.

Era el hombre al que mi padre mató en el porche de los Morozov.

Lo que significa que esta mujer, esta enfermera que tengo delante con su pijama sanitario de un verde suave, que huele ligeramente a lavanda y a confusión, es el bebé del que contaban historias. La que cayó cuando Konstantin se desplomó, la que aterrizó sobre madera astillada y sobrevivió. La que mi padre decía en broma que era «demasiado pequeña para molestarse en rematarla».

Por un segundo, todo en mi interior se queda quieto. No es miedo. Ni culpa. Es algo más frío. El choque aterriza como un golpe contundente.

Ella no se da cuenta. Me observa con una irritación cautelosa, de brazos cruzados, esperando a que le explique por qué he usado un nombre que no ha utilizado en veinticinco años.

Bien. No me conoce. No ve nada de lo que está ocurriendo tras mis ojos. No tiene ni idea de que cada gota de sangre de sus venas se remonta a una noche en la que mi padre llegó a casa oliendo a pólvora y a whisky barato.

Mantengo la respiración pausada. Mi postura relajada. Mi voz serena. —Tenemos que hablar.

Ella frunce el ceño. —¿Sobre qué?

No sobre su padre. Ni sobre el pasado. Ni sobre nada que le importe a ella más de lo que posiblemente pueda comprender.

—De negocios —digo.

Su fastidio se agudiza. —Aparece aquí, dice mi antiguo nombre como si lo hubiera desenterrado de una tumba, ¿y ahora quiere hablar de negocios?

Es más valiente que la mayoría de la gente con la que me cruzo. Más valiente incluso de lo que fue su padre. Él suplicó. Ella ni siquiera se inmuta.

—Es importante —le digo. Es lo más parecido a la verdad que puedo ofrecerle.

Duda apenas un instante antes de señalar con la cabeza hacia un pasillo. —Está bien. Aquí no.

Me guía el camino. Yo la sigo. Cada paso que doy tras ella me parece incorrecto, como si estuviera caminando hacia un incendio

que no puedo apagar. Pero, exteriormente, no soy más que un peso neutro, botas silenciosas sobre suelo blando, igual que siempre.

Por dentro, el impacto sigue ahí, frío y sólido, negándose a moverse, incluso cuando cierra la puerta del despacho tras nosotros y se gira para mirarme, con la barbilla en alto.

—Muy bien —dice—. Hable.

Empujo todo lo demás —el recuerdo, el reconocimiento, el sabor metálico de la sangre vieja— hacia lo más profundo, donde no pueda afectar a mi voz.

Hay un trabajo que hacer.

—Represento a un hombre llamado Dmitri Morozov —digo con voz plana—. Tiene una oferta para usted.

Y ni una sola palabra más.

5

NORA

Por fin me permito mirar *de verdad* a este extraño.

Y… vaya.

De cerca, parece estar aún más absurdamente fuera de lugar en esta clínica que en el vestíbulo.

Lo primero que me impacta son sus ojos. De un azul gélido, tan claros que parecen casi plateados. Afilados. Concentrados. Sin parpadear. El tipo de ojos que sugieren que no se ha visto sorprendido ni una sola vez en toda su vida, incluido el hecho de que yo haya entrado en la sala como un gato asustado.

Luego está el tatuaje. Solo una sombra de él. Tinta negra y gris que se curva bajo el cuello de su camiseta cuando se mueve. Nada mono. Nada inspirador. Nada que se parezca a las opciones aprobadas por el departamento de Recursos Humanos. El fragmento de algo afilado y peligroso escondido bajo el algodón.

Y como soy humana y trágicamente propensa a las malas decisiones con forma de tipo musculoso… pues sí, también me fijo en el resto. Es todo ángulos marcados y líneas duras. Hombros anchos, mandíbula fuerte, antebrazos que probablemente podrían levantar un coche en un banco de pesas. Una leve cicatriz en la sien. Otra cerca de la boca, como si hubiera estado en peleas y las hubiera ganado.

Tengo un vuelco en el estómago que no ayuda en absoluto.

Genial. Maravilloso. Exactamente lo que necesito: sentirme levemente atraída por un hombre que parece enviado aquí para embargarme el alma.

Él me observa con la misma calma gélida, como si estuviera catalogando mis debilidades.

—¿Dmitri Morozov? —repito, aún sin estar segura de si estoy perdiendo la maldita cabeza—. ¿Una oferta?

Su mandíbula se tensa una vez. —Una propuesta de negocios—.

Claro. Negocios. Por supuesto.

—Vale —digo lentamente—. Esto es…, esto es raro…

—Quiere contratarla—.

Parpadeo. —¿Contratarme para qué?

Él no endulza las palabras. No se anda con rodeos. Ni siquiera parece avergonzado por lo que está a punto de decir.

—Quiere que tenga a su hijo—.

6

NICK

Digo las palabras mal. Lo sé en cuanto salen de mi boca.

—Quiere que tenga un hijo suyo.

Todo su cuerpo reacciona; abre mucho los ojos y sus hombros se sacuden como si le hubiera pegado. El asombro inunda su rostro tan rápido que resulta casi doloroso de ver.

Torpe. Yo no cometo errores torpes.

—Me refiero —corrijo, obligando a mi mandíbula a relajarse— a que es un acuerdo de gestación subrogada.

La corrección no ayuda. Solo afila los bordes. Ella lo procesa como si hubiera lanzado cristales sobre una herida abierta. La palidez cubre sus mejillas. Cierra los puños a los costados, con los nudillos blancos. Parece que alguien le ha quitado el suelo bajo los pies, pero sigue en pie por pura terquedad.

Me mira fijamente, como si tratara de decidir si soy real. Le sostengo la mirada. No susurra. No suplica.

No asiente como un muñeco de los que mueven la cabeza, como hace la mayoría de la gente cuando oye el nombre de la familia y piensa en lo que podría pasar si dicen que no.

Respira una vez, con mucho cuidado, y exige:

—¿Cómo sabe mi apellido?

No Cole. Korolova.

El nombre que mi padre escribió en su informe la noche que le metió una bala en el pecho al padre de ella.

El nombre que nunca llegó a salir de nuestros archivos, incluso cuando el de ella cambió.

—La Bratva sigue la pista de los suyos —digo.

Es la versión limpia. La versión sin detalles. La que los civiles pueden oír sin atragantarse.

Su rostro se queda inmóvil. Por un instante, puedo ver todas las piezas rompiéndose tras sus ojos mientras intenta reorganizar su vida en torno a lo que acabo de decirle.

—Mi padre no formaba parte de... —Gesticula hacia mí, hacia el aire, hacia alguna forma invisible de violencia. Su voz se entrecorta —. De eso. Él no estaba involucrado en nada parecido a...

Su tono, el asco, la negación, golpean algo antiguo en mi interior. Se me puede insultar a mí. Se puede insultar lo que he hecho. Me lo he ganado en su mayor parte.

Pero insultar a la familia, incluso al negarse a creer que alguien pertenecía a ella, roza un reflejo arraigado hasta los huesos.

Entorno los ojos antes de poder evitarlo.

—Lo estaba.

No suavizo las cosas. No tiene sentido. La verdad corta de forma más limpia que las mentiras.

Se sobresalta como si le hubiera dado una bofetada. Abre la boca, pero no sale ningún sonido. El pulso le salta en la garganta, rápido y agitado.

Lo que he dicho ha tirado de un hilo. Años de historias sobre su padre. Un buen hombre, una víctima, una bala perdida; todo se ha deshilachado de un tirón.

Su dolor no es mi problema.

Mi problema está a un par de kilómetros de distancia, sentado en una mansión, esperando una respuesta.

Parece herida, confundida, enfadada, como si le hubiera soltado una bomba en el regazo y me hubiera marchado. La habitación es pequeña. Sus emociones no lo son. Me presionan, clamando por espacio.

La impaciencia sube por mi pecho como el humo. No tenemos tiempo para esto. Dmitri no tiene paciencia. Leonid no tiene una tolerancia infinita para el temperamento de su hijo. Necesito su respuesta.

—¿Va a aceptar el trabajo o no? —le espeto.

Su cabeza se sacude. El dolor se transforma en rabia tan rápido que resulta casi admirable. La mayoría de la gente se amilana cuando pongo toda mi atención en ellos. Tartamudean. Asienten hasta que les duele el cuello.

Ella me fulmina con la mirada. Sus ojos grises se oscurecen, como nubarrones de tormenta que se acercan. Levanta la barbilla una fracción. Sus hombros se cuadran en lugar de encogerse.

Me mira como si acabara de patear a su mascota.

Durante medio segundo, la respeto por ello.

—Acaba de entrar en mi lugar de trabajo —me espeta—, me ha llamado por un nombre que no uso desde los tres años, me ha dicho que mi difunto padre estaba metido en la mafia rusa y me ha informado de que su jefe quiere comprar mi sistema reproductivo como si fuera un coche de segunda mano. Perdóneme si necesito un minuto.

Las palabras son suaves. El filo que contienen no lo es.

No es tonta. No es ingenua. Entiende perfectamente lo que le ofrezco y lo que cuesta.

Bien. Odio explicar las cosas dos veces.

Dejo que el silencio se prolongue. Ella respira. Una vez. Dos. La ira no desaparece, pero se asienta. Se refina. Conozco esa mirada. La que pone la gente justo antes de firmar algo que saben que no deberían, porque la alternativa es peor.

Desesperación con agallas.

—No puedo —susurra finalmente.

Quiere decir: *«No debería. Esto es una locura. Esto está mal»*.

—Puede —digo. Ni brusco ni amable. Simplemente es la verdad —. Y escuchará la oferta. Por eso estoy aquí.

Sus ojos vuelven a clavarse en los míos, afilados.

—¿Siempre habla así con la gente? —pregunta—. ¿Como si todo lo que dice fuera algo inevitable y nosotros estuviéramos aquí solo

de adorno?

—Sí —respondo.

Es lo más parecido al humor que he permitido en mi voz en días. Casi me sobresalta.

Su boca tiene un tic, como si quisiera sonreír y también quisiera darme un puñetazo.

—Necesito más información.

Las palabras suenan como si le hubieran costado algo. Orgullo, quizá. Esperanza.

—La tendrá. —Se me tensa la mandíbula. Me giro, señalando hacia el pasillo—. Venga conmigo. Puede conocer al heredero.

—¿Heredero? —susurra apenas.

La mayoría de la gente me mira y ve una advertencia. Ella me mira y ve una mala elección que tal vez tenga que tomar, de todos modos.

Entonces cuadra los hombros y pasa junto a mí hacia el pasillo. Huele a jabón y a algo levemente floral. Su hombro roza mi brazo en un breve contacto accidental. Se tensa, pero no se aparta.

Valiente.

Estúpida.

Necesaria.

Mientras caminamos hacia la salida que lleva al aparcamiento, mantengo un ojo en nuestro entorno y otro en ella. No tiene ni idea de que camina hacia un hombre que ve a las personas como piezas que deben moverse por un tablero. No tiene ni idea de que, una vez que esté en su punto de mira, no habrá una salida fácil.

No tiene ni idea de quién soy yo, ni de quién era mi padre, ni de lo que nuestra familia le hizo a la suya.

Bien.

Que me odie por esto, si lo necesita. Que piense que solo soy el mensajero de las malas noticias.

Porque de una forma u otra, este trato se va a cerrar.

Y yo soy quien tiene que asegurarse de que ella sobreviva a esto.

7

NORA

No debería estar en una mansión. Debería estar en mi casa, durmiendo para recuperarme de mi turno.

En lugar de eso, estoy entrando en el hogar de algún heredero de la Bratva junto a un hombre con ojos de color azul gélido y una personalidad parecida a una puerta de acero cerrada con llave.

Las puertas principales por sí solas son ridículas. Madera oscura, paneles tallados, lo bastante grandes como para que quepa un coche pequeño si te lo propones. Dos hombres de traje permanecen a ambos lados de la entrada, inexpresivos. Le dedican a Nick breves y respetuosos asentimientos al pasar.

No es el tipo de saludo de «hola, colega».

Es el tipo de gesto de *sabemos de lo que eres capaz*.

Nick camina medio paso por delante de mí, con esa misma gracia controlada y depredadora en cada movimiento. Silencioso. Inescrutable. Cada línea de su cuerpo dice *no me pongas a prueba* sin necesidad de pronunciar una palabra.

Caminamos uno al lado del otro, de todos modos. Mi estómago está haciendo gimnasia de nivel olímpico, pero mantengo el paso firme y la barbilla alta. Tengo las palmas de las manos húmedas contra la correa de mi bolso. Cada instinto me grita que no

pertenezco a este lugar, que esta casa es el tipo de sitio al que la gente entra y del que no se vuelve a salir.

Pero dije que escucharía la oferta.

Y Lena necesita que la escuche.

El vestíbulo es todo mármol pulido y una iluminación tenue y cara. Una lámpara de araña cuelga del techo como una galaxia hecha de cristal y malas decisiones. El aire huele ligeramente a colonia, a cera para muebles y a un guiso de carne que llega desde algún lugar más profundo de la casa.

Las paredes están llenas de arte que no entiendo. Marcos pesados. Colores oscuros. Hombres a caballo. Mares tormentosos. Un cuadro de un lobo que parece a punto de salir del marco para devorar a alguien.

Cómo no.

—Por aquí —murmura Nick, con la voz tan baja que la siento más de lo que la oigo.

Reduce la marcha lo justo para que yo pueda seguirle el ritmo sin tener que medio trotar. No parece un gesto de amabilidad. Parece logística. Como si se asegurara de que el paquete no se pierda de camino a la entrega.

Avanzamos por un pasillo ancho, pasando por delante de otro par de hombres con traje que me miran a mí y luego a él, con la curiosidad asomando en sus ojos antes de que desaparezca. Uno de ellos levanta la barbilla en un saludo que es casi deferente.

No están reaccionando ante mí. Están reaccionando ante él.

Se me acelera el pulso un poco más.

Nick abre unas puertas dobles y se hace a un lado para que entre yo primero. Accedemos a un despacho grande.

A los ricos les gusta mucho la madera oscura. Es lo primero que pienso. El escritorio es macizo y brillante; los estantes de detrás están repletos de botellas de licores caros y libros encuadernados en cuero que puede que se hayan abierto alguna vez, o puede que no.

Y sentado tras el escritorio, como si posara para la portada de una revista que nadie ha pedido, está él.

El heredero.

Dmitri Morozov.

Lleva un traje azul marino carísimo que le queda demasiado bien, como si se lo hubieran hecho a medida mientras él se quedaba allí plantado admirándose a sí mismo. Tiene el pelo engominado hacia atrás. Su corbata es de seda. Su reloj es grande, de oro, y tiene ese tipo de brillo que dice: *alguien cobró de menos para que yo pudiera comprar esto*.

Sonríe cuando me ve.

Ojalá no lo hiciera.

—Nora Korolova —dice, reclinándose en su silla como si se acomodara para disfrutar de un espectáculo. Su acento es leve, apenas una sombra en los bordes de sus palabras—. Guapa. Muy guapa. Mejor aún en persona.

Su mirada me recorre. Lenta, deliberada, como si fueran manos. Siento cómo baja por mi cuerpo y vuelve a subir, y mi piel intenta por todos los medios desprenderse de mí y huir.

Resisto el impulso de esconderme detrás de Nick. Por poco.

—Mi nombre es Nora Cole —digo yo en su lugar, manteniendo la voz educada pero firme—. Korolova era mi apellido de nacimiento. Ya no lo uso.

Su sonrisa no flaquea. En todo caso, se afila.

—Los nombres son... flexibles —dice—. La sangre no.

Genial. Críptico y asqueroso.

—Siéntese —añade, señalando con los dedos la silla frente al escritorio.

Me siento en el borde, con las manos entrelazadas con fuerza en el regazo. Nick se queda de pie detrás de mí y a un lado, un muro silencioso de músculo y amenaza. Puedo sentirlo allí como una segunda columna vertebral.

Dmitri tamborilea con dos dedos sobre una carpeta en su escritorio. —Nick me dice que está sana. Que es inteligente. Buena genética —dice con la diversión asomando en sus palabras—. Y capaz de gestar un hijo.

La forma en que dice *gestar un hijo* hace que parezca que está hablando de un contenedor de mercancías.

Obligo a mi rostro a permanecer neutral. Los años de enfermería me han enseñado a parecer tranquila cuando por dentro estoy

gritando o a punto de vomitar. Pero cuando su mirada baja, muy deliberadamente, hacia mi vientre, luego sube hacia mi pecho antes de volver a fijarse en mi cara, mis dedos se hunden en mis palmas.

Desde atrás, oigo un leve rechinar de dientes.

La mandíbula de Nick. Tensa.

Solo un instante. Si parpadeas, te lo pierdes.

Dmitri junta las yemas de los dedos.

—El contrato de gestación subrogada es sencillo —dice—. Se le insemina, lleva el embarazo a término y entrega el niño a mi esposa y a mí. A cambio, recibe una compensación. Lo suficiente para resolver... cualquier problema que la esté impulsando a considerar esto. —Sus ojos se entrecierran apenas un poco, como si estuviera olfateando sangre en el agua—. ¿Facturas médicas? ¿Deudas? ¿Alguien a quien quiera proteger?

Mi corazón se retuerce tanto que duele. Mantengo la expresión serena. —No es importante —digo en voz baja—. Lo que importa es lo que usted ofrece.

Él sonríe, mostrando los dientes. —Directa. Me gusta.

Pues claro que sí.

Se inclina hacia delante, con los codos sobre el escritorio. —¿Entiende lo que esto significa, *da*? —dice—. Será… nuestra, mientras dure el embarazo. Mi esposa tendrá ciertas expectativas sobre su comportamiento. Habrá médicos, pruebas, revisiones. Cuidamos de lo que es nuestro.

La forma en que dice *nuestro* hace que se me revuelva el estómago.

Algo frío me roza la nuca. Nick cambiando de posición, tal vez. No miro atrás.

—Y quién sabe —añade Dmitri, con la voz volviéndose aceitosa de diversión—, quizá decidamos saltarnos la vía médica y hacer las cosas a la vieja usanza...

Nick se mueve.

Es sutil; no se pone completamente delante de mí, pero ladea su cuerpo lo justo para cortar la línea de visión de Dmitri. Un hombro ancho, una fracción hacia delante. Se siente como un escudo deslizándose en su lugar.

Se me corta la respiración. No porque de repente me sienta protegida. Esta casa es un tanque de tiburones. Un tiburón extra no cambia el agua.

Sino porque los ojos de Dmitri centellean de irritación al verse privado de su objetivo. Su sonrisa se vuelve delgada.

—Relájese —dice, agitando una mano—. Estoy bromeando.

No estaba bromeando. No bromeaba en absoluto.

Nick no retrocede.

La tensión en la habitación cambia. El aire se siente denso, como si una tormenta estuviera planteándose estallar.

Antes de que ocurra, la puerta del despacho se abre. Entra otro hombre. Mayor. Sesenta y pocos, tal vez. Pelo canoso cortado al ras, un traje caro en un gris marengo más oscuro y discreto. Sin reloj llamativo. Sin nada llamativo. No lo necesita.

El poder entra con él. El aire cambia. Incluso Dmitri se endereza, y su sonrisa burlona pierde unos cuantos vatios.

—Papá —dice, poniéndose en pie—. Estábamos justo…

—Discutiendo negocios —termina el hombre mayor, con su mirada posándose en mí. Sus ojos son de un gris más frío y plano que los míos, afilados como cuchillos—. Señorita Korolova.

—Cole —digo automáticamente—. Entonces recuerdo dónde estoy y a quién estoy corrigiendo. Señor.

Me estudia durante un largo momento. Sin desnudarme con los ojos, sin mirarme con la lascivia con la que lo hizo Dmitri. Solo… evaluando. Como un hombre podría mirar el motor de un coche que pretende conducir a altas velocidades y que no quiere que le falle.

—Soy Leonid Sergeyevich —dice—. Cabeza de esta familia.

El jefe.

Pakhan.

El hombre en la cima de la cadena alimenticia.

Tengo la boca seca. —Encantada de conocerle —digo, porque mi cerebro está claramente averiado.

Una comisura de sus labios tiembla. ¿Aprobación? ¿Diversión? Es difícil saberlo.

—¿Entiende los términos del contrato? —pregunta, señalando la carpeta.

—Entiendo lo básico —digo—. Gesto al bebé y, cuando nazca, será suyo. Completamente. Legalmente.

—¿Él? —repite Dmitri, divertido—. ¿Espera gemelos?

—Es la costumbre —digo—. La jerga de la clínica. Intentamos no asignar género a embriones hipotéticos.

—Interesante —murmura Leonid. Mira la carpeta, la abre, echa un vistazo a una o dos páginas y luego asiente una vez—. Se le compensará justamente. Esto es... generoso, Dmitri.

—Por supuesto —dice Dmitri rápidamente—. Nada más que lo mejor para nuestro futuro.

La mirada de Leonid se dirige hacia mí y luego hacia Nick. Algo inescrutable pasa entre los dos hombres.

Entonces Dmitri abre un cajón y saca un talonario de cheques. El sonido del bolígrafo rascando el papel es sorprendentemente fuerte. Arranca un cheque y lo desliza por el escritorio hacia mí.

Vacilo, luego me inclino hacia delante.

La cifra me golpea como un impacto físico.

Es más dinero del que he visto en mi vida fuera de las noticias de la lotería. Lo suficiente para cubrir la inscripción en el ensayo clínico de Lena, la primera fase de los tratamientos, la estancia en el hospital. Todo.

Y esto es solo el primer pago.

Mis dedos planean sobre él, sin llegar a tocarlo.

—Esto es un adelanto —dice Dmitri con naturalidad—. Para mostrar nuestra buena fe. Habrá más en los hitos clave: la implantación, el segundo trimestre, el parto. —Su sonrisa vuelve a afilarse—. Siempre y cuando usted cumpla con su parte.

La habitación da vueltas por un segundo. Me agarro al brazo de la silla, con los nudillos blancos.

No debería estar aquí. No debería estar en esta casa, mirando este cheque, escuchando a estos hombres hablar de mi cuerpo como si fuera una inversión empresarial.

Pero aquí estoy.

Porque a Lena le quedan seis meses.

Porque este trozo de papel podría convertir seis meses en sesenta.

Pienso en su risa. En su peso contra mi costado cuando se queda dormida viendo películas. En su cara cuando el oncólogo mencionó el *ensayo*.

Pienso en salir de aquí, decir que no y verla morir, sabiendo que había algo que podría haber hecho.

Se me cierra la garganta.

La voz de Leonid atraviesa la niebla. ——Esta es una elección —dice—. Nadie la obliga. Firme o márchese. Pero entienda que esto no es un juego. Una vez que acepte, cumplirá el contrato. Nosotros cumpliremos nuestra parte.

No me está amenazando. No tiene por qué hacerlo. La amenaza está integrada en cada centímetro de esta casa, en cada hombre de traje que hay fuera, en cada historia susurrada sobre lo que les ocurre a quienes traicionan a estos hombres.

Levanto la barbilla y sostengo su mirada. —Si firmo —digo, con voz pausada y cuidadosa—, ¿los gastos médicos de mi hermana quedarán cubiertos por completo?

Una pausa mínima. Luego: —*Da*. Por completo.

—No la tocarán —afirmo.

Dmitri enarca las cejas. Los ojos de Leonid se entrecierran.

—Ella no es parte de esto —añado, tratando de mantener la voz firme—. Manténganla al margen de… lo que sea esto.

—Su hermana queda bajo nuestra protección por extensión —dice Leonid. Su tono es frío—. Nadie toca lo que pertenece a esta familia.

La redacción hace que se me revuelva el estómago, pero lo que importa es el significado.

Vuelvo a mirar el cheque. Es como estar al borde de un precipicio con un paracaídas que podría ser una mochila llena de rocas.

Salta, de todos modos.

Tomo aire, una bocanada que siento como si me raspara los pulmones en carne viva.

—Lo haré.

8

NICK

Por qué tengo la sensación de que alguien me ha soltado un bloque de hielo en el estómago.

—Nora —dice Dmitri con voz pausada, repantingado en su silla como si fuera el dueño del mundo y de todo lo que hay en él—. Bienvenida a la familia.

Me entran ganas de hundirle los dientes de un puñetazo. En su lugar, mantengo una postura relajada y el rostro inexpresivo, porque la mirada de Leonid se posa en mí.

—Volkov.

Mi atención se centra de inmediato en él. —*Da*.

No levanta la voz. No se explica con detalles. Nunca lo hace.

—Fedorov llega tarde.

Eso es todo. Es todo lo que necesita decir. Fedorov debe dinero. Fedorov está dando largas. Fedorov necesita un recordatorio. Uno físico.

—Entendido —digo.

—No lo mates —añade Dmitri con desgana, agitando una copa que definitivamente no se ha ganado—. Solo asegúrate de que recuerde lo que ocurre si vuelve a retrasarse. No queremos que la gente piense que puede andarse con juegos mientras yo me ocupo de... otros asuntos.

Sus ojos se desvían hacia el vientre de Nora.

No hay razón alguna para que se me cierren los puños. Ninguna en absoluto. Pero tengo que obligar a mis dedos a relajarse.

No quiero dejarla aquí sola. No con él. No con el contrato a medio redactar y con la mitad del apetito de Dmitri ya escrito en su cara.

¿Pero rechazar una orden? ¿Rechazarla delante del jefe?

Eso no es desobediencia.

Eso es una nota de suicidio.

Así que asiento una vez. —Se acordará.

No la miro cuando me giro hacia la puerta. De todas formas, noto sus ojos clavados en mi espalda. Curiosos, inquietos, quizá incluso con un poco de confianza después de haberme interpuesto entre ella y la mirada de Dmitri.

Un error. Por su parte.

Y por la mía.

El pasillo me engulle en cuanto la puerta se cierra con un clic. Sonidos familiares se filtran en el ambiente. Voces distantes, pasos, el rumor del dinero y la amenaza moviéndose por la casa.

Inhalo. Exhalo. Lo bajo todo bajo llave.

¿Romperle los huesos a Fedorov? Eso es fácil. Un trabajo limpio. Un mensaje sencillo.

¿Dejar a Nora con Dmitri? Eso no me encaja por ningún lado.

Salgo de la mansión a grandes zancadas, y el peso en mi pecho no hace más que aumentar, en lugar de aligerarse. Para cuando me deslizo tras el volante y arranco el motor, ya me he contado a mí mismo las mismas mentiras tres veces:

No la veré mucho después de hoy.

Los médicos se encargarán de ella. Los abogados se encargarán del contrato. Se mantendrá fuera de mi camino. No importará. No debería importar.

Pero mientras el coche ruge al cobrar vida, la verdad se enrosca bajo mis costillas como algo vivo.

No me creo eso ni por un maldito segundo.

Y ese es el verdadero problema.

9

NORA

El contrato es lo bastante grueso como para usarlo de tope para una puerta. No exagero. Si llega el apocalipsis, esta cosa podría servir perfectamente como arma contundente.

Me siento frente a Dimitri y su padre en una mesa desmesurada, en una sala claramente diseñada para intimidar a la gente y que acepten cosas que no deberían. Las paredes son de una madera oscura, casi negra. Unos pesados cortinajes bloquean casi toda la luz del día, dejando entrar solo un poco. Lo justo para que brille en las superficies pulidas y en los objetos caros.

Las sillas son demasiado grandes, demasiado sólidas. Me siento como una niña sentada a la mesa de los adultos. Una niña que se ha metido por error en una película de mafiosos y ha olvidado su guion.

Leonid lee el contrato con la silenciosa intensidad de un hombre que ha negociado más acuerdos de los que yo he llenado tubos de sangre. Sus ojos grises bajan por la página; su expresión no revela nada.

Dmitri no lee. No realmente. Pasa las páginas sin mirarlas, repantingado en su silla, golpeando la mesa con un pesado bolígrafo de oro en un estacato impaciente que me pone los dientes de punta. Parece alguien que quiere recibir el mérito de un duro trabajo que no ha hecho.

Mantengo el rostro calmado. Mi respiración es pausada. Todo mi cuerpo quiere moverse nerviosamente, pero obligo a mis manos a permanecer quietas sobre la mesa.

Cuando los números bailan y la línea de mi firma empieza a borrarse, pienso en Lena. Lena, poniendo los ojos en blanco cuando me preocupo por ella. Lena, dibujando caritas sonrientes en mis listas de tareas. Lena, que me dijo la semana pasada: —Estoy bien, Nora. Te preocupas demasiado—, con los labios demasiado pálidos y los ojos demasiado brillantes.

¿Cualquier incomodidad que sienta? ¿Cualquier miedo? ¿Cualquier asco?

Un precio pequeño.

Leonid se detiene en un párrafo y desliza un dedo bajo una línea de texto. —Aquí —dice en voz baja, dirigiéndose a Dmitri—. Establece claramente: ningún contacto después del nacimiento. ¿Está seguro de que quiere eso?

—Por supuesto —responde Dmitri—. No estamos comprando a una niñera. Estamos comprando un útero.

Se me revuelve el estómago.

Los ojos de Leonid se desvían hacia mí, evaluando mi reacción. Mantengo mis facciones serenas, a pesar de que el corazón me martillea en el pecho.

—La señorita Korolova comprende los términos —dice, más para su hijo que para mí.

—Cole —murmuro automáticamente. Entonces recuerdo dónde estoy. A quién estoy corrigiendo—. Pero sí. Lo comprendo.

Vamos por la mitad de la página doce cuando la puerta se abre sin llamar.

Entra como si la habitación le perteneciera a *ella*. Su cabello oscuro está recogido en un moño elegante que probablemente necesitó un ejército de horquillas. Sus labios están perfectamente pintados. Sus tacones son lo bastante afilados como para ser considerados armas. Sus ojos echan chispas.

—¿Qué está pasando aquí? —espeta.

—Ekaterina, mi hermosa esposa —ronronea Dimitri, pero de una forma asquerosa, casi condescendiente—. Estamos ultimando el

contrato.

Ella no me está mirando. Todavía. Su mirada está clavada en él con una furia que electrifica el aire.

—¿Sin mí? —dice ella.

Dmitri no parece ni remotamente avergonzado. Solo molesto. Exhala con fuerza, como si ella fuera un inconveniente.

—Porque lo habrías ralentizado todo —responde él.

Los ojos de Leonid se vuelven inexpresivos. —Dmitri.

No levanta la voz. No le hace falta. La advertencia está clara.

Ekaterina finalmente centra su atención en mí. Me siento como si entrara en un congelador. Me recorre con la mirada de arriba abajo. El uniforme, la rebeca, las bailarinas baratas, el pelo recogido. De repente soy muy consciente de cada parte donde mi uniforme no me queda del todo bien. Del pequeño halo de encrespamiento que escapa de mi coleta. De lo pequeña que debo de parecer al lado de su dinero.

—Usted —dice, con una voz fina como un alambre—. Así que es usted.

La elegida.

No una gestante sustituta. No una candidata.

La elegida.

Me yergo en la silla. Ofrezco la sonrisa más cálida y menos amenazante que puedo fingir.

—Supongo que soy... una elegida —digo con ligereza—. Solo estoy aquí para ayudar a su familia.

Es la verdad. O al menos la parte de la verdad que es más fácil de decir.

Ella tensa la mandíbula con tanta fuerza que veo cómo salta el músculo. Hay algo descarnado tras sus ojos. Duelo. Humillación. Rabia. Un cóctel de sentimientos que me golpea en un lugar que no sabía que estaba desprotegido.

—Esto no me gusta nada —dice.

Las palabras duelen más de lo que deberían. Tengo que recordarme que ella está sangrando, y yo soy el cuchillo que le han entregado.

Dmitri gime dramáticamente. —Basta —dice, como si estuviera regañando a una niña—. Ya está hecho. Ella ha aceptado. Da gracias de que vayamos a tener un heredero.

Ekaterina se estremece. Solo un poco. Lo justo para que se me parta el corazón.

Porque se suponía que debía ser ella. Su embarazo. Su cuerpo. Su triunfo. Su baza.

Y ahora yo estoy sentada en su lugar.

Sus ojos brillan durante una fracción de segundo antes de que vuelva a levantar sus escudos. Levanta la barbilla, recuperando cada centímetro de la perfecta esposa de la Bratva, y se da la vuelta para marcharse.

Sus tacones restallan contra el suelo como disparos. La puerta se cierra tras ella con un clic seco.

Sigue un momento de silencio, pesado e incómodo.

Dmitri suspira teatralmente. —No le haga caso —dice, agitando su bolígrafo—. Está sensible.

Me muerdo el interior de la mejilla con tanta fuerza que saboreo el metal de la sangre. Si hablara ahora mismo, diría algo como *tiene todo el derecho a estar sensible, pedazo de idiota condescendiente*, y no creo que «discutió con el heredero de la mafia» sea el tipo de nota que quiera en mi historial.

Leonid se aclara la garganta, devolviendo el orden al ambiente con ese simple sonido. —Volvamos a los negocios.

Negocios. Claro.

A partir de ahí, el contrato se cierra más rápido. Quizá todos quieran terminar ahora que se ha abierto la veda y las partes feas han quedado a la vista.

Repasan los términos finales. Cobertura médica. Condiciones de alojamiento. Pagos programados como las cuotas de un coche.

Firmo en todos los lugares que me indican los marcadores adhesivos, pensando en ese cheque gigante. El primer pago.

—Organizaremos la primera cita mañana por la mañana —digo, agradecida de que no me tiemble la voz—. Avisaré a mi administrador para que prepare el papeleo del ciclo.

—Bien —dice Dmitri, aburrido de nuevo ahora que las partes interesantes —el poder, la humillación, el drama— han terminado. Desvía la mirada hacia la puerta—. Nick la llevará a casa.

Cierto.

Nick.

Leonid me dedica una última mirada evaluadora. —No haga que nos arrepintamos de esto, señorita Korolova.

Le sostengo la mirada. —No lo haré.

Él asiente. Despedida.

Sigo a uno de los guardias de traje fuera de la habitación, a través de un laberinto de pasillos que parecen diferentes matices de lo caro. El cheque en mi bolsillo bien podría ser un carbón ardiendo.

Salimos por una puerta lateral al aire frío. Nick está de pie junto a un todoterreno negro como si hubiera crecido allí. Las manos relajadas a los costados. La expresión vacía.

Pero ahora, hay algo más.

Sus nudillos.

Están abiertos e hinchados, con la piel rota; los hematomas son recientes y feos. Hay una mancha de sangre seca en su dedo índice. Más motas en el puño de su chaqueta.

¿Qué demonios le ha pasado al misterioso Fedorov?

10

NICK

Mira mi mano como si fuera peligrosa.

Tiene razón. Solo que no para ella.

Los cortes en mis nudillos no son nada. Piel abierta por el choque de hueso contra hueso. El moratón ya está adquiriendo esa fea mezcla de púrpura y amarillo. Hay un rastro de sangre seca en mi dedo, de cuando lo limpié en una camisa que no logró salir del almacén.

Daños habituales. Los gajes del oficio.

Pero cuando sus ojos se posan en ella al salir por la puerta lateral, su rostro cambia. No es miedo a la sangre en sí. Ese olor metálico en el aire. Las enfermeras no se amilanan ante el rojo. Lo ven demasiado a menudo.

No. Se amilana ante lo que significa.

Ante la violencia que hay detrás.

Algo en mi pecho se tensa como respuesta. Una vieja y punzante presión que creía haber matado hace años.

Molesto. Inútil.

Cierro la puerta del copiloto tras ayudarla a subir y rodeo el SUV; el aire frío muerde la piel en carne viva de mis nudillos. Apenas lo siento. El dolor es una sugerencia, no una orden.

Para cuando me deslizo en el asiento del conductor, ella sigue mirando mi mano como si le estuviera contando una historia.

—¿Está...? —empieza, se detiene y rectifica—. ¿Qué ha pasado?

Miro de reojo mi puño. El moratón ya se está oscureciendo. La piel alrededor de los cortes está hinchada. Flexiono los dedos una vez. Se mueven bien.

—Cosas del trabajo —digo.

La palabra cae en el silencio que nos rodea como una piedra en el agua. Las ondas son visibles en sus ojos.

—¿Está herido? —pregunta.

Hay algo parecido a la preocupación en su tono, y no sé qué hacer con eso.

—No —respondo—. Él sí.

Ella traga saliva. Su mirada se desvía hacia el parabrisas, apartándola de mi mano.

Bien. Que aparte la mirada.

Que recuerde lo que soy.

Porque eso es lo que es esto. Lo que soy yo. Un hombre cuyas manos se usan para romper huesos y extraer información. Para recordar a la gente a qué sabe el miedo. Para asegurarse de que la voluntad de la familia no sea ignorada.

Y ahora esas mismas manos son las que le abren las puertas. Las que la llevan a casa. Las que se interponen entre ella y el hambre de Dimitri.

Es... inconveniente.

Arranco el motor. El rugido bajo llena el silencio. Salgo del camino lateral a la carretera principal, con los ojos en los espejos, en las rutas de escape, en cualquier coche que se demore demasiado en el retrovisor.

No deja de lanzarme miradas furtivas. Las siento más de lo que las veo. Retuerce los dedos en su regazo como si intentara escurrir la tensión de ellos. El cheque probablemente le esté quemando en el bolsillo. La tinta del contrato aún está fresca sobre su nombre.

—Estás callada —digo finalmente, con una voz lo bastante plana como para que parezca una observación en lugar de una pregunta —. ¿Ya te asusta el contrato?

Gira la cabeza, estudiando el perfil de mi cara.

—¿Debería?

—No importa —digo.

La gente tiene miedo o no lo tiene. El contrato no cambia según los sentimientos.

Me mira un segundo más, como si estuviera intentando pelarme la piel para ver qué hay debajo.

Nada que quieras encontrar, ptichka*.*

Suspira y vuelve a mirar al frente. Las farolas pasan raudas sobre su rostro mientras conducimos. Pálida. Cansada. Decidida.

Dmitri ha causado eso. La forma en que la miró en el despacho. La forma en que su mirada se deslizó sobre ella como si fuera mercancía en un estante. La forma en que sonrió con superioridad cuando empujó el cheque por la mesa.

Cada vez que sus ojos se fijaban en ella, mis puños se apretaban.

Si la hubiera tocado...

Basta.

Esa línea de pensamiento es un precipicio. Al fondo está la traición. Y una tumba. Probablemente la mía.

Ella se remueve en su asiento.

—¿Te ha dicho algo más? —me oigo preguntar. No tenía planeado hacerlo.

—¿Quién? —pregunta ella—. ¿El heredero?

—*Da*.

—Bueno... —vacila—. Ha sido inapropiado.

Ninguna sorpresa.

—Pero lo he controlado —añade.

Por supuesto, cree que lo ha hecho. No sabe de lo que son capaces los hombres como él cuando la palabra «no» finalmente atraviesa su cráneo.

Se me tensa la mandíbula. Mantengo la vista en la carretera. —¿Y no te ha tocado?

Me sale demasiado cortante, más como una orden que como una pregunta.

Ella abre mucho los ojos. —¿Qué? No.

Un alivio gélido me golpea de repente, brusco. Como tomar una bocanada de aire invernal demasiado rápido.

Bien. No la ha tocado.

Si lo hubiera hecho...

Siento que mi agarre al volante se endurece. El cuero cruje bajo mis dedos.

Me imagino su cara. Mi puño. El ángulo en el que tendría que romperle la mandíbula para que pareciera un accidente. La mirada que me lanzaría Leonid antes de ordenar mi ejecución.

Malos pensamientos.

Pensamientos que agrietan la armadura que he pasado años soldando para que esté bien cerrada.

—¿Por qué le importa? —pregunta en voz baja.

No respondo. Porque no debería. Porque no es mi trabajo.

Porque mi trabajo es entregársela, con cuerpo, contrato y todo, mantenerla con vida hasta que cumpla su propósito y luego desaparecer de nuevo en la oscuridad.

Porque es una mujer con la que tengo una deuda sin que ella lo sepa, y eso lo complica todo de formas que no puedo permitirme.

En lugar de decir nada de eso, estiro el brazo, toco la radio y la apago. La música estaba baja antes. El silencio es más seguro.

Ella lo deja pasar. Conducimos el resto del camino en silencio.

Su edificio de apartamentos aparece más adelante. Pequeño. Viejo. Bastante limpio, por lo que alcanzo a ver. Me detengo junto al bordillo y pongo el SUV en punto muerto.

Ella echa mano de la manilla de la puerta, pero luego hace una pausa. —Gracias —dice.

Las palabras golpean con más fuerza de la que deberían. La gente no me da las gracias. Me temen. Me obedecen. Me maldicen cuando me alejo. No me dan las gracias.

—¿Por qué? —pregunto.

—Por... por todo esto —dice, haciendo un gesto vago—. El viaje. El... escoltarme. Asegurarse de que no me perdiera en ese laberinto de casa.

—Es mi trabajo —digo.

—Aun así es algo que ha hecho usted.

No sabe qué más he hecho hoy. No conoce el sonido que hace un hombre cuando se le rompe la rótula. o cómo se notan los dientes bajo el puño cuando ceden, o lo fácil que es llegar demasiado lejos si relajas el control sobre ti mismo aunque solo sea una fracción.

No sabe que mis manos pasaron de la cara de un deudor a la manilla de su puerta con solo un lavado de por medio.

Esboza una sonrisa fugaz y sale del coche.

Vigilo hasta que entra en el edificio. Por costumbre. Asegúrate de que el activo entre en la caja fuerte antes de marcharte.

Solo cuando la puerta principal se cierra tras ella, me alejo del bordillo.

La distancia es buena. La distancia es necesaria.

Ella no es mía como para protegerla.

No me pertenece en absoluto.

Pertenece a un contrato. A una familia. A un futuro del que no formo parte.

Pero mientras conduzco de vuelta hacia la mansión, con los nudillos punzando, sé una cosa con una claridad incómoda:

Si Dimitri decide que ella es algo más que un trato firmado... si decide que es un juguete…, no podré quedarme de brazos cruzados.

Y solo ese pensamiento es más peligroso que cualquier enemigo al que me haya enfrentado jamás.

11

NORA

La puerta de mi apartamento no está cerrada con llave. Eso es lo primero.

Lo segundo es que ni siquiera está cerrada del todo; solo está apoyada contra el marco, dejando ver una fina franja de oscuridad.

Me detengo. De repente, el pasillo se siente demasiado silencioso. Sigo con las llaves en la mano. No recuerdo haberlas sacado.

—¿Lena? —llamo, empujando la puerta con el pie—. ¿Te has olvidado de...?

Las palabras se despeñan por un precipicio.

Está en el suelo.

Mi cerebro tarda un segundo de más en procesarlo. En un latido, registro sus calcetines, su pelo, la forma extraña en la que tiene doblado el brazo. Al siguiente, me pongo en movimiento.

—¡Lena!

Me dejo caer de rodillas con tal fuerza que golpean contra la madera. El dolor me recorre las piernas y se desvanece al instante bajo la marea de pánico.

—Lena, oye... oye, cariño, despierta.

Tengo las manos en sus mejillas, en sus hombros. Su cabeza se ladea. Sus pestañas ni siquiera tiemblan. Su piel está demasiado fría y demasiado caliente al mismo tiempo. Pegajosa, húmeda de sudor. Su respiración va fatal: pequeños jadeos rápidos que nunca llegan a llenar sus pulmones. Tiene la camiseta pegada al pecho.

Oh, Dios mío.

No.

No, no, no.

Busco torpemente mi teléfono, con los dedos torpes y entumecidos, con el pulgar ya deslizándose para marcar el 112...

—Nora.

Doy tal salto que casi se me cae el teléfono.

Nick aparece de repente. En un segundo, solo estamos Lena y yo y el zumbido en mis oídos; al siguiente, él está agachado al otro lado de ella, como si hubiera salido de la pared.

No he oído la puerta. No he oído sus pasos. Solo su voz. Baja, firme, cortando de raíz el pánico.

—¿Cómo...? —Se me cierra la garganta—. No se despierta.

No hace preguntas. No me dice que me calme. No pierde el tiempo fingiendo que todo va bien. Desliza sus brazos bajo ella con un cuidado sorprendente, levantándola como si no pesara nada. Para ser un hombre tan enorme, es... delicado. Una mano bajo sus hombros, otra bajo sus rodillas, sosteniéndola contra su pecho. La cabeza de ella cae contra él, inerte.

—Al hospital —dice, sin vacilar, sin dudar; solo es una orden con la que la realidad está de acuerdo—. Ahora.

Sigo con el teléfono en la mano. Me lo meto en el bolsillo y cojo mi bolso con dedos temblorosos, siguiéndolo fuera del apartamento en modo automático.

El pasillo se emborrona. Las escaleras se emborronan. Soy vagamente consciente de que las puertas se entreabren a nuestro paso, de ojos curiosos que asoman y luego se cierran de golpe al ver la cara de Nick.

Fuera, el aire es cortante y frío. Tumba a Lena en el asiento trasero como si fuera de cristal, y yo me subo a su lado, acunando su cabeza en mi regazo.

—Quédate conmigo —susurro, apartándole el pelo húmedo de la frente—. Vamos, Len, abre los ojos. Te estás perdiendo *The Great British Bake Off*, y nunca te lo pierdes...

Se me quiebra la voz. Tengo que tragar saliva con fuerza antes de que puedan salir más palabras.

Nick se desliza en el asiento del conductor, arranca el SUV y sale con un estallido de velocidad controlado. Conduce como hace todo lo demás: concentrado, eficiente, totalmente enfocado en el objetivo.

Los semáforos en rojo pasan a ser sugerencias. Se abre paso entre el tráfico con la calma de alguien que ha hecho esto antes. Rápido, pero nunca de forma descuidada. El motor gruñe. Mi corazón va a mil.

Sujeto la mano de Lena y la aprieto. Sus dedos se agitan una vez. Me aferro a eso como si fuera un clavo ardiendo.

—Quédate conmigo —murmuro—. Por favor. Quédate conmigo. No le he entregado mi útero a la mafia rusa para que me dejes tirada ahora.

Es un chiste terrible. Un chiste horrible y espantoso. Mi voz tiembla tanto que apenas parece la mía.

Pero es algo. Y la conozco. Si me oye, pondrá los ojos en blanco.

La entrada del hospital aparece delante, demasiado rápido y no lo suficiente. Nick detiene el SUV de un tirón y sale del coche antes de que yo me haya quitado el cinturón. Para cuando salgo a trompicones, ya tiene a Lena de nuevo en sus brazos.

—¡Ayuda! —grito al irrumpir por las puertas—. ¡Necesitamos ayuda!

El personal de urgencias corre hacia nosotros al instante. El caos conocido. Las luces fluorescentes conocidas. Las preguntas conocidas de triaje que he hecho cien veces y que ahora me cuesta responder a través de la niebla.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—No lo sé —digo—. La... la encontré en el suelo hace unos diez minutos, ella... ella tiene leucemia, está en tratamiento, su médico es...

Ya la están pasando a una camilla. Colocándole monitores. Cantando códigos que me revuelven el estómago aunque conozco este lenguaje. Precisamente porque conozco este lenguaje.

Nick se queda a mi lado, una presencia oscura y sólida mientras la gente pulula alrededor de Lena. Podría ser un muro. O un arma. Nadie le pide que se mueva.

Se la llevan hacia las puertas dobles. Hago amago de seguirlos.

Una enfermera me sujeta del brazo. —Tiene que esperar aquí fuera —dice, amable pero firme—. Iremos a buscarla en cuanto podamos.

Mi cuerpo quiere protestar. Mi cerebro, la parte que sigue funcionando como enfermera, sabe que tiene razón.

Me detengo. Las puertas se cierran. Lena desaparece al otro lado.

La adrenalina se drena de mis músculos de golpe. Siento que las rodillas me van a fallar. Me aferro al respaldo de una silla de plástico como si fuera la barandilla de un precipicio.

Nick se acerca más, sin tocarme, pero lo suficientemente cerca como para que pudiera estirar la mano y agarrarme a él si lo necesitara. El azul de sus ojos tiene ahora menos hielo y más tormenta. Está intentando mantenerse distante. Puedo verlo. Hombros rectos, mandíbula tensa, rostro inexpresivo.

No lo está consiguiendo.

Me doy cuenta de golpe... de lo profunda y profundamente extraño que es este momento.

Mi hermana está detrás de esas puertas, luchando por su vida.

Y la persona que está a mi lado es un sicario de la Bratva.

Ni un enfermero, ni un amigo, ni un familiar.

Un hombre que tenía los nudillos magullados de dar una paliza a alguien hace unas horas.

Un hombre que ha llevado a Lena como si fuera de azúcar soplado.

El tiempo se deshilacha. Los minutos se estiran, se pliegan sobre sí mismos, se repiten. Mi mente gira en círculos horribles: ¿Y si es el final? ¿Y si he llegado demasiado tarde? ¿Y si el ensayo no sirve de nada porque ella nunca llega a tiempo?

No sé cuánto tiempo pasamos allí antes de ver al Dr. Avery bajando por el pasillo. Su cara me lo dice todo antes de que abra la boca. Obligo a mis piernas a mantenerse rígidas para no desplomarme.

—Está estable —dice, con las manos ligeramente levantadas como si intentara calmar a un animal salvaje—. Por ahora.

Las palabras caen pesadas y no resultan ni de lejos lo bastante tranquilizadoras.

—Pero, Nora... —Exhala. Cansado. Triste—. Esto es exactamente de lo que le advertí.

La habitación se inclina. Agarro la silla con más fuerza.

—Si va a meterla en el ensayo, tiene que ser ya —continúa—. Es decir, hoy mismo. Podemos empezar los trámites de preingreso en la próxima hora si está preparada.

Preparada. Como si alguien en la Tierra estuviera jamás preparado para esto.

Detrás de mí, siento más que oigo a Nick moverse. Un cambio en el aire, en la tensión. Casi había olvidado que seguía allí. Parece que hace eso, se desvanece en el fondo hasta que lo necesitas, y luego aparece justo donde vas a caer.

Me giro hacia él. —Debería irse —digo.

Él entrecierra ligeramente los ojos. —Me quedo.

—No. —Niego con la cabeza. El movimiento se siente demasiado grande, demasiado lento—. Esto es por mi hermana. No por su... jefe, ni por el acuerdo. Tengo que encargarme de esto sola.

Por un segundo, no se mueve. Nos miramos fijamente. Yo, deshecha y temblando; él, tranquilo en la superficie con algo afilado debajo. Podría insistir. Podría decir que esto ahora afecta a la inversión de su jefe, que debería estar aquí. Podría imponer un rango que ni siquiera entiendo.

No lo hace. Asiente una vez. El movimiento más pequeño y cortante. Una aceptación. Antes de alejarse, mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña tarjeta. Blanca, lisa. Sin logotipo. Solo un número de teléfono escrito con tinta negra y clara.

Me la tiende. —Mi móvil —dice—. Si necesita cualquier cosa, llame.

La cojo con los dedos entumecidos. La tarjeta se siente demasiado ligera para el peso del ofrecimiento.

—Gracias —susurro.

Me sostiene la mirada un latido más. Hay algo en su expresión que no alcanzo a leer. Frustración, quizá. Preocupación. Arrepentimiento.

Entonces, las persianas vuelven a cerrarse tras sus ojos. Se da la vuelta y se marcha.

En el momento en que se va, siento la forma de su ausencia como si faltara una pared.

Me vuelvo hacia el Dr. Avery. —Puedo pagar —digo.

Él levanta las cejas. —Nora, solo el pago inicial...

—Puedo pagarlo —repito, con más fuerza—. Empiece lo que tenga que empezar. Métala en el ensayo. Por favor.

Él vacila. Puedo ver la pregunta en sus ojos: *¿Cómo?*

Puedo sentir la respuesta quemándome en el bolsillo: un cheque con más ceros de los que he visto nunca. Dinero que huele a sangre y a poder y a cosas que no quiero nombrar.

No pregunta. Se limita a asentir. —De acuerdo. Empezaré con el papeleo. Alguien vendrá a hablar con usted sobre la logística.

Se aleja, sacando ya su teléfono, llamando ya a alguien que cambiará el historial de Lena de protocolo estándar a ingreso en el ensayo clínico.

Me desplomo en la silla más cercana. Las manos me tiemblan tanto que la tarjetita que me ha dado Nick vibra entre mis dedos. Me quedo mirándola.

Su número.

El dinero del contrato.

La firma que puse en esas páginas.

Todo se siente demasiado grande. Demasiado pesado. Como si estuviera equilibrando un yunque sobre un palillo.

Pero Lena va a tener su oportunidad. Por ahora, eso es suficiente.

Cierro la mano sobre la tarjeta, apretándola contra mi palma como un pequeño e inesperado salvavidas. Luego enderezo la

espalda y me preparo para firmar cualquier formulario que me pongan delante.

He tomado mi decisión.

Ahora tengo que vivir con ella.

12

NICK

Debería haberme quedado.

El pensamiento me acompaña durante todo el camino de vuelta a la mansión, como un zumbido bajo e inoportuno bajo la piel.

No tiene sentido. Es irracional. Peligroso. He hecho lo que se suponía que debía hacer: llevarla a casa sana y salva. Luego hice lo que nadie me ordenó: llevar a su hermana al hospital y esperar allí hasta que los médicos se hicieron cargo.

Después me fui.

Ese debería ser el final de la historia.

Pero no lo es.

Para cuando cruzo las puertas de hierro, ya he borrado cualquier rastro de esos pensamientos de mi rostro. Aparco, apago el motor y me quedo sentado un momento en silencio.

Inhalo. Exhalo.

Bajo control.

Salgo y subo los escalones de piedra. Los guardias de la puerta asienten. Yo les devuelvo el gesto. Todo es normal. Rutinario.

Dentro, la casa es la mezcla habitual de dinero y amenaza. Las voces flotan desde las habitaciones interiores, risas con un matiz

afilado. Alguien está viendo un partido de fútbol en la sala de estar. Oigo los gritos del comentarista, el rugido de la multitud.

Nada de eso me afecta.

Recorro los pasillos familiares hasta el despacho de Dmitri y llamo una vez.

—¡Entra! —grita—.

Paso al interior. Está tras su escritorio con una copa en la mano, sin la americana y con la corbata floja. Tiene los ojos demasiado brillantes. Está en uno de sus «buenos» humores.

Esos son peores que los malos.

—¿Y bien? —pregunta, llevándose el vaso a los labios—. ¿Ha aceptado?, ¿está todo solucionado?

—Sí —respondo—. Como se acordó, estará en la clínica por la mañana.

Él sonríe tras el borde del vaso, engreído y satisfecho. —Sabía que cedería. Todas lo hacen cuando el fajo de billetes es lo bastante gordo.

Todas. Como si las mujeres que toman decisiones imposibles fueran todas iguales. Como si la desesperación fuera un rasgo de la personalidad.

Se termina la copa y la deja con un leve tintineo, rodeando el escritorio con andares de estar en un escenario.

—Es una cosita mona —dice con voz perezosa y repugnante—. Delicada. Suave. No imagino por qué iba a esconder un cuerpo así bajo el uniforme de enfermera.

Los músculos de mi mandíbula se tensan. Me obligo a relajarlos.

Él se da cuenta de todos modos.

Una sonrisa lenta y maliciosa se extiende por su rostro. —¿A qué viene esa mirada, Volkov?

—A nada —digo. Mi voz suena inerte—. Ha hecho una pregunta. Yo he respondido.

—Mmm —da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal, como si probara hasta dónde puede presionar—. Porque he visto cómo estaba usted junto a ella antes. Como si estuviera custodiando algo valioso.

—Custodio lo que usted me ordena custodiar.

Se ríe, una carcajada fuerte y fingida. —No mienta. Lo he visto en sus ojos. La quiere.

Por un segundo, el mundo se estrecha. Esa parte de mí que reacciona ante los insultos, las amenazas y los desafíos —esa parte antigua e intacta— quiere mostrar los dientes. Quiere recordarle por qué la gente no me habla así.

Estrangulo ese impulso.

—No quiero nada que sea suyo.

—Esa es la cuestión —dice, acercándose tanto que puedo oler su colonia y el alcohol de importación de su aliento—. No es mía. No del todo. —Me da un golpecito con el dedo en el pecho, justo sobre los ojos tatuados en mi piel—. Es de la Bratva.

Se me tensa la espalda. Él se echa un poco hacia atrás, disfrutando de la tensión como si fuera la luz del sol.

—Y ahora que ha firmado ese contrato —continúa, y su sonrisa se vuelve perversa—, su cuerpo nos pertenece. Lo que significa que puedo tomar lo que quiera, como yo quiera.

Una furia gélida me recorre las costillas. —Está aquí para gestar un niño —digo, y pronuncio cada palabra lenta, precisa, cortante—. Nada más.

Su sonrisa se ensancha, afilada como la de un tiburón. —Y si decido que quiero algo más —pregunta en voz baja—, ¿quién me lo va a impedir?

Cierro los puños antes de poder evitarlo. Me duelen los nudillos, la piel se tensa sobre los cortes recientes. Aún puedo sentir el crujido de los huesos de hace un rato, del hombre que pensó que podía retrasarse con el pago.

Dmitri ve mis puños, ve la tensión en mis hombros y, en lugar de retroceder, parece complacido. Así es él. Le gusta hurgar en las jaulas para ver qué clase de monstruo se lanza contra los barrotes.

—Eso es lo que pensaba —dice—. Si la quiero, la cogeré. Con contrato o sin él. Con acuerdo o sin él. ¿Una mujer así? Hará lo que se le diga. Especialmente con una hermanita enferma para mantenerla a raya.

No se equivoca en cuanto al chantaje.

Se equivoca de lleno si cree que voy a consentir que la utilice de esa manera.

Por un momento, mi visión se tiñe de negro por los bordes. Un pensamiento atraviesa la bruma, limpio y letal:

Como la toque, lo mato.

El mero pensamiento es una traición. Lo aplasto. La desobediencia es la muerte. La rebelión es la ejecución.

Todo soldado de la Bratva lo sabe hasta la médula.

Y desear algo que pertenece a la familia, querer protegerlo por razones que no tienen nada que ver con las órdenes, eso es peor que ambas cosas.

Así que entierro la furia capa por capa. Años de disciplina se asientan sobre ella como el hormigón.

Mi voz, cuando surge, es de hielo. —¿Algo más, jefe?

Me estudia un momento más, como si tratara de decidir hasta dónde puede presionar antes de que algo estalle.

Luego resopla. —Vete. Ya me he hartado de mirarte.

13

NORA

Para cuando llego a casa, el cielo está completamente oscuro y el pasillo frente a mi apartamento huele a alguien que ha quemado palomitas, ha entrado en pánico y luego simplemente... lo ha aceptado como una opción de estilo de vida permanente.

Estoy tan cansada que siento los huesos huecos.

Pero Lena está estable. El papeleo del ensayo ya ha empezado. Por primera vez en meses, hay un hilo de esperanza, fino y deshilachado, que me impulsa hacia adelante.

Hago malabares con el bolso y las llaves en la puerta, con el estómago rugiendo y el cerebro susurrándome ya palabras dulces sobre sobras calentadas al microondas y sobre cómo voy a estampar la cara contra la almohada.

Entonces me doy cuenta. Mi puerta está entornada. Apenas un par de centímetros. Quizá menos. Lo suficiente como para que el cerrojo definitivamente no esté echado.

Me detengo tan rápido que las llaves tintinean. Antes nos hemos ido con prisas. Yo estaba en pánico. Nick llevaba a Lena. Es posible, totalmente posible, que olvidáramos cerrarla. Que yo olvidara cerrarla.

Mentira razonable para uno solo, por favor.

—Vale —murmuro por lo bajo—. Teníamos prisa. Estás cansada. No seas dramática…

Empujo la puerta con la punta del dedo.

La mentira muere al instante.

Mi apartamento está... destrozado. Decir que lo han saqueado se queda corto. Saqueado es lo que pasa cuando todavía puedes reconocer tu sofá. Esto es otra cosa. Algo más colérico.

La mesa de centro está de lado, con una pata astillada. Han vaciado los cojines del sofá y el relleno está desparramado como extraños intestinos de pelusa. Mi pequeña y barata estantería está volcada; los libros de bolsillo están esparcidos por todas partes, como si hubieran intentado huir y no lo hubieran conseguido.

El aire se me queda atascado a mitad de la garganta.

Alguien ha estado aquí.

No solo aquí. Furioso. Violento. Con intención.

Entro con las piernas temblorosas porque, al parecer, todos mis instintos de supervivencia se han tomado la noche libre.

—Nora —me susurro a mí misma—, esta es la parte de la película de terror en la que te marchas.

No me marcho. Camino con cuidado entre cristales rotos. La cocina está peor. Las puertas de los armarios cuelgan abiertas como bocas bostezantes. Los platos están hechos añicos en el suelo, formando islas blancas y puntiagudas. Han sacado uno de los cajones por completo y le han dado la vuelta; los cubiertos están desperdigados por doquier. El cubo de la basura está volcado y su contenido mancha las baldosas.

—Genial —murmuro con voz vacilante—. Me encanta lo que ha hecho con la decoración.

El corazón me late con tanta fuerza que lo noto hasta en las encías.

El baño: el espejo está rajado justo por la mitad, con grietas en forma de tela de araña. Han arrancado la cortina de la ducha, rompiendo las anillas; todo el conjunto yace hecho un montón como un fantasma desplomado.

Respiro demasiado rápido. Pienso en Lena, en lo cerca que he estado de perderla hoy. Pienso en Dmitri, en la forma en que me

miró, como si fuera una mercancía que ya poseyera.

Pienso en Nick, en sus nudillos magullados, en su violencia silenciosa.

Siento el aire enrarecido. Como si intentara inhalar a través de una pajita.

Mi dormitorio es lo último. Me quedo en el umbral un segundo, con la mano apoyada contra el marco, como si pudiera sostenerme con una sola palma. Entonces miro.

La colcha de mi cama está hecha jirones. No solo rota: triturada, con largos tajos que atraviesan la tela, dejando al descubierto el relleno y la guata. Mi mesilla de noche está de lado, con el cajón fuera y vacío. La lámpara yace destrozada a su lado, con la bombilla rota.

Hay papeles por todas partes. Mi correo. Viejas nóminas. Notas. Extractos del seguro. Parece que alguien hubiera cogido mi vida a puñados y la hubiera lanzado al aire solo para verla caer.

Y en medio del caos, como el ojo de una tormenta, está la cosa más espantosa que he visto en mi vida.

Mi copia del contrato de gestación subrogada.

Está extendida sobre la cama, alisada como si alguien se hubiera tomado su tiempo. Un grueso círculo rojo rodea mi nombre, Nora Korolova, una y otra vez hasta que la tinta ha calado la página.

Y en la parte inferior, con el mismo rojo violento, una sola palabra:

JAMÁS.

El corazón me da un vuelco tan fuerte que me duele. Durante un segundo, no puedo moverme. No puedo parpadear. El único sonido que oigo es el rugido en mis oídos.

Entonces mi mirada se desliza hacia la izquierda. Allí, sobre mi almohada, hay un zapatito de bebé. Diminuto. De cuero blanco. Del tipo que compras para las fotos de Instagram y los primeros pasos y los abuelos.

Solo que este ha sido sumergido en una pintura roja tan espesa que todavía gotea. Regueros rojos bajan por los lados, empapan la funda de la almohada de algodón, se acumulan sobre la sábana.

Parece sangre.

Se me revuelve el estómago. Un sonido se me escapa antes de que pueda evitarlo. No es una palabra. Ni siquiera un grito propiamente dicho. Solo un ruido arrancado directamente de la parte aterrorizada de mí que aún, estúpidamente, pensaba que podría estar a salvo en su propia casa.

Tropiezo hacia atrás y me golpeo la cadera contra el marco de la puerta. Me llevo las manos a la boca como si pudiera volver a meter el miedo hacia dentro por la fuerza.

Alguien ha estado aquí.

Alguien lo ha revisado todo.

Alguien ha tocado mi cama. Mis cosas. Mi vida.

Alguien sabe lo del contrato.

Alguien me está advirtiendo de que lo sabe.

Alguien me está diciendo que no.

Nada de niños.

Nada de tratos.

Apoyo la espalda contra la pared y me deslizo unos centímetros hacia abajo; mis rodillas de repente no están seguras del propósito de su existencia. Mi cerebro empieza a lanzar preguntas, salvajes e inútiles.

¿Ha sido la familia rival que mencionó Nick?

¿Ha sido alguien vinculado al pasado de mi padre?

¿Ha sido alguien del bando de Dmitri, intentando controlarme?

¿Por qué el zapato?

¿Por qué la pintura?

¿Por qué esa palabra?

El teléfono es una piedra pesada en mi bolsillo. Siento los dedos entumecidos mientras lo saco. El zapatito de bebé gotea y una mancha roja cae sobre el borde del contrato.

Me equivoco al desbloquear la pantalla dos veces antes de lograr abrir mis llamadas recientes. Solo hay un nombre en el que puedo pensar. Una persona que tiene alguna posibilidad de lidiar con... esto.

Mi pulgar duda un momento. Luego presiono.

El tono de llamada apenas termina de sonar la primera vez antes de que se conecte la llamada.

14

NICK

El teléfono suena tarde. Lo bastante como para que todos mis instintos estén ya en alerta.

Números desconocidos, llamadas ocultas; esas puedo ignorarlas. Los hombres saben que no deben molestarme sin un motivo.

Su nombre en mi pantalla, *Nora*, es una clase de alarma distinta.

Respondo al primer tono. —Dime.

Ella no habla. Solo oigo su respiración. Entrecortada, irregular, golpeando el micrófono con ráfagas violentas. Pánico. Cerca de la hiperventilación.

—Nora —mi voz sale más tajante de lo que pretendía—. Habla.

Por un segundo, creo que se va a desmoronar al otro lado de la línea. Entonces, sus palabras salen atropelladas.

—Nick… tienes que volver. Por favor. Solo… por favor, ven.

Sin explicaciones. Sin detalles. Solo miedo.

Me asesta un golpe directo en el estómago.

Ya me estoy moviendo antes de que se corte la llamada. Llaves. Pistola. Chaqueta. El trayecto desde mi habitación hasta el garaje es pura memoria muscular.

No debería moverme tan rápido. No debería importarme tanto. No debería dejar que su voz me atravesara como una hoja afilada.

No lo hagas.

Lo hago.

El motor ruge al cobrar vida. Salgo del camino de entrada quemando rueda, los neumáticos agarrándose al asfalto con fuerza suficiente para chirriar. La ruta hasta su edificio se me quedó grabada a fuego desde la primera vez que la dejé allí. Esta noche, la recorro más rápido.

Las farolas pasan veloces en líneas blancas. Me duelen los nudillos sobre el volante. Repaso escenarios en mi cabeza mientras conduzco. Todos terminan mal para alguien.

Su edificio está demasiado tranquilo cuando aparco. Sin sirenas. Sin luces de emergencia. Sin vecinos curiosos cotilleando en el aparcamiento.

Bien. O mal. Demasiado pronto para saberlo.

Subo las escaleras de dos en dos. Ella me espera en el umbral de su puerta cuando llego arriba. Pálida. Temblando. Con el teléfono apretado en la mano como si estuviera estrangulándolo. Tiene los ojos demasiado abiertos, las pupilas dilatadas y el pelo un poco revuelto, como si se hubiera pasado las manos por él y se hubiera olvidado de parar.

Parece pequeña. No parece destrozada.

Todavía.

Me detengo a su lado y miro tras ella hacia el interior del apartamento. La rabia llega antes que el pensamiento.

El lugar es un desastre. Muebles volcados. Cristales hechos añicos. Cajones vaciados. Cojines rajados, con el relleno por todas partes. Alguien ha arrasado su vida y se ha asegurado de que ella viera cada rincón. Un trabajo sucio.

Entro, hablando en voz baja. —Quédate ahí.

No discute. No me sigue. Solo se abraza a sí misma y apoya el hombro contra el marco de la puerta como si lo necesitara para mantenerse en pie.

Recorro el espacio como he recorrido tantas escenas del crimen. Con los ojos escudriñando, catalogando. Cocina: armarios abiertos, platos rotos, basura volcada. Baño: espejo agrietado, cortina en el suelo.

El dormitorio.

Me detengo en el umbral.

La cama destrozada. Los papeles esparcidos.

El contrato con su nombre rodeado en rojo. La palabra *NUNCA* garabateada de un lado a otro en la parte inferior.

Y el zapato de bebé sobre la almohada, empapado en rojo.

Pintura. No sangre. Mi nariz conoce la diferencia.

No importa.

El mensaje es tan claro que hasta un niño podría leerlo.

NUNCA.

Nunca tengas a este bebé. Nunca trabajes para ellos. Nunca olvides que alguien te está vigilando.

Se me tensa la mandíbula tanto que siento un crujido en la sien. Tras las costillas, la furia estalla dura y pura. A diferencia de la rabia de Dimitri, ruidosa y caótica, la mía arde fría. Concentrada. Me agudiza la visión, el oído. Hace que los bordes del mundo corten.

Una familia rival, muy probablemente. Gente a la que llevamos meses rondando. Han estado buscando una forma de herir a los Morozov sin tocar el núcleo.

La han encontrado.

Tomo aire con fuerza. Obligo a mis piernas a moverse. La emoción hace que maten a la gente. Podré regodearme en ella más tarde, cuando alguien esté gritando en una silla frente a mí.

Ahora mismo, tengo un trabajo.

Me vuelvo hacia el pasillo. Ella sigue allí, a medio camino entre las sombras. Sus ojos saltan a mi cara como si intentara leer mi veredicto.

—¿Has cambiado de opinión? —le pregunto.

Frunce el ceño. —¿Qué?

—El contrato —señalo con la cabeza hacia el dormitorio—. ¿Me has llamado porque te echas atrás?

El asombro cruza su expresión, rápido y ardiente. —No.

Bien.

Su voz ha temblado, pero la respuesta no. Tiene miedo, está conmocionada, de pie entre las ruinas de su vida, y aun así la primera palabra que sale de su boca es *no*.

—Alguien no quiere que hagas esto —digo. Mi tono permanece plano, sin revelar nada—. Esta es una forma de enviar ese mensaje.

Traga saliva con dificultad. —No me voy a echar atrás —dice de nuevo, esta vez con más fuerza—. No puedo. Lena necesita ese dinero.

La punzada en mi pecho se agudiza. Esto es lo que ella es: una mujer que se enfrentará a amenazas y destrozos y aun así priorizará la oportunidad de vivir de su hermana sobre su propia seguridad.

Es más tonta de lo que parece.

Es mejor de lo que cualquier habitante de esa mansión merece.

Quiero decirle que pare. Que ninguna cantidad de dinero vale tener una diana pintada en la espalda. Que este mundo no te deja marcharte una vez que sabe tu nombre.

Pero esas palabras no existen para hombres como yo. No en voz alta.

En su lugar, digo: —Coge tus cosas.

Parpadea. —¿Mis… cosas?

—Todas las que puedas reunir en cinco minutos —aclaro—. No te vas a quedar aquí.

Su mirada se desplaza más allá de mí, hacia el interior del apartamento, hacia el dormitorio. Hacia el zapato. Se estremece.

—¿A dónde vamos? —susurra.

—A casa de Dimitri —respondo—. Es segura.

No a salvo. No para ella. Pero menos accesible para quienquiera que haya hecho esto.

Asiente, entumecida, y entra. La sigo, quedándome cerca de la puerta, vigilando el pasillo a través de la mirilla y el resto de la estancia por el rabillo del ojo. Se mueve entre los escombros como alguien en un sueño, recogiendo lo que puede. Ropa del suelo, un marco de fotos que de algún modo ha quedado intacto, una libreta. Lo mete todo en una bolsa con manos temblorosas.

Cada pocos segundos, sus ojos se quedan clavados en la cama. En el zapato. En la palabra.

Bien. Que recuerde el riesgo. Que entienda que esto no es un juego.

Cuando termina, vuelve a mí, con la bolsa colgada al hombro y los hombros apenas un poco encogidos.

—Estoy lista.

Asiento una vez. —Mantente cerca.

Caminamos por el pasillo. Mi mano se cierne sobre mi arma. No sobre ella, todavía no, pero lo bastante cerca. Puedo sentir el edificio a nuestro alrededor: paredes finas, cerraduras baratas, demasiadas esquinas. Demasiados lugares donde alguien podría estar esperando.

Logramos salir. Bajamos las escaleras. Entramos en el SUV. Esta vez ella se desliza en el asiento del copiloto, apretando la bolsa contra su pecho. Arranco el motor y me alejo del bordillo.

El trayecto transcurre en silencio. Ella mira por la ventana con el rostro pálido bajo las luces de las farolas. Cada pocas respiraciones, sus hombros se sacuden como si intentara quitarse de encima la imagen de su dormitorio. Del zapato. De la palabra.

El pulso le late con fuerza en la garganta. Demasiado rápido. Miedo.

Mi propia respiración es constante. Demasiado constante. Cada inhalación es una cuenta atrás. Cada exhalación, un cierre sobre la rabia que se asienta en mi estómago como un cable de alta tensión.

Quienquiera que haya entrado en ese apartamento, quienquiera que haya pensado que podía poner sus manos sobre su vida para enviar un mensaje… también ha firmado algo esta noche.

No en papel.

Sino con sangre.

Cuando llegamos a la mansión, los guardias nos dejan pasar sin preguntar. Conocen mi coche. Mi cara. Mi trabajo.

Dentro, el ambiente cambia en el instante en que ven a Nora. Dimitri es el primero en verla, bajando las escaleras de uno de los pisos superiores. Se le iluminan los ojos, el interés se aviva, pero antes de que pueda abrir la boca y decir algo ante lo que tendré que controlar mi reacción, Leonid aparece tras él.

Ve su ropa, la forma en que sujeta su bolsa, el impacto todavía grabado en sus rasgos. Me mira a mí.

—Volkov —dice—. Te encargarás de ella. A tiempo completo.

Nora parpadea. —¿De mí…?

—Tu guardaespaldas —aclara Leonid, sin apartar los ojos de los míos—. Hasta que nazca el niño.

A Dimitri no le gusta esto. Puedo sentir su mirada clavada entre mis omóplatos. Que me asignen a ella deja algo claro: es importante. Protegida. Intocable de formas que a él no le divierten.

Inclino la cabeza. —*Da*.

Orden recibida. Cadenas apretadas.

15

NORA

El ala de invitados de la casa de los Morozov parece pertenecer a un universo distinto al del resto de la mansión. Ahí fuera, todo es mármol y amenazas. Puertas pesadas. Madera oscura. Hombres armados y con la mirada aún más fría.

Aquí dentro, el pasillo es... más silencioso. Más suave. Sigue siendo lujoso, pero al estilo de un hotel, en lugar del estilo de «herencia familiar y algún que otro asesinato». Paredes de color crema. Alfombras tupidas. Cuadros enmarcados que no parecen estar fulminándome con la mirada.

Nick camina medio paso por delante, tan silencioso como siempre, con las manos sueltas a los lados. Se mueve con la misma fuerza contenida de siempre, como si su cuerpo fuera un arma con el seguro puesto hasta que alguien le dé una razón para quitarlo.

Se detiene ante una puerta al final del pasillo y la abre, apartándose para dejarme pasar.

La habitación es grande. Más grande que todo mi apartamento, si soy sincera. Una cama de matrimonio XXL con un cabecero de terciopelo gris. Mesitas de noche a juego. Una cómoda que parece costar más que mi coche. Incluso hay una pequeña zona de estar junto a la ventana con dos sillas y una mesita, como si este fuera el

tipo de lugar donde la gente tiene tiempo para sentarse a leer por placer.

La colcha está lisa. Sin un solo rasguño. Intacta.

No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos las cosas intactas hasta este preciso momento.

Entro despacio, con el bolso colgando de la mano. —Vaya —digo, porque mi boca tiene el piloto automático puesto—. Así que este es el aspecto que tiene un mueble cuando no ha pasado por una pelea de bar.

Nick no reacciona. Ni siquiera un resoplido. Se queda cerca de la puerta, registrando la habitación como si buscara amenazas incluso aquí. Su mirada se detiene en las esquinas, el cierre de la ventana, la puerta del baño contiguo, las rejillas de ventilación.

Siempre evaluando. Siempre listo.

Camino hacia la cama y dejo el bolso, rozando con los dedos el suave cubrecama. Lena se reiría de esta habitación. Haría alguna broma sobre que por fin vivo como una princesa, y luego exigiría servicio de habitaciones y una tiara.

Pensar en su nombre es como pinchar una ampolla. La imagen de ella tendida en la cama del hospital cruza mi mente; los monitores pitando, la vía pegada con esparadrapo a su mano. La sensación de sus dedos lacios entre los míos cuando se desmayó en el suelo de casa.

El apartamento saqueado.

El zapatito de bebé.

La palabra: *JAMÁS*.

Me giro hacia Nick tan rápido que me mareo. —Lena —suelto de repente—. ¿Está ella...? Quiero decir, el hospital es seguro, pero si alguien encontró mi casa, si nos estaban vigilando, si nos siguieron hasta allí...

Mi voz sube de tono con cada «y si» hasta que prácticamente me estoy asfixiando con ellos.

Los ojos de Nick se clavan en los míos. Por un segundo, la tormenta en mi pecho se calma.

—Está en un hospital con seguridad y cámaras —me dice—. Y el médico de la Bratva ya está involucrado en sus cuidados por lo del

ensayo clínico. Pero pondré a alguien en su habitación. Un hombre nuestro. Las veinticuatro horas.

Sus palabras me golpean como si me quitaran un peso de encima. Mis hombros caen de alivio. —¿De verdad puedes hacer eso?

—Te acabo de decir que lo haré.

Cierto. Por supuesto. El mundo según Nick: si él lo dice, ya está medio hecho.

—Gracias —susurro. Lo digo con cada pedazo desgastado y frágil de mi ser—. De verdad... Muchas gracias.

Doy un paso hacia él antes de que mi cerebro reaccione. Por un estúpido e imprudente segundo, una parte traicionera de mí imagina acortar la distancia entre nosotros y abrazarlo. Solo un momento. Un apretón de agradecimiento. Contacto humano que no sea médico ni aterrador.

Él se pone rígido en cuanto me muevo. No es un retroceso visible. Solo... un sutil endurecimiento, como si alguien hubiera tirado de unas cuerdas dentro de su cuerpo.

Mis pies se detienen solos. Claro. Él no es de abrazos. Él es de nudillos rotos, amenazas y contratos.

Esa comprensión escuece más de lo que debería. Un pequeño dolor ardiente y avergonzado bajo el esternón. En su lugar, me rodeo con los brazos, frotándome los bíceps con las palmas como si tuviera frío.

—Perdona —digo a la ligera—. No pretendía invadir tu perímetro personal.

Él me observa fijamente. —Aquí estarás bien. La habitación es segura. Nadie entra sin pasar antes por mí.

Hay un extraño consuelo en eso. Asiento, intentando fingir que no soy repentinamente consciente de su tamaño, de la forma en que su cuerpo llena el umbral, de la absurda sensación de que, si algo viniera a por mí, él llegaría primero.

—Genial —digo—. Así que estoy en la jaula de oro más segura de la ciudad. ¿Me darán una tarjeta de puntos si sobrevivo los nueve meses? ¿Café gratis? ¿Un llavero?

La broma sale demasiado afilada, pero es mejor que el grito que todavía tengo enroscado en la caja torácica.

Él no se ríe. Por supuesto que no se ríe.

Por un instante fugaz, odio eso. Odio seguir haciendo esto, lanzando trocitos de humor como si fueran salvavidas mientras él se queda ahí parado, puro hielo y granito. Odio que me duela el pecho porque un hombre que se gana la vida rompiendo huesos ni siquiera es capaz de sonreír.

Contrólate, Nora. No estás aquí para flirtear con el guardaespaldas. Estás aquí porque tu hermana está enferma y has vendido tu vida para salvarla.

Me aclaro la garganta. —Bueno —digo, gesticulando vagamente —. ¿Me vas a hacer un recorrido? ¿Salidas de emergencia? ¿Simulacro de incendio? ¿Hay algún folleto sobre no dar de comer a los mafiosos?

Su mirada me recorre una vez, evaluando, quizá juzgando. —Estás cansada —dice—. Deberías dormir. Yo me ocuparé de tu hermana.

No es una sugerencia. Algo en mí se eriza ante la orden, pero el agotamiento me golpea al mismo tiempo, borrando cualquier réplica que pudiera haber tenido.

—Vale —digo en voz baja—. De acuerdo. Pero si recibes alguna novedad, ¿me lo...? —pregunto.

—Te avisaré.

Asiento con la cabeza. Siento un nudo en la garganta.

Él alarga la mano hacia la puerta.

—¿Nick? —suelto.

Se detiene con una mano en el pomo. —Dime.

—Ten cuidado.

Su expresión no cambia. —Siempre.

Y entonces se marcha, cerrando la puerta con un clic suave y de una certeza absoluta.

De repente, la habitación se queda demasiado silenciosa. Me quedo ahí de pie durante un largo rato, mirando la puerta, preguntándome por qué duele que se haya apartado de un abrazo que nunca llegué a darle.

Luego trato de quitármelo de la cabeza, me quito los zapatos y me subo a la cama. El colchón me traga como si fuera una nube.

Esto no tiene que ver con él. Esto no tiene que ver conmigo.

Esto tiene que ver con Lena.

Y si tengo que dormir en una jaula dorada custodiada por un hombre de hielo para mantenerla a salvo, pues muy bien. Lo aceptaré.

El techo se nubla mientras me escuecen los ojos. Parpadeo hasta que las lágrimas retroceden.

Nada de llorar. Ahora no.

Cojo el móvil y le envío un corazón a Lena, aunque sé que probablemente esté inconsciente y no lo vea hasta mañana.

Aun así, me hace sentir mejor.

Dejo el teléfono en la mesita de noche, me recuesto y me concentro en lo único que importa:

Está viva.

Está recibiendo tratamiento.

Va a tener una oportunidad.

Lo demás... ya lo resolveré más tarde.

16

NICK

Casi me abraza.

El pensamiento me irrita más de lo que debería mientras recorro el pasillo del ala de invitados; mis botas no emiten sonido alguno sobre la tupida alfombra.

Un momento antes, estaba temblando. Miedo, agotamiento, demasiadas cosas en un solo día.

Al siguiente, dio un paso hacia mí con esa mirada en el rostro. Dulce, agradecida, como si yo hubiera hecho algo más que lo mínimo indispensable.

Me he asegurado de que su hermana no muera en una cama de hospital desatendida. Eso no es amabilidad. Es gestión de riesgos.

Aun así, casi me rodea con sus brazos.

Corté la intención sin moverme. Ni siquiera hizo falta. Ella leyó la rigidez de mis hombros, la distancia en mis ojos. Se contuvo a tiempo.

Bien.

El contacto físico complica las cosas. El contacto físico te hace recordar que las personas son humanas. Blandas. Cálidas. Frágiles.

No necesito eso.

En su lugar, bromeó, llenando el espacio entre nosotros con humor barato y valentía impostada. Tarjetas de fichar. Mafiosos.

Jaulas de oro. Como si todo esto fuera algo de lo que podemos reírnos si nos esforzamos lo suficiente.

Me crispa. La situación no tiene ninguna gracia. Está en peligro. Lo de su apartamento fue un mensaje, no una travesura. Una familia rival conoce ahora su nombre, sabe que es valiosa. Saben que está vinculada a nosotros a través de ese contrato.

No hay nada en todo esto que merezca una broma.

Para cuando llego a la escalera que baja a la planta principal, tengo la mandíbula tan apretada que me duelen los dientes. No parecía estar tomándoselo lo suficientemente en serio. Ni el ataque a su casa, ni el hecho de que ahora viva en la boca del lobo, ni la idea de que alguien ahí fuera la quiere fuera del mapa con la intensidad necesaria para destrozar todo lo que posee.

Lanza chistes a su miedo como si fueran balas.

Eso funciona con gente que no es como yo.

Bajo por la escalera de servicio, la que utiliza el personal, y me dirijo primero a mi habitación. Cojo el teléfono seguro y marco un número que me sé de memoria.

El médico privado de la Bratva responde al segundo tono. —¿*Da*?

—Volkov —digo—. Usted tiene a la chica Cole.

—La paciente de leucemia —dice él. Se oye un crujido de papeles —. *Da*. Está estable. Por ahora. Se está tramitando el papeleo del ensayo clínico.

—Necesita un guardia en su habitación —digo—. Uno de nuestros hombres. Veinticuatro horas. Que nadie entre ni salga sin que él lo vea.

Una pausa. —¿Existe una amenaza específica?

—Sí.

No doy detalles. Él no pregunta. Lleva en este mundo el tiempo suficiente para saber que los pormenores solo son útiles si eres tú quien se encarga de ellos directamente.

—Yo lo organizaré —dice—. Esta misma noche.

—Envíeme por mensaje el nombre del hombre que asigne —le ordeno—. Si abandona su puesto, quiero saberlo antes de que termine de parpadear.

Otra pausa. —Entendido.

Cuelgo.

Primer paso dado.

Queda más por hacer, pero no esta noche. No sin plantear preguntas que no estoy preparado para responder.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y me dirijo al salón principal. Unas voces llegan flotando por el pasillo.

Dimitri y Ekaterina. Están discutiendo.

Debería seguir caminando. Esto no es asunto mío. Las peleas domésticas no son mi terreno, a menos que alguien me diga lo contrario.

Pero las palabras se oyen con más claridad al pasar ante una puerta abierta.

—... no se va a quedar aquí, Dimitri —sisea Ekaterina—. ¿Traes a tu puta a nuestra casa y esperas que sonría?

Me detengo. Nadie puede verme desde este ángulo. La puerta está entornada lo justo para dejar pasar el sonido.

Dentro, los veo al otro lado de una sala de estar. Dimitri camina de un lado a otro cerca del carrito de las bebidas, con una copa en la mano y el rostro encendido. Ekaterina está de pie junto a la chimenea, de brazos cruzados, con una postura rígida.

—Nadie ha dicho nada de que sonrías —espeta Dimitri—. Esto no tiene que ver contigo.

—¿Ah, sí? —le devuelve ella—. ¿De qué se trata entonces? ¿De su ego? ¿De su legado? ¿De su desesperada necesidad de demostrar que es un hombre, aunque sus nadadores no sepan a dónde ir?

Él se amilana. Ella golpea donde duele. Se lo reconozco.

—Esto se trata de la familia —gruñe él—. De un heredero. Usted vio las pruebas. Usted no puede...

—No te atrevas —escupe ella—. No te atrevas a decirlo como si te hubiera fallado a propósito. Como si hubiera roto algo por despecho. —Da un paso hacia él, con los ojos echando chispas—. Me casé contigo por una alianza, y tú te casaste conmigo por un útero. ¿Ahora vas a reemplazarme con una desconocida y pretendes que yo haga de anfitriona?

—No se trata de reemplazarte —dice él con desprecio—. Se trata de solucionar un problema.

Ekaterina se ríe. No es un sonido agradable.

—¿Cree que ella no será un problema? —pregunta ella—. Ha traído a esta casa a una enfermera joven, guapa y desesperada, y le ha entregado su futuro. ¿Cree que los viejos no hablarán? ¿Cree que la gente no se preguntará si ella es algo más que un recipiente?

Él pone los ojos en blanco. —Eres una paranoica.

—Te conozco —dice ella, bajando el tono a uno bajo y letal—. Tú no ves a personas, Dimitri. Ves juguetes. Y siempre rompes tus juguetes.

Él se queda inmóvil. El aire en la habitación cambia. Hay un momento en el que esto podría volverse violento. Me pongo en tensión, desplazando el peso hacia delante, listo para intervenir si hace falta. A Leonid no le haría ninguna gracia que yo permitiera que su heredero dejara inconsciente a su esposa en la sala de estar.

Dimitri aprieta la mandíbula, termina su bebida de un trago y golpea la mesa con el vaso vacío. —Ella está aquí para un solo trabajo —dice—. Gestar a mi hijo. Eso es todo. Después de eso, desaparecerá. Ella no es nada. Tú eres la esposa.

Ekaterina se planta justo delante de él, estirando el cuello para mirarle fijamente a la cara. No hay miedo en ella. Solo furia.

—Sigue diciéndote eso a ti mismo —dice ella en voz baja—. Pero escúchame, Dimitri. Escúchame con mucha atención.

Levanta una mano y le da dos golpecitos en el pecho con los dedos.

—Si se acerca a ella —dice, acentuando cada palabra como si fuera una maldición—, si la toca, si siquiera la mira como si fuera algo más que un útero de alquiler...

Se inclina hacia delante, con los labios cerca de su oído.

—Me encargaré de que no haya ningún bebé.

17

NORA

La mañana siguiente llega demasiado pronto. Sobre todo porque apenas he dormido. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a ver mi apartamento. Los cajones abiertos de un tirón, los cojines destripados, mi vida hecha jirones como si hubiera ofendido a alguien personalmente. Los olores a basura volcada y detergente derramado y algo metálico que podría haber sido sangre.

El zapato sobre mi almohada.

El círculo rojo alrededor de la palabra *JAMÁS*.

Lo oigo como un latido. *Jamás. Jamás. Jamás.*

Y cuando no es eso, es Lena escurriéndose entre mis brazos como una muñeca de trapo, con la piel demasiado pálida, con la respiración demasiado débil, mientras yo gritaba su nombre e intentaba recordar cada protocolo que me habían enseñado.

Mi cerebro no se desconectaba. Mi cuerpo se rindió primero, hundiéndose en breves y agitados microsueños que no me daban nada parecido al descanso.

Cuando llaman a la puerta, no estoy del todo segura de haber dormido en algún momento.

Un golpe seco en la puerta de la habitación de invitados. Eficiente. Controlado.

Nick.

—Clínica.

Solo eso. Nada de *buenos días*. Ni un *¿cómo estás después de que alguien te haya aterrorizado?*. Ni un *¿cómo está tu hermana?*.

—Sí —digo con voz ronca—. Ya voy.

Llevo ya media hora sentada al borde de la cama, totalmente vestida con los vaqueros y el jersey de ayer, con mi bolsa preparada de nuevo con las pocas cosas que sobrevivieron al desastre. Mi vida es ahora una bolsa de deporte y un puñado de decisiones tomadas presa del pánico.

Me miro en el espejo. Parezco... funcional. Siempre y cuando nadie me inspeccione los ojos de cerca. El aroma a lavanda todavía se aferra ligeramente a mi piel por el gel del baño de invitados. El olor me golpea como un recuerdo de seguridad. Me aferro a él.

Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo.

Cojo mi bolsa y abro la puerta. Nick está en el pasillo, ancho y sólido, con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Sus ojos me recorren. Rápido, eficiente, evaluando. Sin detenerse. Sin suavidad. Pero aun así lo suficiente como para que mi piel se caliente.

—¿Lista?

Nada de saludos. Nada de ternura. Solo negocios.

—Todo lo que puedo estarlo —digo, intentando parecer animada y quedándome en algún punto cercano al *colapso mental pero intentando dar lo mejor de mí*.

Se da la vuelta sin comentar nada y me guía escaleras abajo.

El heredero y su esposa están esperando junto a la puerta principal. Él lleva otro traje carísimo que parece haber sido confeccionado directamente sobre su ego. Su expresión es de suficiencia por defecto, como si el mundo le hubiera prometido personalmente un desfile para más tarde.

Ekaterina está detrás de él con una blusa color crema y una falda de tubo, con la boca tensa y los ojos recorriéndome como si fuera una mancha en un sofá que se arrepiente de haber comprado.

—Buenos días —digo, porque mi madre me enseñó a ser educada incluso con las pesadillas.

Dmitri sonríe como un lobo enseñando los dientes. —¿A que sí? Es un gran día.

La presencia de Nick a mi espalda es lo único estable en la habitación.

—Sí —logro decir—. Un gran día.

Nos subimos al SUV. Dmitri en el asiento del copiloto, Nick conduciendo, Ekaterina y yo atrás. Nadie habla. Nadie finge hacerlo.

Entrelazo los dedos en mi regazo. Respiro. *Inspiro. Espiro. Inspiro. Espiro.*

Esto es por Lena.

Cada paso invasivo. Cada humillación. Cada aterradora incertidumbre.

Cuando nos detenemos ante la clínica, la visión del edificio casi me hace caer de rodillas. He cruzado estas puertas mil veces como enfermera. La que ayuda. La que mantiene la calma. Nunca las he cruzado como paciente.

Los ojos de la recepcionista se agrandan cuando nos ve. —Nora —suelta, levantándose tan rápido que su silla rueda hacia atrás—. Nos han dicho que te hiciéramos pasar directamente. La doctora Rajani te está esperando.

Los pacientes de la sala de espera levantan la vista. Hacia la sombra alta del hombre que hay detrás de mí. Hacia la pareja elegantemente vestida que irradia dinero y una energía de *no hagas preguntas*.

Bajo la cabeza mientras el personal nos escolta por el pasillo. El ala de exámenes huele a limpiador de limón y antiséptico. Normalmente, el aroma me tranquiliza. Hoy, me parece un reloj de cuenta atrás.

—¡Nora! —La doctora Rajani sale de una sala de exploración, sonriendo cálidamente al verme. Viste un pijama sanitario azul marino, lleva el pelo recogido en un moño tirante, la viva imagen de la calma organizada—. Gracias por venir tan rápido. Sé que esto es... mucho.

—Podría decirse que sí —murmuro.

—He revisado tus resultados —dice, levantando una tableta—. Tu LH está elevada, lo que indica que tu pico de ovulación está ocurriendo ahora mismo. La ecografía confirma la preparación folicular. Es el momento perfecto para la IA.

Parpadeo. —¿Esta mañana?

Asiente. —Se ha solicitado que realicemos las pruebas diagnósticas inmediatas en cuanto llegaras. Todo coincide exactamente. Si te sientes cómoda procediendo, deberíamos empezar hoy.

Hoy.

Porque por supuesto que tiene que ser hoy.

No esperaba que fuera tan rápido. No esperaba que nada de esta pesadilla fuera rápido, excepto quizá la parte en la que mi vida se despeña por un precipicio.

Mi mirada se desvía instintivamente hacia el pasillo. Nick está allí, evaluando a todo el que pasa. El heredero y su mujer cuchichean detrás de él con Caroline. La sonrisa de ella es frágil; tiene los ojos nerviosos.

Pero no tengo elección, ¿verdad?

Porque cada minuto que dudo es un minuto que Lena no tiene.

Y se me han acabado los minutos.

Por supuesto que el papeleo está hecho. Por supuesto que todo se ha allanado entre bastidores. El dinero habla, y el crimen organizado grita.

Mi mirada se dirige a la pequeña ventana de la puerta de la sala de exámenes. Nick está en el pasillo, con los brazos cruzados y la mirada en constante movimiento. Dmitri y Ekaterina están más atrás, hablando en voz baja con Caroline. La sonrisa de mi jefa parece forzada. Tiene los ojos un poco demasiado brillantes.

—Está bien —digo con la garganta apretada—. Hagámoslo.

La doctora Rajani me aprieta el brazo. —Lo vas a hacer genial. Cuidaremos de ti de maravilla.

Dejo que me guíe al interior. Los movimientos familiares me resultan irreales. Cuelgo mi bolsa en el gancho, me desnudo, doblo la ropa sobre la silla. Me pongo el fino camisón de algodón que se cierra por detrás. La tela es suave pero inútil contra el frío de la sala.

Entra otra enfermera. Hannah. Ha trabajado conmigo docenas de veces, pero hoy no se atreve a mirarme a los ojos.

—Una vía aquí —murmura, limpiando el hueco de mi codo con una gasa—. Ya conoces el procedimiento.

—Sí —digo, intentando que mi voz suene ligera—. Yo doy este discurso todo el tiempo, ¿recuerdas? «Puede que sientas algo de presión, calambres, una ligera molestia...».

Mi intento de humor cae con un ruido sordo y débil.

Hannah tuerce el gesto. —Estarás bien. Estás en las mejores manos.

Me pega la vía con un poco más de suavidad de la necesaria. Cuando se aleja, la oigo murmurar por lo bajo a otra enfermera fuera: —Nunca había visto un ciclo aprobado tan rápido.

Hay una sutil advertencia en la forma en que lo dice.

Otra voz responde: —Bueno, no hagas preguntas si aprecias tu trabajo.

Se me encoge el estómago.

Nos movemos rápido. Más rápido de lo que deberíamos. Se supone que debería haber semanas de inyecciones, niveles de hormonas controlados, folículos medidos. En cambio, vamos directos a la inseminación artificial porque mi cuerpo resulta estar en fecha y su dinero quiere que se haga ya.

El rostro de Lena vuelve a cruzarse por mi mente. Seis meses, quizá, si no hacemos esto. Seis meses y luego...

Me recuesto en la estrecha camilla, con el corazón acelerado, mirando el techo blanco y estéril. El monitor emite un pitido rítmico para contrarrestar mi propio pulso errático.

La anestesista entra, alegre y diligente. —Te sentirás adormecida —dice tranquilizadoramente mientras conecta la sedación—. Como si te estuvieras quedando dormida en una siesta agradable. Cuando te despiertes, todo habrá terminado.

—Vale —susurro.

—Piensa en algo bonito —añade—. Algo que te haga sentir segura.

Imagino a Lena en la vieja hamaca que solíamos tener en el patio, envuelta en una manta, con el pelo hecho un desastre mientras lee algún libro de fantasía. El olor a lavanda del arbusto que plantó mi madre bajo la ventana. El peso de un bebé que nunca he conocido, que nunca conoceré, pero que ya se siente como una promesa.

El mundo se suaviza por los bordes.

Mientras me quedo dormida, lo último que veo es el brillo frío del instrumental de acero alineado en una bandeja.



CUANDO ME DESPIERTO, NOTO UN DOLOR DIFUSO EN LA PARTE BAJA DEL abdomen. No es agudo, simplemente... está ahí. Una presión. Un recordatorio de que algo se ha tomado, algo ha comenzado.

—Lo has hecho genial —dice Hannah, ajustándome la manta—. De manual.

Me da vueltas la cabeza, pero logro forzar una sonrisa torcida. —Siempre supe que sería el caso favorito de alguien.

Suelta una risita suave. —Te vigilaremos un rato, luego podrás vestirte e irte. La doctora Rajani está muy satisfecha.

Bien. Siempre y cuando alguien lo esté.

Los minutos se desdibujan. Constantes vitales comprobadas. Agua bebida a sorbos con una pajita. Finalmente, la habitación deja de inclinarse tanto cuando me incorporo. Me vuelvo a poner mi ropa, moviéndome un poco más despacio de lo habitual, con las manos temblando lo justo para tener que abrocharme los botones dos veces.

No ha dolido. En realidad no. No ha sido traumático. Solo... irreal.

Como ver la vida de otra persona desde dentro de su cuerpo.

Cuando salgo al pasillo, todos están esperando. Dmitri y Ekaterina están juntos como un anuncio del «antes» en una lección de moral. Él parece ansioso; ella parece que preferiría estar literalmente en cualquier otro lugar. Nick está contra la pared cercana con esa misma postura de brazos cruzados que grita *ni se os ocurra intentar nada*. Sus ojos pálidos se fijan en mí de inmediato, escaneando mi cara, mi postura, mi forma de caminar.

—Ha ido bien —digo, alisándome el pelo con timidez. Debo de tener un aspecto normal, pero me siento como si me hubieran dado la vuelta—. La inseminación ha tenido éxito. Y ahora toca esperar y ver.

Dmitri sonríe, todo dientes y arrogancia. —Bien. Esperemos que tu cuerpo sea tan cooperativo con el resto.

Mi estómago da otro vuelco, esta vez más fuerte. La mandíbula de Nick se tensa. Solo un pequeño movimiento del músculo cerca de su oreja.

Abro la boca, sin saber si voy a responder con calma o a decirle a Dmitri dónde puede meterse su esperanza, pero no tengo la oportunidad.

—Nora ya no se quedará más en la casa —anuncia Ekaterina.

Parpadeo. —¿No... lo haré?

—No es seguro —dice con dulzura, con una mirada a su marido que podría hacer sangrar—. No podemos tener a mi marido y al potencial próximo heredero bajo el mismo techo. Demasiado riesgo. Demasiadas variables. Demasiadas... tentaciones.

Su mirada me recorre, fijándose en cómo me queda el jersey, en cómo mi mano descansa inconscientemente sobre mi abdomen. No hay nada allí. No hay barriga, ni prueba tangible. Pero sus ojos se oscurecen de todos modos, como si ya hubiera decidido que hay una amenaza.

La expresión de Dmitri se agria, pero no la contradice.

—Te trasladarán a otro lugar —continúa ella, con voz suave como el cristal—. A algún sitio más tranquilo. Neutral. A partir de ahora. Nick te llevará de vuelta a la casa para recoger tus cosas. Un coche aparte vendrá a buscarnos para otra cita.

Neutral.

Trago saliva. —Entiendo. Por supuesto. Lo que todos piensen que es mejor.

Su sonrisa se vuelve más afilada. —No se trata de lo que todos piensen que es mejor. Se trata de lo que mantiene a mi familia segura.

El énfasis en el *mi* es un cuchillo entre mis costillas. Una mujer despechada es muchas cosas, pero sutil no suele ser una de ellas.

Algo frío se instala en mi estómago, bajo el calor residual de la sedación. Si Ekaterina ya me odia tanto ahora, antes incluso de que haya un embarazo confirmado, ¿cómo va a tratar al bebé cuando lo haya? ¿Le guardará rencor? ¿Me lo guardará a mí? ¿Tratará al niño

como a un premio o como a una amenaza? ¿Lo mantendrá sobre la cabeza de Dmitri como una amenaza o cerrará el puño alrededor de él como un torno?

He visto a mujeres desesperadas por tener un bebé. Las he visto llorar de alegría ante un latido en una pantalla. Las he visto hundirse cuando un ciclo falla. También he visto la soberbia. Gente que piensa que un niño es solo otro accesorio que se les debe.

Ekaterina parece del tipo de personas que no aceptan la pérdida con elegancia.

Mi mano se desplaza inconscientemente hacia mi abdomen. Todavía no hay nada ahí. Ni un aleteo. Ni un latido. Ni una promesa.

Pero pronto. Pronto podría haberlo.

Y de repente, no estoy segura de dónde existe, exactamente, la seguridad.

18

NICK

Está callada durante el trayecto de vuelta a la casa. No es el silencio habitual de Nora, ese que está lleno de bromas nerviosas, comentarios suaves y movimientos constantes en el asiento, como si intentara llenar el silencio a base de pura personalidad. Solo la conozco desde hace poco en este contexto, pero ya sé lo suficiente para reconocer esa faceta suya.

Esto no es eso. Este silencio es... pesado. Un silencio de reflexión. Un silencio de preocupación. De ese tipo que se repliega sobre sí mismo y empieza a carcomerse por dentro.

Está sentada con los hombros ligeramente encorvados, las manos entrelazadas en el regazo y los pulgares frotándose uno contra otro en círculos, como si intentara deshacer el pánico por fricción. Tiene la mirada fija en el parabrisas, pero sus ojos no ven realmente la calle. Están en otra parte. En la clínica, en los comentarios de Dimitri, en la sonrisa de Ekaterina, en la habitación de un hospital con una hermana pequeña conectada a demasiadas máquinas.

Casi puedo oír cómo le chirrían los pensamientos. La cara de suficiencia de Dimitri cuando le preguntó si su cuerpo se mostraría *colaborativo*. El modo en que Ekaterina casi enseñó los dientes al decir *mi familia*.

Y debajo de todo eso... Lena.

Siempre Lena.

Aprieto el volante y el cuero cruje bajo mis manos. No debería importarme. Mi trabajo es sencillo. Proteger el activo. Seguir órdenes. Mantener a Dimitri vivo el tiempo suficiente para que ocupe el trono que le espera. Los sentimientos lo complican todo.

Pero la imagen de Nora, pálida y ensangrentada en urgencias, cruza mi mente; el olor a lavanda abriéndose paso entre el metal y el antiséptico, con sus ojos como lo único que me mantenía consciente. El recuerdo está grabado a fuego en mi interior, tatuado en mi piel.

Me importa, a pesar de todo.

Salimos de la clínica y nos incorporamos al tráfico. Me sumerjo en el ritmo habitual: comprobar los espejos, vigilar el flujo de coches, trazar rutas de salida, catalogar amenazas. Lo veo todo sin que parezca que estoy mirando nada.

Estamos a dos manzanas de la mansión cuando Nora finalmente habla. —¿Puedes llevarme a ver a Lena?

Su voz suena firme en la superficie, pero noto el matiz áspero que subyace. La súplica que no se permite pronunciar en voz alta.

Normalmente, a alguien en su posición le diría que se lo pidiera al jefe o a Dimitri. La cadena de mando existe por una razón, y yo no hago desvíos no autorizados con objetivos de alto valor.

Pero nada en esta situación es normal, y Nora dejó de ser una civil corriente en el segundo en que estampó su firma en aquel contrato.

—Sí —digo sin vacilar—. Coge tus cosas y vamos.

Hay un instante de silencio y luego la oigo exhalar, de forma temblorosa pero aliviada.

—Gracias —dice en voz baja—. Por... por llevarme.

No respondo. No hay ninguna respuesta adecuada que no acabe sonando a algo más de lo que es. En su lugar, tomo el giro hacia el largo camino de entrada de la mansión, aminorando la marcha ante las puertas para que las cámaras capten bien mi rostro y la matrícula. Los guardias nos dan paso con un gesto. Me detengo cerca de la entrada principal y pongo el coche en punto muerto.

—Dos minutos —digo.

Ella asiente y sale sin rechistar. Se mueve con más cuidado de lo habitual, un poco más despacio, y sé que está dolorida por el procedimiento aunque no se haya quejado. Desaparece en el interior y la puerta principal se cierra tras ella.

Me quedo en el asiento del conductor, con el motor en marcha. Las ventanillas subidas. Los ojos escudriñando. Hay hombres por la propiedad. De los nuestros. Un par en la puerta, uno cerca de la entrada lateral, otro caminando despacio por el césped, fingiendo consultar algo en su móvil. Forman parte de la rotación habitual, pero su postura es hoy un poco más tensa.

Vuelvo a pensar en el apartamento saqueado. En el hecho de que alguien lograra acercarse tanto a ella una vez. Si lo hicieron una vez, pueden volver a intentarlo.

Mis dedos tamborilean una vez sobre el volante y luego se quedan quietos.

Vuelve a salir en menos de cinco minutos con un bolso pequeño colgado del hombro. Su rostro está sereno, pero noto cómo duda en el escalón superior, mirando hacia la casa como si fuera a la vez un escudo y una jaula. Ve que la observo y se yergue, apretando una mano en la correa.

—Lista —dice, abriendo la puerta del copiloto.

Asiento y nos alejo de la casa, tomando la ruta que finalmente nos llevará al hospital.

Hemos avanzado quizá un kilómetro cuando se produce el cambio. Lo veo primero en el retrovisor. Un sedán gris. Cuatro puertas. Cristales tintados. Nada del otro mundo por sí solo; hay mil coches que parecen exactamente iguales en esta ciudad.

Pero este sale de una calle lateral un instante demasiado tarde. Se sitúa en nuestro carril. Deja un poco menos de distancia entre nosotros de la que dejan la mayoría de los conductores. Cuando cambio de carril para adelantar a un coche más lento, el sedán cambia un segundo después. Con suavidad. Con naturalidad.

Demasiada naturalidad.

Mantengo el rostro inexpresivo. Hago una prueba. Reduzco la velocidad unos diez kilómetros por hora.

El sedán también la reduce.

Acelero, metiéndome en un hueco entre dos coches.

Él hace lo mismo un momento después, acortando la distancia de nuevo.

Los músculos de mis hombros se tensan, subiendo hacia el cuello. El cuero cruje suavemente bajo mi agarre.

Alguien nos está siguiendo.

Nora no se ha dado cuenta. Mira de frente, pero su reflejo es nítido en el cristal de la ventanilla lateral. Ojos distantes, boca apretada en una línea fina, dedos flexionándose y relajándose sobre sus rodillas.

Exhalo una vez, de forma lenta y controlada, y tomo una decisión. No vamos a ir al hospital. Todavía no. Primero, nos desharemos de la cola y descubriremos quién nos está dando caza.

—Nora.

Se sobresalta ligeramente y sus ojos se dirigen a mi perfil. —¿Sí?

—No mires atrás —le digo—, pero nos están siguiendo.

Durante un segundo, se limita a mirarme sin comprender. Luego, las palabras cobran sentido. Sus manos se apoyan con fuerza sobre el asiento, agarrando la tapicería con tanta intensidad que se le ponen los nudillos blancos. Su respiración se entrecorta, se detiene y luego se reanuda demasiado rápido.

—¿Estás..., estás seguro? —susurra.

Arriesgo otra mirada al espejo. El sedán sigue ahí. Todavía demasiado cerca. Todavía demasiado constante.

—Sí —digo—. Estoy seguro.

El aire en el coche cambia. Es como si la presión bajara de repente y todo se volviera más nítido. El zumbido del motor, el siseo de los neumáticos sobre el asfalto, el claxon lejano de algún coche. Cada sonido se vuelve más fuerte, más claro.

Por el rabillo del ojo, veo cómo Nora traga saliva. Su mirada se desvía hacia la ventanilla lateral y luego vuelve al frente, tal como le he dicho. Su voz, cuando suena, es muy débil.

—¿Qué hacemos?

No aparto los ojos de la carretera. Mi pulso es constante, incluso cuando la adrenalina se desliza por mis venas como el hielo.

——Alguien viene detrás de nosotros —digo—. Y no es que haya salido precisamente a dar un paseo dominical.

Flexiono los dedos sobre el volante, calculando rutas en mi cabeza, patrones de tráfico, puntos de congestión.

El mundo a nuestro alrededor pasa de tenso a peligroso en un solo latido.

19

NORA

Si salgo viva de esta, voy a escribir una carta de queja muy severa a quienquiera que inventase la adrenalina. Porque, al parecer, una vez que el sistema nervioso entra en modo «pánico y quédate ahí», no tiene ni idea de cómo calmarse.

—No mires atrás —dice Nick, en un tono bajo y frío que resulta absolutamente inútil como consejo.

Sigo mirando atrás. El sedán gris que nos sigue está demasiado cerca. Gira cuando giramos. Reduce la velocidad cuando nosotros lo hacemos. Cada vez que pasamos un semáforo, ellos también lo pasan.

La parte racional de enfermera de mi cerebro lo etiqueta con calma: persecución sospechosa. Riesgo alto. Respuesta de lucha o huida activada.

El resto de mi ser no para de gritar.

Nick aprieta las manos en el volante.

—El cinturón.

—Lo llevo puesto —respondo, pero me sale una voz aguda y débil—. ¿Seguro de que nos están siguiendo? Quizá sea solo... una coincidencia rara, como cuando te cruzas con la misma persona en el supermercado y...

Me lanza una mirada de reojo. Cierto. No es el momento para analogías.

—Agárrate —dice en su lugar.

¿A... qué, exactamente?

La respuesta: a lo que sea que tenga a mano, porque al segundo siguiente, da un volantazo brusco a la derecha. El SUV da una sacudida al girar que me hace sentir como si acabáramos de salirnos del borde del planeta. El hombro se me estampa contra la puerta. Se me escapa un sonido ahogado. Definitivamente no es un grito. Es más bien una... inhalación similar a un grito.

Detrás de nosotros, el sedán intenta seguirnos. Lo intenta.

Nick se mete por el estrecho hueco entre un camión de reparto aparcado y una fila de barreras de obra naranjas, esquivando ambos por lo que parece ser el grosor de un cabello humano.

El sedán duda. Entonces suena un claxon, chirrían los neumáticos y alguien grita algo creativo y profano por la ventanilla.

—Estás loco —logro decir, agarrando el asidero de seguridad con tanta fuerza que me duelen los dedos.

—Vivo —me corrige—. No loco.

Debatible.

Acelera por una calle lateral en la que nunca me había fijado. Estrecha, mal pavimentada, flanqueada por viejos edificios de ladrillo y escaleras de incendios que parece que no se han inspeccionado desde la Guerra Fría.

Me giro en el asiento. El sedán aparece en la entrada del callejón unos segundos después, tarde y desequilibrado, y luego desaparece tras una furgoneta de reparto que intenta girar.

Salimos a una zona con más tráfico. Nick no reduce la velocidad. Serpentea entre los coches con una eficiencia implacable, apurando los ángulos, usando vehículos más grandes como cobertura visual, sin elevar la voz ni una sola vez.

Por fin consigo dar algo parecido a una bocanada de aire. —¿Haces esto a menudo? —pregunto cuando siento que mis órganos ya han vuelto más o menos a su sitio.

Él vuelve a comprobar el retrovisor y luego las calles laterales. —Lo suficiente.

—Genial. Me alegro por ti. —Mi risa suena temblorosa—. Yo prefiero el tipo de día en el que lo más aterrador es que se pierda un resultado de laboratorio o que se rompa la cafetera.

No responde. El silencio se asienta, denso, cargado de miedo residual y del ruido del motor.

Tras unos cuantos giros más y un minuto largo y tenso en el que se asegura de que hemos despistado a nuestra sombra, levanta el pie del acelerador. No del todo. Solo lo suficiente para que no sienta que mis huesos traquetean dentro de mí.

—Estamos limpios —dice finalmente.

Me hundo en el asiento, sintiendo que todos mis músculos intentan disolverse a la vez. —Vale —susurro, sabiendo que *no* vamos a poder ver a Lena después de todo esto—. Entonces... ¿al piso franco ahora?

—No.

Esa palabra suena como un portazo.

Me incorporo un poco. —¿Por qué no?

Él mantiene la vista en la carretera. —Si nos han tenido a la vista el tiempo suficiente para seguirnos, puede que también conozcan el piso franco. No llevamos los problemas a nuestra propia puerta.

Lógicamente: justo.

Emocionalmente: ahora mismo me gustaría mucho tener cuatro paredes de hormigón y una cerradura reforzada.

—Entonces, ¿cuál es el plan B? —pregunto—. No me digas que es «conducir toda la noche y esperar a que se aburran».

—Un hotel.

La palabra me produce una sensación extraña en el estómago. De repente soy muy consciente de que él es la única persona en este coche, de que yo soy la otra única persona en este coche, y de que mis decisiones vitales últimamente han sido... intensas.

—Un hotel —repito—. ¿En plan de los de registrarse y dormir y pedir patatas fritas al servicio de habitaciones? Porque podría ponerme a llorar por un servicio de habitaciones.

Un músculo se tensa en su mandíbula. —No de ese tipo.

Ah. Claro.

Por supuesto, su versión de «hotel» no es la torre lujosa con albornoces de cortesía y jaboncitos. Probablemente sea el tipo de lugar donde la máquina de hielo está encantada y la alfombra ha presenciado crímenes.

Conducimos durante más tiempo del que resulta cómodo, cruzando barrios donde las farolas están más separadas y los edificios parecen cansados. La ciudad se va desdibujando a nuestro alrededor. Letreros de comida rápida. Vallas publicitarias. Una licorería con rejas en las ventanas.

Finalmente, entra en el aparcamiento de un edificio achaparrado de dos plantas con un letrero de neón parpadeante que dice *MOTEL* y, con optimismo, *LIBRE*.

Las luces zumban. La pintura de las puertas se está desconchando. Una planta de plástico en la ventana de la recepción se ha dado por vencida.

—Veo que no has reparado en gastos —murmuro.

—Se paga en efectivo y es anónimo —dice—. Eso es lo único que importa.

Nos bajamos. El aire huele a gases de escape, a tabaco rancio y a ese limpiador de cítricos artificial que usan en los baños de las gasolineras. Dentro de la recepción, un hombre mayor tras el mostrador levanta la vista de una minúscula televisión donde ponen un concurso. Me mira a mí primero —leggings, cárdigan, cara de preocupación— y luego a Nick.

Nick no hace aspavientos. No le mira con dureza. Simplemente está ahí, todo volumen silencioso y ojos gélidos.

Es suficiente.

La mirada del recepcionista baja de golpe hacia el libro de registro como si este le hubiera insultado personalmente. —¿Efectivo?

—Sí —dice Nick con voz baja—. Una noche.

El tipo empuja el libro hacia delante sin pedir nombres. Sin cámaras. Sin escáner de identidad. Solo una habitación de tres por tres que bien podría tener un cartel que dijera: *NO SABEMOS QUÉ ES HACIENDA.*

Nick desliza los billetes por el mostrador. El recepcionista los cuenta, coge una llave y la deja caer con un tintineo.

—La última habitación —dice—. Por la vuelta. La número doce.

Finjo que mi corazón no hace nada raro ante la frase *última habitación*.

Fuera, caminamos por el pasillo sombrío. Un televisor atruena tras una puerta. Alguien ríe demasiado alto tras otra. La voz de una mujer llega desde el fondo, aguda e irritada.

La habitación doce está cerca de la esquina. Nick la abre y empuja la puerta.

El olor es lo primero que me golpea. Humo de cigarrillo viejo, aire viciado y un fuerte intento de usar limpiador de limón por encima.

Lo segundo: la cama.

Una cama. Solo una.

De matrimonio, quizá. El edredón tiene un estampado de espirales apagadas que pudieron ser azules alguna vez, en otra vida. Hay una cómoda atornillada al suelo, una mesa minúscula, dos sillas que no conjuntan, una puerta del baño que no cierra del todo y cortinas raídas.

No es... el peor sitio en el que he estado jamás.

Pero es, definitivamente, una situación de una sola cama.

Me quedo allí un instante de más, con los pensamientos rebotando en mi cabeza entre un *esto está bien* y un *esto no está nada bien*.

Nick pasa por mi lado y echa un vistazo rápido a la habitación. Esquinas, rejillas, baño, cierres de las ventanas; luego se acerca a la cama como si fuera un mueble cualquiera.

—Yo dormiré en el suelo.

Por supuesto que lo hará.

—Vale —digo rápido, posiblemente demasiado rápido—. Sí. Eso... tiene sentido. Bien. Al suelo entonces.

Nora, ¿qué te pasa?

Estoy balbuceando. Me oigo balbucear y no puedo parar.

—Es solo que... —señalo la cama con la mano—. Tú eres alto. La cama no. Valoro tu columna vertebral. Pero si insistes en ser un

mártir, no voy a pelearme contigo por ese colchón de dudosa reputación.

Su boca apenas se mueve. No es una sonrisa. Es más bien como si su cara reconociera que el humor existe en algún lugar del universo. Coge mi bolso de la entrada y lo deja sobre la cama.

—Cierra la ventana del baño —dice—. Iré a por el resto al coche.

En cuanto la puerta se cierra tras él, suelto un suspiro tan fuerte que parece que me desinflo.

El minúsculo baño no ofrece mucho en qué distraerse. Azulejos agrietados, un espejo con óxido en los bordes, una cortina de ducha que prefiero no mirar de cerca. Cierro la ventana, tal como me ha dicho, y me echo agua fresca en la cara.

Mi reflejo se ve... cansado. Los ojos grises demasiado grandes, sombras púrpuras debajo, pecas que resaltan en una piel un tono demasiado pálida.

—Oye —le susurro a mi propio reflejo—. Has sobrevivido a hoy. Has conseguido que Lena entre en el ensayo. Has escapado de una persecución en coche. No has llegado a vomitar en el SUV de este hombre. Vamos a contar eso como una victoria.

Se oye un golpe suave fuera, como si algo se hubiera caído.

Me quedo helada.

Sigue otro ruido. Un raspado leve, grava contra grava. Se me acelera el pulso.

Me acerco a la puerta, me inclino, escucho.

Nada.

Un aliento.

Y entonces...

¡BANG!

Un disparo.

20

NICK

La habitación está lo bastante limpia. No según los estándares normales, sino según los de supervivencia. Cuatro esquinas. Dos salidas si cuentas la ventana del baño. Sin cámaras. Los vecinos están demasiado absortos en su propia mierda como para que les importe nada.

Vale.

Dejo el bolso de Nora sobre la cama y vuelvo al todoterreno a por el resto. Dos macutos. Un botiquín de primeros auxilios. Una pistola que no puedo dejar que vea.

Fuera hay silencio. Demasiado. El aire es denso y huele a asfalto viejo y a desinfectante de motel. Un perro callejero ladra en algún lugar detrás de los contenedores.

Abro el maletero…

BANG.

Un chasquido agudo restalla en el aparcamiento.

No es un disparo. Es una explosión en un tubo de escape.

Un Honda viejo, con óxido alrededor de los guardabarros y un escape que tose como si se estuviera muriendo.

Me doy cuenta de todo eso al instante.

Nora no.

La puerta de la habitación se abre de par en par. Es una mancha borrosa —pequeña, rápida, aterrorizada— antes de que sus manos choquen contra mi pecho y su cuerpo se estrelle contra el mío. Su respiración es entrecortada, de pánico, cálida contra mi clavícula. Sus dedos se cierran en puños sobre mi chaqueta como si estuviera dispuesta a abrirse paso a través de ella.

Por un segundo, se me olvida cómo respirar.

—Nora —digo en voz baja—. Es solo un coche.

Está temblando. No de forma dramática ni ruidosa, es solo un leve temblor bajo su piel que puedo sentir porque está tan pegada a mí que el latido de mi corazón debería estar golpeando contra sus costillas.

Levanta el rostro. Sus ojos —grises, muy abiertos, frenéticos— se clavan en los míos.

Y algo cambia. La gravedad. El aire. La forma en que me mira, como si yo fuera lo único sólido en un mundo por el que se está despeñando.

Se me levanta la mano, sin permiso, y le toca la cintura. Afianzándola. Sosteniéndola. Quizá manteniéndola cerca un segundo más de lo necesario.

Se le corta la respiración.

Se inclina…

O quizá lo hago yo.

No importa. Estamos tan cerca que puedo oler la lavanda bajo la lejía del motel. Tan cerca que una pulgada más, un suspiro, y…

Parpadea.

La realidad se interpone de golpe entre nosotros como un muro.

Se aparta tan rápido que el aire se enfría entre nosotros antes de que mi mano caiga.

—Yo…, lo siento…, el coche —balbucea, apartándose un rizo detrás de la oreja aunque no tiene ni un pelo fuera de su sitio—. Pensé que era… ya sabes. Cosas de… pistolas.

Cosas de pistolas.

Madre mía.

No me río. Casi lo hago. —Ha sido una explosión del tubo de escape.

—Cierto. Sí. Obviamente —su voz se vuelve más aguda—. Lo sabía perfectamente. Es solo que mi sistema nervioso… no estaba de acuerdo.

Sigue aturdida, intentando reconstruir su dignidad molécula a molécula, cuando su mirada se engancha en mi cuello. Concretamente, en la franja de tinta que asoma por debajo del cuello de la camiseta.

Arquea las cejas. Lentamente. —¿Así que ese tatuaje…?

Espero.

—…da miedo —termina—. Da miedo incluso para un guardaespaldas.

Me quedo mirándola.

Hace una mueca de inmediato. —Quiero decir, no miedo en el mal sentido. Solo es intenso. Transmite mucha… energía de «miro a la gente desde las sombras».

—Es un tatuaje —digo.

Abre la boca, luego la cierra y asiente como si estuviera de acuerdo consigo misma y se odiara simultáneamente.

—Buena charla —masculla.

Nos quedamos en el umbral en un silencio tan incómodo que podría embotellarse y venderse como sustancia controlada.

Me aclaro la garganta. —Adentro.

Retrocede, casi tropezando con sus propios pies en su apuro por obedecer. La sigo al interior y cierro la puerta.

La cama individual ocupa la mayor parte del espacio. Ella la mira como si fuera una bomba activada. Dejo mi macuto en el suelo a su lado, saco una manta doblada y la extiendo sobre la moqueta, cerca de la pared.

—¿De verdad vas a dormir en el suelo?

—Sí.

—Porque la cama es demasiado pequeña para ti.

—Sí.

—Y no porque creas que en secreto soy una acaparadora que te robaría todas las mantas.

La miro.

Se sonroja. —Vale. Solo comprobaba.

Se sube a la cama, sentándose con las piernas cruzadas y las manos retorciendo el dobladillo de su jersey. No me mira. Probablemente tenga miedo de que la incomodidad cobre vida y la estrangule.

Apago la luz principal. La habitación queda sumida en la tenue luz amarilla de la lámpara barata. Ella se acomoda. Yo me acomodo. Dos personas fingiendo no ser conscientes de cada respiración que da la otra.

Me tumbo boca arriba, mirando al techo. ¿Cuánto va a durar esto? ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? Compartiendo espacio con una mujer que me salta a los brazos ante los ruidos fuertes. Que me mira como si yo pudiese ser su ancla. Que casi me besa porque su miedo y mi instinto chocaron en la oscuridad.

Esto va a ser un infierno. Uno diferente al que estoy acostumbrado. Más silencioso. Más peligroso.

De los que se te acercan sigilosamente cuando no estás mirando.

Cierro los ojos. Y me pregunto cuánto tiempo podré aguantar esto antes de que algo se rompa.

Probablemente yo.

21

NORA

Tres semanas y media. Veinticinco días escondida en habitaciones prestadas y durmiendo con una pistola apuntando a la puerta. No la mía, obviamente, porque no tengo pistola, sino la de Nick, que guarda en la mesilla de noche como si fuera una lámpara decorativa.

Veinticinco días sintiéndolo a él en *todas partes*. Sus pasos silenciosos. Su forma de comprobar cada cerradura dos veces. La manera en que se sienta entre cualquier puerta, cualquier ventana o cualquier ruido y yo.

Veinticinco días preocupándome por Lena, aunque por fin está en tratamiento y va bien... bueno, todo lo bien que puede estar alguien en un ensayo clínico.

Veinticinco días esperando a que algo cambie.

Y hoy, algo ha cambiado.

Me he despertado con náuseas. No solo un poco de malestar. No del tipo de *vaya, el café ha sido una mala idea*.

No. Es del tipo de *oh, Dios, lávate los dientes despacio y no hagas movimientos bruscos*. De ese tipo en el que tragar aire de forma incorrecta parece una amenaza. De ese en el que el estómago me da vueltas y vuelcos cada vez que solo pienso en comida.

Me incorporo, respirando superficialmente por la nariz. El minúsculo dormitorio del piso franco está en penumbra. Huele a detergente y al tenue aroma cítrico de la vela que compré para que no pareciera tanto un búnker. La luz del amanecer se filtra suave y grisácea.

Espero. A veces las náuseas se pasan.

Hoy, no.

—Genial —susurro, frotándome la frente—. Fantástico. Me encanta que me pase esto.

Camino en silencio hasta el baño y enciendo la luz. Me hace entrecerrar los ojos. Apoyo las manos en los bordes fríos del lavabo y me quedo mirando mi reflejo. Pálida. Las pecas más marcadas. El pelo enredado después de dormir. Ojos cansados.

Y entonces bajo la vista... hacia mi vientre. Plano, todavía.

Pero mi regla se ha retrasado dos días.

He sido regular toda mi vida. Como un reloj. El tipo de regularidad que daría envidia a un calendario lunar.

Dos días de retraso no son un accidente. Dos días de retraso son una señal. Dos días de retraso significan...

Se me cierra la garganta. Abro el cajón y saco la pequeña bolsa de papel marrón que he mantenido escondida durante semanas. Dentro hay tres test de embarazo de la clínica. Los cogí el día de la inseminación porque sabía que estaría demasiado nerviosa para comprar ninguno más tarde.

Ahora, reposan en mis palmas como pequeños explosivos. Me tiemblan las manos.

—Vale —susurro—. Sabías que esto podía pasar. Sabías que este era el objetivo. Tomaste una decisión.

Desenvuelvo el test. Inspiro.

Y entonces me lo hago.

Cinco agónicos minutos después, vuelvo al pequeño salón. Nick está exactamente donde lo dejé. Sentado en el sillón de la esquina, un monolito silencioso de músculo y autocontrol, limpiando uno de sus cuchillos con la parsimoniosa precisión de alguien que hace eso como la gente normal teje.

No levanta la vista. Aun así, nota mi presencia.

—Estás pálida. —Su voz es profunda, grave, pragmática. No suena a preocupación. Suena a un parte meteorológico.

Me rodeo el estómago con los brazos. —Solo…, no me encuentro muy bien.

Sus ojos se dirigen brevemente a los míos. —¿Náuseas?

No es una pregunta.

—Sí —admito.

Vuelve su atención al cuchillo. —Podría ser el estrés.

Suelto una carcajada. Corta y sin gracia. —Podría ser.

Pero no lo es. Los dos sabemos que no lo es.

Empiezo a caminar de un lado a otro porque quedarme quieta me resulta imposible. El estómago me da vueltas. Tengo los nervios a flor de piel. Siento que el pecho me aprieta demasiado.

El test de embarazo está detrás de la puerta del baño, boca abajo sobre la encimera, como si estuviera esperando para arruinarme la vida o para salvarla. No estoy segura de qué pasará.

Nick me observa caminar con una especie de irritación contenida, como si cada paso que doy tirara de algún hilo deshilachado dentro de él.

Finalmente, gruñe: —Siéntate.

—No puedo —le espeto.

Enarca una ceja, solo una, pero es suficiente para hacerme sentir ridícula. Suspiro, me dejo caer en el sofá, vuelvo a levantarme de inmediato y empiezo a caminar de nuevo.

Nick tensa la mandíbula. —Pareces un gato en un tejado de zinc.

—Siento no caminar de forma estoica como tú —murmuro.

Él entrecierra los ojos. —Yo no camino de un lado a otro.

—¡Ya, porque te conviertes en una estatua y absorbes todo el oxígeno de la habitación!

Su expresión no varía, pero algo afilado destella en sus ojos. —Estás irritable.

—Llevas casi un mes encerrado conmigo —respondo—. Tú pondrías de los nervios a un santo.

—Yo no soy un santo.

—Bueno —le hago un gesto frenético con la mano—, ¡tampoco es que seas la alegría de la huerta!

Silencio. Su ceja se arquea medio milímetro. —¿Has acabado?

—No —digo dramáticamente. Luego me desinflo—. Puede ser. —Me cubro la cara con las manos y gimo—. Lo siento. Es que estoy... nerviosa.

Él no dice nada. No me consuela. No me ofrece palabras tranquilizadoras. Pero su atención se agudiza de esa forma fría y casi peligrosa que adopta cuando algo importa.

La alarma de mi teléfono vibra. Me da un vuelco el corazón. Miro el teléfono como si fuera la cuenta atrás de una bomba.

Nick se da cuenta. Se levanta —con movimientos lentos y controlados— y se acerca. No me toca. Nunca me toca a menos que sea necesario. Pero se queda ahí plantado como un muro entre el resto del mundo y yo.

—Ve —dice en voz baja.

Se me entrecorta la respiración. Camino hacia el baño. Las baldosas están heladas bajo mis pies descalzos. El espejo está empañado por mi respiración agitada de antes.

El test está donde lo dejé. Boca abajo. Esperando.

Me tiembla la mano al cogerlo. Cierro los ojos. Cuento hasta tres. Los abro.

Y el mundo se inclina.

Dos líneas.

Positivo.

Me tambaleo. Me sujeto en la encimera. Mi respiración se detiene un instante. Luego se acelera. Luego vuelve a caer.

Embarazada.

Estoy embarazada.

Me aprieto el puño contra la boca para contener el sollozo. Alegría, miedo, asombro... todo enredado en un nudo imposible.

Embarazada.

El bebé.

El bebé de Dimitri.

El bebé de la Bratva.

El bebé que pagará por la vida de Lena.

22

NICK

¿Estás... llorando?

—¿Nora? —llamo a través de la puerta del baño.

—Necesito... —dice con voz entrecortada—. Algunas provisiones. De la tienda.

—¿Provisiones? ¿De qué demonios estás hablando? Nora, esto es—

—¿No se supone que debes traerme cualquier cosa que necesite? Necesito... vitaminas, jengibre, electrolitos..., cualquier cosa que ayude con las náuseas.

Maldita sea. Supongo que tiene razón. Incluso si simplemente necesita espacio, me toca ir. Me guste o no.

Cojo el SUV. Voy rápido. La tienda más cercana al piso franco está demasiado cerca. Es demasiado predecible. Cualquiera que nos vigile durante el tiempo suficiente podría anticiparlo. Así que conduzco más lejos. Hacia la zona de Dimitri. Hacia los lugares donde la Bratva tiene mil ojos.

Odio dejarla sola. Me reconcome. Me quema. Se enrosca ardiente en mi pecho. Es despecho, me digo a mí mismo. Irritación. Lleva semanas caminando de un lado a otro, dando contestaciones y poniendo a prueba mi paciencia. No es preocupación.

Definitivamente no...

Corto ese pensamiento con un fruncido de cejas.

En la tienda, cojo lo que me ha pedido. Más vitaminas prenatales, caramelos de jengibre, sobres de electrolitos, galletas, té... cualquier cosa útil para las náuseas. El cajero no me mira durante mucho tiempo. La gente rara vez lo hace.

Pero cuando salgo de nuevo al aparcamiento... lo siento.

Ojos.

No una mirada fija. No una persona.

Una presencia. Sutil. Al acecho. Hostil.

Ralentizo el paso deliberadamente, escaneando los reflejos en los cristales, las sombras entre los coches aparcados, las ventanas del edificio de enfrente. Alguien me está observando.

Joder.

Tomo el camino largo de vuelta. No es la ruta más rápida. Ni la más corta. La más segura. Tres desvios. Dos giros que no llevan a ninguna parte. Una vuelta por un barrio que conozco como el mapa de un campo de batalla. Vigilo cada espejo. Cada semáforo. Cada sombra.

Nada me sigue. Aun así, siento un escalofrío.

Cuando por fin entro en el aparcamiento de grava del piso franco, el sol está bajo. Naranja y débil. El aire se siente demasiado quieto. Apago el motor y me bajo.

Dentro, la puerta está abierta. El pulso se me acelera.

—Nora.

Sin respuesta.

Entro, con todos los sentidos alerta, cada músculo listo para atacar. El salón está en silencio.

Entonces la veo. Sentada en el sofá. Con las manos cubriéndose la cara. Con los hombros temblando.

Está llorando. Definitivamente llorando esta vez.

Se me parte el pecho en un instante brutal y desprotegido. Cruzo la habitación antes de recordar que no debería hacerlo.

—Nora.

Levanta la cabeza. Tiene la cara surcada de lágrimas. Los ojos rojos. La piel en carne viva. Y en sus manos temblorosas...

El test de embarazo.

Dos rayas.

Positivo.

Se me corta la respiración. Todo dentro de mí se detiene.

Intenta hablar, pero se le quiebra la voz. —Nick... yo...

No termina. No hace falta. La verdad se asienta entre los dos. Viva. Pequeña. Nueva. Aterradora.

Sagrada de una forma que hace que se me cierre la garganta.

El niño.

Su hijo.

El hijo del heredero.

El futuro de la Bratva.

Dentro de ella.

Cierro los puños lentamente. No porque esté enfadado. Sino porque algo violento y protector me atraviesa tan de repente que casi me hace doblarme por la mitad.

Alguien nos ha seguido hoy. Alguien nos ha vigilado. Alguien la quiere fuera del mapa.

Y ahora, está embarazada. Es el doble de vulnerable. El triple de valiosa.

Y corre diez veces más peligro.

La miro fijamente durante un largo rato, hasta que su barbilla tiembla bajo el peso de la situación. Entonces, muy despacio, me arrodillo frente a ella.

Ella abre mucho los ojos.

Le quito el test de embarazo de las manos temblorosas y lo dejo con suavidad sobre la mesa. Luego la miro. La miro de verdad, con cada arista fría, cada instinto brutal, cada promesa despiadada que he hecho jamás afilándose hacia un único punto.

—Todo va a salir bien —digo.

Se le entrecorta el aliento.

—No voy a dejar que te pase nada —mi voz baja aún más, volviéndose más ronca—. Ni a él.

Parpadea. —¿A él?

—Al bebé —respondo—. Hasta que alguien me diga lo contrario, asumiré que el primogénito de Dimitri será un varón. Y lo protegeré.

Sus ojos se llenan de nuevo. —Nick —susurra.

Hay cien cosas que no debería sentir ahora mismo. Mil líneas que no debería cruzar. Diez mil reglas que estoy peligrosamente cerca de romper.

Así que me levanto. Recupero mi estatura completa. Me pongo de nuevo tras mis muros.

Vuelvo al lugar que me corresponde.

Y ella se queda ahí sentada, pequeña, temblando y llorando, sosteniendo el comienzo de una vida que nunca pidió y que, aun así, ha aceptado.

Sujeto el respaldo del sofá para estabilizarme. —Dime qué necesitas —le digo.

Y lo digo en serio. Más de lo que debería.

23

NORA

La clínica la siento diferente hoy. Quizá sea porque *yo* soy diferente. Han pasado cuatro semanas desde la inseminación. Dos días desde el test de farmacia. Esta es la cita que lo hace todo oficial. Médico. Documentado. Real.

El ascensor zumba suavemente mientras sube a la planta de fertilidad, y permanezco dentro con las manos entrelazadas bajo el vientre, como si ya estuviera protegiendo algo minúsculo y precioso.

Algo que no me pertenece. Algo que llevo para otra persona.

Algo que es aterradoramente real.

Cuando las puertas del ascensor se abren, Caroline ya está esperando. Su sonrisa ilumina su rostro como un amanecer.

—¡Ya estás aquí! —me estrecha en un abrazo que huele a loción de lavanda y té de limón—. He estado actualizando tu historial desde las cinco de la mañana.

Me río, porque ella es exactamente el tipo de persona que haría algo así. —¿Nunca vas a cambiar, verdad?

—Desde luego que no —responde con presteza—. Vamos, cariño. Vamos a confirmar la buena noticia como es debido.

Me acompaña a una consulta privada. Iluminación tenue, sillones cómodos, el leve zumbido del equipo médico. Todo huele ligeramente a esperanza estéril.

—Siéntate —me ordena con suavidad.

Me siento. Ella abre mis resultados de laboratorio en la pantalla y después se gira hacia mí con unos ojos llenos de un orgullo que ni siquiera pertenece a la situación. Orgullo por mí, no por el trabajo que estamos haciendo aquí.

—La HCG es fuerte —dice, apretándome la rodilla—. Muy fuerte. Estás embarazada.

Aunque ya lo sabía, las palabras me golpean como una ola.

El hijo de Dimitri.

El heredero de la Bratva.

El bebé que salvará a Lena.

Me escuecen los ojos. —Vale —susurro—. De acuerdo.

Caroline se ablanda de inmediato. —Nora… —Pone su mano sobre la mía—. ¿Seguro que estás bien?

—Lo estoy… sobrellevando. —Trago saliva para deshacer el nudo de mi garganta—. Lena está mejorando. Y esto… esto la ayudará. Todo merece la pena.

Su expresión se dulcifica aún más. —Siempre has sido de las que tienen el corazón más grande. Pero no olvides cuidar de ti misma también.

Asiento con la cabeza, sin atreverme a hablar.

Me ayuda a subir a la camilla de exploración, de esas en las que el papel cruje bajo el cuerpo. —Túmbate. —Prepara el ecógrafo; sus movimientos son expertos y cuidadosos—. Es pronto, así que no veremos mucho. Pero veremos algo.

Mi corazón late con fuerza.

El gel está frío. La sonda aún más.

Entonces…

Un diminuto parpadeo.

Un pequeño círculo blanco en un mar de sombras grises.

Caroline sonríe. —Ahí está.

Suelto el aire en un suave suspiro. La sala se queda en silencio, a excepción del latido rítmico de mi corazón retumbando en mis oídos.

—¿Es… es eso el…?

—El saco gestacional —dice ella en voz baja—. Todo tiene exactamente el aspecto que debería.

Mis ojos vuelven a arder. Esto está pasando.

El bebé es real.

Mi cuerpo ya no es solo mío.

Caroline limpia el gel con suavidad y me aprieta el hombro. —¿Quieres que los haga pasar? ¿A Dimitri y Ekaterina?

Se me oprime el pecho. Porque, de repente, de forma dolorosa, lo siento todo. El peso del contrato. Las promesas que firmé. La realidad de que esa cosita dentro de mí no es mía y nunca lo será. El extraño dolor que acompaña a esa comprensión.

Pero Lena.

Lena.

Su risa. Sus ojos cansados. Sus susurros de la semana pasada: —Gracias por luchar por mí.

Esto es por ella.

—Está bien —digo en voz baja—. Sí. Que pasen.

Caroline asiente y sale de la habitación. Sola en la penumbra, mientras miro fijamente la imagen congelada de la ecografía, la verdad me abruma:

Nueve meses de mi vida.

Nueve meses de médicos.

Nueve meses de Dimitri y su esposa.

Nueve meses con Nick siguiendo cada paso que doy.

Y después…

Entregaré a este bebé.

Se me cierra la garganta. Cierro los ojos y respiro.

Esto es por Lena. Ella necesita esto más de lo que yo necesito estar cómoda. Más de lo que necesito seguridad. Más de lo que necesito que mi corazón no se rompa.

Para cuando Caroline regresa con Dimitri y su esposa, mi expresión es serena. Pero por dentro, estoy temblando.

24

NICK

Sale de la sala de exploración sonriendo. No es la sonrisa radiante que les dedica a sus pacientes. No es la sonrisa suave que le regala a su hermana. Ni siquiera es la sonrisa burlona y algo torpe que me dedica a mí de vez en cuando.

Esta es una sonrisa fina, controlada. Impuesta. Y no le llega a los ojos.

Veo las cosas con claridad. Siempre ha sido así. Cualquier otro pensaría que simplemente está abrumada. Pero yo reconozco las señales: algo la ha herido. O la ha asustado. O algo ha cambiado en su interior de una forma que no puede expresar en voz alta.

Probablemente Dimitri. O Ekaterina. O los dos.

Sea como sea, se me forma un nudo punzante bajo las costillas.

Se acerca a mí, con las manos protegiendo una copia de la ecografía dentro de un sobre blanco.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja.

Su sonrisa flaquea.

—Sí.

Mentira. Pero este pasillo está lleno de guardias de la Bratva, de médicos y de Ekaterina, que acecha tras ella con esos ojos brillantes llenos de posesividad y envidia. No es el momento de presionar.

Aun así, asiento una vez; es una promesa de volver a hacerle la pregunta cuando estemos solos.

—El coche está por aquí —digo.

Nora camina a mi lado, en silencio, apretando el sobre con las manos. Se detiene un momento, mirando por encima del hombro a Dimitri y Ekaterina mientras ellos se alejan en dirección opuesta. Ya están discutiendo entre dientes.

Se le tensan los hombros. Tomo nota mental de ello.

Cruzamos las puertas correderas y salimos al aparcamiento. El sol brilla, pero hace un frío que azota el asfalto. Ella tiembla. Me coloco ligeramente delante de ella por puro hábito. Abre los labios como si fuera a decir algo. No la dejo.

—Hablamos luego —digo suavemente—. En privado.

Sus ojos buscan los míos. Alivio. Gratitud. Y algo más, algo cálido y peligroso.

Retiro la mirada primero. Ya tengo las llaves en la mano. Pulso el arranque a distancia mientras nos acercamos al SUV. Es instinto. Si hace frío, lo caliento. Si hace calor, lo enfrío.

Las luces del SUV parpadean. El motor carraspea.

Y entonces, el mundo salta por los aires.

25

NORA

La explosión no es un sonido. Es una fuerza. Un puñetazo hecho de calor y fuego que se estampa contra el mundo y lo hace pedazos.

Un segundo estoy entrecerrando los ojos por el reflejo del sol en el capó del todoterreno de Nick, alargando la mano hacia el tirador de la puerta del copiloto. Al siguiente, Nick me embiste.

No hay advertencia alguna, ningún grito de *¡al suelo!* como en las películas. Solo un borrón de movimiento en mi visión periférica y, de repente, un metro ochenta y tantos de puro músculo estrellándose contra mi costado.

El aire sale expulsado de mis pulmones con un brusco quejido mientras él me empuja hacia delante. El mundo se vuelve de lado. El todoterreno que dejamos atrás estalla en un sol rugiente, un muro de calor blanco, fuego naranja y metal chirriante.

Estamos en el aire. La onda expansiva nos levanta como si fuéramos juguetes y nos lanza por los aires. Ni siquiera tengo tiempo de gritar. Solo existe ese rugido ensordecedor que lo consume todo y la forma en que mi cerebro parece encogerse hasta albergar un único pensamiento en estado de shock:

Lena.

Entonces el suelo me sale al paso. Mis rodillas golpean primero, un estallido de dolor que apenas registro antes de que mis palmas se raspen contra el áspero asfalto. El calor me lame las pantorrillas, una ola abrasadora que se siente como si abriera la puerta de un horno con todo mi cuerpo.

Nick aterriza encima de mí; su peso impacta contra mi espalda, expulsando el poco aire que me quedaba. Me rodea con los brazos, como bandas de hierro que me mantienen cautiva, con el pecho curvado sobre mi columna.

Derrapamos. Mi jersey se sube, mi piel grita, pero él no afloja el agarre. Ni una sola vez. Ni un milímetro. Es un escudo hecho de músculo, rabia y reflejos aterradores.

El ruido lo es todo. El eco de la explosión retumba en mis huesos, en mis dientes. Llueve cristal a nuestro alrededor, un granizo reluciente que tintinea contra el pavimento y la espalda de Nick. Algo metálico cae con estrépito tan cerca que me sobresalto.

El calor me roza las piernas, el pelo, la parte expuesta de la zona lumbar. Hace tanto calor que me lloran los ojos.

No puedo respirar.

No puedo pensar.

Me escuecen las manos; las rodillas me palpitan con un dolor distante. El asfalto se me clava en las costillas. Nada de esto llega a registrarse del todo porque el shock ya se me ha metido bajo la piel y se ha enroscado allí como un cable pelado.

Nick me rodea la cabeza con el brazo, hundiendo mi cara contra su pecho, apretando mi nariz contra su camiseta. Su corazón es un tambor que late bajo mi mejilla. Huele a humo y a sudor y, por debajo de todo eso, a la lavanda de mi jabón en casa.

Durante medio segundo, durante una eternidad, nos quedamos quietos.

Mi cerebro procesa lo ocurrido por fragmentos. Coche. Explosión. Era su coche. Si hubiéramos subido...

El bebé.

El pensamiento lo atraviesa todo como un cuchillo. Mi mano se aprieta convulsivamente sobre su antebrazo.

Entonces...

BANG.

Un disparo.

Cerca.

Demasiado cerca.

El sonido restalla en el aparcamiento, más agudo que la explosión porque no apunta a un vehículo ni es un mensaje, sino que va dirigido a nosotros.

Nick levanta la cabeza. No puedo verle la cara con la mía hundida en su pecho, pero siento el cambio en él. La repentina tensión que recorre su cuerpo. La forma en que sus músculos pasan de ser un escudo a un arma en un instante.

Y el sonido que emite no es de miedo. No es de sorpresa.

Es un gruñido bajo y letal. —Corre.

No grita. No entra en pánico. No desperdicia ni un solo aliento. Se limita a gruñir la palabra como una orden forjada en acero.

Me tiemblan las piernas cuando intento incorporarme. Mis palmas resbalan sobre la arenilla y los minúsculos fragmentos de cristal. Por un segundo, estoy segura de que voy a desplomarme, de que me desmoronaré y me quedaré allí porque mi cuerpo no puede más.

La mano de Nick se cierra alrededor de mi brazo, con los dedos como un tornillo de banco, y me pone en pie como si no pesara nada. Su agarre quema, pero es sólido. Real.

La realidad adquiere un enfoque extraño y nítido. El todoterreno es un infierno deformado a nuestras espaldas; las llamas arañan el cielo y el humo negro se eleva formando dedos. Hay trozos de metal y plástico calcinados esparcidos por el aparcamiento, algunos todavía tintineando mientras terminan de caer.

Se oye un grito en alguna parte. Agudo, distante. Alguien de la clínica, quizá. Suena la alarma de un coche, estridente y sin sentido.

—Muévete —ladra Nick, empujándome delante de él.

Salimos disparados. El pavimento se vuelve un borrón bajo mis pies. El corazón me golpea con tanta fuerza que noto sabor a metal en la garganta. Cada zancada sobre el asfalto parece demasiado ruidosa, demasiado lenta, como si estuviéramos corriendo bajo el agua. El aire sabe a goma quemada y a pelo chamuscado, como si

todos los boxes de urgencias en los que he trabajado se hubieran condensado en una sola bocanada.

Tras de mí, las pisadas de Nick mantienen un ritmo firme y controlado. Letal, concentrado, inquebrantable. Mantiene una mano en mi brazo, guiándome, impidiendo que me desvíe hacia un peligro que aún ni siquiera veo.

—Izquierda —dice, cortante y seguro.

No lo cuestiono. Cortamos por entre dos coches aparcados; mis zapatos resbalan brevemente sobre la grava suelta. Mi hombro golpea un retrovisor con la fuerza suficiente para doler, pero apenas lo noto.

Nos adentramos en un callejón, un cañón de paredes de ladrillo, contenedores y papeleras rebosantes. La sombra repentina me desorienta tras la luminosidad del aparcamiento.

Otro disparo retumba detrás de nosotros. Más cerca.

Me ahogo con un sollozo que me sube por la garganta. El pánico quiere escaparse de mi piel. Todos mis instintos me gritan que me haga una bola y me proteja el abdomen.

No puedo. Nos movemos demasiado rápido. Lo único que hay entre las balas y yo es el hombre que tengo detrás.

Los dedos de Nick pasan de mi brazo a mi muñeca, apretando el agarre, tirando de mí para doblar una esquina y meterme tras una valla de madera a medio caer que se apoya torcidamente contra un viejo muro de ladrillo.

—Sigue moviéndote —espeta. Su voz es ahora de hielo, despojada de todo aquello que no sea autoridad—. No mires atrás.

No lo hago. Porque si lo hago, me quedaré paralizada, y la parálisis te mata.

Me arden los pulmones. Me escuecen las palmas con cada braceo. Mis rodillas gritan en señal de protesta. El abdomen se me tensa, un ramalazo de dolor que es mitad físico y mitad puro terror.

Por favor, por favor, por favor, que esté bien, ruego en silencio. *Por favor, aguanta. Acabo de comprometerme a traerte a este mundo. No permitas que todo sea en vano.*

Salimos del callejón a una calle lateral. Se siente extraño. Demasiado tranquilo. Demasiado normal. Un par de peatones al

fondo de la manzana, uno empujando un cochecito, otro paseando a un perro. Un camión de reparto, al ralentí con los cuatro intermitentes puestos. El claxon distante de un coche en otra calle. Es como si el universo se hubiera olvidado de avisar en esta calle de que acaba de estallar una bomba a la vuelta de la esquina.

Mis pulmones aspiran una bocanada brusca. El hedor antiséptico de la clínica ha sido reemplazado por asfalto caliente y gases de escape. Me zumban los oídos con el fantasma de la explosión y el crepitar del fuego sigue resonando a mis espaldas.

Nick no aminora la marcha. Solo se detiene lo justo para barrer la calle con la mirada. Es rápido pero minucioso, implacable. Puertas. Ventanas. Azoteas. Reflejos en los cristales. Su atención comprueba y despeja todo en cuestión de segundos.

Luego señala un tramo de acera a la sombra de un árbol escuálido. —Quédate aquí —ordena.

Mi cerebro, aún en modo de lucha o huida, casi sufre un cortocircuito. —¿Qué? —jadeo—. Nick, no puede hablar en serio, no podemos...

Pero ya se está moviendo. Cruza la calle hacia un sedán aparcado con la misma energía con la que otra persona abriría una lata de refresco. No hay nada vacilante ni culpable en su gesto. Solo una sombría necesidad. Mira una vez a ambos lados de la calle y luego estampa el codo contra la ventanilla del conductor.

CRASH.

El cristal estalla hacia dentro en una lluvia de fragmentos relucientes.

Me sobresalto como si fuera yo la que acaba de recibir el golpe. Los peatones de la manzana se sobresaltan y se giran hacia el sonido.

Nick no reacciona en absoluto. Alarga el brazo por el hueco roto, desbloquea la puerta desde dentro y se desliza tras el volante con un movimiento económico, esparciendo cristales por el suelo. Se encoge de hombros mientras se agacha bajo la columna de dirección. Oigo el rasgar del plástico, el roce del metal, el crujido de algo que está siendo forzado y que no quiere ser forzado en absoluto. El motor tose, ratea y luego ruge al cobrar vida.

Abre la puerta de un empujón y me mira con ojos como lascas de hielo.

—Sube.

26

NICK

La explosión tenía como objetivo matar. No asustar. Ni advertir. No era un mensaje sobre deudas, territorio u honor.

Matar.

Arranque remoto. Retraso. Detonación. Quienquiera que cableara mi SUV conocía mis hábitos. Sabían que arranco el motor a distancia para enfriarlo antes de subir. Sabían que estaría a cierta distancia con Nora a mi lado.

Lo sabían, e intentaron convertirnos a ambos en una neblina roja.

Esto dejó de ser un problema estándar de la Bratva en el segundo en que la bomba estalló.

Ahora es personal.

Mientras conduzco el sedán robado por las calles secundarias, se me tensa la mandíbula hasta que me duele. El volante barato cruje bajo mi agarre cada vez que tomo una curva. Reviso los espejos cada tres segundos, tal como me enseñaron. Retrovisor, lado izquierdo, lado derecho. Otra vez. Otra vez. Busco a alguien que me siga, una motocicleta deslizándose entre los coches, una furgoneta que imite nuestra ruta. Cualquier cosa que se mueva de forma extraña.

Por ahora, no veo nada.

Eso no significa que no esté ahí.

Nora está acurrucada en el asiento a mi lado, aferrada al cinturón de seguridad con ambas manos como si temiera que el coche fuera a expulsarla. El polvo de cristal brilla en su pelo como nieve artificial en un escaparate navideño.

Se ve pequeña. Pálida. Tiembla. Sus vaqueros están rotos en una rodilla donde la tela se ha desgarrado. Hay una ligera mancha de sangre en su palma donde se raspó contra el asfalto. Su pecho sube y baja demasiado rápido. Cada respiración suena como si se arrastrara sobre bordes afilados.

Lo odio.

No debería importarme.

Pero me importa.

—Nora —digo, y la palabra sale más ruda de lo que pretendo.

Ella da un salto, estremeciéndose como si hubiera disparado otra arma. Maldita sea.

Bajo la voz un tono a la fuerza. —¿Estás herida?

—Yo... —Traga saliva y se le mueve la garganta—. No lo... ¿creo? Solo... raspones. Cardenales. —Sus dedos tiemblan sobre el cinturón —. Solo... tengo miedo.

Miedo. Lo dice como si estuviera confesando un crimen. Como si pensara que debería estar por encima del miedo porque ha hecho algo valiente.

El miedo es bueno. El miedo te mantiene vivo. El pánico hace que te maten. Y ahora mismo, ella se tambalea en el filo de la navaja entre ambos.

Tomo una curva más rápido de lo estrictamente necesario, aprovechando el movimiento para mirarla mejor. No hay quemaduras visibles. No hay manchas rojas extendiéndose por su ropa. Sus pupilas están muy dilatadas, pero reaccionan cuando el mundo exterior se mueve tras la ventanilla. No veo cristales incrustados en su piel.

Viva.

Lo único que importa.

Una opresión en mi pecho a la que ni siquiera me molesté en poner nombre se relaja mínimamente.

—Haremos que te revisen —digo—. Como es debido. Luego.

Ella asiente, con movimientos bruscos. Su mano izquierda se suelta del cinturón y desciende hacia el bajo vientre, posándose allí como una promesa.

El heredero de Dimitri.

El futuro de la Bratva.

La mujer que lo traerá al mundo.

Y, sin embargo, la idea de que alguien haya intentado aniquilar la pequeña chispa dentro de ella hace que mi visión se enfríe por los bordes de una manera que no tiene nada que ver con la línea de sucesión de la Bratva.

Mi teléfono vibra contra mi muslo.

Ahora no.

Vibra de nuevo, con un zumbido más largo. Cómo no.

—Nora —digo, manteniendo los ojos en la carretera—. Bolsillo izquierdo de la chaqueta. Cógelo.

Ella duda, todavía nerviosa, pero sus instintos de supervivencia parecen estar funcionando de nuevo. Separa una mano de su vientre y se estira hacia mí, deslizando los dedos en mi bolsillo.

Sus nudillos rozan mis costillas, desnudas donde mi camisa se subió al caer al suelo, y mi respiración se entrecorta durante medio segundo.

Idiota.

Concéntrate.

Saca el teléfono y la pantalla ilumina su rostro con un brillo fantasmal. Su nombre parpadea en ella.

Dimitri.

Por supuesto.

—Manos libres —ordeno.

Ella pulsa el icono con el pulgar tembloroso y sostiene el teléfono entre nosotros.

—¡VOLKOV! —Su voz estalla por el pequeño altavoz como otro disparo.

Nora se sobresalta tanto que el teléfono se tambalea. Yo no.

—¿Qué demonios ha pasado? —ruge—. ¿Por qué no contesta ella al teléfono? ¿Por qué no estás tú al aparato? ¿Está herida? ¿Lo está

el bebé? —

—Están bien —intervengo—. Alguien tendió una trampa. Coche bomba.

Se oye una inspiración brusca y entrecortada al otro lado. —¿Dónde? —espeta—. ¿Cómo han sabido que estaríais allí?

Buenas preguntas. Unas para las que desearía tener ya respuestas. Mantuvimos la cita en secreto. Nadie fuera del círculo íntimo de la familia y de la clínica debería haber sabido dónde y cuándo estaríamos. Lo que significa que o bien tenemos una filtración, o alguien en la clínica está vendiendo información.

—Estoy investigándolo.

Es la verdad. No es suficiente para él.

—«Investigándolo» no es suficiente —escupe—. ¿Tiene idea de lo que hay en juego, Volkov?

Aprieto los dientes. Cuento hasta tres. —Alguien acaba de intentar volar por los aires su inversión —digo con frialdad—. Lo entiendo perfectamente.

Silencio.

Luego suelta una carcajada. No tiene nada de gracia.

—Si le pasa algo a mi hijo...

Se detiene. Hay un compás donde el único sonido es el zumbido del motor del coche robado y la respiración demasiado acelerada de Nora. Entonces vuelve su voz, más baja y despiadada.

—Estás muerto, Volkov. Si ese embarazo se interrumpe, acabo contigo. ¿Me oyes?

Mis dedos se cierran con fuerza sobre el volante. Si fuera cualquier otro, colgaría. Tal como están las cosas, tengo que obligarme a no reducir el teléfono a polvo.

No pregunta por las quemaduras de Nora, ni si inhaló humo, ni si se golpeó la cabeza cuando la derribé. No pregunta si siente dolor o si está asustada.

Solo le importa una cosa: el bebé al que nunca va a criar, tratado como un activo más en su balance de cuentas.

—Sí —digo, porque cualquier otra cosa hará que me maten antes de que pueda impedir el próximo ataque—. Le oigo.

—Soluciona esto —sisea—. Encuéntralos. Y no se atreva a perderla de vista otra vez.

27

NORA

Cuando llegamos al piso franco, todavía siento como si mis piernas pertenecieran a otra persona. No es que estén entumecidas, exactamente. Es más bien como si fueran alquiladas. Como si estuviera a una fracción de segundo de que me fallen las rodillas sin previo aviso, dándome de bruces contra el suelo porque han decidido que ya han tenido suficiente de eso de «caminar».

La puerta del piso franco se cierra tras nosotros con un golpe seco y firme. El sonido resulta demasiado estruendoso en el silencioso vestíbulo, rebotando en las paredes desnudas y en las habitaciones escasamente amuebladas.

Me quedo de pie justo al cruzar el umbral, con los dedos todavía aferrados a la correa de mi bolso, aunque no recuerdo haberlo cogido del coche. Mi corazón aún no se ha enterado de que ya no estamos huyendo; golpea contra mis costillas como si siguiéramos esprintando por callejones con disparos a nuestras espaldas.

Llamas brillantes. El rugido de la bomba. El chirrido del metal. La forma en que el aire desapareció de mis pulmones cuando Nick se abalanzó contra mí. El olor a goma quemada.

Ni siquiera me doy cuenta de que estoy temblando hasta que Nick habla.

—Ven aquí. —Dos palabras tranquilas, graves y firmes, pronunciadas justo detrás de mí.

No suenan amables. Son una orden. Pero hay algo en su voz, algo constante e inquebrantable, que atraviesa la bruma que zumba en mi cerebro.

Apenas tengo tiempo de inhalar antes de que él se mueva. Un segundo estoy de pie, rígida, mirando el suelo desconchado; al siguiente, su mano me rodea el codo, con firmeza pero con cuidado, y tira de mí para que lo mire, y entonces...

Me atrae hacia él. No es algo tentativo. No hay vacilación alguna. Su brazo me rodea la espalda, arrastrándome hacia el calor de su cuerpo. Su otra mano se desliza hacia arriba, con los dedos extendiéndose cálidos y seguros en la base de mi cráneo.

Manteniéndome estable. Manteniéndome entera.

Me derrito. Directamente contra él. Como si la gravedad hubiera cambiado sus reglas y su pecho fuera el nuevo centro de mi universo.

Mi bolso cae al suelo con un golpe sordo. Mi frente aterriza contra la sólida pared de su esternón. Huele a humo, a sudor y a restos de colonia, todo ello envuelto en ese tenue y familiar rastro de lavanda.

Su pecho es sólido, inflexible, pero cálido. Su corazón late con fuerza bajo mi mejilla, pero más lento que el mío. Constante. Sereno. Su aliento roza la coronilla de mi cabeza, un fantasma cálido y rítmico.

Durante un segundo aterrador y hermoso, me siento a salvo. No es ese tipo de seguridad frágil y cautelosa que llevo meses persiguiendo, haciendo malabarismos con turnos, facturas y tratamientos, siempre a una emergencia de distancia del desastre. Esto es distinto. Algo animal, profundo. En todo el cuerpo.

A salvo de una forma que no sentía desde mucho antes de los pasillos de hospital, las funerarias y los contratos de la Bratva.

Mis manos se mueven antes de que pueda pensar, deslizándose por sus costados, aferrándose a su camisa. Aprieto la tela a la altura de sus costillas como si fuera lo único sólido en un mundo que no deja de intentar saltar por los aires a mi alrededor.

Él se tensa. No es de esa forma negativa; no es un respingo ni un retroceso. Es más bien como un temblor a través de un cable con corriente, una tensión que no tiene nada que ver con la reticencia y todo que ver con la contención.

Lo noto en la línea rígida de sus hombros... en la forma en que su respiración se entrecorta una vez y luego se contiene... en el débil retumbar en su pecho, como un gruñido apenas refrenado.

Él desea esto.

No quiere desear esto.

Su pulgar presiona brevemente mi nuca, solo por un segundo, como si estuviera luchando contra sí mismo y perdiendo. El gesto es casi tierno. Cierro los ojos, dejándome llevar por ese pequeño contacto como si fuera un día de absoluto lujo.

Mi mejilla está apoyada sobre su corazón. Late con fuerza bajo mi piel, más rápido que hace un momento. Por mi culpa. No solo por la adrenalina.

Durante este único momento robado, no soy un contrato. Ni una obligación. Ni una incubadora con patas.

Solo soy... Nora.

Entonces, de repente, me suelta. Como si alguien hubiera accionado un interruptor en su interior. Retrocede tan rápido que me tambaleo, y el aire entra de golpe en el espacio entre nosotros con un frescor que casi parece una bofetada. Sus manos se apartan de mí, flexionando los dedos una vez como si no supiera qué hacer con ellos ahora. Tiene la mandíbula tensa, los labios apretados en una línea dura. Sus ojos son inexpresivos, cerrados; el muro ha vuelto a levantarse en su sitio.

—Ya estás bien —dice.

Las palabras caen mal. Demasiado definitivas. Como un despido, un diagnóstico y una mentira, todo en uno.

—Yo... Nick... —.

Ni siquiera sé qué intento decir. *Gracias. No pares. Hazlo otra vez. Por favor.*

—Dúchate —interrumpe él con voz cortante—. Hueles a humo.

Eso ha dolido.

Esa no es la razón. Ambos lo sabemos.

Pero no se lo echo en cara. No le digo: *Esa no es la razón por la que me has soltado como si te hubiera quemado*. No le digo: *Los dos apestamos a coche quemado. No era a eso a lo que estabas reaccionando*.

Mi cuerpo está vibrando, con los nervios fallando y soltando chispas. La adrenalina que me ha arrastrado a través de la explosión y la huida sigue zumbando, pero debajo de ella, hay algo más que he estado intentando con todas mis fuerzas no mirar directamente.

Deseo.

Crudo. Agudo. Constante.

Trago saliva con dificultad, me inclino para coger mi bolso con dedos que no están del todo firmes y me obligo a caminar hacia el baño al final del corto pasillo. —Vale —digo, porque tengo que decir algo—. Humo. Entendido —.

Él no responde.

El baño es pequeño y funcional. Azulejos blancos, juntas un poco sucias, una ducha con mampara de cristal, un lavabo con el borde de porcelana agrietado. No le importan las bombas, ni la Bratva, ni los ensayos experimentales para la leucemia. Cierro la puerta tras de mí y me apoyo en ella, con un suspiro tembloroso.

El contacto de Nick sigue en mi piel. El peso fantasma de su brazo a mi alrededor. Su mano en mi nuca. Su pecho bajo mi mejilla. La forma en que su cuerpo pasó de una eficiencia fría y letal en el callejón a este muro cálido y sólido en el que podía apoyarme.

Cierro los ojos y aún puedo sentir la presión de sus costillas contra mis palmas cuando lo agarré, buscando algo a lo que aferrarme. Su imponente tamaño. La forma en que se inclinó sobre mí sin dudarlo, interponiéndose entre mi cuerpo y una bola de fuego.

No fue violencia.

Fue protección.

Instinto.

Posesión, susurra una parte traicionera de mí. Como si algún animal salvaje y lleno de cicatrices me hubiera visto y hubiera decidido: *mía*.

El calor se acumula en la parte baja de mi abdomen, lento y fundido, mezclándose con el regusto del miedo hasta que no puedo distinguir dónde termina uno y empieza el otro.

Abro la ducha. Las tuberías vibran, luego el agua sale en un chorro fuerte, calentándose rápidamente hasta estar muy caliente. El vapor sube, empañando el espejo en segundos. Me quito la ropa en piloto automático; cada prenda cae al suelo con golpes húmedos y cenicientos.

Tengo un rasguño leve pero con mala pinta en una rodilla, rojo y que ya empieza a hincharse. Un par de cortes diminutos en las palmas. Los catalogo como una enfermera, de forma clínica, distante.

Viva, pienso. *El bebé está bien. Estamos bien.*

Me meto bajo el agua. El calor cae sobre mis hombros, por mi espalda, cayendo en cascada sobre mis rodillas magulladas. Escuece, y luego alivia. Se lleva el olor a humo, a goma quemada y al terror.

Pero no borra la imagen de Nick lanzándose hacia mí una fracción de segundo antes de la explosión. Ni el tacto de sus manos. Ni la mirada de sus ojos cuando se apartó, como si acabara de hacer algo mucho más peligroso que placarme para alejarme de una bomba.

Cierro los ojos y dejo que el agua golpee mi cara. Mis pensamientos no se calman. Giran en espiral. Vuelven a su brazo apretado alrededor de mi cintura mientras corríamos. Su voz ronca en mi oído. La forma en que me empujó tras la valla con su propio cuerpo entre el mío y las balas que yo no veía.

Vuelven a este vestíbulo. A su mano, sosteniendo mi cabeza. A su pecho, firme y sólido bajo mi mejilla. A la breve y traicionera presión de su pulgar contra mi piel antes de obligarse a alejarse.

Un tipo diferente de adrenalina surge a través de mí. Más caliente, más espesa. Se enrosca en lo bajo de mi estómago, despertando nervios que no tienen nada que ver con la lucha o la huida.

¿Cómo se vería mojado? El pensamiento se cuela, sin invitación, vívido.

Sería todo ángulos marcados y planos amplios, con el agua tallando caminos sobre el músculo y la cicatriz. Su pelo rubio y corto, oscuro y revuelto, con gotas aferradas a sus pestañas. Ese tatuaje del pecho, con esos ojos observando, oscuros como la tinta y marcados, relucientes.

¿Cómo sonaría si se permitiera desear algo? No órdenes. Ni comandos cortantes. Ni la voz dura y contenida que usa para mantener el mundo a raya. Algo más grave. Más áspero. Menos controlado.

¿Cómo sonaría si deseara a alguien?

¿Cómo sonaría si ese alguien fuera... yo?

Apoyo la mano contra el azulejo para estabilizarme. La superficie resbaladiza y cálida es lo único que impide que mis rodillas cedan. El calor se despliega dentro de mí, lento, suave y desesperado, enroscándose en los bordes del terror del día como la hiedra alrededor de un muro carbonizado.

No es inteligente. No es seguro.

Pero estoy tan cansada de tener miedo. Estoy cansada de que mi cuerpo no sea más que un campo de batalla. Por el duelo, por el agotamiento, por las agujas, la quimio, los contratos y las bombas.

Por solo un segundo, quiero que vuelva a ser mío.

Apoyo la frente contra el azulejo frío, con el agua corriendo por mi pelo, por mi espalda. Mi respiración cambia, se tensa, mientras me permito imaginar cosas que he estado reprimiendo despiadadamente durante semanas.

Sus manos, grandes, ásperas, seguras, en mis caderas en lugar de en mis codos. Guiando en lugar de dirigiendo. Sosteniendo en lugar de conteniendo.

Su boca en mi garganta, los dientes rozando ligeramente, la lengua aliviando después. Su voz pronunciando mi nombre de la misma forma que dice *corre*. Grave, dominante, sin dejar lugar para nada más que la obediencia y la confianza.

Ven aquí, Nora.

Excepto que no sea para sacarme de una zona de explosión. Ni para salvarme la vida.

Solo para... tocarme. Desearme.

El pensamiento hace que se me entrecorte la respiración mientras mis manos se deslizan más abajo, entre mis muslos.

Imagino sus manos, pero es mi propia palma la que presiona y se desliza, con las yemas de los dedos posándose precisas y curiosas. Quiero saber qué siento. Qué quiero. Me agacho más, con las rodillas a punto de fallar, y dejo que la fantasía me empape por completo.

No es amable, la forma en que lo imagino. Nick no es amable. Es decidido, deliberado; cada movimiento en el campo tiene una razón, una misión. Aportaría esa misma ferocidad al dormitorio, insiste mi mente, y el pensamiento agudiza todo.

No tendría miedo de dejarme marcas, de dejar sus huellas en la curva de mi muslo o en la nuca. Mordería cuando yo le provocara. Me haría suplicar, no por crueldad, sino porque necesita saber, necesita pruebas, de que lo deseo tanto como él. Quizá más.

Me apoyo con un brazo y dejo que el agua caiga, un calor resbaladizo que recorre cada centímetro desnudo. La vieja cicatriz de mi costilla escuece con el calor, una línea ardiente sobre la que paso el pulgar, marcándome de la forma en que él podría hacerlo. Quiero ver qué le hace ese dolor a mi respiración. Obligarme a jadear, a estremecerme, y probar cuánto duele de la forma buena.

Pierdo la noción del tiempo, pero no del deseo. Mi mano se mueve con la confianza que nunca habría admitido fuera de estas paredes, esa clase de confianza que solo brota en mí cuando estoy sola. Cuando Nick vive solo en la periferia, sin saber nunca cuán profundamente ha ocupado la totalidad de mi mente.

Llego al orgasmo con fuerza, clavando los talones en el azulejo, ahogando un gemido por el eco. Las réplicas me golpean con pesadez, como el músculo que se relaja tras la lucha o la huida. Apoyo la mejilla contra el cristal, viendo cómo el agua forma gotas y corre hacia el desagüe.

Joder.

Puede que esté en un lío mucho mayor de lo que estoy preparada para afrontar.

28

NICK

Cree que es silenciosa.

No lo es.

Ni siquiera tras una puerta cerrada. Ni siquiera bajo el agua. Ni siquiera reprimiendo esos sonidos como si temiera que fueran a quebrar el mundo.

Lo oigo todo. No debería. No quiero hacerlo.

Pero lo hago.

El piso franco es pequeño y viejo. Las paredes no son gruesas. La puerta del baño no cierra bien a menos que la levantes con maña. Las tuberías transmiten cada cambio en la presión del agua como si fueran chismes.

Estoy sentado en el borde del sofá, en la penumbra del salón, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza baja, cuando empieza.

El agua corre, un torrente constante. Durante un rato, solo se oye eso y el inquieto torbellino de mis propios pensamientos.

Bomba. Disparos. Seguimiento. Filtración. ¿Quién sabía a dónde íbamos? ¿La clínica, o alguien de dentro de la familia? Las amenazas de Dimitri. El patrón de la familia rival. La imagen de Nora golpeando el asfalto, y la breve y horrible estampa en mi cabeza de lo que habría pasado si yo hubiera sido un segundo más lento.

Entonces lo oigo.

No es el agua. No son las tuberías.

Es ella.

Un sonido diminuto, suave. Apenas perceptible.

Un aliento entrecortado.

Me quedo helado.

Al principio me digo que no es nada. Una mueca cuando el agua caliente ha rozado un moratón. Un suspiro de alivio.

Pero luego llega otro. Una exhalación sofocada, con un tono que no encaja con el dolor.

Se me tensa la columna. El calor me golpea en la boca del estómago, brutal e instantáneo.

No debería ser capaz de distinguir su voz bajo el estruendo de la ducha, pero puedo. Conozco el ritmo de su forma de hablar, cómo suena su respiración cuando intenta no llorar, cuando intenta bromear, cuando intenta no desmoronarse.

Esto no es nada de eso. Esto es...

Suave.

Necesitado.

Apenas contenido.

Está pensando en mí. Tiene que estar haciéndolo. No sonaba así en el hospital cuando hablaba con su hermana. No sonaba así por teléfono con el administrador. No sonaba así cuando discutía con Dimitri.

Sonaba así cuando yo tenía la mano en su nuca y mi pecho estaba apretado contra su cara.

Me paso una mano por la cara, hundiéndome los dedos en los ojos hasta que estallan chispas brillantes tras los párpados.

Esto es malo.

Peligroso.

Estúpido.

Debería levantarme. Irme directo a esa puerta del baño. Decirle que recuerde por qué está aquí. Recordarle quién soy yo. Qué soy yo. Lo que han hecho mis manos cuando no la estaban apartando del radio de una explosión. Debería poner distancia entre nosotros

antes de que esto llegue más lejos. Antes de que haga algo de lo que no haya vuelta atrás.

Pero no me muevo.

Porque cada sonido que llega de detrás de esa puerta es una cerilla y yo soy un almacén lleno de pólvora.

Otro sonido sordo se filtra a través de la madera. Sé exactamente lo que es, aunque nunca antes se lo haya oído a Nora.

Mi pulso es un tambor de guerra en mi garganta. Las imágenes me golpean. Ella con la frente apoyada en el azulejo, los ojos apretados, el agua resbalando por su piel. Sus labios entreabiertos en esos pequeños alientos entrecortados. Esas manos que acaban de estar aferradas a mi camisa, tocándose ahora a sí misma.

Por mi culpa. Por mí.

Mi control se deshilacha, los hilos se rompen uno a uno. Me pongo de pie tan rápido que el sofá se desplaza bajo mi peso y el respaldo golpea contra la pared. El movimiento no consume ni un ápice de la energía que tengo acumulada en los músculos.

—Nora —digo antes de poder contenerme. La palabra sale ronca. Grave. Como si llevara años fumando y tragando gravilla.

Los sonidos en la ducha cesan de golpe. Puedo sentir su tensión incluso a través de la puerta, palpable y aguda. En mi mente, la veo quedarse gélida, con los ojos muy abiertos, una mano en el azulejo, la otra entre los muslos, pillada.

Aprieto los dientes. No puedo seguir así. Si me quedo, si tengo que estar aquí fuera escuchándola respirar, sabiendo lo que está haciendo, sabiendo que es por mí, haré algo que no podré deshacer.

Como arrancar esa puerta de cuajo. Como ponerle las manos encima de verdad esta vez, no en un puto placaje medio heroico. Como besarla hasta que los dos olvidemos por qué esa es la peor idea que hemos tenido nunca.

El impulso de protegerla está soldado a mis huesos. Ha ido creciendo desde aquella noche en urgencias, apartando todo lo demás como la maleza que rompe el hormigón.

El impulso de poseerla —ese deseo salvaje y temerario que me araña por dentro— es más reciente.

Está empezando a ganar.

—Ahora vuelvo —consigo decir. Las palabras me raspan la garganta—. Quédate dentro.

Es la única orden que confío en poder darle ahora mismo. Dos instintos trenzados entre sí: mantenerla a salvo y alejarme de ella de una maldita vez antes de explotar.

Sin explicaciones. Sin suavidad.

Solo escapar.

No espero respuesta. Cruzo el salón en cuatro zancadas largas y abro la puerta principal de un tirón. El aire de la noche me golpea la cara, fresco y húmedo, con olor a lluvia sobre el asfalto y a gases de escape.

No ayuda. Nada me va a ayudar durante un buen rato.

Cierro la puerta tras de mí con más fuerza de la necesaria. La cerradura encaja con un clic, débil e insuficiente. Solo es una cerradura barata en un piso franco barato, pero se siente como una barrera entre yo y el sonido de ella intentando tragarse sus propios gemidos.

Camino. Dos manzanas, quizá tres. Rápido. Mis botas golpean la acera con un ritmo pesado y constante. Las casas de esta calle son viejas, la mayoría divididas en varios alquileres. Las farolas zumban, parpadeando débilmente. Un gato callejero se escabulle bajo un coche aparcado cuando paso por su lado.

El calor bajo mi piel no se enfría. Simplemente cambia, mezclándose ahora con la frustración y la culpa. Se supone que debería estar analizando el problema. La bomba. La filtración. La familia rival. La política de la Bratva. Todo eso debería estar llenando mi cabeza, sin dejar espacio para la piel mojada, los jadeos ahogados y la forma en que Nora susurró mi nombre cuando se dio cuenta de que nos seguían.

Un letrero de neón brilla en la esquina. Un bar. Del tipo al que no le importa quién eres mientras tu dinero sea de curso legal y tus problemas no se desborden demasiado hacia la calle.

Perfecto. Entro empujando la puerta.

El lugar es exactamente lo que esperaba. Techos bajos. Suelo pegajoso. Un puñado de clientes habituales encorvados sobre sus copas. Una gramola en la esquina escupiendo algo con una línea de

bajo pesada. El aire está cargado de cerveza vieja, sudor reciente y tabaco rancio.

Ruido. Cuerpos. Luces tenues.

Distracción.

Me dirijo a la barra y me siento, ladeando los hombros automáticamente para poder ver la puerta y la mayor parte del local. El camarero me echa un vistazo de arriba abajo y luego vuelve a fingir que limpia un vaso que ya está limpio. No pido nada. No quiero que el alcohol me nuble los sentidos. Necesito que este cuerpo esté sobrio y listo para moverse, ya sea de vuelta al piso franco o hacia quienquiera que pensara que era buena idea poner una bomba bajo mi coche.

Simplemente me quedo sentado. Mi corazón aún no se ha ralentizado. Tengo las manos hechas puños sobre las rodillas. Mi mandíbula está tan tensa que me duele.

Entonces lo siento: alguien me está mirando.

No es la mirada cautelosa y evaluadora del camarero. No es el vistazo rápido y curioso del tipo del final de la barra.

Esto es más pesado. Intencionado.

Levanto la cabeza.

Es guapa. Ojos oscuros perfilados con kohl, labios rojos que se curvan de una forma que dice que está acostumbrada a conseguir lo que quiere. Vestido ajustado. Tacones altos. Curvas que sabe cómo utilizar.

Se mueve como si estuviera en un escenario que le perteneciera. Apoya un codo en la barra, invadiendo mi espacio sin dudarlo.

—Pareces tenso —ronronea.

No digo nada. Es más fácil, más seguro, no darle nada con lo que trabajar.

Ella sonríe de todos modos. Está acostumbrada a que el silencio sea solo otro obstáculo que saltar. Su mirada recorre mi rostro, mis hombros, mis manos.

—¿Eres madero? —pregunta divertida, como si ya supiera que la respuesta es no.

No me molesto en dignificar eso con una respuesta.

Su sonrisa se vuelve más afilada—. Me lo imaginaba.

Se acerca más, lo suficiente para que pueda oler su perfume. Dulce, pesado, empalagoso. Me resulta desagradable. Demasiado. Poco natural.

No huele a lavanda.

De cerca, puedo ver el leve rastro donde el pintalabios se ha corrido en una fina línea en el borde de su boca. Su máscara de pestañas empieza a cuartearse bajo los ojos. Sus uñas, sin embargo, están impecables. Largas, pintadas, con la punta blanca.

Levanta la mano, atrevida, extendiendo los dedos sobre mi pecho. Me pasa las uñas ligeramente por la camisa, siguiendo las líneas de mis músculos.

—Ven conmigo —dice, bajando la voz—. Puedo ayudarte a relajarte.

Ella no es la adecuada para mí. Nadie es adecuado para mí.

Excepto...

No.

Corto ese pensamiento tan rápido que se me encoge el estómago. *No pienses su nombre.*

Esta mujer no es complicada. No me conoce. No espera nada, excepto quizá unos minutos a oscuras y la oportunidad de sentir que todavía conserva su atractivo. Es una vía de escape fácil para la presión que se acumula en mi sangre.

Y por eso mismo es peligrosa.

Debería rechazarla. Levantarme. Irme. Volver al piso franco y concentrarme en lo que realmente importa.

Pero no me muevo.

Ella interpreta mi silencio como consentimiento. Su sonrisa se ensancha, triunfante, y desliza la mano por mi torso hacia el abdomen, y luego más abajo, enganchando los dedos en la trabilla de mis vaqueros.

—Vamos —me engatusa—. Solo un poco de diversión.

Tira suavemente, haciéndome levantar del taburete. Mi cuerpo la sigue porque es más fácil que resistirse ahora mismo, y una parte de mí siente curiosidad —una curiosidad morbosa y estúpida— por ver si algo de esto siquiera funcionará.

El pasillo hacia los baños es estrecho y está en penumbra, iluminado por un fluorescente que parpadea. El bajo de la música de la sala principal retumba a través de las paredes.

Empuja con la cadera la puerta del baño individual y luego la cierra tras nosotros con un clic suave. El pestillo encaja. La habitación huele a limpiador industrial y a ambientador barato. El espejo sobre el lavabo está agrietado en la esquina superior. El fluorescente zumba.

Se da la vuelta y toda su actitud cambia. Menos juguetona, más centrada. Se pone de rodillas frente a mí como si fuera la cosa más natural del mundo. Sus manos recorren mis muslos, audaces y expertas, hundiendo los dedos en el músculo a través de la tela vaquera.

—Deja que cuide de ti —susurra.

Su voz es baja y sugerente. Debería provocarme algo.

No lo hace.

No como debería.

La miro desde arriba, observo su pelo brillante, su boca pintada y la mirada ardiente y ansiosa de sus ojos...

Y todo lo que veo, todo lo que oigo, todo lo que siento es a Nora.

A Nora, de pie en el baño de un piso franco cutre, con el agua resbalando por su espalda. La respiración de Nora volviéndose ronca e irregular. La voz de Nora, suave y estrangulada, intentando ocultar cómo se desmoronaba.

Por mi culpa.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duelen los dientes. Cierro los puños a los costados.

La mujer que tengo delante se inclina, subiendo más las manos.

¿Aprovecharé la vía de escape fácil o me daré la vuelta, saldré de aquí y regresaré con la mujer que ya está empezando a ser mi perdición?

29

NORA

Ha pasado poco más de una semana desde que la clínica saltara por los aires y alguien intentara flambearnos como si fuéramos nubes de azúcar pasadas de cocción.

Sorprendentemente, la vida sigue. Las náuseas matutinas me visitan a diario, pero al menos son puntuales, como ese compañero de trabajo insoportable que siempre ficha exactamente a las 7:02 de la mañana. Vomito, me enjuago la boca, me quedo mirando el espejo intentando decidir si me parezco más a un mapache empapado o a una zarigüeya mojada, y luego vuelvo a rastras al refugio para la fase dos de mi día.

Un aburrimiento letal.

Nick se marcha casi todas las tardes murmurando un: —Me encargo de unos asuntos—, que en el argot de la Bratva significa o bien un asesinato, o bien recados relacionados con asesinatos. Regresa tenso, con la mandíbula apretada y los hombros tan anudados que podrían quebrar cables de acero. A veces me lanza miradas como si se hubiera sentido personalmente ofendido por el hecho de que yo comparta su mismo espacio vital.

Lo cual es de lo más divertido. Pero el aburrimiento tiene una forma de volverte rara, y las hormonas una forma de volverte más tonta.

Un ejemplo: hace tres días empecé a notar algo. Bueno..., dos algos. En el espejo. Mis pechos, que antes eran unos compañeros leales y modestos, al parecer han decidido que el embarazo es la señal para marcarse un revival de Broadway por todo lo alto. Todo me aprieta. Camisetas que antes me quedaban bien están ahora a una sola inhalación profunda de perder un botón.

Me miré parpadeando. Incliné la cabeza. Arqueé una ceja.

—Bueno —murmuré, sosteniéndolos con suavidad—, mirad quiénes se unen a la fiesta.

Debería haberle restado importancia. Debería haber sido más madura.

En su lugar, el pensamiento más peligroso conocido por la humanidad me susurró al oído: «Me pregunto qué pensará Nick de esto».

A partir de ahí, la cosa se me fue de las manos. Una camisa un poco desabrochada por aquí. Una camiseta de tirantes demasiado ajustada por allá. Un momento de «vaya, no me había dado cuenta de que esta camiseta había encogido en la lavadora» que definitivamente no incluyó el que yo la anudara por encima de la cadera.

Todo inocente. Totalmente inofensivo.

Excepto por la parte en la que Nick se dio cuenta.

Todas. Y cada una. De las veces.

Bajaba la mirada durante medio segundo. Tan rápido que cualquier otra persona lo habría pasado por alto. Pero yo no soy cualquier otra persona. Estoy aburrida, embarazada, hormonal y, por lo visto, ahora soy una observadora de élite de las pupilas de Nick Volkov.

Y cada vez, ponía esa cara. Como si se hubiera tragado una granada activa justo antes de que explotara. Como si estuviera furioso, sobre todo consigo mismo.

Luego se marchaba hecho una furia a «revisar el perímetro», que es lo que hace cada vez que finge que no le afecta.

Se volvió adictivo. No por crueldad. Por Dios, no. Nunca querría hacerle daño de verdad. Es simplemente que..., por primera vez en

meses, sentía mi cuerpo como algo más que una fuente de pánico. O de sacrificio. U obligaciones e inyecciones y contratos y miedo.

Me sentía... poderosa.

Así que hoy, tras otra larga mañana de vómitos, paseos de un lado a otro y contemplación del dudoso estado del sofá del refugio, he decidido tentar a la suerte. Solo un poco.

Estoy en la diminuta cocina con una camiseta suave que antes caía con holgura y que ahora me queda como una mera sugerencia de prenda. Mi vientre sigue plano, pero mis pechos definitivamente no lo están. Están ahí, bien presentes, de una forma que hace que el algodón se estire como nunca se diseñó para estirarse.

Nick entra.

Se queda clavado en el sitio.

Su mirada baja, lenta e involuntaria, desde mi rostro hasta mi pecho. Su mandíbula se tensa como si alguien lo hubiera golpeado con un tablón de madera.

Luego aparta la vista tan rápido que es un milagro que no se le rompa el cuello.

Parpadeo con inocencia. —Ah, hola.

Murmura algo en ruso que estoy segura de que es una oración, una maldición o una petición de castigo divino.

Intento alcanzar una taza en el estante superior. Un estante al que no llego ni en mis mejores días, y menos aún estando embarazada y llevando una camiseta que trabaja activamente en mi contra.

Así que me estiro. A propósito.

Muy a propósito.

El dobladillo se levanta, mi camiseta se tensa y el estante superior sigue siendo totalmente inalcanzable porque, seamos sinceros, ni siquiera lo estaba intentando.

La taza se tambalea. Nick se lanza hacia delante, atrapándola a escasos centímetros de mi cara. El movimiento es rápido, brusco y demasiado cercano. Su pecho roza el mío mientras la coge. Me falta el aliento.

Deja la taza con una precisión forzada. Luego clava esos peligrosos ojos azules en mí.

—Nora.

Solo mi nombre. Excepto que no es solo eso. No con ese tono.

Sonrío dulcemente. —¿Sí?

—Tienes que parar.

—¿Parar qué?

—Esto. —Su mandíbula se contrae—. Sea lo que sea esto.

—¿Existir? —pregunto inocentemente—. ¿Estar de pie? ¿Llevar ropa que obedece las leyes de la física?

—Nora...

—Quiero decir, si la camiseta te distrae...

—Me distrae.

Su voz se vuelve baja. Ronca. Como grava arrastrada sobre piedra.

Se acerca.

Demasiado cerca.

30

NICK

No tiene ni idea de lo que está haciendo.

O quizá sí. Quizá ese sea el problema.

Ladea la cabeza, entreabriendo los labios. Y todo en mi interior se tensa tanto que duele.

Se cree que esto es un juego. No tiene ni idea de lo que está provocando. De lo que soy. De lo que he hecho. De lo que quiero.

Insiste de nuevo:

—Quizá no quiera parar.

No lo entiende. Soy un hombre forjado a base de violencia y disciplina. Si quitas la disciplina, lo único que queda es hambre.

Lenta. Peligrosa. Voraz.

Me acerco más. Su espalda choca contra la encimera. La acorralo sin tocarla.

Se le entrecorta el aliento. El mío se detiene por completo.

—Ten cuidado —murmuro, con la voz apenas controlada—. Estás jugando con fuego.

Ella me responde en un susurro, suave y temeraria:

—Quizá lo esté haciendo.

La visión se me oscurece por los bordes. Me inclino, lo justo para que su aliento se mezcle con el mío, con sus labios a un pelo de los míos. Ella tiembla. Yo también.

Su susurro me golpea como un impacto:

—Entonces, oblígame.

Juro que siento cómo algo se desgarra dentro de mi pecho.

Bajo la cabeza…

Cerca.

Tan cerca.

Lo bastante cerca como para sentir la forma de su boca sin llegar a tocarla.

Lo bastante cerca como para saber exactamente a qué sabría.

Lo bastante cerca como para que, si me muevo un centímetro, ya no haya vuelta atrás.

—Nora… —susurro, a medio camino entre una advertencia y una súplica.

Me mira como si ya hubiera tomado una decisión.

—No tengo miedo —dice con un hilo de voz.

Yo sí. No de ella.

De mí mismo.

De lo que haré si me dejo llevar.

Pero en ese momento… en ese suspiro…

Me deja de importar.

Me inclino, lo justo para que nuestros labios se rocen. Solo una vez.

Un roce único y devastador.

Y todo lo que hay en mi interior —disciplina, contención, lealtad, lógica— se hace añicos.

31

NORA

Durante un segundo de suspensión, conteniendo el aliento, estoy segura —absolutamente segura— de que Nick va a besarme de verdad.

Su aliento me roza los labios. Su cuerpo me acorrala. Sus ojos están oscuros, hambrientos y desprotegidos de una forma que hace que cada nervio de mi cuerpo se encienda como un cable de alta tensión.

Y entonces…

Se detiene.

No porque no lo desee.

Sino porque lo desea.

Demasiado.

Tensa la mandíbula. Su respiración se entrecorta. Su mano, que se cierne a un par de centímetros de mi cadera, se cierra en un puño apretado como si se estuviera conteniendo físicamente de tocarme.

Y de repente, sin previo aviso, se aparta. Rápido. Abrupto. Como si el contacto conmigo le hubiera quemado.

El aire entre nosotros se rompe, frío y vacío, dejándome tambaleante contra la encimera.

—No lo hagas —dice con voz áspera.

—Pero...

Antes de que pueda terminar, se aleja del todo, dándome la espalda. Sus hombros están rígidos. Tiene los puños apretados. Su voz suena lo bastante tensa como para cortar el cristal cuando suelta por encima del hombro: —Necesito una ducha.

Que no es exactamente lo mismo que decir «Necesito huir de la habitación antes de hacer algo que no pueda deshacer», pero que sin duda significa exactamente eso.

Camina por el pasillo sin volver a mirarme. La puerta del baño se cierra. Se oye el clic del cerrojo.

Abre el grifo de la ducha. Con fuerza y rapidez, como si hubiera puesto el agua helada.

Me quedo en la cocina, con las mejillas encendidas, el pecho oprimido y el corazón latiendo tan fuerte que casi puedo oír el eco en los azulejos.

Decir que me siento sexualmente frustrada se queda muy corto. Siento las piernas tontas. Demasiado ligeras. Demasiado inestables. Demasiado conscientes del hecho de que él había estado a centímetros de besarme. A centímetros de rendirse.

Me deseaba. Lo sé. Y eso debería hacerme sentir triunfante o satisfecha o algo que me diera poder.

En cambio, hace que algo cálido y confuso se enrosque bajo mis costillas.

Suelto un suspiro lento, obligándome a apartarme de la encimera antes de que mis rodillas decidan que han terminado por hoy. Me tiemblan los dedos al coger el móvil.

Concéntrate, Nora. Saca tu cerebro de esa fantasía de Nick en la ducha sin camiseta.

Abro mis mensajes. Le escribo a Lena. Mi pulgar vacila sobre el teclado un segundo. Después:

***Nora**: Hola. ¿Cómo te encuentras hoy? ¿Algún efecto secundario nuevo?*

Su respuesta llega tres minutos después. Lo bastante rápido para que el alivio relaje algo tenso en mi interior.

***Lena**: Buen día de momento. Sin fiebre. Las náuseas son un asco, pero aguantables. Los médicos dicen que los resultados son «alentadores», sea lo que sea que signifique eso.*

Alentadores.

Cierro los ojos, dejando que la palabra cale despacio, como un bálsamo sobre un moratón.

***Nora**: Eso es increíble. Estoy tan orgullosa de ti. Siento no haber podido ir a verte. Te prometo que estoy bien.*

Una pausa. Y entonces:

***Lena**: ¿Estás segura? Siempre parece que intentas convencerme A MÍ de que tú estás bien.*

Uf. Hermana pequeña: 1. Mi intento de parecer estable: 0.

Trago saliva y miro hacia la puerta cerrada del baño. ¿Qué se supone que debo decir?

«No te preocupes, Lena, solo estoy escondida en un piso franco de una banda con un hombre cuyos brazos parecen de acero y cuya boca casi me besa, pero no lo hizo porque es demasiado leal a su jefe criminal de dudosa moralidad».

Pues va a ser que no.

***Nora**: Te lo prometo. Las cosas están siendo... intensas, pero controlables.*

Otro mensaje.

***Lena**: Te echo de menos.*

Dios. Se me cierra la garganta.

***Nora**: Yo te echo de menos más.*

***Lena**: Saldremos de esta. ¿Me oyes?*

***Nora**: Sí. Lo haremos.*

Me quedo mirando la pantalla un buen rato después de que ella deja de responder, dejando que la verdad de todo esto me invada. Todo esto —el contrato, el peligro, las bombas, los pisos francos, la cercanía desgarradora con un hombre que no cree merecer nada más que violencia— vale la pena.

Si sirve para mantener a Lena con vida.

Si sirve para comprarle un futuro.

Merece la pena.

Me lo repito a mí misma mientras bloqueo el móvil. Mientras lo dejo sobre la encimera. Mientras vuelvo a mirar hacia el baño.

A pesar de que mi piel todavía vibra por donde Nick estuvo a punto de tocarme. A pesar de que mi cuerpo desea cosas que no

debería desear en absoluto. A pesar de que estoy enfadada. Con él, conmigo misma, con todas las estúpidas circunstancias que no dejan de empujarnos a estar juntos y de separarnos.

Él me desea.

Lo sé.

Pero no va a hacer nada al respecto.

Porque es leal.

Porque cree que no merece nada tierno.

Porque sigue creyendo que la Bratva es dueña de cada parcela de su vida.

Y odio eso. Odio que prefiera asfixiarse con el deber antes que admitir que quiere algo, a alguien, que no sea violencia.

Odio que se haya marchado.

Odio lo mucho que desearía que no lo hubiera hecho.

32

NICK

La ducha está hirviendo. Debería quemar. Debería levantarme ampollas.

No lo hace.

Nada mitiga el calor que se cuece bajo mi piel. Nada acalla la parte animal de mí que quería atraer a Nora hacia mis brazos y devorar su boca con la mía. Nada borra el eco de su susurro —*oblígame*—, que resuena en mi cráneo.

Que Dios me ayude.

Apoyo ambas manos contra el azulejo, bajando la cabeza bajo el chorro. El agua cae sobre mis hombros, por mi espalda, empapando la tensión acumulada con tanta fuerza en mis músculos que parece que llevase horas peleando.

Esto es culpa mía. Todo. Debería haber mantenido las distancias. Debería haber ignorado sus provocaciones. Debería haber recordado quién soy. Lo que he hecho. Qué líneas no se pueden cruzar.

Pero en lugar de eso, me he inclinado hacia ella como un hombre hambriento demasiado estúpido para alejarse de algo que no puede tener.

Mi respiración sale entrecortada, empañando el azulejo. Cierro los ojos.

Nora.

Su olor.

Su voz.

Su cuerpo inclinándose hacia el mío sin miedo.

Sus labios entreabriéndose en una invitación que no tenía derecho a desear.

Pongo el agua más fría.

No sirve de nada.

Pienso en sus manos. En cómo se le cortó el aliento cuando me acerqué. En la suavidad de su voz. En la calidez de su piel.

Las cosas que deseo, cosas que nunca me he permitido desear, me golpean como un impacto en las costillas. Aprieto el borde del estante de la ducha hasta que el plástico cruje bajo mis dedos.

Ella es intocable.

Por el contrato.

Por la Bratva.

Por el bebé que espera.

Porque le debo algo mejor que la ruina que dejo a mi paso allá donde voy.

Porque ya le estoy ocultando demasiados secretos.

Un músculo tiembla en mi mejilla. El peor de todos, el único que de verdad importa, me quema como una brasa en las entrañas.

Ella no tiene ni idea.

No sabe que el hombre que mató a su padre fue mi padre.

No sabe que esa es la razón por la que tiene esa cicatriz.

No sabe que yo ya sabía quién era ella antes de entrar en aquella clínica.

No sabe que he cargado con esa culpa como una marca a fuego bajo mi piel durante tres malditos años.

Y mientras me quedo aquí de pie, con el recuerdo de su casi beso todavía ardiendo en mis labios, con su aroma alojado bajo mi piel, con el peso de su confianza más pesado que cualquier arma que haya empuñado jamás, sé que algo se está rompiendo.

Dentro de mí.

A mi alrededor.

A través de mí.

Cierro el agua. Las tuberías gimen. El aire se enfría al instante. Salgo de la ducha, cojo una toalla y me la paso con brusquedad por los brazos y el pecho.

El espejo sobre el lavabo está empañado. Paso la palma de la mano por encima. Mi reflejo me devuelve la mirada. Duro. Marcado por las cicatrices. Implacable.

Una fina línea recorre mis costillas. Un recordatorio pálido y fruncido de la noche de hace tres años en la que casi morí en una mesa de urgencias. Cuando una mujer a la que no conocía me salvó la vida con manos firmes y olor a lavanda en su piel.

Toco la cicatriz. Se siente igual cada día. Excepto hoy. Hoy, parece una pregunta.

¿Cuánto tiempo más voy a ocultarle la verdad?

¿Cuánto tiempo pasará antes de que la verdad destruya cualquier cosa frágil que se esté formando entre nosotros?

¿Cuánto tiempo antes de que la culpa que se ha estado pudriendo en mi pecho termine por devorar el último resquicio de contención que me queda?

Cierro los ojos. Y por primera vez desde que empezó todo esto, me pregunto si finalmente debería decírselo.

33

NORA

Pasa otra semana y ya estoy oficialmente de algo más de ocho semanas, lo cual suena dulce y delicado hasta que te das cuenta de que «ocho semanas de embarazo» significa en realidad que «tus hormonas han declarado la ley marcial».

Lloro con los anuncios. Me enfado con las tostadas. Me río de cosas que no tienen maldita la gracia.

Soy un desastre. Un desastre mono, quizá. Tengo las tetas espectaculares ahora mismo, algo por lo que creo que debería recibir al menos parte del mérito, pero sigo siendo un desastre.

Las náuseas matutinas siguen apareciendo como un compañero de piso con mal humor que se niega a mudarse, pero ahora solo me aterrorizan durante un par de horas en lugar de secuestrarme el día entero. Menos da una piedra.

El mayor problema es el aburrimiento. Nick se pasa horas fuera, murmurando algo de «negocios» con ese tono suyo brusco de «no voy a entrar en detalles». Y cada vez que vuelve, está más tenso. Más enfadado. Tenso como un muelle a punto de saltar.

No la toma conmigo —nunca lo haría—, pero se queda callado de esa forma cortante y afilada, y a veces me mira como si se imaginara lanzando su propio cuerpo frente a otra explosión y estuviera furioso por saber que lo haría sin dudarlo.

Eso hace que el aire en el refugio se sienta... cargado. Caliente. Como si todo entre nosotros estuviera hirviendo bajo la superficie, esperando una chispa que caiga en el lugar equivocado.

O en el correcto.

Pero claro, ¿yo qué sé? Estoy de ocho semanas y hace diez minutos se me han saltado las lágrimas al ver una mota de polvo flotando con elegancia bajo la luz del sol de la cocina.

Y entonces llama Lena. Tiene una puntería impecable, como siempre. Justo cuando mi estado de ánimo se tambalea peligrosamente entre el «necesito una siesta» y el «podría darle un puñetazo a la pared».

Estoy acurrucada en la cama con una camiseta de Nick, que es grande y suave y huele a él, cuando suena el teléfono.

Respondo de inmediato. —Hola, mi guerrera de los leucocitos favorita.

—Vaya —dice ella—. ¿Ni siquiera un «hola» primero?

—Hola —corrijo—. Ahora dime cómo estás.

Suspira, pero no es ese sonido frágil y agotado al que me había acostumbrado. Es más fuerte. Más nítido. —Mejor. De verdad que mejor. Me han dicho que mis análisis son esperanzadores.

Esperanzadores.

La palabra hace que me tiemblen las rodillas a pesar de estar sentada.

—Eso es increíble —susurro—. Dios mío, Lena, eso es...

—Sí —me corta—. Es bueno. Por eso, ahora que mi cerebro ya no es papilla, quiero saber qué demonios está pasando contigo.

Se me encoge el estómago.

—Nora —continúa—, hace semanas que no te veo. Apenas tengo noticias tuyas. Cada vez que te pregunto cómo estás pagando este ensayo, te vas por las ramas. Puede que esté enferma, pero no soy tonta.

Gruño y me dejo caer sobre la almohada. —¿No podemos tener esta pelea cuando tu médula ósea deje de comportarse como una diva caprichosa?

—No —suelta ella—. Ahora. ¿Qué has hecho?

Uf. Ahí está. La pregunta que he estado evitando como si fuera la peste.

—He conseguido un trabajo nuevo —digo con entusiasmo, que es el tono equivocado y lo sé.

—¿Haciendo qué? Ya no estás en la clínica. He preguntado.

Claro que lo ha hecho.

—Vale —suspiro—. Es... un trabajo complicado. Pero es legítimo. Pagan muy... muy bien.

¿Cómo de bien?

Tan bien que actualmente vivo en un piso franco de la mafia, espero el futuro bebé de Dimitri y me custodia un hombre que podría romper huesos con el meñique y que hace que se me aprieten los muslos solo con existir.

—No estoy vendiendo drogas —digo, lo cual es un comienzo terrible.

—¡Dios mío! —La voz de Lena sube una octava—. ¿Qué estás vendiendo?

—¡No estoy vendiendo nada!

Silencio absoluto. Luego, en voz baja pero tajante: —Nora Cole, ¿qué has hecho?

Respiración profunda. Vale. A lo hecho, pecho.

—Estoy en un proceso de gestación subrogada —digo—. Un contrato. Para una familia muy rica.

Silencio. No un silencio calmado. Del tipo que asusta.

—Vas a tener el hijo de otra persona —dice por fin—. Por dinero.

—Esa es... la descripción técnica, sí.

Otro silencio. Y entonces:

—¿Me estás tomando el pelo?

—No —me apresuro a decir—. Lena, escucha...

—¿Estás embarazada? —exige—. ¿Ahora mismo?

—De ocho semanas y media —susurro.

—¡QUÉ!

—¿Cómo puedes gritar tanto estando conectada a un gotero? —murmuro, lo cual no ayuda.

—¡NORA!

—Lena —digo, intentando mantener la voz firme—. Necesitabas el ensayo. No teníamos otra forma de pagar. Tenía que hacer algo.

—No —suelta ella, y la voz se le quiebra—. No, no, no. No puedes... no puedes poner tu cuerpo en riesgo por mí. ¡Así no es como funcionan las cosas!

—Lo hago porque te quiero —digo suavemente.

—¡Pues yo lo odio! —exclama ella—. ¡Odio todo esto!

Su respiración es inestable. La mía está peor.

—Si dejo el ensayo...

—Ni se te ocurra terminar esa frase —le corto, incorporándome tan rápido que por poco me mareo—. Si te vas, te mueres. Ya no hay vuelta atrás.

—Quizá eso sea mejor que tú...

—No. —Se me quiebra la voz—. No te atrevas a rendirte. No te atrevas a tirar todo esto por la borda porque estás enfadada conmigo, Lena.

—No estoy enfadada contigo —dice ella—. Estoy enfadada con esta situación. Estoy enfadada porque pensaras que tenías que hacer esto. Estoy enfadada porque no me lo dijeras.

—Intentaba protegerte.

—Pues enhorabuena, porque ahora estoy aterrorizada.

Esa... duele.

Duele de verdad.

—No puedo hablar de esto ahora mismo —dice de repente, con la voz rota—. Te llamaré luego. Quizá.

—Lena...

La línea se corta. Me quedo mirando la pantalla. Siento un nudo en el pecho. Se me cierra la garganta.

El primer sollozo me golpea tan de repente que doy un respingo.

Y entonces empiezo a llorar. Un llanto de verdad, fuerte, feo. Las lágrimas me resbalan por la barbilla y caen sobre la camiseta de Nick como si eso fuera a arreglar algo.

Me encojo hacia delante, presionando las palmas contra los ojos. —No pasa nada —le digo entre hipos a nadie—. No pasa nada, solo necesita... tiempo. Está asustada, está disgustada... todo va bien...

No va nada bien. Todo mi cuerpo tiembla por la fuerza del llanto.

En ese momento se abre la puerta.
—¿Nora?

34

NICK

No me hace falta mucho para saber que algo va mal. Su voz. El temblor de sus manos. La forma en que se encoge sobre sí misma, ocultando el rostro como si se avergonzara de llorar.

No debería. Ha aguantado más presión que la mayoría de los soldados que conozco. Pero eso ahora da igual. Lo que importa son los surcos de las lágrimas en sus mejillas, el modo en que lucha por respirar y el teléfono que casi se le escapa de las manos.

Intenta secarse los ojos de nuevo, pero le tiemblan los dedos. —Estoy bien —dice. Demasiado rápido, demasiado desesperada. —Es solo... todo. Lena, las hormonas, todo.

He oído la discusión. He oído el dolor en su voz.

No está bien. Ni de lejos.

Doy un paso hacia ella antes de detenerme. Si la toco, aunque sea para sostenerla, no me limitaré a algo sencillo o inofensivo. No después de lo de anoche. No después de cómo me miró. No después de las cosas que hace, sin siquiera darse cuenta, y que me desarman pieza por pieza.

Así que clavo los pies donde estoy. —¿Qué ha pasado?

Se le quiebra la voz. —Lena está enfadada. Y asustada. Y... me ha colgado.

Eso explica los gritos que he oído a través de las paredes. Y explica esa expresión en el rostro de Nora que se siente como un puñetazo en las costillas.

—Lo he oído —digo en voz baja.

Ella deja escapar una risita temblorosa. —Ah, bien. Estupendo.

Se le vuelven a sacudir los hombros. Intenta controlarse respirando hondo, pero se le escapa otro sollozo.

Todos mis instintos me exigen que la estreche contra mi pecho.

No lo hago.

No puedo.

Así que me quedo ahí plantado, con los puños cerrados y la mandíbula tensa, luchando contra el impulso de acortar la distancia que nos separa.

—Es normal —murmura, volviéndose a limpiar los ojos—. Hormonas del embarazo. Ahora mismo soy como... un ochenta por ciento lágrimas y un diez por ciento sarcasmo.

—¿Y el otro diez? —pregunto, porque no puedo evitarlo.

Me mira a los ojos. —Miedo —susurra.

Algo en mi interior estalla. Antes de que pueda decir nada, antes de que comprenda qué demonios estoy haciendo, su teléfono vuelve a vibrar. Un mensaje.

Ella baja la mirada. Se queda pálida. Me enseña la pantalla con dedos temblorosos.

***Caroline**: Llámeme. Inmediatamente.*

35

NORA

En el momento en que veo el mensaje de Caroline, algo dentro de mí se quiebra. No de forma suave. Ni en silencio. Más bien como una cuerda de violín que se rompe por un exceso de tensión. Agudo, doloroso, imposible de ignorar.

El corazón empieza a latirme demasiado rápido, aleteando contra mis costillas como un pájaro atrapado. El aliento se me entrecorta. Luego se acorta. Y después se detiene por completo en mi garganta.

—Yo... —logro articular con dificultad—. Nick, yo...

Pero las palabras no salen. Porque lo único en lo que puedo pensar es en esto: *complicaciones del primer trimestre.*

Conozco las estadísticas. Conozco los riesgos. Conozco cada porcentaje aterrador, cada situación posible, cada detalle médico que desearía con todas mis fuerzas no saber.

Y de repente todo me viene encima a la vez, asfixiándome. Un maremoto. Un desprendimiento. Una espiral oscura y aplastante de *y si, y si, y si...*

Se me nubla la vista. Se me oprime el pecho. Se me entumecen las manos.

—Nora —la voz de Nick corta el aire, profunda y tajante.

Pero no puedo responderle. No puedo hacer nada excepto sentir cómo el pánico trepa por mis pulmones. Algo va mal. Algo va mal

con el bebé. Con el embarazo.

Y sé... *sé* que no debería encariñarme, que no debería poner nombre a sentimientos que no tengo permiso para tener. No es mi bebé. En realidad, no. No de la forma que importa.

Pero está dentro de mí. Creciendo. Vivo. Un latido diminuto que podría desaparecer en un instante, y...

Se me quiebra la respiración. —Oh, Dios —susurro—. —¿Y si... y si ha pasado algo? ¿Y si he hecho algo mal? ¿Y si la explosión... y si las carreras... y si...?

El pulso me va tan rápido que me siento mareada. Las lágrimas me escuecen en el lagrimal. El mundo se inclina hacia un lado y los bordes de mi visión se vuelven borrosos.

Intento respirar. De verdad, lo intento con todas mis fuerzas. Pero el pánico me aferra la garganta con su puño.

No quiero que le pase nada a este bebé. No quiero... no quiero...

Mi respiración se hace añicos.

—Nora —vuelve a decir Nick, más cerca ahora.

Me tiemblan las manos en el regazo. —No puedo... —jadeo—. No puedo perder... si algo va mal, si algo ha pasado, no podré mantener a Lena en tratamiento. No podré, Nick, no podré...

La voz se me rompe del todo.

Y entonces...

Nick se mueve. Rápido.

Más rápido de lo que soy capaz de procesar.

Un segundo estoy en caída libre. Al siguiente...

Sus manos están en mi cara. Firmes, cálidas, seguras.

Y sin previo aviso, sin vacilar, sin darme tiempo siquiera a inhalar, su boca choca contra la mía.

El mundo se detiene. Todo —el miedo, el pánico, el aire, todo— se congela mientras sus labios presionan con fuerza contra los míos, exigentes, protectores, imposibles de ignorar.

Mi jadeo desaparece en él. El pánico se hace añicos como el cristal. Porque el beso no es suave. No es experimental. No es vacilante ni dulce. Es feroz. Crudo. Lo bastante profundo como para sacarme de la tormenta y obligar a mis pulmones a recordar cómo funcionar.

Nick aprieta el agarre ligeramente, sus pulgares rozan mis pómulos, manteniéndome firme, arrastrándome de vuelta a mi cuerpo, a mi respiración, a mis latidos.

Cierro los ojos. Durante un instante imposible, el mundo entero se reduce al sabor de él. Calor y aliento y fuego y Nick.

Cuando por fin se separa, estoy jadeando, pero esta vez es por necesidad de oxígeno, no por el pánico. El pulso se me ralentiza. Mi visión vuelve a enfocarse. La banda que me oprimía el pecho se afloja lo justo para que pueda respirar de nuevo.

Él me mira fijamente. Yo lo miro a él.

Y durante un momento, el silencio entre nosotros vibra con la conmoción de lo que acaba de pasar.

Me ha besado. Nick Volkov me ha besado.

Para evitar que me ahogara.

Y ha funcionado.

36

NICK

No debería haberla besado. Lo sé de sobra, joder. Ha sido un error. Una grieta en mi disciplina. Una debilidad que no puedo permitirme.

Pero en el momento en que ha empezado a entrar en pánico, a entrar en pánico de verdad —sin aliento, con las manos temblorosas, los ojos desorbitados por el miedo—, algo se ha roto dentro de mí.

Se estaba desmoronando. Y yo no podía quedarme mirando cómo sucedía. No podía quedarme ahí parado sin hacer nada.

Así que he hecho lo único que mi instinto brutal me ha dictado.

La he besado.

Con fuerza.

Con profundidad.

Con desesperación.

Ha funcionado. La ha traído de vuelta. La ha sacado de la espiral al instante, como si hubiera accionado un interruptor.

Pero también me ha encendido cada centímetro de los nervios. Sus labios. Su aliento. Su suave sonido de sorpresa. Todo se ha quedado grabado en mí.

A fuego.

Atormentándome.

Casi la agarro. Casi la estrecho contra mí. Casi pierdo el poco control que me quedaba.

Por eso me he apartado bruscamente antes de hacer algo de lo que ninguno de los dos pudiéramos regresar.

Ahora está de pie frente a mí, menuda, estremecida, con los ojos muy abiertos, todavía sofocada por el pánico. Todavía ruborizada por el beso.

Y no puedo mirarla. No sin querer más.

Así que camino de un lado a otro. Sin descanso. Pasos cortos y controlados destinados a quemar la electricidad que me recorre.

—Nick… —empieza ella en voz baja.

—Llama a la administradora —le ordeno, sin dejarla terminar.

Mi voz suena dura. Demasiado dura.

Ella se amilana. Me mata verla así.

Pero no puedo cambiar el tono. Si me ablando, me quebraré. Si me quiebro, volveré a tocarla. Y si la toco…

No.

Ella llama. Y yo escucho. Cada palabra. Su pulso suena fuerte. Su respiración es irregular. Mis músculos se tensan con cada segundo de silencio al otro lado de la línea.

Cuando cuelga, está pálida. No es una palidez normal. Es de esa que grita «miedo».

—¿Qué ha dicho? —exijo.

—Ella… —tartamudea—. Quiere verme. De inmediato.

Una cuchilla fría me recorre la columna vertebral. —¿Y? —la apremio.

—No ha querido decirme por qué —responde.

Por supuesto que no. Esta gente nunca da respuestas directas.

—Bien. —Mi voz baja al tono que solo uso cuando alguien está a punto de sangrar—. Coge tus zapatos.

Nora parpadea. —¿Tú… vas a venir?

—No voy a dejar que entres en una clínica que ya ha sido vulnerada —aprieto la mandíbula—. No sola.

Sus ojos se suavizan. —Nick…

—Muévete —le espeto.

Se sobresalta de nuevo. Pero obedece.

Siempre lo hace.

Coge sus zapatos con manos temblorosas. Yo cojo mi arma, mi chaqueta y el cargador extra que guardo bajo el colchón. Mi mente analiza las posibilidades. Qué podría ir mal, quién podría estar involucrado, con qué rapidez puedo eliminar cualquier amenaza.

Porque sea cual sea el problema en el que se esté metiendo ahora, me corresponde a mí terminar con él. Y quienquiera que sea el responsable, quienquiera que se haya atrevido a devolverle el miedo a sus ojos…

Voy a hacer que lo pague.

37

NORA

Todavía me tiembla todo cuando nos subimos al coche. El aire entre nosotros resulta denso, como si la estática residual de aquel beso se hubiera aferrado a cada molécula del piso franco y nos hubiera seguido al salir por la puerta, hasta la calle.

Y eso ya sería suficiente para dejarme el cerebro frito durante una semana. Salvo que ahora también tengo que preocuparme por el hecho de que Caroline me haya dicho de vernos en otro sitio.

Ni en la clínica. Ni en ningún lugar oficial.

En algún sitio «seguro». Una palabra que nadie utiliza a menos que algo vaya rematadamente mal.

Nick conduce como si la carretera le hubiera ofendido personalmente. Con la mandíbula apretada y los ojos escudriñando cada ventana, cada coche y cada sombra por la que pasamos.

Intento respirar. Intento tener pensamientos racionales. Intento no pensar en el bebé, ni en posibles complicaciones, ni en el peor de los escenarios...

Y cada vez que consigo dar media bocanada de aire, el recuerdo de sus labios sobre los míos parpadea como un letrero de neón tras mis ojos.

Es tan estúpido. Hay cosas potencialmente mortales ocurriendo ahora mismo. Gente que intenta matarme. Gente que intenta

matarlo a él. Una situación con el bebé muy confusa. Y cualquier nueva pesadilla que me aguarde en la consulta de ese médico secreto.

Pero en lugar de centrarme en cualquiera de los detalles objetivamente importantes, mi cerebro se ha quedado atascado en el hecho de que Nick me ha besado, en que he sentido como si la gravedad se hubiera desplazado y en que no sé qué significa.

—Deja de pensar —masculla de repente.

Doy un respingo. —¿Qué?

Sus dedos se tensan una vez sobre el volante. —Estás entrando en bucle.

—No estoy entrando en bucle —miento, y se me nota a la legua —. Estoy siendo... reflexiva.

—Estás haciendo mucho ruido en tu cabeza.

—No me puedo creer que acabes de decir eso.

—Es la verdad —dice él con indiferencia.

Me aferro al cinturón de seguridad. —Vale, para empezar, qué borde. Y, segundo, ¡tengo mucho en lo que pensar! Mi hermana está enfadada conmigo, puede que tenga una complicación en el embarazo, me has sacado de un piso franco para ver a un médico misterioso y además me has besa...

Cierro la boca de golpe.

Dios mío. Que me maten.

Ahora mismo.

Nick se queda muy quieto. El coche se detiene en un semáforo en rojo. El zumbido del motor llena el silencio. Gira ligeramente la cabeza y sus ojos azules se posan en mí con una mirada que me hace sentir clavada al asiento.

—Sí —dice en voz baja—. Sobre eso.

Se me acelera el pulso. Él se inclina hacia delante, con los codos apoyados en el volante, mirando al frente de nuevo.

—No se lo digas a él —dice.

Tardo tres segundos enteros en comprender.

—¿A quién? —pregunto.

Ni siquiera parpadea. —Al heredero.

Se me desencaja la mandíbula. —¿Crees que voy a decírselo?

—No puede llegar a sus oídos.

Se me oprime el pecho y la rabia estalla rápida y ardiente. —Vaya. Gracias. Eso me hace sentir muy especial.

—Nora...

—En serio —le espeto—. ¿Esa es tu mayor preocupación? No que me hayas besado en mitad de un ataque de pánico, ni que tal vez deberíamos hablar de lo que ha significado, o tal vez pedir perdón o explicarlo o..., pues no. Solo «no se lo digas al heredero». Qué charla más amena.

Exhala una vez, de forma brusca. —No ha significado nada.

Un golpe silencioso y devastador.

Giro la cara hacia la ventanilla. —Sí —susurro—. Entendido.

Él se tensa, como si esa no fuera en realidad la respuesta que quería dar. Como si quisiera decir algo totalmente distinto. Como si algo se tambaleara bajo todo ese acero.

Pero no le miro. No tengo la oportunidad.

Porque en ese momento, una de las ventanillas traseras estalla.

Los cristales saltan hacia delante en una explosión violenta, con un estruendo lo bastante agudo como para partir el aire por la mitad. Suelto un grito, encogiéndome por instinto mientras me llevo las manos al vientre para protegerlo.

Nick ya está reaccionando.

38

NICK

La bala ha impactado primero en el cristal. Esa es la única razón por la que ella está viva.

Ya estoy desenfundando antes de que los fragmentos caigan sobre el asiento. —¡Abajo! —le grito.

Se agacha al instante, ovillándose en el espacio para los pies, con los brazos rodeando su vientre tal y como le he dicho mil veces.

Bien. Sabe escuchar.

Otro disparo desgarra el aire. Este va bien dirigido, directo hacia la parte delantera. Giro el volante justo cuando la bala atraviesa el parabrisas. Pasa a menos de veinte centímetros de ella.

Me da a mí en su lugar. Un dolor incandescente me atraviesa el costado superior.

No emito ningún sonido. El dolor es solo información. Y la información se puede ignorar.

Piso a fondo el acelerador. Los neumáticos chirrían. El coche sale disparado hacia delante. Compruebo los espejos. Rápido. Preciso. Calculado.

Ni rastro del fogonazo del arma. Ningún segundo vehículo acercándose.

Pero alguien conocía nuestra ruta. Alguien conocía el horario. Alguien sabía que estaríamos expuestos en ese cruce.

La filtración de la clínica.

Tiene que ser eso.

—Nick —la voz de Nora se quiebra—. Te han dado.

—He pasado por cosas peores —gruño.

La sangre empapa mi camisa, cálida. No importa.

—Tenemos que buscarte ayuda...

—No —la corto—. Tenemos que ponerte a salvo.

Ella duda. —¿A dónde vamos?

—Lejos de aquí.

—Nick...

—Ahora mismo no respondo a preguntas —le espeto—. Yo conduzco. Tú respira.

Ella se queda en silencio. Bien.

Doy tres giros rápidos. Dos al azar. Uno estratégico.

Nadie nos sigue.

Pero no me fío. Todos los implicados en esto la quieren muerta, y se están volviendo más astutos.

La visión se me nubla por los bordes; el dolor me está ganando terreno demasiado rápido.

Ahora no.

Aprieto los dientes y fuerzo mi atención hacia la carretera.

Nora asoma la cabeza desde el suelo. —Estás sangrando. Mucho.

—Es superficial.

—¡No es superficial en absoluto!

No la corrijo. No voy a mentir. Pero tampoco voy a admitir debilidad. No con ella mirándome así. Temiendo por mí, preocupada por mí, temblando porque me han dado por protegerla.

—No ha tocado nada importante —digo en su lugar.

Es verdad a medias.

La calle que tengo delante se nubla durante medio segundo. Parpadeo con fuerza.

Mala señal.

—¿Nick? —susurra ella—. ¿Estás... estás bien?

—No —respondo con sinceridad—. Pero seguimos avanzando.

Se sube de nuevo al asiento con dificultad, con las manos temblorosas. —¿A dónde vamos?

Trago saliva, con el sabor a cobre en la boca. —A otro refugio.

—¿A cuál?

No respondo. Porque si se lo digo, y alguien llega hasta ella antes de que yo pueda impedirlo, la obligarán a repetirlo.

Ahora mismo, no necesita saberlo.

Sus ojos se agrandan al darse cuenta de que no voy a hablar. —¿Nick?

Siento que me tambaleo durante medio segundo. *Mierda.* La pérdida de sangre es más rápida de lo esperado. La bala ha penetrado más hondo de lo que quería admitir.

Mis manos se aferran al volante. —El cinturón —ordeno.

Se lo abrocha de inmediato, con el pánico aumentando de nuevo. —Nick, no te atrevas a...

Mi visión se inclina. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duele.

—Agáchate —gruño—. Y no grites.

—¿Qué? ¿Por qué iba a...?

El mundo se funde a negro.

Joder.

Lucho contra ello. Aguanto. Obligo al coche a dar un último giro...

La adrenalina desaparece de golpe. Todo se vuelve gris. Luego más oscuro. Luego...

—Oh, Dios mío. ¿Nick? Para el coche...

Su voz se desvanece. Mi agarre sobre el volante se afloja. Siento que el coche empieza a irse a un lado. Siento que sus manos me agarran el brazo. Siento cómo su pánico se dispara como fuego en la oscuridad.

Después...

Nada.

39

NORA

Lo sé un instante antes de que ocurra. No porque Nick diga ni una palabra —no lo haría ni aunque estuviera a punto de desangrarse—, sino porque se le ponen los nudillos blancos sobre el volante, su respiración se entrecorta y, durante un segundo aterrador, se tambalea.

—¿Nick? —susurro.

No responde. Tiene sangre en la camisa. No es una mancha. Ni un rasguño. Es un parche oscuro e inequívoco que se va extendiendo.

—Dios mío —suspiro—. Nick, para el coche, para, estás... estás sangrando.

No para. Sigue conduciendo, con la mandíbula apretada y la mirada fija, con el cuerpo temblando por el esfuerzo de mantenerse consciente.

De pronto, su cuerpo se queda lacio. Se le desploma la cabeza hacia delante. El coche da un volantazo brusco hacia la derecha.

El pánico estalla en mi interior, pero el entrenamiento se activa aún más rápido.

—Vale, vale, vale —jadeo, agarrando el volante y tirando de él hacia atrás antes de que nos estrellemos contra un todoterreno aparcado.

El brazo de Nick cae, soltando el volante; está pesado, inútil.

—¿Nick?

Nada. No hay respuesta. Tiene los ojos entornados pero desenfocados, ligeramente en blanco. Su cuerpo está inerte, y la sangre empapa su camisa.

Contengo un sollozo y obligo a mis manos a estabilizarse. Lo suficiente para guiar el coche hasta el arcén. Lo suficiente para poner la marcha de estacionamiento de golpe. Lo suficiente para mantenernos con vida.

El motor hace un ligero clic mientras está al ralentí. Mi corazón es un desastre frenético que grita.

—Ay, Dios —susurro—. Ay, Dios, Nick, quédate conmigo. Por favor, por favor...

Le tomo el pulso. Es lo bastante fuerte. Pero rápido. Demasiado rápido.

Estado de choque.

Pérdida de sangre.

Bajón de adrenalina.

Necesita ayuda. Ayuda médica de verdad. Solo que no podemos ir a un hospital. No podemos ir a una clínica.

No podemos ir a ninguna parte excepto a...

El piso franco.

No es perfecto. No está equipado para una cirugía de urgencia. Pero está limpio. Oculto. Y tengo mis manos.

No me permito pensar. Me pongo en movimiento. Desabrocharle el cinturón resulta torpe. Su peso muerto se desploma de lado sobre mí y deja caer la cabeza en mi hombro.

—Claro, cómo no ibas a pesar —murmuro entre lágrimas—. Porque todo en mi vida tiene que ser difícil.

Salgo del coche, lo rodeo, abro la puerta del copiloto y alargo el brazo sobre su pecho. —Vale, grandullón —susurro—. Ayúdame un poco.

No me ayuda. Pero la adrenalina compensa la diferencia. Me preparo, afianzo los pies y tiro de él por el asiento centímetro a centímetro hasta que la gravedad por fin se apiada de mí y lo deja caer en el lado del pasajero.

Se desploma contra la puerta, con la cabeza ladeada.

—Nick —asiento de nuevo, rozándole la mejilla—. Nick, despierta.

Nada.

Me obligo a volver al volante, con las manos temblando tanto que casi se me caen las llaves.

—Por favor, no te mueras —susurro mientras meto la marcha—. Por favor, por favor, no te mueras. No puedo... no puedo hacer esto si te mueres, no puedo...

El trayecto de vuelta es borroso. Cada semáforo parece una sentencia de muerte. Cada sombra parece una amenaza. Cada segundo parece que lo aleja más de mí.

Para cuando entro derrapando en la entrada del piso franco, siento que todo mi cuerpo vibra fuera de mi piel. Dejo el motor en marcha y corro hacia la puerta del copiloto.

—Nick —suplico, agitando su hombro—. Ya estamos aquí. Quédate conmigo.

Sus párpados tiemblan. Luego vuelven a caer.

Consigo meterlo dentro... a duras penas. Arrastrándolo. Medio alzándolo. Medio cargándolo. En cuanto cruzamos el umbral, tengo el pensamiento surrealista y vertiginoso de que esto es exactamente lo que él hizo por mí la noche que estalló el coche bomba. Ponerme a salvo, protegiéndome con su cuerpo.

Ahora es mi turno.

Lo tumbo en la cama. Emite un sonido áspero, apenas perceptible. Dolor, tal vez. O reconocimiento. O nada en absoluto.

No espero. Corro al baño, cojo toallas, cojo el botiquín, cojo cualquier antiséptico que encuentro. Me arrodillo a su lado y mis manos ya buscan su camisa.

—Vale —susurro, más para mí que para él—. Veamos a qué nos enfrentamos.

Su camisa está empapada. Un rojo oscuro y cálido se extiende por sus costillas. Trago saliva, deslizo las tijeras bajo la tela y empiezo a cortar.

Cortando y rezando.

40

NICK

Lo primero que siento es presión. Cálida. Constante. Presionando mis costillas.

Lo segundo es dolor. Ardiente. Agudo. Floreciendo bajo mi piel en un círculo amplio y expansivo que palpita con cada latido de mi corazón.

Pero entonces lo huelo. Lavanda.

Inhalo superficialmente.

Lavanda.

Ella. Nora.

El recuerdo me golpea como un puñetazo. No el de hoy, sino el antiguo.

Tres años atrás.

La noche en que casi muero.

Su voz entonces.

Sus manos entonces.

Sus ojos, aterrorizados y decididos, mirándome a través de la penumbra.

—Nick —susurra ahora.

Fuerzo los ojos para abrirlos. Está inclinada sobre mí, con el pelo cayéndole alrededor de la cara y el ceño fruncido por la

concentración y el miedo. Es la misma expresión que tenía hace tres años.

—No te muevas —dice en un soplo—. Estás sangrando mucho.

No deja que me incorpore. No deja que me gire. No deja que haga nada más que yacer aquí como un idiota inútil y sangrante.

Lo odio. Odio esta debilidad. Odio la forma en que la habitación se inclina cuando parpadeo.

Pero sus manos… Dios, sus manos están firmes. Cálidas. Expertas. Seguras.

El déjà vu me sacude con tal fuerza que aprieto los dientes.

Presiona una toalla contra la herida. —Sujeta esto —ordena.

No lo hago.

Me coge la mano y la pone sobre la toalla. —Nick, sujétala.

Su voz es suave. Pero la orden es absoluta.

Obedezco. Corta los restos de mi camiseta y el aire frío me golpea el pecho.

Su respiración se entrecorta. No por la herida.

Sino por la tinta.

Sus ojos recorren el tatuaje, los ojos añadidos en mi pecho, la marca que me puse allí por ella.

Luego se deslizan hacia la cicatriz que hay al lado.

El reconocimiento la golpea como una tormenta.

—Oh —susurra—. ¡Oh, Dios mío!

Cierro los ojos.

—Fuiste tú —dice con la voz quebrada.

Un cuchillo en las entrañas me dolería menos ahora mismo.

—No —digo con voz ronca.

—Nick...

—Ahora no —gruño, a pesar de que la visión se me nubla—. Céntrate.

Sus ojos brillan. De asombro. De dolor. De algo que no me puedo permitir mirar.

—Déjame hablar —intento decir.

—No —espeta suavemente—. Has perdido sangre, te has desmayado y no vas a explicar nada hasta que sepa que estás estable.

Sus dedos rozan mis costillas, buscando el orificio de salida. No hay orificio de salida; la bala sigue dentro.

Exhalo por la nariz. —Joder.

Traga saliva con dificultad. —Lo sé.

Alarga la mano para coger antiséptico, gasas, aguja e hilo de sutura. Sus manos tiemblan durante exactamente un segundo. Luego se estabilizan.

Igual que antes.

Se inclina sobre mí, con una expresión que se suaviza de una forma que me destroza por completo. —Tú me salvaste —susurra—. Ahora deja que yo te salve a ti.

Lavanda. Calidez. Manos que no merezco. Ojos que no puedo dejar de recordar.

Y todo lo que puedo hacer, lo único que logro articular a través de la neblina, es una sola palabra.

—Nora.

Se le corta la respiración. —No hables —murmura, acercándose más, reuniendo el material—. Por favor. Solo… déjame que te mantenga con vida.

Su toque es una marca en mi piel. Su presencia es lo único que me mantiene anclado a la consciencia. El dolor mengua, ruge y vuelve a menguar. Pero ella no se va. No aparta la mirada.

Y mientras la oscuridad araña los bordes de mi visión, me doy cuenta de algo aterrador:

De todos los lugares donde podría haber muerto —cada calle, cada callejón, cada almacén, cada campo de batalla en el que he entrado—, estoy aquí tumbado, sangrando bajo sus manos otra vez.

Y por primera vez en toda mi vida, no quiero irme.

41

NORA

Solía pensar que se podía sentir el momento exacto en el que una vida empezaba a escaparse entre los dedos.

Resulta que no. No hay un crescendo dramático de violines, ni un susurro del universo diciéndote: *ahora, ahora, ahora*.

Solo hay… caos.

Ruido caótico. Sangre caótica. Decisiones caóticas.

Y tomas la correcta, o no. A veces, la medicina no es más que eso.

Para cuando sacamos la camilla de Traumatología Uno y salimos disparados hacia el quirófano, el desconocido de los ojos de glaciar se estaba yendo por el sumidero tan rápido que casi podía sentir la succión. Ya había entrado en parada dos veces. La primera, me la esperaba. Su presión arterial era poco más que un rumor en ese momento. La segunda me pareció un insulto personal.

—Vamos —mascullé mientras corríamos, con la mano todavía apretando la vía que le había puesto—, no me he peleado con tus venas hasta que han cooperado para que te rindas ahora.

La anestesista me lanzó una mirada como si quisiera recordarme que el paciente estaba inconsciente y que, por lo tanto, era poco probable que apreciara mi charla de motivación.

Problema suyo, no mío.

Todavía llevaba puesta la máscara de oxígeno. Ninguno de nosotros la había tocado, salvo para cambiarla durante la intubación. Quitarla habría sido una pérdida de segundos preciosos. Ojos en la vía aérea, manos en la herida, succión lista, el laringoscopio en la palma de la doctora Harris. Prioridades.

No lo sabía entonces, pero esa máscara fue la única razón por la que no le reconocí años después.

Tienen gracia las cosas que marcan el rumbo de toda una vida. Una máscara de plástico barata. Un protocolo médico. Un hombre demasiado ocupado en estar a punto de morir como para mostrar su rostro.

—El pulso se desvanece de nuevo —gritó Janice desde la cabecera de la camilla.

Miré el monitor. Los números estaban haciendo una danza interpretativa que no me hacía ninguna gracia.

—No tiene tiempo para un tercer acto —dije entre dientes—. Ni nosotros tampoco.

Al doblar la última esquina hacia las puertas del quirófano, todo en mi interior cambió hacia ese enfoque frío y clínico que solo me entraba en los peores casos. No era pánico. No era miedo. Era algo más afilado. Una especie de claridad furiosa.

Este hombre necesitaba algo que aún no estábamos haciendo. Algo sobre lo que no teníamos tiempo de debatir.

—¡Parad! —grité—.

Todo el mundo se quedó petrificado. Incluso el enfermero de quirófano que sostenía la puerta abierta se detuvo a mitad de un paso.

—¿Nora? —espetó la doctora Harris, a medio segundo de devorarme viva—.

—Está en choque obstructivo —dije. Las palabras salieron rápidas, cortantes—. Está perdiendo presión más rápido de lo que los fluidos pueden compensar. Tenemos que aliviar la tensión. Ahora.

—El ecógrafo está en el quirófano —dijo alguien—.

—No necesitamos el ecógrafo —dije—. Se nos va. ¡Miradlo!

Su piel había adquirido ese horrible tinte grisáceo, como si alguien hubiera vaciado el mundo de color y solo hubiera dejado

sombras. La herida bajo mis manos se sentía como si se estuviera hinchando; la presión aumentaba bajo la superficie con cada latido.

Una presión que lo mataría antes siquiera de que atravesara las puertas dobles.

—Hágalo —le dije a la doctora Harris—. Descompresión con aguja. Ahora.

Ella dudó. Medio segundo, tal vez menos. Pero lo suficiente para que yo viera el fugaz pensamiento tras sus ojos.

Si me equivocaba, estaría a punto de cometer un error letal.

No me equivocaba.

—Moveos —ordenó ella.

Yo ya estaba echando mano a la aguja de calibre 14 que me había metido en el bolsillo antes. Los ojos del técnico eran como platos, pero dio un paso atrás como si el aire entre nosotros tuviera de repente corriente eléctrica.

La doctora Harris desinfectó la zona. Lado izquierdo. Segundo espacio intercostal. Línea medioclavicular.

Introdujo la aguja. Hubo una ráfaga de aire. Un siseo húmedo, horrible.

Su pulso reaccionó.

No mucho.

Pero lo suficiente.

—Buena decisión —masculló ella mientras empezábamos a movernos de nuevo—. Subámoslo.

Buena decisión. Eso es todo lo que fue. Solo una decisión.

Excepto que se sentía como algo más grande. Como si hubiera agarrado una cuerda atada a alguien al borde de un precipicio y hubiera tirado de ella.

Las puertas del quirófano se cerraron tras él en un remolino de uniformes azules y bandejas metálicas rodantes. Me quedé allí, respirando con dificultad, con las manos temblándome lo suficiente como para tener que cerrarlas en puños.

Fue entonces cuando me di cuenta. No de lo que había hecho, sino de lo que casi había sucedido.

Había estado a segundos. Una vacilación más. Un bache más de la camilla. Un retraso más… y no lo habría contado.

No sabía su nombre. No sabía nada excepto su peso en la camilla, el sonido de su sangre golpeando el suelo, el agarre frío de sus dedos alrededor de mi muñeca.

No me dejes morir.

Y esos ojos. Dios, esos ojos. Incluso medio ido, medio ahogado en el dolor y la pérdida de sangre, eran lo bastante afilados como para cortar.

Recuerdo estar de pie ante el fregadero de lavado quirúrgico después, mirándome en el reflejo metálico del dispensador. Mis mejillas estaban encendidas. Mi pelo era un halo encrespado. Mi camisa estaba manchada de sangre seca. Su sangre.

Recuerdo que pensé: *Va a vivir.*

Y recuerdo haber deseado, de manera casi egoísta, que si lo hacía, conservara esos ojos.

Pero nunca vi su rostro. La máscara permaneció puesta hasta que el equipo de quirófano se hizo cargo de él.

Y para cuando se me ocurrió preguntar por él al día siguiente, cuando por fin tuve cinco minutos libres y la capacidad emocional para pensar en algo que no fuera Lena, se había marchado. ¿Recibió el alta? ¿Lo trasladaron? ¿Desapareció?

Nadie supo decirme. Era un fantasma. Un expediente que se había evaporado. Un par de ojos casi plateados que habitaron en mi cabeza sin pagar alquiler más tiempo del que quería admitir.

No sabía entonces que él seguía ahí fuera. Entonces no sabía que él también me recordaba.

No sabía que un día volvería a mirar esos mismos ojos, sin sangre ni pánico de por medio, y que todo en mi interior daría un vuelco como un corazón que recuerda un ritmo que creía haber olvidado.

Simplemente me lavé las manos. Me froté hasta que la piel se me quedó en carne viva. E intenté no pensar en el hombre al que había rescatado del abismo.

El hombre que un día me arrastraría a un mundo para el que no estaba preparada.

42

NICK

Nora me mira el pecho como si este guardara las respuestas a cada pregunta que jamás me ha hecho. Sus dedos planean sobre el tatuaje. No llega a tocarlo, pero los tiene lo suficiente cerca como para que sienta el calor de su piel.

Cuando por fin alza la vista hacia la mía, sus ojos están muy abiertos y aturdidos, con las pupilas dilatadas por la comprensión.

—Nick —susurra—. Eras tú. Aquella noche... en urgencias... eras tú.

Inhalo despacio y el dolor me atraviesa las costillas, pero no le quito la mirada de encima. —Sí —la palabra suena áspera como la grava—.

Ella traga saliva. —¿Desde cuándo lo sabes?

Su voz es suave, frágil en los matices, y me provoca algo. Algo peligroso.

Debería mentir. Debería protegerme. Protegerla a ella. Mantener los muros donde les corresponde estar.

Pero no lo hago. No puedo.

—Creo que lo supe desde el primer día —digo en voz baja—. Desde el momento en que saliste a la recepción de la clínica.

Su respiración se vuelve entrecortada. —¿Cómo? —susurra.

Me muevo y el dolor me abrasa el costado. —Por tus ojos.

Ella parpadea. —¿Mis... qué?

Hago un gesto con la barbilla hacia la tinta de mi pecho. Al par de ojos. Esos que están tallados en mi piel con el recuerdo de una noche en la que casi muero.

—Me salvaste la vida —digo—, y cuando te volví a ver, tres años después, lo supe.

Un temblor le recorre los hombros. —Por eso te me quedaste mirando —murmura—. En la clínica. A mí. La primera vez.

Asiento una vez. —Sí.

Vuelve a mirar el tatuaje... lo mira de verdad. Entonces sus labios se curvan en un gesto trémulo e incrédulo.

—Esos ojos son nuevos —dice suavemente—, y resulta... un poco inquietante que sean del mismo color que los míos.

A pesar del dolor, a pesar de la sangre, un sonido ronco brota de mi pecho. Casi una risa. Oscura. Rota. Desconocida.

—Me marqué —digo en voz baja— para no olvidar nunca los ojos que me salvaron.

Se le corta la respiración. Y durante un largo y frágil momento, nos limitamos a mirarnos. Su mano sigue suspendida sobre la tinta. Mi pulso me retumba en los oídos. El suyo late con fuerza en su garganta. El aire entre nosotros es tan tenso que parece a punto de romperse.

Una vez me salvó la vida. Ahora lo está haciendo de nuevo.

Y estoy empezando a darme cuenta de algo que no debería. Algo peligroso, algo prohibido, algo que se siente como una cuchilla presionada contra mi garganta.

No me da miedo morir.

Me da miedo perderla.

43

NORA

En algún momento, el agotamiento vence. No sé cuándo. No sé cómo. En un segundo, estoy sentada erguida en la silla junto a la cama de Nick, viendo cómo sube y baja su pecho, asegurándome de que sigue respirando…

Y al siguiente, se me cierran los ojos.

Lo último que recuerdo es el suave roce de su respiración.

Lo primero que me despierta es el sonido de él luchando contra fantasmas.

Un sonido roto y áspero sale de su garganta, bajo y gutural, como si alguien le hubiera arrancado una súplica por asfixia. Se me sube el corazón a la boca.

—¿Nick? —susurro, incorporándome tan rápido que la silla chirría.

Se está agitando. No de forma salvaje ni temeraria, sino como un hombre atrapado entre el despertar y la muerte. Aprieta la mandíbula. Cierra los puños en las sábanas. Se le agita el pecho, con la respiración entrecortada y a tirones.

—No —murmura—, no… atrás… quédate…

Me abalanzo hacia delante y lo agarro por el hombro. —Nick. Nick, oye… Oye, todo va bien.

No se despierta. Se retuerce, con la respiración ronca, sudor en la frente y los músculos tan tensos que parecen tallados en piedra.

—Nick —digo otra vez, más fuerte ahora, rodeándole la cara con las manos como he visto que hace él conmigo para que tome tierra —. Mírame. Estás a salvo. Nick, por favor, vuelve.

Abre los ojos de golpe. Azules. Salvajes. Atormentados. Me mira directamente como si no supiera dónde está, quién es, qué es real.

Entonces algo cambia. Reconocimiento. Alivio.

Algo más profundo.

—Nora —susurra.

Antes de que pueda decir otra palabra, antes incluso de que pueda preguntarle si está bien, me agarra y me besa.

Sin cautela.

Sin delicadeza.

Sin vacilación.

Es desesperado. Un choque de labios duro, feroz y absorbente que me roba el aliento de los pulmones y lo sustituye por fuego puro.

Jadeo contra su boca, agarrándole los hombros con las manos, no para apartarlo sino para sostenerme.

Porque he deseado esto. Dios, he deseado esto durante semanas. Quizá más.

Desliza los dedos por mi pelo, acercándome más, inclinando mi boca hacia la suya como si temiera que fuera a desaparecer si afloja el agarre aunque sea un poco.

Siento el pulso en todas partes. Se me entrecorta la respiración. Todo mi cuerpo se inclina hacia él sin pensar, dejando que el instinto tome el mando mientras me besa como si estuviera hambriento.

La pesadilla lo ha dejado hecho pedazos. Pero se está recomponiendo sobre mis labios.

—Nick —susurro contra su boca, con el aliento tembloroso—. Todo va bien. Estoy aquí. Estoy aquí.

Emite un sonido —bajo, bronco, herido— y me besa con más fuerza todavía, como si el miedo que ha sentido en esa pesadilla aún supurara y yo fuera lo único capaz de detenerlo.

Sus manos bajan hasta mi cintura. Las mías se cierran sobre su mandíbula. Cada centímetro de su ser tiembla de necesidad. Y por primera vez, no se está conteniendo.

Ni lo más mínimo.

44

NICK

Cuando abro los ojos, todavía estoy medio atrapado en la pesadilla.

La veo sangrar.

Oigo la bomba.

Huelo el fuego.

Siento la bala desgarrándome una y otra vez.

La oigo gritar.

Y entonces, unas manos en mi cara. Suaves. Cálidas. Reales.

Su voz. Suave. Real.

Mis pulmones aspiran aire como si fuera mi primera bocanada en horas.

La veo.

Nora.

Viva.

Y algo en mi interior se rompe con tal violencia que ni siquiera lo siento. Solo actúo.

Tiro de ella hacia mí y la beso como si me estuviera ahogando y ella fuera el oxígeno.

Me responde con un sonido suave, de sorpresa, contra mi boca, y luego se funde conmigo, con los dedos apretando mi mandíbula y los labios moviéndose al compás de los míos.

Está mal. Joder, está mal. Ella está fuera de mis límites. Lleva un hijo que no es mío. Está bajo mi protección. Es buena, demasiado buena para un hombre como yo.

Pero nada de eso importa. No ahora. No con su boca sobre la mía y su aliento tembloroso y su cuerpo presionándose contra el mío como si ella también hubiera estado esperando.

Interrumpo el beso lo justo para decir con voz ronca: —Pararé si quieres que lo haga.

Las palabras salen de mi garganta como si me costaran sangre. Porque parar me matará.

Me mira con los ojos muy abiertos, sofocada, con los labios hinchados por mi beso. —No quiero que pares —susurra.

Juro que el mundo se inclina.

Vuelvo a atraerla hacia mí. Con más fuerza, con más hambre, con más profundidad.

Se sube a la cama sin dudarlo, poniéndose a horcajadas sobre mí, con cuidado de no tocar mi herida pero necesitándome tanto como yo a ella. Mis manos agarran sus caderas. Sabe a seguridad y a desesperación y a algo que no me he permitido sentir en años.

Esperanza.

—Nora —jadeo contra su cuello mientras ella se estremece bajo mi boca—. No tienes ni idea de lo que estás pidiendo.

Sus dedos se deslizan por mi pelo, tirando ligeramente, enviando un calor como un rayo a través de mi sangre. —Sé exactamente lo que estoy pidiendo —susurra.

Suelto un gemido ronco, gutural, y levanto el dobladillo de su camiseta, despacio pero con firmeza, revelando su piel cálida centímetro a centímetro. Ella jadea cuando mis manos la tocan.

Pierdo el poco autocontrol que me quedaba. El mundo se estrecha. Solo existe ella. Su aliento, su cuerpo, la forma en que se arquea contra mí, desesperada, como si hubiera estado esperando toda su vida para sentir esto.

La deseo más de lo que he deseado nada en mi vida. Quiero tomarla, castigarla, hacerla mía de una forma que nunca olvidará.

Gruño, con las palabras arrancadas de mi garganta, crudas de necesidad. —Eres tan jodidamente perfecta —digo con voz rasposa

—. Crees que estás rota, pero no lo estás.

Sus labios buscan los míos de nuevo, hambrientos, desesperados; sus manos se clavan en mi espalda como si tratara de atraerme más hacia su interior. La sostengo justo encima de mí, haciéndola esperar. Haciendo que anhele. Me mira con esos ojos grandes, con esos labios que suplican más.

Está temblando debajo de mí.

—Dilo —ordeno, con voz suave pero letal, una promesa de lo que viene después—. Dime que lo quieres. Dime que me necesitas.

Se le corta la respiración, se le escapa una risa sin aliento y esconde la cara en mi cuello.

—Te necesito —susurra, y la cruda honestidad de sus palabras me hace pedazos—. Necesito que me hagas olvidarlo todo. Quiero ser buena para ti.

Sus palabras provocan algo en mi interior, liberando algo oscuro y primitivo. Le doy la vuelta para que quede de espaldas, mi cuerpo enjaulando el suyo, inmovilizando sus muñecas contra la almohada; con suavidad, pero con la fuerza suficiente para que sepa que no estoy jugando.

Quiero devorarla. Quiero enterrarme tan profundamente en ella que deje mi marca para siempre.

Me mira con las pupilas dilatadas y los labios entreabiertos en un jadeo desesperado. Tiene las mejillas encendidas, quizá por las lágrimas, quizá por mí. Pero está sonriendo, mordiéndose el labio como si necesitara que fuera más rudo.

—No pienses más —gruño contra su garganta—. Solo siente.

Se estremece, flexionando las muñecas bajo mi agarre. Sabe que podría soltarse, pero no lo hace.

Y eso es todo lo que necesito.

Necesito estar dentro de ella. Necesito perderme en su calor. Es como la seda, un calor imposible al que no puedo resistirme.

Me guío hacia su interior, centímetro a centímetro, cada uno de ellos agónico, observando cómo se le contrae el rostro, cómo su cuerpo se estremece con el esfuerzo de acogerme por completo. Se le corta la respiración y siento el temblor de resistencia antes de que se abra a mí del todo, con el calor de su cuerpo tragándome entero.

Suelta un gemido, un sonido que me atraviesa, y sus uñas se clavan en mi espalda como si intentara anclarse.

Le suelto las muñecas, pero no lo suficiente para que escape. Sus manos me arañan los hombros, tirando de mí hacia abajo, instándome a entrar más profundo. Me hundo en ella, lento y deliberado, con un ritmo que nos deja a ambos doloridos, hambrientos de más.

Siento la oscuridad agitándose, esa parte de mí que quiere reclamarla por completo. Marcarla como mía.

Pero la contengo, concentrándome solo en ella. En la forma en que se mueve bajo mi cuerpo.

—Eso es, eres perfecta —susurro con voz de lija—. Crees que no te mereces esto. Pero sí te lo mereces.

Me besa con fuerza, con un deje de dolor y de hambre. Puedo sentir cómo la sobrepasa, cómo la desnuda, cómo la deja temblando en mis manos.

Y sé... *sé* que nunca olvidará esto. Ni la forma en que la follo. Ni la forma en que se desmorona por mí.

Vuelvo a ralentizar el ritmo, con cada centímetro de su cuerpo temblando, con cada sonido que emite prendiendo fuego a mi sangre.

Pero ya está lista.

Se deja llevar por mí, y cuando lo hace, es como si el mundo se hiciera añicos. Se arquea, su cuerpo atrayéndome más profundo, y siento su pulso, su calor, su rendición.

Me pierdo en ello, persiguiéndola, sintiendo su placer enroscándose con el mío.

Y la follo como si llevara toda la vida esperando sentir esto, sentirla a ella, saber que es mía.

45

NORA

La mañana llega despacio.

La cálida luz del sol me acaricia la mejilla, suave y dorada, como si intentara darme la noticia con delicadeza de que lo de anoche no fue un sueño.

Nick está cálido a mi lado. Sólido. Real. Todavía me rodea la cintura con el brazo, pesado y protector. Mis piernas están enredadas con las suyas. Mi mejilla descansa en su hombro.

Durante un respiro —un respiro frágil y esperanzador— me permito sentirlo. Ni el peligro. Ni el miedo. Ni el contrato, ni la Bratva ni el caos que desgarra nuestras vidas.

Solo a él.

Solo a nosotros.

Solo el silencio aquí entre los dos, donde el mundo aún no ha conseguido abrirse paso con sus garras.

Me permito sonreír contra su piel. Pero entonces él se mueve, parpadeando al despertar, y el momento se quiebra.

Abre los ojos, azules y demasiado agudos para alguien que acaba de despertarse, y me mira como si se hubiera olvidado de que yo estaría aquí.

Levanto la cabeza, de repente tímida. —Buenos días.

Pasa un segundo. Luego otro. Su expresión se suaviza, solo por un instante, y alarga la mano para rozarme la mejilla con los dedos.

—Buenos días.

A mi corazón le da un vuelco ridículo.

Él se incorpora un poco y las sábanas caen, dejando al descubierto mi espalda desnuda.

Su mano se detiene. Apenas me toca.

Luego se queda completamente quieta.

—Nora —dice en voz baja—. ¿Qué es esto?

Tardo un momento en darme cuenta de a qué se refiere.

La cicatriz. El tajo feo, largo y pálido que atraviesa el lado izquierdo de mi espalda.

Me pongo rígida. —Oh. —Me subo la sábana un poco más—. No es nada.

—Nora.

Su voz es distinta ahora. Una advertencia envuelta en una pregunta.

Se me cierra la garganta, pero me obligo a respirar. —Es solo... algo que pasó cuando era un bebé.

Él no aparta la vista. Así que continúo. En voz baja.

—A mi padre le dispararon... en nuestro porche. La policía dijo que fue una bala perdida. Él me tenía en brazos en ese momento —trago saliva—. Cuando cayó, aterricé sobre unos escombros. Un trozo de metal se me clavó en la espalda. Fue profundo. Al principio no estaban seguros de si sobreviviría.

Nick se queda muy, muy quieto.

Intento quitarle importancia con una risa. —Así que, técnicamente, llevo una racha difícil desde la infancia. Muy propio de mí.

Él no sonríe. Ni siquiera se mueve. Se le tensa la cara. Con la mandíbula apretada, los ojos fríos y los hombros en tensión de una forma que se siente extraña.

No está enfadado conmigo.

Está enfadado con el mundo.

Con el destino.

Con algo que no alcanzo a nombrar.

—¿Nick? —pregunto suavemente—. Oye, está bien. De verdad. Ni siquiera lo recuerdo.

Pero él se retira. No físicamente, no del todo, sino mentalmente. Emocionalmente. Una puerta se cierra de golpe en algún lugar de su interior.

—Nora —dice con voz plana, controlada de una forma que se siente como un cuchillo entre mis costillas—. Lo de anoche fue un error.

Se me corta la respiración. —Oh.

Desvía la mirada. —Mi lealtad es para la Bratva. Ya lo sabes.

Le miro fijamente. Él continúa, despiadado en su tono calmado.

—Tú eres intocable. El contrato. Dimitri. Todo eso. No debí haberte tocado.

Asiento despacio, aunque sienta que mis entrañas se derrumban pieza a pieza. —Claro —susurro—. Por supuesto.

No me mira. No intenta acercarse. Se limita a quedarse ahí sentado, rígido como una piedra, poniendo una distancia entre nosotros que siento como aire frío sobre mi piel.

Y aunque sé que lo hace por la sangre que mancha sus manos, por las reglas de su mundo, por las líneas que cree que no puede cruzar, me duele igual. Una vez más, no soy la elegida. No soy esa persona por la que alguien se queda. No soy a quien alguien elige a la luz del día.

Trago saliva con dificultad y fuerzo una sonrisa. —No pasa nada —digo—. De verdad.

Pero no es verdad. Y escuece más de lo que debería.

—¿Puedes llevarme a ver a Lena? —pregunto, poniéndome en pie y vistiéndome con manos temblorosas.

Él duda. Error.

Cojo mis zapatos con la barbilla en alto. —Iré andando si hace falta.

Llego hasta la puerta antes de que él, finalmente, se levante.

46

NICK

Cree que no veo el dolor. Cree que lo oculta bien. Pero no es así. Se nota en la tensión de sus hombros. En cómo se le suaviza demasiado la voz. En cómo evita mirarme mientras se vuelve a vestir.

Y siento como si alguien me estuviera rajando el pecho.

Bien. Me lo merezco. Me merezco algo peor. Porque la he tocado. La he besado. He puesto mis manos sobre su cuerpo y me he permitido fingir, solo por una noche, que podría tener algo bueno. Algo tierno. Algo humano.

Pero la cicatriz lo ha cambiado todo. Su cicatriz.

La bala de mi padre.

El encargo de mi padre.

Su trabajo.

Su víctima.

Ella no lo sabe.

No puede saberlo.

Pero la verdad se asienta como una podredumbre en mi estómago, abrasando cualquier parte de mí que se haya atrevido a desearla.

No me la merezco. Nunca lo hice. Y lo de anoche —tomarla entre mis brazos, en mi cama, en mi cuerpo— no ha sido solo una traición

a Dimitri. Ha sido una traición a ella.

Ella se merece seguridad. Luz. Una vida que hombres como yo no hayan mancillado.

En cambio, la violencia de mi familia dejó una marca en ella antes incluso de que supiera caminar.

Si me permito quedarme, si me permito *sentir*, la destruiré.

Quiero acercarme a ella. Quiero dar marcha atrás. Quiero decirle que no era mi intención, que no puedo mantenerme alejado de ella, que es lo único en este mundo que me hace olvidar la sangre de mis manos.

Pero volver a mentirle sería peor.

Así que no digo nada.

—Yo te llevo —digo en su lugar.

Se dirige a la puerta a grandes zancadas. Y la sigo, sabiendo que ya la estoy perdiendo. Sabiendo que es culpa mía. Sabiendo que cuanto más espacio pongo entre nosotros, más ganas tengo de acortarlo.

47

NORA

El trayecto al hospital es silencioso. No es un silencio cómodo. No es de esa clase cálida y vibrante que compartíamos antes de que todo volviera a romperse entre nosotros. Se parece más a una frase inacabada, suspendida en el aire. Más bien como el silencio que sucede a un portazo.

Nick mantiene la vista en la carretera, con la mandíbula apretada y los hombros tensos. No me ha mirado ni una sola vez desde que nos hemos ido del refugio.

Lo cual está bien. Totalmente bien. No estoy devastada emocionalmente en absoluto.

Así que, como es natural, intento sacar un tema de conversación intrascendente. —Bueno —empiezo, con un tono excesivamente animado—, ese tatuaje. Los ojos. ¿Tienen algún otro significado? Porque si me vas a decir que es solo porque te gusta el arte dramático en el pecho, no me lo trago.

No me mira. Pero sus dedos se aprietan apenas un milímetro más contra el volante.

—Tiene un significado de la Bratva —dice secamente.

—Ah, estupendo. Déjame adivinar. —Me doy unos golpecitos en la barbilla—. Opción uno: «Estos ojos han sido testigos de muchos montajes de muebles de IKEA y de ninguno se hablará jamás».

Nada. Ni un solo gesto.

—Y la opción dos: «Perdí trágicamente a mi halcón mascota cuando era niño, así que ahora llevo su recuerdo sobre mi corazón». Lo cual, sinceramente, es el nivel de dramatismo que espero de ti.

Sigue sin haber respuesta.

Dios, es imposible.

Finalmente, murmura: —Significa: «Te estoy observando».

Parpadeo. Y luego vuelvo a parpadear.

—Eso es, de alguna manera, más inquietante y excitante de lo que esperaba —digo por fin.

Eso casi lo desarma. Su boca hace un amago de sonrisa, apenas un leve movimiento, pero mata la expresión tan rápido que no estoy segura de no haberlo alucinado.

Bien. Cruzo los brazos y me quedo mirando por la ventana. Es más seguro que mirarlo a él. Más seguro que desear que vuelva a tocarme, o que me mire como lo hizo antes del amanecer, o que deje de fingir que lo de anoche no ha pasado.

La ciudad pasa como un borrón gris. Se me revuelve el estómago. Esta vez no son náuseas matutinas. Son solo nervios. Miedo.

Y ese extraño, terrible y persistente dolor de querer a alguien que se niega a corresponderme.

El hospital aparece a la vista antes de que esté preparada. Nick entra en el aparcamiento como si se adentrara en territorio enemigo. Escanea cada sombra, cada columna, cada vehículo que pasa. Su mano no se separa de la pistola guardada bajo su chaqueta. Mis manos no dejan de temblar, incluso cuando entrelazo los dedos para ocultarlo.

Caminamos rápido. Demasiado rápido para alguien que no esté aterrorizado. Aun así, sigo su ritmo.

Las puertas automáticas se abren con un siseo, bañándonos con una luz brillante y estéril. Normalmente, ese aroma —a limpiador, plástico, aire reciclado— me calma. Hoy me provoca un escalofrío por la espalda.

La presencia de Nick detrás de mí es un muro sólido. Un escudo. Una tormenta. Está alerta con esa actitud depredadora que adopta,

y sé que no se limita a mirar el pasillo; lo está cartografiando. Cada puerta. Cada ángulo. Cada persona.

Giramos en la esquina hacia el ala de oncología. Mi corazón da un vuelco extraño y doloroso.

Ya casi estamos allí.

Casi en su puerta.

Casi a salvo.

Solo sigue caminando.

Me obligo a respirar, a pensar en Lena poniéndose pesada, diciéndome: «Nora, tu papel de hermana protectora es asfixiante», con esa sonrisa ladeada que pone cuando finge que todo va de maravilla.

Ella está bien.

Tiene que estar bien.

Ella…

Nick se detiene. En seco. Estira el brazo frente a mí, formando una barricada silenciosa contra mis costillas.

—¿Qué...? —empiezo.

Entonces lo veo.

La puerta de Lena.

Abierta de par en par. No entornada.

Abierta. De par en par.

Se me encogen los pulmones. —Quizá… quizá una enfermera se ha olvidado de…

—No —dice Nick con voz de piedra resquebrajada—. No dejan abiertas las puertas en oncología.

Él ya se está moviendo. Mis piernas lo siguen por instinto.

Llegamos al umbral.

Y el mundo se desploma bajo mis pies.

El guardia que Nick había apostado dentro —el grandullón y silencioso Sergei, que me saludó con la cabeza ayer y me ofreció un té de la espantosa máquina expendedora— está en el suelo. Desplomado. Inmóvil. Con el cuello en un ángulo en el que ningún cuello humano debería estar.

El monitor cardiaco junto a la cama de Lena no muestra más que una línea verde, plana e indiferente.

Porque la cama está vacía.

Las sábanas revueltas. El goteo de la vía arrancado. La almohada en el suelo. Una mancha de algo oscuro en la barandilla.

Mi voz sale como un susurro roto. —¿Lena...?

48

NICK

El guardia está muerto. Lo sé antes de que mis dedos le toquen la garganta. El ángulo de su cuello cuenta la historia. Una fractura limpia, rápida, eficiente. Lo ha hecho un profesional. Alguien que no necesitaba hacer ruido. Alguien que sabía exactamente dónde golpear.

Maldigo entre dientes y lo deposito en el suelo con cuidado, aunque el cuidado ya no importa. Me giro para levantarme, pero no tengo oportunidad.

Un grito atraviesa el ala del hospital. Agudo. Alto. Aterrorizado.

A Nora se le drena la sangre del rostro. —Lena.

Sale disparada.

Yo ya me estoy moviendo, más rápido que ella, más rápido que el pensamiento. Mi mano aparece para agarrarla por el hombro incluso cuando mi cuerpo la rebasa. No le digo que se quede atrás. No lo hará, y no debería. Solo me aseguro de estar entre ella y la amenaza.

—Quédate detrás de mí —digo, aunque ella ya está intentando correr más que el propio viento.

Esprintamos por el pasillo. El hospital está demasiado silencioso para esta hora del día. Demasiado vacío. Quienquiera que haya planeado esto ha despejado el camino o no le ha importado a quién

pisoteaba para llegar hasta aquí. Las luces del techo pasan como ráfagas blancas. El pulso me martillea, no por la carrera, sino por la promesa de violencia.

Otro grito —más corto, estrangulado— rasga el corredor.

Nora se ahoga en un sollozo. —Está cerca. Nick, está cerca.

—Lo sé —respondo.

Doblo la siguiente esquina primero.

Y los veo.

Un hombre, corpulento y rápido, vestido con una chaqueta gris y una máscara, cargando a Lena sobre el hombro como si no pesara nada. El camisón del hospital se le está resbalando, y todavía tiene la cinta de la vía pegada al brazo. Sus piernas patalean débilmente. Su pelo oscila con cada movimiento desesperado.

Se dirige hacia la escalera trasera. Está a segundos de desaparecer con ella.

Tengo la pistola en la mano antes de que mi mente termine de dar la orden.

—¡Nick! —grita Nora detrás de mí—. ¡No! ¡Lena!

Tiene razón. El disparo es peligroso. Demasiado cerca. Demasiado inestable. Demasiado fácil darle al cuerpo equivocado.

Un hombre más inteligente dudaría. Yo no. La duda es la muerte.

Apunto por el cañón. Me concentro en los ángulos. La trayectoria. El centro de masa. La dispersión mínima.

El peso de Lena se desplaza sobre su hombro. Él se mueve. Rápido.

No importa.

Aprieto el gatillo. El disparo estalla por todo el pasillo. Fuerte, agudo, definitivo.

Y el mundo se estrecha hasta quedar reducido al eco del disparo y al terror de una fracción de segundo por no saber a qué cuerpo acabo de darle.

49

NORA

Ni siquiera siento mis pies al golpear el suelo.

En cuanto el disparo deja de resonar en las esterilizadas paredes del hospital, salgo disparada, pasando por delante de Nick de un empujón, corriendo por el pasillo con los pulmones ardiendo y la visión nublada.

—¡Lena!

Está en el suelo, intentando levantarse. Tiene los ojos desorbitados, aterrorizados. Respira con pequeñas bocanadas entrecortadas.

—Lena —exclamo, cayendo de rodillas tan rápido que las baldosas me raspan la piel—. Oh, Dios... Lena, mírame. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

Se lanza a mis brazos con un sollozo, aferrándose tan fuerte que apenas puedo respirar. —N... Nora —balbucea con la voz quebrada y temblorosa—. Ha intentado... ha intentado...

—Lo sé —susurro mientras me tiemblan las manos al pasárselas por todo el cuerpo, buscando sangre, heridas o cualquier cosa que esté mal—. Lo sé. Ya estoy aquí. Estás a salvo; ya no puede hacerte daño.

Solloza con más fuerza, hundiendo la cara en mi hombro.

Y entonces lo veo: el hombre que la agarró, el que intentó llevársela, el que puso sus asquerosas manos sobre mi hermana.

Está en el suelo a pocos metros, aún vivo, apretándose el muslo donde la sangre brota caliente y rápida entre sus dedos.

Nick le ha disparado en la pierna. Ni en la cabeza, ni en el pecho.

Lo quería vivo.

Pero eso no importa ahora.

Lo que importa es que Nick ha disparado cuando Lena estaba justo allí.

Justo allí.

—Eso ha sido temerario —le espeto, girándome hacia él—. Podría haber... Nick, ¡podrías haberle dado a ella!

Él ni se inmuta. Ni siquiera parpadea. Se limita a mirar fijamente al hombre que sangra con el deseo de matar escrito en cada línea de su cuerpo.

—No iba a fallar —dice tajante—. No estando ella allí.

—Eso no quita que sea...

—Nora —me corta él, con voz baja pero lo bastante afilada como para rebanar huesos—. Ahora no.

Le lanzo una mirada furiosa, con la ira mezclándose con el terror residual hasta que siento que el pecho me va a estallar. Él no me devuelve la mirada. Está totalmente concentrado en el hombre herido.

Con una mano, agarra al tipo por el cuello y lo pone en pie de un tirón. El hombre grita. A Nick no le importa, lo más mínimo. Su rostro parece tallado en hielo.

—Nos vamos —gruñe—. Ya.

—¿A—a dónde? —pregunto, colocando a Lena detrás de mí.

—Al médico de la familia —responde—. Os reconocerá a las dos. Después de eso, os llevaré a un lugar seguro.

—¿Y él? —pregunto, aunque ya lo sé.

La mandíbula de Nick se tensa. —Voy a *hablar* con él.

El modo en que dice la palabra *hablar* me provoca un escalofrío por la espalda.

Me pongo en pie y tiro de Lena conmigo. Se aferra a mi brazo como una niña. Nick arrastra al herido detrás de nosotros, con un

puño cerrado en su camisa, ignorando cómo el tipo llora, suplica y sangra.

Y aunque mi corazón sigue latiendo con fuerza, aunque la rabia, el miedo y el alivio chocan en mi cabeza, aunque tengo ganas de sollozar hasta que los pulmones me fallen, me mantengo justo detrás de Nick.

Porque venga lo que venga después, esto no ha terminado.

Ni de lejos.

50

NICK

El hombre se desangra en el suelo de la parte trasera del SUV, gimiendo, agarrándose el muslo.

No me importa. En todo caso, sus quejidos me irritan cada uno de los nervios que me quedan. Ya debería estar muerto. Lo estaría, si Nora no hubiera estado aquí.

Pero necesito respuestas. Y las respuestas requieren dolor.

Mantengo los ojos en el espejo retrovisor el tiempo suficiente para ver a Nora abrazar con fuerza a su hermana en el asiento trasero, acariciándole el pelo, susurrándole cosas dulces para calmarla.

La sangre me arde con más fuerza. Alguien ha intentado llevarse lo que me pertenece proteger. Alguien ha tocado a Lena. Alguien ha hecho llorar a Nora.

Y ese alguien va a sufrir por ello.

No hablo durante el trayecto hacia el médico de la Bratva. Nora tampoco. Su mano permanece entrelazada con la de Lena, como si la mantuviera entera por pura fuerza de voluntad. Lo admiro. También lo odio. Odio que necesite ser tan fuerte. Odio haber dejado que nada se le acercara de nuevo.

Pero lo arreglaré.

Siempre lo arreglo.

Cuando llegamos a la consulta privada, el médico echa un vistazo al cuerpo tembloroso de Lena y la hace pasar de inmediato.

—Examina también a Nora —le ordeno.

Él asiente y las guía a ambas a una sala de exámenes. Las sigo lo suficiente para ver a Nora sentarse en la camilla con su hermana apretada contra su costado, pálida pero consciente, respirando demasiado rápido.

Espero hasta que el médico comienza el examen. Luego vuelvo a salir, cerrando la puerta tras de mí.

Aprieto la mandíbula. Es hora de conseguir las respuestas que necesito.

Arrastro al herido por el pasillo, dejando un rastro de sangre tras nosotros, hasta que encuentro la habitación vacía que necesito. Suelo de hormigón. Fregadero de acero. Paredes de azulejos.

Bien.

El hombre está temblando. —Por favor —jadea—. Yo… te lo juro, no era mi intención…

Lo estampo contra la pared con tal fuerza que el aire abandona su cuerpo en un gruñido ahogado.

—Respuesta incorrecta —digo.

Abre mucho los ojos. Su respiración se entrecorta. La sangre gotea por su pierna.

—Eres Volkov —balbucea—. Yo no… te lo juro, no lo sabía—.

Lo levanto por la garganta y lo inmovilizo allí. Da patadas, agarrándome el brazo. Es patético.

—Dime para quién trabajas —le digo—. Dime quién ordenó el secuestro.

—Yo… no puedo…

Le aprieto la garganta. Se asfixia, con la cara tornándose roja.

—Inténtalo de nuevo.

Su voz sale desgarrada. —Los Sokolov.

—Nombres.

—Yo… no sé nombres —tartamudea, aterrorizado—. Lo juro, lo juro, no dan nombres. Solo… órdenes… solo…

Lo suelto. Golpea el suelo con fuerza, jadeando.

Pero no he terminado.

Ni de lejos.

Le agarro la pierna herida y hundo el pulgar directamente en la herida.

Grita. Un grito fuerte, desgarrador, inhumano.

Aprieto más fuerte.

La sangre brota entre mis dedos.

Los nervios se desgarran. El músculo se tensa. Su espalda se arquea despegándose del suelo.

—Habla —gruño.

—Dijeron… dijeron… que nos lleváramos a la chica —solloza—. Dijeron que era un peón… un peón contra la familia… por favor, por favor, yo no quería—.

—¿A la que está en el hospital? —le exijo—. ¿O a la que está embarazada?

Su respiración se detiene.

A las dos, entonces.

Vuelvo a apretar. El grito rebota en las paredes de azulejos.

—Dijeron… dijeron que alguien está filtrando información —llora —. Dijeron que vigiláramos la clínica… la clínica y el hospital… a cualquiera cercano a la operación de los Morozov…

Me quedo helado. Se me cae el alma a los pies.

Nora.

Estaban vigilando a Nora. Siguiéndola. Esperando el momento en que saliera del piso franco.

Una ola fría de furia me ciega por un segundo. Quiero despedazar a este hombre solo por haber formado parte de ello.

Pero me obligo a concentrarme.

—¿Quién está filtrando la información? —pregunto.

—No lo sé —solloza—. No se lo dicen a los soldados… solo dijeron que es una mujer…

Mi visión se estrecha. Una mujer. No hay muchas posibilidades. La mujer de Dimitri. Alguien en la clínica. Alguien en la casa de la Bratva.

O…

Pero ese pensamiento puede esperar.

El hombre en el suelo gimotea. Me pongo en pie. Me mira como si pudiera perdonarle la vida.

Idiota.

—Ahí está —jadea—. Te… te lo he dicho. Por favor. Te lo he dicho…

—Lo sé —le digo simplemente.

Entonces le planto la bota en la garganta.

Me araña el tobillo. Da patadas débiles. La sangre burbujea en la comisura de su boca.

—¿Qué mujer? —le exijo una última vez.

Su voz se rompe. —No lo sé. Ella… ella…

Presiono con más fuerza. Se le saltan los ojos. Su tráquea se aplasta bajo mi talón.

Se sacude una vez… dos veces…

Y se queda quieto.

Silencio. Solo silencio.

Suelto el aire despacio.

Bien.

Un enemigo menos respirando cerca de Nora.

Cuando retiro el pie de su garganta, la sangre se extiende en un charco, buscando mis botas.

No miro hacia abajo.

No siento nada.

Me limpio las manos con una toalla, cojo su teléfono, lo destrozo y vuelvo al pasillo.

Es hora de ver cómo están las hermanas. Es hora de llevarlas a un lugar aún más seguro.

Es hora de matar al próximo bastardo que toque lo que es mío.

51

NORA

La consulta del médico de la Bratva no está diseñada para transmitir calma a nadie. Técnicamente es una suite médica. Paredes blancas, armarios, camilla de exploración, el leve olor a antiséptico... pero la seguridad ante la puerta, el equipamiento carísimo y el modo en que el personal evita mirarme a los ojos gritan una sola cosa: este es un lugar para criminales con seguro médico.

Lena se sienta a mi lado en un estrecho banco acolchado, con las rodillas levantadas y los dedos entrelazados con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos. Sigue pálida por el incidente del hospital, con los ojos ensombrecidos por el cansancio y el miedo.

Alargo la mano y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Oye —murmuro—, ¿recuerdas lo que dijiste? Superaremos esto. Es lo que hacemos siempre.

Ella me dedica una débil sonrisa. —Ya, bueno. No sabía que «esto» incluía secuestradores armados y médicos de la mafia.

—En la variedad está el gusto —digo, intentando sonar ligera. Aun así, me tiembla la voz.

El médico —de unos cincuenta y tantos años, con canas en las sienes y una neutralidad ensayada en el rostro— acerca un ecógrafo a la camilla.

—Señorita Cole —dice—. ¿Podría tumbarse, por favor? Vamos a ver cómo está el bebé.

Bebé.

La palabra hace que mi corazón se encoja y se expanda al mismo tiempo.

Me subo a la camilla, me levanto la camiseta y giro la cabeza hacia Lena. Ella acerca su silla para estar justo a mi lado y me rodea la muñeca con los dedos.

—¿Estás bien? —pregunta.

—No —le susurro—. Pero soy funcional.

Es lo mejor que puedo ofrecer.

El médico me aplica gel en el bajo vientre. Está frío y me estremezco.

—Lo siento —murmura.

Presiona suavemente el transductor contra mi piel, con la mirada fija en el monitor.

Observo su rostro. No la pantalla. Nunca la pantalla. Las pantallas pueden mentir. Los rostros, a veces, no.

Su mirada sigue algo. Mueve un poco la sonda. Ajusta el ángulo. Presiona con un poco más de firmeza.

Los segundos se dilatan.

—¿Está todo bien? —pregunto, intentando, sin éxito, que no se me note el terror.

No responde de inmediato.

Mala señal.

Lena me aprieta la mano con más fuerza. —Por favor —dice en voz baja—. Solo díganoslo. Sea bueno o malo. No... no nos tenga así en vilo.

El médico frunce el ceño y luego se relaja. —Ahí —dice—. ¿Lo ven?

Me obligo a mirar el monitor. Imágenes en blanco, gris y veteadas cambian en la pantalla; un contorno borroso que no significa nada y lo significa todo a la vez.

Pulsa una tecla para hacer zoom.

Aparece un pequeño movimiento palpitante.

Se me corta la respiración.

—Ese es el latido —explica—. Fuerte. Regular. El tamaño es el adecuado para la edad gestacional.

La habitación da vueltas. No en el mal sentido. En una oleada de alivio mareante y abrumadora.

Un latido.

Fuerte.

Adecuado.

Me río un poco demasiado alto, limpiándome los ojos con el dorso de la mano libre. —Vale. Bien. Sí. Eso es... genial. Perfecto. Si el bebé pudiera enviarme un PowerPoint confirmando que está bien, también estaría bien, pero me conformo con esto.

Lena suelta un suspiro que parece haber estado atrapado en su pecho durante horas. —Madre mía.

—Ese lenguaje —murmuro por inercia.

Ella bufa. —Literalmente, acaban de intentar secuestrarte conmigo.

—Aun así —respondo—. Tenemos unos principios.

El médico mantiene su atención en la pantalla un minuto más, tomando medidas, escuchando el eco del latido por toda la sala. Un ritmo rápido y constante. Como el aleteo de unas alas diminutas.

Pasado un momento, apaga la máquina y limpia el gel. —Está estable —dice—. Y el embarazo parece saludable. —Vacila—. Sin embargo...

Ahí está. La palabra que me arrebata todo el alivio de golpe.

—¿Sin embargo? —repito.

Lanza una mirada hacia la puerta cerrada y luego vuelve a mirarme, bajando la voz. —Usted ha dicho que la administradora de la clínica la llamó —dice—. Antes de la explosión. Antes de los sucesos de hoy.

Asiento con la cabeza. —Justo antes. Me dijo que fuera. Con urgencia. No quiso decirme por qué.

Él frunce el ceño. —¿No dejó ningún mensaje? ¿Ningún resultado de pruebas? ¿Alguna indicación?

—No. Solo... pánico vía SMS. —Me muerdo el labio—. Lo cual entiendo. Es un poco su forma de ser. Pero esta vez me pareció diferente.

Se queda callado un instante, reflexionando. —Me pondré en contacto con la clínica —dice finalmente—. Usaré canales que sean más seguros que el que ella utilizó. —Aprieta los labios—. Hasta que sepamos exactamente por qué la llamó, quiero que se lo tome con calma.

—Defina «calma» —digo con recelo.

—Mínimo estrés —responde—. Mínimo esfuerzo físico. Mucho descanso.

Suelto una risa corta y amarga. —Vivimos en una casa franca que es objetivo de una familia criminal rival, con un secuestrador en el retrovisor. ¿Qué parte de eso le sugiere «mínimo estrés»?

Me lanza una mirada larga y evaluadora. Luego murmura entre dientes, casi para sí mismo: —Si sufre un aborto espontáneo, podría ser peligroso para todos ellos.

Aun así, lo oigo. Mi corazón da un vuelco.

Peligroso para... todos ellos.

El bebé.

Yo.

Lena.

—Perdone —digo en voz baja—. ¿Qué ha dicho?

Levanta la vista rápidamente, recomponiendo su expresión. —He dicho que sería peligroso. Para usted. Físicamente. Debemos ser precavidos.

Mentiroso. No del todo, pero no me lo está contando todo.

—¿Qué pasa con ellos? —presiono suavemente—. El jefe. El heredero.

Vuelve a vacilar. —Tienen... expectativas —dice con cuidado—. Hay mucho dinero, poder y reputación ligados a este embarazo. Si algo sale mal, buscarán a alguien a quien culpar.

Se me revuelve el estómago; las náuseas se mezclan con el miedo. Culpa. Claro. Porque en este mundo, el duelo nunca es solo duelo. Es una excusa para la violencia.

—Menos mal que se me da tan bien evitar el estrés —digo débilmente.

Él no sonríe. —Voy a prescribirle reposo en cama —dice—. Al menos hasta que reciba noticias de la clínica. Solo por seguridad.

Lena lo mira fijamente. —¿Reposo en cama? ¿Se refiere a que se quede en la cama?

Él asiente. —Idealmente. Movimiento limitado. Nada de correr, nada de esfuerzos innecesarios.

—Esa habría sido una información fantástica antes de los múltiples intentos de asesinato —murmuro.

Él suspira. —Lo sé.

—¿Debería preocuparme? —pregunto—. ¿Por el bebé?

Sus ojos se suavizan. —Usted está estable —repite con firmeza —. El bebé está estable. Quiero que siga siendo así.

Asiento lentamente. Las palabras se posan sobre mí, no resultan exactamente reconfortantes, pero son lo bastante sólidas como para apoyarse en ellas.

Estable.

Vale. Ninguna catástrofe.

Todavía.

Él se vuelve hacia Lena. —Usted también necesita descansar. Hablaré con su oncólogo para trasladarla a un lugar más seguro durante el resto del tratamiento.

Lena traga saliva. —¿Seguro de... custodiado?

—De difícil acceso.

—Dicho de otra forma —traduzco con sarcasmo—, nuestras vidas son apasionantes ahora.

Ella me aprieta la mano. —¿Al menos somos difíciles de matar?

Algo parecido a una sonrisa me asoma a los labios. —Al parecer.

El médico se aleja para hacer sus llamadas. Yo me quedo en la camilla, con Lena pegada a mi costado y mi mano apoyada instintivamente sobre mi bajo vientre.

No quiero amar a este bebé. No quiero encariñarme con alguien a quien nunca podré conservar.

Pero a mi cuerpo no le importan los contratos legales ni los tejemanejes de la mafia.

Solo sabe una cosa: aquí hay vida. Una vida diminuta y frágil.

Y la quiero a salvo.

Por ellos.

Por mí.

Por Lena.
Por todos nosotros.

52

NICK

Lo encuentro a él en el pasillo antes de encontrarla a ella.

Como no podía ser de otra manera.

Dimitri camina de un lado a otro, con el rostro encendido y los labios apretados; desprende una furia en ondas tan nítidas que hacen que todos los que están cerca de él retrocedan. Cuando me ve, sus ojos se encienden.

—Volkov —espeta—. ¿Qué demonios está pasando?

Mantengo una postura relajada, neutral. Ni sumisa ni conflictiva.

—Alguien ha intentado atentar contra su activo —digo.

Sus fosas nasales se dilatan. —¿Contra qué?

—Su gestante —respondo—. Y contra su hermana.

Tuerce el gesto en una mueca. —Mi hijo —corrige—. Alguien ha intentado atentar contra mi hijo.

Ni una palabra sobre Nora. Ni una palabra sobre la chica a la que casi arrastran fuera de la cama de un hospital.

Solo el bebé. Por supuesto.

—Intentaron llevarse a la hermana —digo—. Intentaron conseguir una baza para chantajearle.

—Y usted lo ha permitido —gruñe.

Tenso la mandíbula. —No. He matado al hombre que le puso la mano encima.

Se mofa con desprecio. —¿A un hombre? ¿Cree que se trata de un solo hombre? Alguien puso una bomba bajo su coche. Alguien destrozó el apartamento de la gestante. Ahora alguien se acerca lo suficiente como para intentar sacar a su hermana de un hospital. Y todo lo que tiene es un idiota muerto y ninguna respuesta.

Cierro los puños a mi espalda. —Estoy trabajando en ello —suelto entre dientes.

—Trabaje más rápido —escupe—. Tenía una sola tarea: proteger a la mujer que lleva a mi heredero. No permitir que secuestren a su familia como si fuera una puta de callejón.

Mi visión se estrecha. —He recuperado a las dos —digo—. Vivas.

—Por ahora —espeta—. Y además me entero de que el médico le ha prescrito reposo absoluto. —Dice las últimas palabras como si le ofendieran personalmente.

—Necesita descansar —digo—. Hay complicaciones.

Se acerca un paso, invadiendo mi espacio. —Usted no toma esa decisión —sisea—. Nadie va a retrasar esto. El embarazo sigue adelante. Conseguiremos el hijo que se me prometió.

Aprieto los dientes. —El médico ha tomado esa decisión —digo con calma—. Por seguridad. Por ella. Por el bebé.

Se burla. —Es usted un sentimental.

—Soy práctico —respondo—. Una gestante muerta no lleva un embarazo a término.

Me estudia. Entonces su expresión se vuelve aún más hostil. —Si ella aborta —dice en voz baja, con veneno destilando en cada palabra—, está usted muerto.

El pasillo se queda en silencio. Siento, más que veo, cómo el personal se queda petrificado a nuestro alrededor.

Se acerca aún más, hasta que puedo oler su colonia. Intensa, cara, empalagosa.

—Y no solo usted —añade con amabilidad—. Ella también. La hermana. Si todo esto se va a la mierda, no voy a desperdiciar recursos en cosas rotas.

La rabia estalla en mi pecho como una bomba. Mantengo el rostro inexpresivo.

—Si las toca —digo en voz baja—, no necesitaremos que ninguna familia rival derribe esta casa.

Sus ojos relampaguean. —¿Es eso una amenaza?

—Un hecho —sentencio.

Por un segundo, pienso que podría darme una bofetada. O sacar una pistola. O dar la orden a los guardias para que me liquiden aquí mismo, en mitad del pasillo.

En lugar de eso, se ríe. No es un sonido agradable.

—Cuidado, Volkov —dice—. Está empezando a parecer que les tiene cariño.

No digo nada. Porque cualquier palabra que pronuncie ahora mismo podría ser la que acabe con todos nosotros.

Lanza una mirada hacia la puerta cerrada de la sala de examen. —Quiero informes frecuentes —dice—. Sobre su estado, sobre el bebé, sobre quienquiera que esté detrás de estos ataques. No dormirá hasta que tengamos respuestas.

Asiento una vez. —Entendido.

Se inclina hacia mí una última vez. —Y recuerde —murmura—: si pierde a ese bebé, lo perderá todo. Yo mismo me encargaré de ello.

Se incorpora y se aleja por el pasillo con paso despreocupado, como si no acabase de amenazar con masacrar a dos mujeres inocentes.

Lo veo irse. Cada músculo de mi cuerpo está tan en tensión que parece que va a romperse. Me entran ganas de meterle una bala en la nuca.

Pero eso no salvará a Nora. Ni a Lena. Ni al bebé.

Joder.

53

NORA

El reposo en cama es una clase especial de tortura. Resulta que cuando te ordenan no moverte, no estresarte y no hacer nada más que «mantener la calma», tu cerebro lo interpreta como: *Ah, estupendo, hora de darle mil vueltas a todo lo que ha pasado desde mi nacimiento.*

Llevo aquí tumbada más de veinticuatro horas, mirando la misma grieta fina en el techo de la casa franca, y puedo decir con total seguridad que, si la Bratva no me mata, lo hará el aburrimiento.

Sé que es importante. Sé que es por el bebé. Sé que es lo más sensato cuando alguien ha intentado secuestrarme, secuestrar a Lena, hacernos saltar por los aires, dispararnos, rastrearnos y arruinar mi par de uniformes médicos favorito.

Pero aun así.

Es una tortura.

Lena está sentada a los pies de la cama, con las piernas cruzadas y el móvil en la mano. Ha estado charlando conmigo para ayudarme a estar distraída. Desde vídeos estúpidos de TikTok hasta cotilleos del hospital que se supone que no debería saber.

—...y entonces este tío, un hombre adulto y hecho y derecho, intentó convencer a los de la cafetería de que era alérgico a las verduras para librarse del brócoli en su bandeja.

—¿Sinceramente? Respeto su creatividad —digo, acomodando mis almohadas por octava vez.

Ella resopla—. Tenía cincuenta años.

—Bueno. La gente puede ser alérgica a muchas cosas.

—¿A las verduras?

—¿En este país? Probablemente.

Ella se ríe, y el sonido es cálido, conservando lo suficiente de su antigua energía como para calmarme. Pero no dura mucho. Su mirada recorre mi cuerpo. Mi inmovilidad, mis almohadas elevadas, el teléfono junto a mi mano como una bomba a punto de estallar, y la preocupación vuelve a ensombrecer su rostro.

—Y... ¿has sabido algo de él? —pregunta con suavidad.

No necesito que me aclare a quién se refiere.

—No —respondo en voz baja.

Nick no ha venido ni una sola vez. Ni anoche. Ni esta mañana. Ni después de que el médico le dijera que el reposo absoluto era crítico. Se marchó poco después de que volviéramos de la consulta del médico de la Bratva y no ha regresado desde entonces.

Me he dicho a mí misma que no pasa nada. Está haciendo lo que siempre hace: proteger, investigar, dar caza a la gente que nos quiere muertas.

¿Pero ahora?

Veinticuatro horas es mucho tiempo cuando tu cerebro cataloga los peores escenarios posibles cada seis minutos.

—Probablemente esté... ocupado —dice Lena, aunque incluso ella suena poco convencida.

—Claro —digo yo—. Ocupado.

Lo que significa: cometiendo delitos brutales. Probablemente sangrando. Probablemente sin comer. Probablemente ignorando la parte de sí mismo que es realmente humana.

Suspiro y me froto la frente—. Solo quiero respuestas. Sobre la administrativa. Sobre por qué me llamó como si se estuviera cayendo el cielo.

Lena me aprieta el tobillo por encima de la manta—. Al menos llama a la doctora. Dale la lata. Eres una mujer embarazada con orden de reposo, ese es literalmente tu trabajo.

Sonrío débilmente—. El acoso como cumplimiento médico. Muy propio de mí.

Sin embargo, tiene razón. Quiero respuestas.

Odio estar aquí sentada sin saber por qué me llamó. Por qué entró en pánico. Por qué me dijo que fuera de inmediato. ¿Y si realmente pasaba algo malo?

Trago saliva con dificultad y pongo la mano sobre mi vientre, trazando un arco lento con el pulgar. Calma. Calma por el bebé. Calma porque cualquier otra cosa podría empeorar las cosas.

La puerta se abre con un clic. Me incorporo un poco más.

No es Nick.

Es el médico. Entra con una carpeta en la mano y una expresión exasperantemente neutral. El tipo de cara que ponen los médicos justo antes de dar buenas noticias o noticias que te rompen el alma.

Mi pulso se acelera. Lena me agarra la mano automáticamente.

—¿Doctor? —pregunto, intentando sonar compuesta.

Él asiente a Lena y luego se acerca a mi lado—. Nora. He hablado con la administrativa de su clínica.

Inhalo bruscamente. Lena me aprieta más fuerte.

—¿Y bien? —pregunto—. ¿Qué pasaba? ¿Por qué llamó?

Su expresión es indescifrable.

Oficialmente odio esa expresión. Tanto que podría ponerme a gritar.

54

NICK

Llevo veinticuatro horas sin dormir. Quizá más. El tiempo se ha desdibujado en algún punto entre romper dedos y quebrar voluntades.

Sigo sin respuestas. Sin el origen de la filtración. Sin confirmación. Solo una verdad que emerge una y otra vez como la podredumbre a la superficie.

Lo más probable es que la familia Sokolov esté detrás de todo esto. Su hedor impregna cada rumor. Cada mensajero nervioso. Cada cobarde que se amilana cuando menciono a la *chica*.

Pero nadie quiere pronunciar las palabras. No en voz alta. No con claridad. No con los dientes intactos.

No he terminado de arrancar dientes. No hasta que ponga a salvo a Nora. No hasta que le machaque la garganta al bastardo que tocó a Lena.

No hasta que los Sokolov aprendan qué ocurre cuando meten las manos en mi vida para intentar arrebatarme algo.

El callejón tras la carnicería apesta a hierro y sangre vieja. Un lugar perfecto para morir. El hombre al que he acorralado tiembla tanto que castañetea. Camisa empapada de grasa, mandíbulas trémulas, un cuchillo barato metido en el cinturón como si se creyera un hombre.

Lo agarro por el cuello y lo estampo contra la pared de ladrillo. Su cráneo golpea con un *crack* que suena a música. Jadea, desfalleciendo.

—¡Volkov, por favor, no sabíamos nada!

Lo asfixio con el antebrazo hasta que sus pies patalean en el suelo. —Alguien atacó el hospital —siseo contra su oreja—, alguien tenía el horario de mi chica. Mi coche. Mis rutas.

Me araña la manga. —Nosotros no... lo juro...

Lo estampo de nuevo, con más fuerza. Un diente sale despedido por el hormigón.

—Tu banda no da un paso sin susurrárselo a los Sokolov —gruño —. Prueba a mentir otra vez. Voy a arrancarte la piel poco a poco y a echar sal en lo que quede.

Se le salen los ojos de las órbitas. Las lágrimas se mezclan con la sangre. —Yo... yo no sé nombres... solo rumores...

—Entonces sé útil —le espeto—. Dame una dirección antes de que te haga comerte tu propia lengua.

—Yo... se supone que debo...

Se calla de golpe.

Porque su mirada se desvía, solo una vez, por encima de mi hombro.

Mal movimiento.

Giro sobre mis talones. Pero no lo bastante rápido.

Una sombra sale disparada desde detrás del contenedor. Sin previo aviso. Sin ruido.

Solo acero.

El primer golpe no es una puñalada, es una embestida. Un estilete carcelario hundido profundamente en mi costado con todo el peso de un hombre detrás.

El dolor es de un blanco cegador.

Gruño, y el bastardo intenta retorcer la hoja. Error de principiante. Eso me da apoyo.

Le agarro la muñeca, la retuerzo hasta que el hueso se parte limpiamente.

Él chilla. Yo no. Le estampo la cara contra el contenedor. Una vez. Dos. A la tercera, su nariz se desploma en un chorro de sangre

y cartílago.

Cae al suelo.

Pero el dolor no cesa. Irradia hacia fuera. Caliente, denso, húmedo.

Miro hacia abajo. Un cuchillo ancho y feo está clavado hasta la empuñadura bajo mis costillas; la sangre brota con rapidez suficiente para calentarme la cadera.

El primer hombre, el que tenía inmovilizado, intenta escapar. Lo agarro por la nuca y lo tiro al suelo como si fuera basura. Su cara golpea el hormigón con un sonido parecido al de un melón al caer.

Está sollozando. —Por favor... por favor...

Le piso la mano. Los huesos se rompen como ramitas.

Grita. El eco es hermoso. Me acuclillo a su lado, apoyando una mano contra la pared porque el dolor intenta arrastrarme al fondo.

—¿Quién le filtra información a los Sokolov? —gruño.

—No sé nada... —solloza—. Lo juro...

Se le quiebra la voz. A la mía no. Lo agarro del pelo y le acerco la cara a la mía, manchándole la piel con la sangre de mis nudillos.

—Diles a tus jefes —susurro con voz baja y letal— que Volkov lo sabe. Y que voy a por ellos.

Asiente con tanta fuerza que tiembla.

Mal movimiento.

Le estampo la cara contra la pared. Fuerte.

Se desploma, inconsciente o muerto. No importa.

El dolor de mi costado se intensifica. La visión se me inclina.

Caigo de rodillas. Estúpido. Demasiado lento. Demasiado imprudente.

El cuchillo se desplaza en mi interior, arrancándome un siseo de aire de los pulmones.

La voz de Nora resuena en mi cabeza.

Solo necesito que vuelvas.

Aprieto los dientes. Obligo al aire a entrar en mis pulmones.

Todavía no.

Aquí no.

Pero la oscuridad llega en oleadas. Pesada. Fría. Succionadora.

Apoyo la cabeza contra el ladrillo mientras mis dedos resbalan en mi propia sangre. —No —gruño con la respiración entrecortada.

El mundo se ladea. El hormigón se me viene encima. El calor se derrama por mi cadera. Demasiado, demasiado rápido. El callejón se vuelve negro por los bordes.

Intento ponerme de pie. Me quedo a medias.

Entonces...

La oscuridad se cierra sobre mí como una mano.

Y me hundo.

55

NORA

Por primera vez en lo que me parecen años, hay algo que es realmente... sencillo. No es fácil. No es seguro. Pero es sencillo.

Caroline cometió un error. El historial equivocado. El paciente equivocado. El archivo equivocado. Un error humano. Sin complicaciones secretas. Sin emergencias ocultas. Sin bombas de relojería anidadas silenciosamente en mi útero.

Las palabras de la doctora aún resuenan en mi cabeza: *—El embarazo progresa con normalidad.*

Normalidad.

¡Qué palabra tan ridícula y hermosa en medio de todo este caos!

Sigo en reposo absoluto, sigo en una casa franca controlada por la Bratva, sigo gestando al futuro heredero de una familia mafiosa y sigo siendo perseguida por una familia rival con predilección por los explosivos y los secuestros.

Pero por un momento, de una forma insignificante, solo soy una mujer embarazada cuyo laboratorio se ha confundido.

Probablemente debería molestarme más el error. Caroline suele ser meticulosa. Obsesiva, incluso. Historiales clasificados por colores, verificándolo todo dos veces, sermoneando a los enfermeros nuevos sobre el protocolo.

Que ella fastidie un historial es como si un piloto olvidara cómo usar la señal de los cinturones. Me escuece en el fondo del cerebro, como una pequeña astilla de inquietud.

Pero ahora mismo estoy demasiado cansada. Demasiado agotada. Demasiado concentrada en respirar y en no salir disparada de esta cama por las vibraciones. Así que lo archivo en *Extraño y preocupante, pero no es una urgencia inmediata.* Me he quedado sin energía para cualquier cosa que no esté explotando activamente.

Lena yace de lado a los pies de mi cama, con la cabeza apoyada en una manta doblada, consultando su móvil con la intensidad de alguien que ha hecho del *doomscrolling* un deporte olímpico.

—A ver —dice ella, sin levantar la vista—. ¿Vas a hablar de ello alguna vez?

Parpadeo.

—¿Sobre qué? ¿El bebé? ¿El intento de secuestro? ¿La parte en la que estoy en tiempo muerto horizontal obligatorio?

Ella bufa. —Sobre Nick.

Oh. Por supuesto.

Suspiro y me paso los dedos por la cara. —No.

—Qué pena —dice—. Porque estoy aburrida y atrapada, y me debes entretenimiento.

—Eres malvada.

—Me estoy muriendo —señala con calma—. Tengo derecho a ser cotilla.

—No te estás muriendo —digo automáticamente—. Estás en tratamiento. Y está funcionando.

Tararea. —Desvío de atención anotado. Volvamos a Nick.

La miro fijamente. Ella me devuelve la mirada, sin parpadear.

Suelto un bufido. —No tienes remedio.

—Es genético.

Trasteo con el borde de la manta. —¿Qué quieres que te diga?

Se tumba boca abajo, con la barbilla entre las manos. —Tal vez podrías empezar por: ¿qué sientes por ese aterrador hombre asesino que no deja de ponerse frente a las balas por ti?

Abro la boca. La cierro. Trago saliva.

—Bueno —digo finalmente—, cuando lo pones así...

—Nora.

—No lo sé —suelto, aunque lo sé perfectamente—. Él es... es Nick.

—Vaya —dice con sarcasmo—. Increíble. Una reflexión digna de un Pulitzer.

Frunzo el ceño. —¿Quieres reflexiones? Pues toma. Es desesperante, mandón, sobreprotector y tiene estreñimiento emocional; y no deja de fingir que no le importa cuando es más que evidente que sí.

Su expresión se suaviza. —¿Y? —me incita.

—Y él... —Me detengo. Las palabras me pesan en el pecho.

Ella espera.

—Y él me hace sentir... —Me quedo callada, buscando lo más adecuado. Algo que abarque la forma en que mi corazón da ese ridículo vuelco cada vez que él está cerca, la forma en que mi cuerpo se calma cuando oigo su voz, la forma en que me siento menos sola solo con saber que está en el mismo edificio.

—Segura —digo finalmente—. Me hace sentir segura. Incluso cuando todo es una locura, incluso cuando él es la persona más aterradora de la habitación.

Los ojos de Lena parpadean, y algo complicado cruza su mirada. —¿Tú... confías en él?

No dudo. —Sí. —Incluso con la Bratva. Incluso con toda la violencia. Incluso con todas las cosas que sé que ha hecho. —Sí —repito en voz baja—. Confío en él.

Me estudia. —Y estás enamorada de él —dice, como si estuviera comentando el tiempo que hace.

Tartamudeo. —Vaya, vale, eso es... no, eso es ir demasiado lejos.

—Nora. —Su tono adquiere esa energía de hermana mayor que casi nunca usa—. Lo miras como si hubiera colgado la luna.

—No es verdad —protesto débilmente.

—Ya. Y él te mira como si estuviera intentando no venerarte.

Me arden las mejillas. Me tapo la cara con la manta. —Te odio —murmuro contra la tela.

Ella resopla. —Lo siento, no te oigo con tanta negación encima.

Bajo la manta lo justo para fulminarla con la mirada. —Vale. A lo mejor... más o menos... tengo sentimientos.

—¿Más o menos?

—Mucho.

—Ajá.

—Y él... —Trago saliva—. Ha dejado muy claro que lo que pasó entre nosotros fue un error. Que su lealtad es para con la Bratva. Que yo estoy fuera de sus límites. Que la noche que estuve con él fue... un error de juicio.

Se le tensa el rostro. —¿Dijo eso?

—Dijo que fue un error —digo suavemente—. Que no debería haberme tocado.

Se queda callada un momento. Luego pregunta: —¿Le crees?

Miro al techo. Recuerdo la forma en que le temblaban las manos cuando estuvo a punto de besarme y no lo hizo. La forma en que se desmoronó en mis brazos tras su pesadilla. La forma en que dijo que me había marcado allí para no olvidar nunca los ojos que lo salvaron.

—No —susurro.

—Entonces, ¿por qué estás aquí tumbada en vez de ir a buscarlo? —pregunta con dulzura.

—Órdenes del médico —digo, señalando mi encarcelamiento en la cama—. Al parecer, mi trabajo es «estar horizontal y ansiosa».

Ella pone los ojos en blanco. —Ha vuelto. Puedes, literalmente, recorrer un pasillo e ir a verlo.

Me incorporo de golpe. —¿Qué?

—Sí, ha vuelto. O eso he oído.

Suelto una risa temblorosa. Luego me pongo seria. —¿Y si me aleja de nuevo? —pregunto con voz pequeña—. ¿Y si dice que solo fue sexo? ¿Y si me mira y ve una cosa más a la que tiene que proteger, y no a alguien a quien realmente desea?

Lena se acerca y me coge la mano. —Entonces, al menos lo sabrás —dice en voz baja—. Y no tendrás que estar aquí tumbada preguntándote qué estará pensando.

Me duele el pecho. Observo nuestras manos unidas, y luego bajo la mirada hacia donde tengo la otra palma apoyada en mi vientre. El

bebé. Nick. Lena. Todo está entrelazado ahora, imposible de desenredar.

—Tengo miedo —admito.

—Ya —dice ella—. Yo también.

Nos quedamos sentadas en silencio unos momentos. Luego me aprieta la mano una vez más.

—Ve a verlo, Nora.

—No puedo.

—Sí que puedes. Despacio —rectifica—. Órdenes del médico. Pero puedes. Él no va a entrar aquí y decirte lo que necesitas oír por las buenas. Él no es así.

Sé que tiene razón. Si espero a que Nick Volkov declare sus sentimientos por iniciativa propia, tendré ochenta años y estaré haciendo punto en algún programa de protección de testigos.

—Vale —suspiro—. Pero si el médico me echa la bronca, te echaré la culpa a ti.

—Me parece bien —dice ella—. Le diré que era médicamente necesario.

Saco las piernas por el borde de la cama, respirando con cuidado. La habitación da vueltas por un momento, pero luego se estabiliza.

—Envíame un mensaje si necesitas algo —dice Lena—. O si dice alguna estupidez. O si terminái liándoos. Quiero actualizaciones de las tres cosas.

—Eres terrible.

—Me quieres.

—Te quiero —susurro.

Y entonces me levanto. Despacio. Con cuidado. Con una mano apoyada en la pared cuando mi equilibrio flaquea. Mi cuerpo protesta, cansado, pesado, todavía vibrando con el miedo residual y la tensión constante de los últimos días, pero bajo todo eso, hay algo más. Algo que me empuja hacia el pasillo.

Salgo y cierro la puerta con suavidad tras de mí. La casa franca está más silenciosa de lo habitual. Un guardia apostado al final del corredor asiente al verme, pero no hace comentarios.

Avanzo lentamente, respirando de forma acompasada, sintiendo que mi pulso se estabiliza con cada paso. Los aposentos de Nick están a la vuelta de la esquina, la habitación que él insiste en que es «solo un lugar para dormir». Como si la cama no estuviera siempre hecha, las superficies no estuvieran siempre ordenadas y todo no estuviera dispuesto de esa forma intensamente funcional propia de un hombre que se niega a poseer nada que no pueda dejar atrás en sesenta segundos si tiene que huir.

Llego a su puerta. Está cerrada. Levanto la mano para llamar y me detengo.

Hay un sonido. Agua. Corriendo.

La ducha.

Trago saliva. —Nora —me murmuro a mí misma—. Puedes hacerlo. Has tratado con víctimas de disparos y familias que gritaban y mil cosas horribles. Puedes llamar a la puerta de un hombre peligroso y preguntarle si... siente cosas.

Llamo.

No hay respuesta. El agua sigue corriendo.

Mi corazón empieza a latir con más fuerza. —¿Nick? —llamo suavemente.

Nada.

El pánico me agijonea la nuca. Pruebo con el pomo. Gira. La puerta se abre hacia adentro.

—Nick, yo... —empiezo, entrando.

Y me detengo en seco.

Hay sangre en el suelo. No mucha, no hay un charco ni es una masacre, pero está manchado cerca de la entrada, siguiendo un rastro desigual hacia el pequeño cuarto de baño. Sangre fresca.

Mi corazón da un vuelco. —¿Nick? —vuelvo a decir, más alto esta vez, ya en movimiento.

No responde. La ducha sigue encendida y el vapor se escapa por debajo de la puerta del baño, que está entreabierta.

La empujo. —Nick, ¿estás...?

Está bajo el chorro. Con la cabeza gacha. Una mano apoyada contra el azulejo. La sangre baja en espiral rosada hacia el desagüe.

Por un segundo, mi corazón se detiene. Está de espaldas a mí, con los músculos tensos, el agua cayendo sobre sus hombros y por la curva de su columna. Regueros oscuros le bajan por el costado, por las costillas, hasta la cadera.

—Nick —susurro, sintiendo que se me cierra la garganta.

Él sacude la cabeza. Se gira a medias y le veo los ojos. Aturdidos, desenfocados, en algún punto entre la furia y el agotamiento.

—Nora —raspea—. Se supone que tienes que estar en la cama.

—Y se supone que tú no tienes que estar sangrando —le espeto, entrando y cerrando la puerta tras de mí—. ¿Cómo va eso?

56

NICK

Estúpido.

Temerario.

Descuidado.

Son palabras que usaría para cualquier otro de mi equipo si se hubiera comido un cuchillo tras veinticuatro horas sin dormir y pensara que lo mejor es llegar a casa dando tumbos y lavarse la herida en la ducha.

Pero soy yo. Y sé exactamente lo que hago.

O lo que no hago.

Me quité la camiseta en cuanto entré. Estaba arruinada, de todos modos; empapada en sangre, medio pegada al costado.

La puñalada es profunda. Fea, dentada donde la hoja giró al salir de mi piel. Pero no me importa. No me concedí la cortesía de darme puntos. Simplemente me puse bajo el agua caliente y abrí el grifo hasta que quemara. Necesito el calor. El escozor. La forma en que atraviesa la niebla de mi cabeza. La distracción del martilleo en mi cráneo y el lento y constante goteo de sangre por mis costillas hasta el desagüe.

Apoyo la mano contra los azulejos mientras el agua me golpea. Ha pasado tiempo desde que sentí un dolor como este. Ese tipo de dolor que te dan ganas de romper algo solo para distraerte.

Entonces oigo su voz detrás de mí.

—Nora —grazno, sin molestarme en girarme—. Deberías estar en la cama.

—Tú no deberías estar sangrando —me espeta ella al instante.

La puerta del baño se cierra suavemente. Y entonces ella está ahí. El vapor la rodea, enmarcando su cuerpo de una forma que se siente casi sagrada. Suaviza las facciones afiladas de su rostro, pero no oculta la forma en que sus ojos arden de preocupación, de algo más profundo. Está cansada, pálida, frágil de una manera que retuerce algo dentro de mí, una necesidad visceral de mantener al mundo jodidamente lejos de ella.

Intento incorporarme, pero el movimiento me envía una punzada aguda de dolor por el costado. Reprimo el gemido apretando los dientes, pero no engaño a nadie.

—Estoy bien —miento.

Ella no se lo traga. —No estás bien —dice, acercándose sin dejarse intimidar.

—Nora...

—Déjame ver —me interrumpe, metiéndose en la ducha conmigo antes de que pueda protestar.

Entonces me doy cuenta.

Estoy desnudo.

Es ridículo. Ella ya me ha visto las cicatrices antes. Me ha puesto las manos encima de formas que han dejado marcas reales, que me han dolido en lugares que no sabía que podían doler.

¿Pero esto? Esto se siente diferente. Esto se siente como algo que no puedo ocultar. Algo demasiado cercano, demasiado expuesto como para que ninguno de los dos lo ignore.

Sus ojos se encuentran con los míos mientras se arrodilla frente a mí. No se amilana ante la sangre ni ante el desastre que he hecho de mí mismo. En su lugar, sus manos se dirigen a mi costado. Con cuidado pero con firmeza, como si hubiera visto cosas peores. Como si hubiera hecho esto cien veces antes, porque probablemente así sea.

Pero cuando sus dedos rozan la herida, no puedo evitar el siseo que se me escapa.

—Lo siento —murmura ella con la voz tensa por la contención—. Tenía que ver lo profunda que es.

La observo. Observo cómo se mueve, cuidadosa, reverente.

—Deberías estar descansando —mascullo, intentando sonar casual aunque el pecho ya se me está apretando.

—Y tú deberías estar menos apuñalado —me devuelve ella—. No siempre conseguimos lo que queremos.

Me mira entonces, y su mirada cambia. Hay miedo, lo veo, pero también hay algo más. Algo más oscuro.

—No puedes seguir haciendo esto —susurra con voz temblorosa —. No puedes seguir metiéndote en peleas y dejando que la gente te destroce como si fueras desechable.

—No soy desechable —gruño, con las palabras en carne viva.

Ella tensa la mandíbula y me mira con una intensidad que me acelera el corazón. —Te tratas como si lo fueras —dice, suave pero mordaz.

Un silencio queda suspendido entre nosotros, espeso y sofocante. El agua golpea contra nosotros. Pesada, ruidosa, ahogando al resto del mundo.

—Tengo que mantenerte a salvo —digo en voz baja, con el peso de la afirmación asentándose en la boca de mi estómago.

Traga saliva con dificultad. —¿Y quién *te* mantiene a salvo a ti?

La pregunta me golpea más fuerte que el cuchillo. Más fuerte que cualquier otra cosa. Pero no respondo. No sé cómo hacerlo.

Porque nunca ha habido nadie. No hasta ella.

Toma aire para serenarse y luego se inclina más, presionando su cuerpo contra el mío, mezclando el calor del agua con el de su piel.

—Déjame —dice en voz baja, casi como una orden.

Coge el jabón, se enjabona las manos lentamente y empieza a limpiar la sangre de mi cuerpo con una suavidad que se siente errónea. Demasiado delicada para un hombre como yo.

Pero no la detengo.

Escuece como el infierno. El agua corriendo sobre mi herida abierta es como fuego. ¿Pero su tacto? Su tacto es cuidadoso, como si tuviera miedo de romperme, de empujarme demasiado lejos.

Pero no es suficiente. Quiero más.

Quiero que me tome, que me reclame, como nunca lo ha hecho antes.

Está tan cerca ahora que puedo sentir su aliento en mi pecho, el calor de su cuerpo contra el mío. Sus manos se deslizan hacia abajo, sobre mis cicatrices, recorriendo la tinta de mi piel, cada roce es un ardor lento y deliberado que me deja deseando más.

—Eres un idiota —masculla entre dientes—. Un idiota sangriento y temerario.

—¿Hablas de mí? —raspeo, con la voz ronca.

—¿De quién si no? —dice ella con palabras afiladas, pero no hay ira en ellas, solo preocupación.

Cuando termina de limpiar lo peor de la sangre, su mano descansa sobre mi pecho, justo encima del corazón. Su palma está caliente, su pulgar recorre las líneas de mis tatuajes distraídamente, enviando una pulsación de calor directa a mi entrepierna.

—No puedes seguir asustándome así —murmura—. Ya tengo bastante de qué preocuparme. Estoy gestando a un ser humano entero, ¿sabes?

Algo dentro de mí se quiebra.

—Nora —susurro, con la voz cargada de toda la mierda que nunca me he permitido decir.

Me mira, el agua corre por su cara, sus ojos brillan con emoción. Miedo, anhelo, algo más.

—Sé lo que dijiste —dice en voz baja—, sobre que lo de la última vez fue un error. Sobre tu lealtad. Sobre que yo era intocable. Te oí. Lo entiendo.

Se me oprime el pecho. —Nora...

—Pero sigues sangrando por mí —me interrumpe—. Sigues recibiendo balas por mí. Sigues sacándome del fuego. Te marcaste con mis ojos como si no pudieras olvidarme —se le entrecorta el aliento—. Puedes decir que es un error, pero esto no se siente como un error.

Está tan cerca ahora. Jodidamente cerca. Su mano sigue en mi pecho, sus dedos apenas rozando mi piel. Su cuerpo está a un suspiro del mío. Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que podría reducir a cenizas toda la maldita ciudad.

—Estoy harta de fingir que no sé lo que sientes —susurra, con la voz rota por la necesidad.

Exhalo con dificultad. —No lo sabes —raspeo—. No sabes lo oscuro que es esto aquí dentro. Lo que he hecho. Lo que sigo haciendo.

—Sé lo suficiente —dice ella—. Sé que eres la razón por la que estoy viva, por la que Lena está viva, por la que el bebé está vivo. Hay sangre en tus manos, pero también estoy yo. Y no te tengo miedo.

Lo dice con tal sencillez, con tal crudeza, que golpea más fuerte que una bala. No del tipo que atraviesa la carne, sino de la que se entierra en el corazón, justo en la parte más profunda del alma.

Alargo la mano y la agarro de la muñeca, apretándola como con un torno. La atraigo hacia mí, pegándola a mi cuerpo, mientras la sangre me sube a la cabeza.

—Dime que pare —digo con ronquera—. Dime que me aleje de ti. Dime que no quieres esto.

Ella ni parpadea. —No te voy a mentir —dice, con sus labios casi rozando los míos.

Eso es todo lo que hace falta. Lo último que me quedaba de autocontrol estalla en pedazos.

La atraigo hacia mí, aplastando su cuerpo contra el mío, mi boca encontrando la suya en un beso voraz. Ella responde como si hubiera estado esperando esto. Como si lo necesitara tanto como yo.

Sus manos suben a mis hombros y luego bajan por mi pecho, con las yemas de los dedos rozando las duras líneas de mis músculos, marcándome como suyo. No duda. No cuestiona. Simplemente se sube a mí, a horcajadas sobre mis caderas, su piel desnuda caliente contra la mía, su cuerpo encajando en el mío como si hubiera sido hecho para esto.

La agarro por la cintura, sujetándola con firmeza, apretándola contra mí con una fuerza que la hace jadear. Sus ojos se dilatan, las pupilas se ensanchan, los labios están hichados y rojos por mi beso.

—Dilo —gruño—. Dime que lo necesitas. Dime que lo quieres.

Su pecho sube y baja en respiraciones rápidas y desesperadas, pero no dice ni una palabra. En cambio, desliza su mano hacia mi

miembro. Me sujeta con ambas manos como si reclamara un territorio, como si grabara su nombre en mi piel. Cada roce lento y deliberado está diseñado para desmantelarme, y lo sabe.

Intento mantener los ojos abiertos. Necesito verla, recordar esto, tatuarlo en mi memoria para los años venideros en los que nada pueda tocarme excepto el arrepentimiento. Pero es imposible. Su pulgar se desliza por el glande, su palma presiona y mis rodillas casi ceden.

Se supone que soy inquebrantable. A prueba de balas. Un muro construido de violencia y hueso.

Pero ella me mira con esa hambre suave y cómplice, y ya me estoy desmoronando.

Tiene el pelo húmedo, rizado en las puntas, pegado a su garganta. Sus mejillas están encendidas, su respiración es inestable, y toca la cicatriz que me cruza el abdomen, la que debería haberme matado, como si fuera algo sagrado en lugar de la prueba de la vida por la que me he arrastrado.

Presiona sus labios contra el borde de la cicatriz, apenas un susurro de calor. Un rayo recorre cada nervio que aún tengo en funcionamiento.

—Te vas a caer —murmura, casi provocadora, con su aliento recorriendo mi piel—. Nick, te vas a romper.

Tiene razón. Puedo sentirlo. Grietas astillándose bajo la superficie.

Quiero reír. En su lugar, hundo las manos en el desorden salvaje de su pelo y la guío hacia abajo, con mi cuerpo suplicando. Emite un sonido profundo en su garganta, hambriento y suave, y la vibración de este sobre mí casi me deshace en ese mismo instante.

Así que me contengo. Por poco. Aprieto los dientes y la observo, absorbiendo cada segundo imposible: sus pestañas oscuras temblando donde rozan su mejilla, su mandíbula trabajando lenta y paciente. El calor húmedo de su boca, la presión de su lengua, la forma en que su mano acuna mi base y me acaricia al ritmo de sus labios.

Estoy destrozado. Lo sé, ella lo sabe. No puedo esconderme tras fanfarronerías ni armaduras. No aquí, no con ella.

Me apoyo en el lavabo con los músculos temblando. Mis manos pasan de su pelo al lavabo; tengo que apoyarme o me desplomaré. Su lengua se desliza y el mundo se estrecha hasta que solo somos nosotros dos, el caos de nuestros cuerpos, el azulejo sucio, el grifo que gotea y el vapor que se desprende del espejo.

Cada segundo es una batalla perdida contra el deseo que me desgarra. Intento advertirla, intento decir su nombre, pero las palabras salen hechas jirones. Ella tararea en respuesta a mi advertencia como si estuviera hecha de seda.

Ella lo traga todo, no solo la prueba de mí sino toda la historia frágil y quebradiza, y luego jadea, con la boca abierta y el labio inferior inflamado. Su lengua recorre la comisura de su boca, saboreando.

Quiero decir «para, me estás matando». En lugar de eso, me agarro al borde del lavabo, esperando a que pasen las réplicas, agradecido de que ella esté entre el suelo y yo. Estoy temblando. Un ligero temblor en las piernas, pero real y total, como si el mundo acabara de salirse de su eje y yo fuera la única víctima.

Se levanta y se limpia una gota de saliva de la barbilla con el dorso de la mano. La observo, bebiendo cada detalle porque cada gesto es un apretón de manos con el olvido.

Me mira, me mira de verdad. Esperando. Sabiendo.

Y me lanzo sobre ella antes de que pueda pensar.

La inmovilizo contra la encimera de formica agrietada, atrapando su risa de sorpresa con mi boca. No es algo suave; ni siquiera es algo cuerdo. Es el tipo de beso que dice que no sé dónde termina ella y empiezo yo, y no me importa si me ahogo al descubrirlo.

El sabor a mí todavía está en ella. Lo trago con gusto, porque esta es una redención sucia y jodida, y merezco cualquier pequeño consuelo que pueda arrancar de este maldito mundo.

Me muerde el labio hasta que saboreo el hierro. La atraigo más cerca hasta que jadea en mi boca. Ya no queda control. Ni armadura. Solo dos personas sosteniéndose mutuamente en una habitación demasiado pequeña para lo que está ocurriendo entre nosotros.

Beso su mandíbula, su garganta, el hueco bajo su oreja, cada lugar que me permite coger hasta que ella tiembla por ello. Sus manos se clavan en mi pelo, atrayéndome hacia ella, con los ojos oscuros y la garganta expuesta en una pregunta silenciosa.

¿Hasta dónde?

Respondo cayendo de rodillas, no en señal de rendición sino de adoración, hundiendo mi rostro en la curva de su cadera. Sus dedos me agarran, con los nudillos blancos bajo la piel. Cuando paso la lengua por el pulso de su muslo, siento que se estremece, oigo el pequeño quiebro en su respiración.

Su olor, su sabor, el calor de ella contra mi lengua. No tengo suficiente.

Está mojada, y cuando abro la boca sobre ella, se quiebra sobre mi rostro, sollozando una maldición que es mi nombre. Sus muslos se cierran alrededor de mis orejas, se balancea contra mí y casi me desmayo, viendo estrellas.

A ella se le corta el aliento. Su cuerpo se arquea. El mundo se reduce al sonido de su pulso, al sabor de su piel y a la forma en que tiembla cuando pronuncia mi nombre como si fuera una confesión.

Cuando termina, cuando la tormenta amaina y la habitación deja de dar vueltas, me atrae hacia ella, rodeando mis hombros con sus brazos, con su cara hundida en mi cuello. Mis rodillas finalmente ceden y ella me sostiene, pequeña, feroz y totalmente segura.

Nos quedamos así, recuperando el aliento juntos. Su corazón late rápido contra mi pecho. El mío le responde con la misma fuerza. Apoyo mi frente contra la suya, tragándome su aire, su calor, su certeza.

Durante un largo instante, no hay nada en el mundo excepto sus manos en mi espalda y el suave subir y bajar de su respiración. Y me doy cuenta —temblando, deshecho— de que sea lo que sea esto, sea lo que sea en lo que nos estamos convirtiendo, estoy metido a más profundidad de lo que jamás planeé.

Y nunca voy a salir.

57

NORA

Lo primero que siento es calor.

Lo segundo es el dolor, profundo en mis caderas, bajo en mi vientre. Un recordatorio sordo y doloroso de la noche que lo cambió todo.

La cama de Nick.

Las sábanas de Nick.

El aroma de Nick.

Su almohada aún conserva la forma de su cabeza. La toco como una tonta, inhalando jabón y acero y algo más oscuro que se asienta bajo mi piel como una marca a fuego. Por un instante vertiginoso, me permito creer que esto es real. Que lo de anoche no ha sido un error ni un momento robado al caos. Que lo decía en serio, todo, incluso las cosas que nunca pronunció en voz alta.

Me sostuvo como si no fuera un trato al que se hubiera visto obligado. Ni un deber. Ni una obligación. Me sostuvo como si fuera suya.

Me envuelvo brevemente en una de sus camisas, ahogándome en él, dejando que ese calor estúpido y esperanzador florezca en mi pecho como un secreto que no soy lo bastante buena para guardar.

Ducha. Ropa. Pelo recogido. Y estoy sonriendo. Sonriendo de verdad. El mundo se derrumba fuera de estos muros, pero dentro de

mí, algo pequeño y frágil brilla como el amanecer.

Me dirijo a la habitación de Lena, canturreando entre dientes. Abro la puerta de un empujón...

Y todo se me cae a los pies.

Un guardia de la Bratva está dentro. No es el veterano en el que Nick confía. Es alguien joven. Nervioso. Con el rostro que pone la gente cuando ha recibido la orden de entregar un mensaje que duele.

Lena está sentada en la cama, con los hombros tensos y los ojos hinchados de llorar.

Se me quiebra la voz. —¿Qué ha pasado?

El guardia se yergue. —Señorita Cole..., la familia ha decidido trasladar a su hermana a un centro médico privado.

El corazón me golpea las costillas. —¿Qué? No. No, ella se queda aquí. O conmigo. Acordamos...

—Por su seguridad —continúa con cautela, como si leyera el guion de un funeral—, la ubicación no será revelada. Por la protección de todos.

Lo miro fijamente. Luego a Lena. Luego vuelvo a mirarlo a él.

—¿Me estás diciendo —digo, con cada palabra más afilada que la anterior— que os la lleváis y ni siquiera me vais a decir adónde?

—Ya está todo organizado.

El pulso se me dispara tanto que me duele. Me giro hacia Lena. —Tú no has aceptado esto. Dime que no lo has hecho.

Le tiemblan los labios. —Nora, han dicho que es temporal. Han dicho que es más seguro. Con todo lo que está pasando...

Una ola de frío rompe sobre mí, robándome el aliento. Está pasando. Otra vez. Alguien me la está arrebatando de nuevo.

Le cojo las manos, apretando con tanta fuerza que me duelen los nudillos. —Te encontraré. No me importa lo que digan. Te encontraré.

Ella asiente, llorando abiertamente ahora. —Lo sé.

El guardia se acerca. —Es la hora.

Y entonces, con demasiada rapidez, con demasiada brutalidad, se la llevan en la silla de ruedas. Los guardias la flanquean a ambos lados como si fuera un paquete, no una persona.

Los sigo hasta que termina el pasillo y no puedo avanzar más.

La puerta se cierra.

Y dejo de sentir las piernas.

El mundo suena apagado, bajo el agua, distante...

—Nora.

Su voz. Me doy la vuelta. Nick está allí. Apoyado contra la pared, frente a la habitación de Lena. Observándolo todo.

Parece que no ha dormido en días. Ojeras bajo los ojos. Tensión grabada en cada línea de su cuerpo.

Pero está aquí. Él *está aquí*.

Voy hacia él sin pensar, arrastrada por el instinto o la necesidad o algo más antiguo y profundo que ambos. —Nick... —mi voz se rompe—. Se la llevan. Se la llevan lejos de mí. ¿No puedes..., no puedes hacer algo? Por favor...

Intento tocarlo.

Él retrocede.

Como si mi contacto fuera peligroso.

Como si consolarme fuera peor que dejar que me rompa en mil pedazos.

Me quedo helada a mitad del gesto, con los dedos curvados en el aire. Él tensa la mandíbula. Levanta la mirada lo justo para que yo vea que no está frío. Solo atrapado. Atrapado tras unos muros a través de los cuales no puede dejar que nadie vea. No aquí. No con los ojos de la Bratva recorriendo cada centímetro del pasillo.

—Aquí no —masculla.

Se siente como una bofetada.

—Nick... —mi voz es apenas un susurro—. Yo solo..., lo de anoche..., ¿puedes simplemente abrazarme? ¿Un segundo? ¿Por favor?

Sus ojos se desvían hacia los guardias que observan. Las cámaras. El pasillo. El peligro. Sus puños se aprietan a los costados.

—Nora —murmura, y por un segundo escucho al hombre de anoche, al que me sostuvo como si fuera a romperme sin él.

Pero desaparece. Lo oculta detrás de una persiana. Lo echa bajo llave.

Vuelve a convertirse en el arma.

—Vuelve a tu cuarto —dice en voz baja—. Yo me encargaré del resto.

Encargaré.

La palabra me atraviesa las costillas.

Trago saliva, pero no baja nada. Él no me sostiene la mirada. No porque no sienta nada, sino porque siente demasiado.

Y en este mundo, sentir es fatal.

Doy un paso atrás. Luego otro. Se me cierra la garganta, el dolor obstruye cada aliento. Me doy la vuelta antes de que pueda ver las lágrimas arder calientes por mis mejillas.

Aquí no. No donde puedan verlo.

Pero Dios, rompe algo dentro de mí de todos modos. Algo que no estoy segura de que vaya a sanar.

58

NICK

Su dolor me golpea como un puñetazo. Un golpe limpio y preciso justo en el esternón, de esos que te dejan sin aliento antes de que siquiera seas consciente del dolor.

Ha intentado acercarse a mí. Y yo he dado un paso atrás.

Es lo correcto. Lo necesario. Lo único que se me permite hacer en una casa llena de enemigos y aliados que la matarían sin dudarlo si pensaran que ella me importa.

Pero aun así, siento como si yo mismo hubiera provocado la herida.

Anoche fue todo lo que no debería desear. Todo lo que no puedo tener. Todo lo que me hace traicionar cada límite que he trazado en mi vida.

No debería haberla tocado. No debería haber dejado que me mirara como si yo fuera algo más que un arma. No debería haber dejado que durmiera en mi cama, acurrucada cálida y suave a mi lado, como si pensara que yo podría ser suyo.

Se merece a alguien mejor que yo. Algo mejor que esta casa. Algo mejor que la obsesión de Dimitri con su hijo no nacido. Algo mejor que un hombre cubierto de la sangre de otros, de pie en un pasillo pensando en cómo se sentían sus manos sobre su pecho.

Así que, cuando ha buscado consuelo en mí, le he dado la espalda.

Porque si alguien me viera tocarla, si alguien viera lo que siento por ella, si alguien se diera cuenta de que ella es el único punto débil que podría doblegarme, estaría muerta antes de que yo pudiera parpadear. Y el bebé con ella.

No se me permite consolarla. No en público. No delante de los guardias. No donde los ojos de Dimitri puedan encontrarnos y decidir que he cruzado la línea.

La veo alejarse con los hombros temblorosos, intentando ocultarlo. Me desgarra por dentro. Me obligo a darme la vuelta. A respirar. A levantar los muros de nuevo, ladrillo a ladrillo.

Mi teléfono vibra.

Dimitri.

Bien. Trabajo en el que puedo volcarme. Algo afilado e implacable que me distraiga del dolor que tengo encajado bajo las costillas.

Deslizo el dedo por la pantalla. Aparece un mensaje:

***Dimitri**: Venga al despacho oeste. Solo.*

Pero momentos después, cuando llego, no es Dimitri. Es su mujer. Ekaterina aguarda en el umbral como un retrato: la blusa de seda apenas abotonada, los diamantes captando la luz, los labios pintados de un rojo que es pura advertencia. Su sonrisa se curva despacio.

—Nick —ronronea—. Pase.

Cada instinto se agudiza como el filo de una hoja. Entro. Ella cierra la puerta tras de mí. Un clic suave. Una prisión suave.

Da tres pasos hacia mí —deliberados, depredadores— y ya puedo sentir el problema que emana de ella como si fuera calor.

—Parece tenso —dice, recorriéndose la nuca con las yemas de los dedos—. ¿Ha sido una noche larga?

No respondo; no hace falta. Ella ya se está moviendo.

Alarga la mano y me toca el pecho; la palma abierta, audaz, deslizándola sobre el chaleco antibalas bajo mi camisa como si estuviera alisando las arrugas de la ropa de un amante.

Le agarro la muñeca. Firme. Controlado. No lo suficiente como para ofender.

—No lo haga —le digo.

Ella suelta una risa baja, cruel, entrecortada. Ni de lejos intimidada.

—Oh, vamos —murmura, acercándose aún más—. No finja que no disfruta de un poco de atención.

Su mano libre sube y me agarra la entrepierna. Un apretón pleno e íntimo que envía una sacudida de puro peligro al rojo vivo por todo mi cuerpo.

Le sujeto la muñeca al instante. Con fuerza.

Su sonrisa se ensancha. —Se le ha acelerado el pulso —susurra.

—Me ha tocado sin permiso —suelto entre dientes.

—En toda esta casa se tocan cosas sin permiso —responde ella con voz sombría y divertida.

Entonces presiona su cuerpo contra el mío, la seda deslizándose sobre el algodón, y hinca la rodilla de forma imperdonable entre mis muslos.

Me quedo inmóvil. Ni excitado. Ni tentado. Simplemente frío.

Porque ¿esto? Esto es una trampa mortal.

—Ekaterina —gruño—, tiene que alejarse.

Desliza las uñas suavemente por mi torso, rozando los bordes curados de mi herida de cuchillo, arrancándome un siseo que ella confunde con otra cosa.

Sus ojos brillan. —Lo sabía —dice—. Le gusta que le toquen.

Una mujer determinada. Usted no.

Le aparto la muñeca de un empujón. Con firmeza. Manteniéndome apenas en el lado del respeto.

Ella da vueltas a mi alrededor como una pantera y luego pega los labios a mi oído. Muy suavemente: —¿La pequeña gestante también te toca así?

La sangre se me hiela. —Ya basta —gruño.

—¿Ah, sí? —rebate ella, deslizando la mano por mi espalda, más abajo, más abajo, hasta la cinturilla de mis pantalones—. Porque Dimitri me ha dicho que ha estado... muy implicado. Protector. Distraído.

Le agarro la mano. Retuerzo. No lo suficiente para romper. Solo lo suficiente para advertir.

Ella ahoga un grito, pero no es de dolor. Es de deleite.

—Ay, Nick —susurra—. Olvida algo.

—¿El qué?

—Que tengo el oído del hombre que le sostiene la correa.

Y ahí está. La verdadera amenaza.

Se inclina, rozando mi mandíbula con la boca. —Si le digo que me ha tocado —exhala—, o peor aún, si le digo que me ha rechazado, ¿qué cree que se cobrará primero? ¿Su rango? ¿Su vida? ¿O el pequeño útero que le ha alquilado a su... favorita?

Mi visión se estrecha. Nora. Sus lágrimas. Ella intentando alcanzarme esta mañana. Su corazón roto cuando he dado un paso atrás.

Y esta mujer ponzoñosa apuntando con su daga directamente a la garganta de Nora.

Aparto a Ekaterina de un empujón. Con la suavidad suficiente para no dejar moratones, con la fuerza suficiente para que mi intención sea inequívoca. Luego doy dos pasos atrás. Espalda erguida. Rostro neutral. Frío como un cadáver.

—Soy leal a la Bratva —digo en voz baja—. No a sus juegos.

Ella ladea la cabeza. —¿Y a Nora? —pregunta con dulzura.

No me muevo. No parpadeo. No dejo que un solo músculo me traicione.

—Su marido —digo con naturalidad— mataría a cualquiera que le pusiera una mano encima a su esposa.

Sus ojos centellean. Una pequeña grieta. Luego vuelve a sonreír, con lentitud y veneno.

—Ya veremos —dice, sacudiendo una mota de polvo invisible de su blusa—. Solo recuerde, Nick...

Camina hacia la puerta. La abre. Su voz es un susurro destinado a helar la sangre.

—... que yo me doy cuenta de todo.

La puerta se cierra tras ella.

Y solo entonces comprendo lo mucho que me tiemblan las manos.

No de deseo. Por el terror afilado de lo cerca que ha estado de destruir todo lo que intento proteger.

Por lo mucho que necesito a Nora.

Por lo mucho que no puedo tenerla.

59

NORA

Me digo a mí misma que no voy tras él. Me digo que solo estoy... aclarando la logística.

Sí. Logística. Horarios. Planes. Para nada estoy siguiendo a un hombre que acaba de esquivarme emocionalmente como si yo fuera una desconocida preguntando dónde está el baño.

Muy maduro. Muy de adultos. Muy de alguien que no está trastornada ni hormonal.

Salgo de mi habitación, de todos modos. La casa es demasiado grande. Demasiado silenciosa. Demasiado cargada de ese tipo de secretos que dejan manchas de sangre en las que nadie repara hasta que es demasiado tarde. Cada eco parece un juicio; cada sombra, el contorno de una amenaza.

Mi cuerpo está agotado. Mi mente va a mil por hora. Siento como si me hubieran pisoteado el corazón.

No dejo de ver dos cosas:

A Lena llevándosela en la camilla.

A Nick dando un paso atrás.

Segura. Intocable. Error. Las palabras me carcomen hasta dejarme en carne viva.

Estoy a mitad del pasillo cuando lo veo. Nick está al fondo, dirigiéndose hacia uno de los despachos más pequeños. Paso

controlado. Hombros tensos. Esa clase de tensión que indica que acaba de pasar algo malo.

Desaparece en el interior.

Me quedo petrificada. No debería seguirlo. Lo sé. Ha dejado claro fuera de la habitación de Lena que esta casa, estas paredes, están llenas de ojos.

Pero necesito saber qué va a pasar ahora. Cuándo nos vamos. Cómo de seguras estamos. Cómo de seguro está él.

Merodeo a unas cuantas puertas de distancia, fingiendo que estudio un cuadro que parece el aneurisma de una batidora llena de pintura.

Entonces la puerta se abre. Y sale ella.

Ekaterina Morozova. La mujer de Dimitri. Impecable hasta en las pestañas, envuelta en una seda de diseño que proclama que es lo bastante rica como para comprar el mundo y lo bastante aburrida como para querer destruirlo.

Sus ojos chispean cuando se posan en mí. Afilados, encantados, crueles. Sonríe como si estuviera abriendo algo en canal con un bisturí.

—Vaya —dice con ligereza—. ¡Qué gestante tan ocupada! Pensaba que tenía que guardar reposo.

—El médico me ha dado permiso para dar paseos cortos. Los pasillos cuentan —respondo con firmeza.

Su mirada recorre mi cuerpo de arriba abajo. Entonces algo feo y triunfal se dibuja en su expresión. Se acerca más. Tanto que puedo oler su perfume, con aroma a dinero frío y amargura.

—Sabe —ronronea—, Volkov es *muy* atento cuando quiere. Muy... entregado. Espero que no haya sido demasiado brusco con usted.

La habitación da vueltas por un segundo. Porque entiendo exactamente lo que está insinuando. Quiere que me la imagine con él. Quiere que imagine sus manos sobre su piel. Su boca sobre la de ella.

Su cuerpo...

Quiere herirme. Y lo disfruta. Mucho.

Se me cierra la garganta y siento un sofoco de calor en el rostro. No porque la crea, sino porque ella quiere que lo haga.

—Se me da bastante bien lidiar con la intensidad —digo finalmente, con voz calmada—. Soy enfermera.

Su sonrisa se vuelve más afilada. —Oh, estoy segura. Parece muy... adaptable.

Entonces se inclina. Apenas a un centímetro de mi oído.

Su voz baja a un susurro cargado de veneno: —Los hombres como Volkov necesitan mujeres que sepan soportar el dolor. Y causarlo.

Hace una pausa, dejando que las palabras calen como ponzoña.

—Espero que usted sea suficiente.

Luego se aparta con una sonrisa melosa y se aleja por el pasillo, despacio, contoneando las caderas como una burla, dejando tras de sí el rastro de su crueldad como si fuera perfume.

Me quedo allí parada, con el corazón martilleándome en el cráneo. Miente. Sé que miente. Pero lo ha hecho de todos modos porque quería que esa imagen se aferrara a algo dentro de mí y me fuera devorando.

Porque es una víbora.

Y porque hacerme daño a mí es una forma de presionarlo a él.

Inspiro. Espiro.

Se acabó dejar que los demás escriban el guion de mi realidad.

Recorro con paso firme los últimos metros hasta el despacho y abro la puerta de golpe sin llamar. —Nick...

Me detengo. Está solo. De pie, rígido cerca del escritorio, con el cuerpo medio girado y la mandíbula tan apretada que parece tallada en piedra. Su postura emana tensión. Conflicto. Furia.

Ni rastro de carmín. Ni ropa arrugada. Ni señal alguna de que nadie lo haya tocado.

Solo un hombre parapetado contra el peso de demasiadas amenazas.

Se da la vuelta bruscamente al oír el portazo. Sus ojos se encuentran con los míos.

Y están fríos. Controlados. Enmascarados. Como si estuviera librando unas cinco guerras distintas a la vez.

Y me doy cuenta de que no tengo la menor idea de cuál de ellas tiene que ver conmigo.

60

NICK

Vio a Ekaterina marcharse.

Pues claro. El universo nunca pierde la oportunidad de darme una patada en los dientes.

En un segundo, estoy en el despacho con el perfume de la mujer de Dimitri flotando todavía en el aire, con la piel de gallina por la forma en que me ha tocado el brazo, como si tuviera algún derecho a hacerlo.

Al siguiente, Nora irrumpe por la puerta, con la mirada tormentosa y la espalda recta, mirándome como si fuera a arruinarla o a salvarla y aún no ha decidido cuál de las dos cosas.

Mi instinto es inmediato. No decir nada. No hacer nada. Dejar que saque cualquier conclusión que le duela lo suficiente como para alejarse de mí para siempre.

Porque eso sería lo mejor para ella. Más limpio. Más seguro. Menos probable que rermine con su cuerpo sobre una losa porque alguien se ha dado cuenta de que ella es mi debilidad.

Así que cuando dice: —La he visto salir—, dejo que la tensión se asiente. Dejo que se pudra. Espero la acusación.

Nunca llega.

—¿Va a mentirle a su marido también? —pregunta, en cambio, en voz baja—. ¿Y cuánto deberíamos preocuparnos?

Me golpea con más fuerza que cualquier cuchillo. No me está preguntando si me he tirado a Ekaterina. Me está preguntando si la esposa de Dimitri va a usar la idea de que lo hice como un arma.

Confía en mí.

Esa comprensión me sacude.

Pasé años convirtiéndome en el tipo de hombre en el que nadie confiaba. En el que nadie debería confiar. En el que nadie acertaría al confiar.

Entonces entra Nora, me mira fijamente y se niega a creer que he cruzado una línea que sé que nos costaría la vida a todos.

—No le crees —digo, solo para oírselo decir en voz alta.

Levanta la barbilla. —No.

Siento opresión en el pecho. —No me estás preguntando si hice algo —digo—. Me estás preguntando cómo de peligrosas son sus mentiras.

—Sí —dice ella—. Porque eso nos afecta a ambos.

A ambos.

No solo a ti. No solo a mí.

A nosotros.

Intento tragarme la emoción. No cede. Inspiro profundamente y me obligo a volver al presente.

—Es vengativa —digo—. Si cree que puede usar esto para obtener ventaja sobre mí, o sobre Dimitri, no lo dudará.

A Nora se le mueve la garganta al tragar. —Entonces no estamos a salvo.

—Aquí no —respondo—. Ya no.

Su pulso se acelera en el cuello. Espera. Calma, firme, confiando en que yo le diga qué es lo siguiente.

Y eso —su fe, su silenciosa certeza— reduce a cenizas cualquier puente que estuviera intentando quemar entre nosotros.

Doy un paso hacia ella. Lo bastante cerca para sentir su aliento. Lo bastante cerca para que los guardias del pasillo nos mataran a los dos si vieran la mirada que tengo en los ojos.

—Nos vamos —digo en voz baja—. Ahora.

Ella asiente una vez. Sin miedo. Sin vacilar. Confía en que la saque de aquí. Confía en que la mantenga a salvo.

Y que Dios me ayude, quiero ser digno de eso.

Me acerco, sin tocarla —todavía no, no donde alguien pueda vernos—, pero lo suficientemente cerca como para que sienta el calor de mi boca contra su oído.

—Cuando volvamos al piso franco —susurro, con la voz como una promesa grave—, voy a cuidar de ti.

Su respiración se entrecorta. —Nick…

—No como la última vez.

Dejo que mis labios casi, casi rocen su mandíbula. —Mejor.

Un calor emana de ella. Se inclina una fracción hacia mí.

Me obligo a retroceder antes de hacer algo suicida, como besarla donde toda la Bratva pueda verlo.

—Cinco minutos —digo—. Prepara lo que necesites.

Ella asiente, con las mejillas encendidas y los ojos abiertos y oscuros.

Y por primera vez desde que Ekaterina me tocó, vuelvo a sentirme firme. Decidido. Peligroso.

Y tengo muy, muy claro qué, y a quién, me llevo conmigo.

61

NORA

La puerta del SUV se cierra con un golpe seco y pesado que parece vibrarme hasta en los huesos. Nick rodea el capó, se sienta en el asiento del conductor y arranca el motor sin mirarme. En cuanto se sella la puerta, el mundo se reduce al rugido grave del motor… y a él.

Solo él.

Mandíbula tensa. Hombros cargados. Las venas marcadas en sus antebrazos mientras agarra el volante. Cada centímetro de su cuerpo está en tensión.

Por mi culpa. Por lo que ha prometido allá en el despacho. Porque sabe exactamente lo que estoy pensando ahora mismo.

Sale del camino de entrada y la casa queda atrás. Solo entonces habla.

—El cinturón —dice.

Me lo abrocho.

No me dice nada más. Lo cual me parece bien.

Porque he dejado de fingir que no lo deseo.

El silencio se alarga, denso como el humo. Observo la ciudad pasar por mi ventanilla. Farolas. Aceras vacías. La calma que sigue a la tormenta de la que apenas hemos escapado.

Mi pulso es un martillo bajo la piel. Lo miro.

Y él me devuelve la mirada. Solo una vez, un destello de sus ojos azul gélido.

Suficiente para destrozarme. Suficiente para decirme que está luchando contra sí mismo otra vez. Suficiente para hacerme cometer una imprudencia.

Lentamente, deslizo la mano sobre la consola. Hacia su muslo.

Su pierna da un salto —un espasmo rápido e involuntario—, pero mantiene la vista en la carretera.

—No lo hagas —murmura.

Sonrío. —¿Por qué no?

Sus dedos se aprietan en torno al volante. —Porque no podré concentrarme.

—Quizá no quiero que te concentres —digo en voz baja, pasándole las uñas por la cara interna del muslo—. Quizá quiero ver qué hace falta para quebrarte.

Su exhalación es profunda, peligrosa. —Nora.

—¿Sí? —pregunto, inclinándome más hacia él.

—Me estás poniendo a prueba.

—Siempre.

Su mano suelta el volante. Me agarra de la muñeca, con sus dedos grandes, cálidos y curtidos rodeando mi pulso, y arrastra mi mano más arriba en su muslo.

Más arriba.

Se me corta la respiración.

—¿Es esto —gruñe— lo que quieres?

Trago saliva. —Sí.

Su agarre se intensifica. —Entonces no empieces algo que no puedas terminar.

—Oh, yo puedo terminar muchas cosas.

Su mandíbula se tensa como si sintiera dolor.

Me acerco más, lo bastante despacio como para torturarlo, y poso la boca cerca de su cuello. Sin rozarlo. Solo lo suficientemente cerca para que pueda sentir cada aliento cálido contra su piel.

Su voz es una advertencia. —Nora…

Lo beso. Solo una vez.

Justo donde le late el pulso.

Sisea entre dientes. —Joder.

El SUV se desvía un par de centímetros antes de que él corrija la dirección.

—La vista en la carretera —susurro contra su garganta.

—No estás ayudando —suelta con brusquedad.

—Esa es la idea.

Deslizo los labios por su cuello, saboreando la sal de su piel, el calor que emana. Su mano libre se desliza instintivamente hacia mi cadera, apretando como si no pudiera evitarlo.

—¿Qué quieres que te haga —murmuro— cuando lleguemos al refugio?

Suelta el aire de golpe. —Todo.

Sonrío contra su piel. —Sé específico.

Sus dedos se hunden en mi cadera con fuerza suficiente para dejar marca. —Voy a ponerte de rodillas en cuanto crucemos la puerta.

El calor me recorre tan rápido que se me nubla la vista.

—¿Y después de eso? —susurro.

—Voy a ponerte las piernas sobre mis hombros —dice con voz baja, con la intención de destrozarme—. Y voy a comerte hasta que no recuerdes ni tu propio nombre.

Un escalofrío me recorre de forma tan violenta que junto las rodillas.

—¿Y luego? —vuelvo a susurrar, sin aliento.

Gira la cabeza lo justo para mirarme. Ojos azules. Oscuros. Hambrientos.

—Luego voy a follarte tan despacio que me suplicarás que vaya más rápido.

Suelto un sonido que no reconozco. Mitad aliento, mitad gemido.

Su agarre se aprieta en mi cadera. —No quites la mano de encima —ordena—. Quiero sentir que lo deseas.

Deslizo la palma más arriba, más audaz ahora, provocando al músculo, sintiendo el temblor bajo mis dedos.

Lanza un gruñido gutural.

—A este ritmo —susurro—, no vamos a llegar al refugio.

—Oh, vamos a llegar —dice—. Porque una vez que estemos allí…

Su mano deja mi cadera. Se desliza entre mis muslos, con la presión justa para que el aire abandone mi cuerpo por completo.

—No pienso parar —gruñe.

El SUV gana velocidad. Su mano se queda donde está. Mi pulso se entrecorta. Mis muslos se separan instintivamente.

Esboza una media sonrisa sin siquiera mirarme. —Buena chica.

Creo que se me olvida cómo respirar. Dejo caer la cabeza hacia atrás contra el asiento, con los ojos cerrados con fuerza, concentrándome en el arco de su pulgar, en la forma en que traza círculos perezosos y posesivos contra mí. Escucho mi propia respiración, temblorosa e irregular, y aprieto la mandíbula para no suplicar.

Quiere verme retorcerme, así que lo hago. Descruzo las piernas, me abro como un secreto, me inclino hacia su mano hasta que él tensa los dedos y se retira para volver a poner la palma sobre la palanca de cambios, totalmente profesional.

Suelto un sollozo, real y accidental. Él sonríe; la comisura de su boca es como un cuchillo.

—Dijiste que no empezara algo que no pudiera terminar —le recuerdo con la voz ronca, apenas un susurro.

Me echa una mirada tan ardiente que podría levantar la pintura del salpicadero. —Ya casi hemos llegado.

El resto del trayecto es una competición de autocontrol. Mi cuerpo es un cable tenso, y cada bache de la carretera me acerca más a la combustión. No vuelve a tocarme, al menos no directamente, pero como si lo hiciera, porque cada cambio de marcha es una promesa y cada semáforo en rojo es un desafío. Siento el pulso en todas partes.

En los muslos, en las yemas de los dedos, en ese dolor punzante entre mis piernas donde ha dejado su ausencia.

Sujeto el borde del asiento con tanta fuerza que me duelen los nudillos. El aire en el SUV parece demasiado ralo, demasiado caliente, demasiado consciente del hecho de que tenía sus dedos sobre mí hace treinta segundos y ahora finge ser un adulto responsable con licencia de conducir.

Maldito bastardo.

Nick mantiene una mano en el volante y la otra descansando casualmente sobre su muslo. El mismo muslo al que quiero trepar para sentarme en su regazo. El mismo muslo del que me dejó sentir cada centímetro cuando deslicé la mano antes.

Sabe perfectamente lo que eso me provoca.

—Estás muy callada —murmura.

—Me estoy concentrando —respondo con un hilo de voz.

—¿En qué?

En no gritar tu nombre.

En no arrastrarte al asiento de atrás.

En no arrancarte esa camisa del cuerpo con los dientes.

—En respirar —consigo decir.

Suelta una risita grave, pecaminosa, de sabelotodo. El tipo de sonido que vibra a través de la columna de dirección y llega directo a mi columna vertebral.

—Lo estás haciendo fatal —dice.

Le lanzo una mirada fulminante. —Me has quitado la mano de los pantalones en plena autopista. Suerte tengo de seguir consciente.

—Eso ha sido un acto de misericordia.

—¡Eso ha sido un crimen de odio!

Vuelve a reírse, y es injusto lo mucho que se me tensan los muslos con ese sonido.

Aparece a la vista el desvío hacia el refugio. Su mano deja el volante. No para tocarme, no. Se echa el asiento un poco hacia atrás, como si se estuviera preparando para algo.

Mi pulso da un salto.

—¿Estás bien?

—No —suelto con brusquedad—. Estoy rabiosa. Estoy… Nick, te lo juro, si no me tocas en los próximos quince segundos, voy a entrar en combustión espontánea y tendrás que explicarle mi muerte a un forense.

El coche se detiene.

Entonces se quita el cinturón. Yo también.

Su mano se enreda suavemente en mi pelo mientras me atrae por encima de la consola y me besa como si llevara años muerto de hambre.

Me subo a su regazo por puro instinto, con las rodillas a ambos lados de sus caderas, sintiendo mi calor contra la línea dura de su cuerpo bajo el mío. Gruñe en mi boca, de forma cruda, descontrolada, mientras me froto una vez, despacio y con ansia.

—Nora —gruñe, con la voz casi irreconocible—. Pásate al asiento de atrás.

—Oblígame.

No lo duda. Sus manos rodean mi cintura, me levantan y se me corta la respiración mientras me mueve por encima de la consola. En cuanto mi espalda toca el cuero del asiento trasero, se me echa encima.

Su boca en mi garganta. Sus dedos abriendo mis vaqueros. Su cuerpo enjaulando el mío como si fuera algo que ha estado cazando.

Las ventanillas se empañan de inmediato. Mi pulso es un rugido en mis oídos. Me besa como un pecado. Me toca como un devoto.

Y cuando su mano se desliza de nuevo entre mis muslos y el calor húmedo encuentra sus dedos, jadeo, arqueándome, completamente perdida.

—Bien —murmura contra mi cuello—. Quiero que estés temblando antes incluso de que entre en ti.

—Nick…

—Me has vuelto loco durante todo el camino.

Desliza su pulgar sobre mí de nuevo, lento y devastador.

—Ahora voy a devolverte el favor.

Vuelve a cubrir mi boca con la suya y el mundo desaparece.

62

NICK

La beso.

Con fuerza. Profundamente. Con un tipo de hambre que no deja lugar a dudas.

Ella se derrite por un segundo. Solo uno. Entonces me muerde el labio inferior como si reclamara su territorio y me arrastra para que caiga sobre ella. Sus piernas se abren para mí por instinto.

Joder. Siento su calor incluso a través de los vaqueros.

Meto un muslo entre los suyos y presiono hacia arriba, restregándola contra mí. Ella suelta un grito. Fuerte. Crudo. Hermoso.

—Sigue haciendo ruidos como ese —gruño en su boca— y todo el mundo sabrá exactamente lo que te estoy haciendo aquí dentro.

Me coge la cara con ambas manos. —Entonces no hagas ruido —susurra, con el aliento caliente y tembloroso—. O sí. No me importa.

Dios, ayúdame.

Le deslizo la mano por el estómago, por debajo de la cinturilla, sin perder el tiempo con delicadezas. No esta noche. No después de la forma en que me ha torturado durante todo el viaje hasta aquí.

Sus caderas se sacuden cuando mis dedos la encuentran. Caliente, húmeda y jodidamente preparada.

Gimo contra su garganta, el sonido ahogado en su piel. —Nora.

—Nick, por favor…

No sabe lo que eso me provoca. O quizá sí. Quizá anoche aprendió exactamente cómo destrozarme, y ahora lo está usando como un arma.

La acaricio, despacio al principio, solo para sentir cómo se ablanda y se desespera bajo mi cuerpo. Se le entrecorta la respiración. Sus muslos se aprietan alrededor de mi mano.

Su espalda se arquea, despegándose del asiento como si se ofreciera a un dios en el que no cree.

Le muerdo el hombro. Con suavidad. De forma posesiva. Una advertencia de que estoy a un segundo de perder el poco control que me queda.

—Casi haces que pare el coche —mascullo, con los dedos moviéndose más rápido, más profundo—. Me tocaste una vez y casi me salgo de la carretera.

Se ríe sin aliento, y el sonido se rompe en un gemido. —Te lo merecías.

—Sigue hablando —susurro contra su mandíbula— y haré que te corras antes siquiera de estar dentro de ti.

Sus caderas se disparan hacia arriba, bruscas, frenéticas. Ya está muy cerca. Puedo sentirlo en cada espasmo de sus músculos, en cada sonido a medio ahogar que intenta, sin éxito, reprimir.

Curvo los dedos justo como debo, y ella se rompe.

Su espalda se comba. Sus rodillas se cierran en torno a mi brazo. Sus puños se enredan en mi camisa como si se estuviera ahogando y yo fuera el único aire que le quedara.

—Nick… oh, Dios mío…

La beso mientras dura, tragándome su grito, sujetándola para que no se caiga del asiento con sus sacudidas.

—Buena chica —murmuro contra sus labios, todavía acariciándola lenta y cruelmente—. No he terminado.

Su aliento es un ritmo entrecortado contra mi boca. Se aferra a mí como si intentara mantenerse consciente.

Saco la mano de sus vaqueros y me lamo su sabor de los dedos mientras ella observa. Con los ojos dilatados, los labios entreabiertos y el pecho agitado. Su cuerpo entero se estremece.

—Súbete a mi regazo —digo.

Sus manos tiemblan mientras se incorpora. —Nick…

—Ahora.

Se acomoda en mi regazo como si hubiera nacido para ello, con los muslos a horcajadas sobre mí, su calor presionando contra la dura línea de mi polla, y juro que casi me deshago en ese mismo instante. La cojo por la cintura, con los dientes apretados, respirando con dificultad contra su garganta.

—Querías sexo en el coche —resoplo—. Vas a tener sexo en el coche.

Le bajo los vaqueros lo justo. Ella hace lo mismo con los míos, torpe, sin aliento, desesperada de una forma que hace arder cada nervio de mi cuerpo.

—Te quiero dentro de mí —susurra. No es una súplica, es una exigencia. Una orden. Una puta invocación.

Guío sus caderas. Nos alineo. Y en el segundo en que se hunde sobre mí despacio, estrecha, tan jodidamente perfecta, mi cabeza golpea el respaldo con una maldición.

—Nora…

Sus uñas se clavan en mis hombros mientras me recibe por completo, centímetro a centímetro, hasta que queda pegada a mis caderas, temblando.

Los cristales se empañan por completo.

Se inclina hacia delante, frente contra frente, su aliento mezclándose con el mío. —Conduce ahora —susurra, sonriendo con malicia—. Te reto.

Suelto una carcajada. Oscura, rota, del revés. —Oh, cariño —digo, cogiéndola por las caderas y tirando de ella hacia abajo con más fuerza—. No vamos a ninguna parte.

Entonces la levanto y embisto dentro de ella. Con fuerza. Profundamente.

Y el coche empieza a mecerse.

Vuelve a mover las caderas y el placer me golpea con fuerza. Al rojo vivo, vertiginoso.

Escupo una maldición contra su boca, los dedos hundiéndose en su cintura para anclarme porque estoy a un segundo de perder el

último hilo de control que me queda.

Se le entrecorta la respiración. —Nick…

Siento que la golpea. Siento el escalofrío que la recorre, el momento en que su cuerpo se precipita por el abismo.

Y es exactamente entonces cuando suena su móvil.

Fuerte. Brillante. Violento. Lo suficiente como para atravesarlo todo.

Ella ahoga un grito. Yo me quedo helado. El coche entero se queda inmóvil, vibrando con el placer que no hemos podido culminar.

Su móvil, boca abajo en el portavasos, se ilumina de nuevo.

Sonando.

Sonando.

Sonando.

63

NORA

La puerta del piso franco se cierra tras nosotros con un pesado estruendo metálico que me retumba en las costillas. Nick apenas se detiene.

—Ve a llamar a tu administradora —dice mientras escudriña el perímetro como si no hubiéramos estado a punto de follar en su coche.

Nada de ternura. Ni rastro del calor persistente. De vuelta al trabajo.

Bien.

Recorro el pasillo sola y me escabullo en el dormitorio. Echo la llave, me siento en el borde de la cama y obligo a mis manos a dejar de temblar lo suficiente para marcar el número de Caroline.

Responde al primer tono.

—¿Nora? Cielo, ¿estás a salvo?

Su voz me envuelve como una manta cálida. Preocupación, familiaridad, esa clase de presencia centrada que me ayudó a superar las peores noches en la clínica. Caroline no es solo mi supervisora. Es mi mentora. Mi ancla. Mi amiga. La que guardaba barritas de cereales en su cajón porque sabía que yo me saltaba comidas durante los días malos.

Y tras la explosión y el intento de secuestro, me moría de ganas de hablar con alguien que me hiciera sentir como en casa. Alguien que me conociera fuera de los muros de la Bratva. Alguien que no fuera Nick.

Alguien que pudiera decirme de una vez qué está pasando con mi historial médico antes de que pierda el juicio.

—Estoy bien —digo rápidamente—. Ha habido... un incidente. Pero ya estoy bien.

Ella exhala con voz temblorosa. —Oh, gracias a Dios. He estado muerta de miedo desde la explosión. No sabía dónde estabas, y cuando llamé antes...

La explosión.

Cierto. Eso.

—Está bajo control —digo, aunque nada esté bajo control—. Estoy en un piso franco. Nick me ha traído aquí.

—¿Un piso franco? —repite Caroline—. ¿Dónde?

—Oh, esto, en uno que pertenece a la Bratva al otro lado de la ciudad. —Me froto la frente—. Nick ha dicho que sería lo bastante seguro para pasar la noche. Y Dimitri sigue en la casa principal, así que... solo estamos nosotros aquí.

Se produce una pausa. Breve. Pero percibo el cambio de todos modos. La inspiración que no llega a completar. Un matiz parecido al interés —o al alivio— que se filtra en su voz.

—Eso es... bueno —dice con demasiada rapidez—. Mucho más fácil, en realidad.

—¿Más fácil para qué? —pregunto.

—Para la organización —responde animada. Demasiado animada —. Sobre eso... escucha, tenemos que vernos. En persona. Quiero verte.

Se me da un vuelco el corazón. Alivio. Esperanza. La necesidad desesperada que he estado fingiendo no sentir me oprime. Necesito respuestas. Necesito a Caroline. Necesito a alguien cuyo mundo no esté empapado de violencia.

—Bien —susurro—. Sí. Por favor. Necesito verte. Todo ha sido... —Se me quiebra la voz—. Caroline, solo necesito a alguien en quien confíe. Alguien de antes.

Su tono se suaviza al instante.

—Cielo, por supuesto. He estado muy preocupada por ti. Y hay... cosas que no puedo decir por teléfono.

El miedo se me enrosca en el bajo vientre. —¿Sobre el embarazo?

—No —dice, de nuevo demasiado rápido—. No exactamente. Pero hay preocupaciones, y dudas sobre el protocolo, y... es mejor que nos veamos cara a cara.

Cierro los ojos. Nick se va a volver loco. No me dejará ir a ninguna parte. Y deseo este encuentro con todas mis fuerzas, tanto que la idea de esperar hasta que él esté dispuesto a dejarme salir me revuelve el estómago.

Así que intento ser astuta.

—Caroline... ¿y si nos vemos aquí? —Las palabras salen antes de que pueda pensarlas demasiado—. Podrías venir al piso franco. Sería la opción más segura. Y Nick no se opondrá si él está presente.

Otro instante de silencio.

—Eso podría funcionar —dice despacio—. Sí. En realidad, sí, eso simplificaría mucho las cosas.

Parece... aliviada.

—Te enviaré la dirección por mensaje —digo—. Luego me escribes cuando vengas de camino por la mañana.

—Perfecto —dice ella—. Tengo ganas de verte.

—Vale —susurro—. Gracias.

—Nora —dice con dulzura—, estoy orgullosa de ti. Aguanta.

Colgamos. Me quedo sentada, paralizada, mirando el cristal oscuro de la ventana. Tengo el rostro encendido. El pelo despeinado por las manos de Nick. Los labios hinchados por unos besos que él finge que nunca han ocurrido.

Dios. Ahora tengo que decirle lo que acabo de organizar.

En cuanto vuelvo al pasillo, Nick me está esperando. Postura rígida, mandíbula tensa, mirada indescifrable.

—Nora —dice—, tenemos que hablar.

Y siento que se me cae el alma a los pies.

64

NICK

La interrupción de antes, la maldita llamada de teléfono, todavía me escuece bajo la piel. No por la llamada en sí. Sino por lo que ha arruinado.

No debería importar. No debería importar lo suave que era su boca, ni cómo me ha tocado como si yo no estuviera hecho de cicatrices y violencia. Ni cómo me ha mirado después, como si pensara que en realidad yo podría ser bueno.

Nada de lo de anoche, ni del viaje en coche, ni del beso contra la pared del pasillo debería importar.

Pero importa. Demasiado.

Por eso tiene que acabar.

Ella se acerca a mí, con los ojos cálidos y esperanzados, todavía un poco hinchados de llorar por su hermana.

Y la parte de mí que la desea reacciona al instante. Violentamente.

Le pongo fin.

—Hemos terminado —le digo—. Sea lo que sea lo que crees que es esto, se acaba ahora mismo.

Se queda helada. Como si las palabras la atravesaran de un puñetazo.

—Nick...

—Es un error.

—Eso es lo que has dicho antes —susurra—, y luego tú...

—No debería haberte vuelto a tocar. —No alzo la voz; no me hace falta—. Y no volveré a hacerlo.

Se estremece como si la hubiera golpeado.

Bien. Hazle un poco de daño ahora, mantenla viva después. Esa es la regla.

Traga saliva con dificultad.

—De acuerdo. Entonces esperaremos a que nazca el bebé.

—No.

Sus ojos se agrandan. Se rompen. Se fracturan.

—¿Incluso entonces? —pregunta en un suspiro.

—Especialmente entonces.

Sacude la cabeza. —Pero si ni siquiera seré la madre. Le voy a entregar el bebé a Dimitri y a su mujer. No formaré parte de la Bratva...

—Lo harás —la interrumpo tajante—. Porque has llevado a su heredero. Porque tu sangre y tu cuerpo lo han protegido. La Bratva no olvidará eso. No te dejarán marchar. —Me acerco más, cerniéndome sobre ella para que entienda cada palabra—. Para ellos, eres suya. Para siempre.

Le tiembla el labio.

—Soy... una propiedad.

La palabra brota de ella hecha añicos, pequeña, temblorosa y emponzoñada por la verdad.

Me destroza por dentro. Pero me obligo a decirlo de todas formas.

—Sí.

Su rostro se descompone. No es ruidoso. No es dramático. Es el tipo de ruptura silenciosa que te destruye. Suelta un suspiro trémulo. Entonces sus ojos se llenan de lágrimas, despacio al principio, como si luchara contra la gravedad, y luego se desbordan en dos surcos perfectos y silenciosos.

Y yo me quedo ahí de pie. Con las manos a los lados. Los hombros tensos. Cada instinto gritándome que la estreche entre mis brazos.

Pero no me muevo. No le seco las lágrimas. No le digo que no es una propiedad. No le digo que significa para mí más de lo que se me permite sentir.

Me quedo ahí como un hombre hecho de hierro y mentiras mientras ella se desmorona frente a mí.

Porque si vuelvo a tocarla, si alguien nos ve, está muerta.

Se tapa la boca con ambas manos, y un sonido ahogado se escapa entre sus dedos. Un sonido tan tenue que no debería doler.

Pero siento como si alguien me clavara una estaca directamente en el pecho.

Doy un paso.

Casi me quiebro. Casi.

Y entonces...

CRACK.

El mundo estalla.

Un disparo. Cerca.

Demasiado cerca.

Luego otro, este más fuerte, más agudo, que silba al pasar como un rayo con dientes.

BUM.

ESTALLIDO.

BUM.

Las ventanas delanteras revientan hacia dentro en una lluvia de cristales que captan la luz como estrellas fugaces.

Nora grita. No es un grito pequeño. No es miedo. Es un alarido arrancado del alma que me atraviesa de parte a parte.

Ya me estoy moviendo antes de que el sonido salga del todo de su garganta. —¡Nora! —bramo, agarrándola por la cintura y lanzándonos a ambos al suelo mientras la pared que hay detrás de ella estalla en una lluvia de madera astillada y aislante triturado.

Las balas atraviesan el refugio como si fuera de papel. Una lámpara explota. El sofá revienta, soltando el relleno por todas partes. Restos de yeso caen del techo. Alguien fuera vacía un cargador entero —*ratatatatatatat*—, un rugido furioso e implacable. La casa entera tiembla bajo la lluvia de disparos.

Nora se acurruca contra mí por instinto, con las manos aferradas a mi camisa, el cuerpo temblando por la conmoción y con ese grito desgarrador todavía atrapado en la garganta.

—¡No te muevas! —gruño, cubriéndola con mi cuerpo mientras otra bala impacta tan cerca que el calor me roza la mejilla.

Solloza una vez. De forma queda, aterrorizada, ahogándose con el polvo. La protejo con más fuerza bajo mi cuerpo.

Llueven cristales.

Aúllan las balas.

El yeso nubla el aire.

El refugio —nuestro último escondite, nuestro único pedazo de tierra— está siendo despedazado.

Y solo me queda un pensamiento martilleando en mi cráneo, más fuerte que los disparos, más fuerte que el terror, más fuerte que la muerte que se abre paso a dentelladas a través de las paredes:

Mantenla con vida. Pase lo que pase.

65

NORA

El cristal estalla hacia dentro como mil cuchillas diminutas y no me da tiempo ni a respirar, ni a que me lata el corazón una sola vez, antes de que el peso de Nick caiga sobre mí. Su cuerpo cubre el mío por completo. Con los hombros firmes, los brazos protegiendo mi cabeza y el pecho presionado contra mi espalda con una fuerza aterradora.

Oigo las balas. Agudas. Violentas. Atravesando el pladur y los muebles. Demasiado cerca.

Su voz suena pegada a mi oído, ronca, baja y categórica: —Te tengo. Siempre.

No tengo tiempo de sentir qué me provoca eso, dónde me golpea, qué rompe dentro de mí, porque al segundo siguiente, se ha ido. Se lanza fuera de mí como un arma liberada de su funda.

Para cuando consigo incorporarme, la habitación es un caos. Un hombre con un pasamontañas irrumpe a través del marco de la ventana medio rota. Nick lo recibe en mitad de su avance. Un puñetazo, un giro, un crujido nauseabundo, y el tipo cae como una marioneta a la que le han cortado los hilos.

Otro lo sigue. Nick lo agarra por el cuello y lo estrella contra la pared con tal fuerza que el yeso se agrieta.

Retrocedo a gatas, intentando ponerme en pie. El corazón me late demasiado rápido; mi respiración es entrecortada y débil. El olor a humo y pólvora me quema los pulmones.

Un tercer hombre aparece en el umbral. Empuña una pistola.

No pienso. No dudo. Algo primario, feo y aterrador surge en mi interior, algo que empieza en lo más profundo de mi estómago y se extiende hacia fuera como un incendio forestal. Algo que susurra: *Protege al bebé.*

Agarro el objeto más cercano —una lámpara de hierro, pesada y aparatosa— y me lanzo hacia delante.

El tipo no me ve venir. Su arma apunta a Nick. Mi brazo se balancea antes de que mi mente reaccione, y la lámpara impacta contra el lateral de su cabeza con un golpe seco y espantoso.

Cae a plomo. Me lo quedo mirando, temblando, con la lámpara todavía apretada entre las manos. Nunca he pegado a nadie. No así. No de una forma que pudiera herir de verdad a alguien. Pero no me siento culpable. Todo lo que siento es una protección estremecedora y abrumadora. Algo salvaje y feroz.

Nick coge la pistola que el hombre ha soltado, dispara dos veces a algo que no alcanzo a ver y luego grita: —¡Nora, muévete!

Retrocedo tropezando, con el corazón martilleando y la vista borrosa. Otro hombre entra corriendo desde el pasillo, blandiendo algo metálico. Nick intercepta el brazo del atacante, le da un codazo en la garganta y le patea la rodilla de lado con un crujido que me provoca náuseas.

El hombre se desploma. Nick no me mira. Es pura violencia, puro enfoque, puro instinto de supervivencia.

De repente, algo más golpea mis sentidos. No es pólvora. No es humo. Es algo más fuerte. Más áspero. Químico. Penetrante.

Un ardor.

Gasolina.

66

NICK

En el momento en que me llega el olor, todo mi cuerpo se queda frío. Gasolina. Intensa. Húmeda. Sofocante. Tan espesa que se me pega al fondo de la garganta como si fuera veneno.

Esto no es un ajuste de cuentas. Es una ejecución. Alguien quiere reducir esta casa —y a Nora— a cenizas.

Le rompo la muñeca al atacante entre mis manos como si fuera leña seca y le estampo el cráneo contra la pared. El hueso cruje. La sangre salpica en un arco oscuro sobre el papel pintado que se despega. El hombre cae al suelo, convulsionando.

Ni siquiera lo miro. Me doy la vuelta porque la oigo a ella.

—¡Nick!

No es un grito, sino una advertencia. Cargada de pánico. Lo bastante afilada como para desollarme vivo.

Me muevo. La gasolina cubre el suelo con una película brillante. Se acumula bajo la mesa volcada, trepa por el sofá, empapa las cortinas. Gotea de las manos del cabrón que todavía sujeta la garrafa, con la máscara torcida como si esto fuera un chiste.

Otro hombre se lanza hacia Nora con una cuchilla en alto. A él lo alcanzo primero. Le agarro el antebrazo en mitad del envite, retorciéndolo hasta que los tendones chasquean como cables demasiado tensos. Su grito se corta en seco cuando le hundo el

talón de la mano en la garganta. Se dobla con un ahogo húmedo. Le agarro la parte posterior del cráneo y lo estrello contra la esquina de la mesa de centro. La madera se quiebra. Él también.

Giro hacia el pirómano. Pero ya no sostiene la garrafa.

Sostiene una cerilla.

Y está sonriendo.

Mi visión se estrecha. Arremeto en un esprint.

—¡Nick, detrás de ti!

Su voz se abre paso entre el humo y el caos, directa a mi espina dorsal.

Pivoto, y el cuchillo capta la luz. Un tercer hombre está justo detrás de mí, apuntando con su hoja a mi riñón. Le agarro la muñeca y tiro con la fuerza suficiente para dislocarle la articulación. El cuchillo cae ruidosamente al suelo. El tipo se lanza de todos modos, feroz y salvaje. Le estampo la frente contra la nariz. Esta estalla en sangre. Él cae, salpicando de rojo el suelo resbaladizo por la gasolina.

Me cuesta unos segundos. Unos segundos que no tengo. Porque detrás de él...

Lo oigo.

El rasquido.

El siseo sulfúrico.

El minúsculo y hambriento sonido de un fuego que nace.

Me doy la vuelta bruscamente. El pirómano me observa mientras deja caer la cerilla encendida como si fuera un sacramento.

El tiempo se detiene. La cerilla gira en el aire. La llama es una pequeña lengua infernal que apunta hacia abajo.

Toca el suelo.

Y el mundo estalla.

Un violento y explosivo *WHOOMPH* me golpea la cara con una ráfaga de calor. Las llamas recorren la gasolina como lobos hambrientos recién liberados y devoran muebles, paredes, cuerpos.

El hombre al que he dejado destrozado en el suelo empieza a gritar cuando el fuego prende en su ropa empapada. Su carne chisporrotea. El olor es obsceno.

Pero todo lo que veo, todo lo que oigo, todo lo que me importa, es ella.

La silueta de Nora se recorta contra la explosión, con el pelo echado hacia atrás por la fuerza del impacto y los ojos desorbitados de terror.

Y sé, con una claridad que se siente como morir, que no hay nada en la tierra que pueda detener lo que viene ahora. El fuego ya está aquí. La muerte ya está aquí.

Y mataré hasta al último hombre de esta casa antes de permitir que el fuego la toque.

67

NORA

El fuego no empieza con un rugido. Empieza como un suspiro. Un *fiuuu*. Un sonido grave y aterrador cuando la cerilla besa la gasolina y el mundo exhala calor.

El suelo pasa de estar mojado a arder en un abrir y cerrar de ojos. El rastro de gasolina se prende en ambas direcciones, recorriendo las tablas como dos serpientes hechas de llamas. Zigzaguea bajo los sofás, sube por las cortinas, a lo largo de las paredes. Primero un parpadeo perezoso. Luego, más hambriento.

De repente, salta. El calor atraviesa la habitación, sacándome el aire de los pulmones. Retrocedo tambaleándome, encogiéndome instintivamente sobre mi vientre.

—¡Nora! —grita Nick.

No puedo verlo. No con claridad. El humo empieza desde abajo, oscuro y aceitoso, enroscándose en mis tobillos, en mis rodillas, ascendiendo.

Uno de los hombres en el suelo, uno de los nuestros, se remueve e intenta levantarse. No llega a ponerse de rodillas antes de que un trozo de cortina en llamas caiga sobre él.

Ni siquiera grita.

Tropiezo de nuevo, con la garganta cerrándose. El fuego surge entre nosotros y la puerta principal como una pared sólida y agitada

de color naranja y negro. Lame el marco, recorre las ventanas rotas, atraviesa la pared del fondo. El piso franco, nuestro refugio, se está convirtiendo en un horno.

Alguien golpea la puerta desde fuera. Alguien más grita en ruso. No distingo las palabras. El sonido se distorsiona, deformado por el calor, el miedo y el repentino y tiránico rugido de las llamas.

—¡Al suelo! —brama Nick.

Algo pasa rozando mi cara: un retal de tela ardiendo. Me agacho por instinto, tosiendo mientras el humo me araña los pulmones. Esto no es como aquel pequeño fuego en la cocina de urgencias, cuando alguien se olvidó de una sartén en el fuego. Esto es grande, hambriento, vivo y rápido.

No puedo pensar. Solo siento calor, terror y el feroz nudo protector en mi pecho apretándose hasta que duele.

El bebé.

El bebé.

El bebé.

—¡Nora!

Una mano me aferra el brazo con una fuerza de hierro. Me tira hacia abajo, hacia una bolsa de aire más limpio.

Es Nick. Está frente a mí, con los ojos entrecerrados por el humo, la mandíbula tensa y un lado de la cara manchado de hollín. Parece esculpido por el propio fuego.

—Tenemos que irnos —dice.

—Los demás... —toso. Me arden los ojos y las lágrimas caen calientes e inútiles por mis mejillas—. Nick, tenemos que...

Él señala con la cabeza a los hombres esparcidos por el suelo, algunos quietos, otros apenas moviéndose. Algunos llevan los mismos colores que él. Nuestro bando.

Pero ahora el fuego se interpone entre ellos y nosotros.

Una viga ardiendo se desploma justo detrás de uno de ellos. Estalla una lluvia de chispas y el calor me golpea la cara como una bofetada física.

—Han intentado matarte —dice Nick tajante, leyéndome la expresión—. Han intentado matarte a ti y al bebé. Sabían quién estaba aquí. Sabían lo que hacían.

Sigo sintiendo una punzada en el pecho. Soy enfermera. Estoy hecha para salvar a la gente, no para pasar por encima de ellos.

Pero tiene razón.

Ellos trajeron la gasolina.

Ellos trajeron las armas.

Ellos trajeron el fuego.

Ellos eligieron esto.

Me rodeo el vientre con un brazo protector. Nick me tira de la muñeca.

—Al dormitorio —dice—. Ahora.

No discuto. Voy con él. Nos movemos agachados, casi rozando el suelo, donde el aire es ligeramente menos tóxico. El humo me escuece en los ojos, la garganta y la nariz, haciendo que cada respiración sea una batalla. El fuego pinta el techo con reflejos horribles y danzantes.

En algún lugar a mi derecha, algo explota. Quizá una lámpara, quizá una ventana, quizá algo peor. Me sobresalto, pero Nick no se detiene. Su agarre en mi muñeca es inquebrantable.

Corremos por el pasillo hacia su habitación, con las llamas persiguiéndonos como un ser vivo. El calor está detrás de nosotros. Sobre nosotros. Empieza a filtrarse por el corredor, lamiendo las fotos de la pared.

Entramos de golpe en su cuarto. Por un segundo, solo veo su cama. Aquella en la que me desperté. La que aún huele a jabón, a sudor y a algo que me he esforzado mucho en no llamar hogar.

El humo se cuela por debajo de la puerta detrás de nosotros.

—Estamos atrapados —jadeo, dándome la vuelta—. Nick, estamos...

Él se pone delante de mí, bloqueando mi visión del pasillo, bloqueando el humo, bloqueando el fuego. Su expresión es calmada.

Demasiado calmada.

Esa clase de calma que solo alguien que ha sobrevivido a cien situaciones imposibles sabe mostrar.

Me ahogo con un sollozo. Las paredes detrás de él brillan con un color anaranjado. El techo cruje. El calor empuja contra la puerta como una bestia que intenta entrar a dentelladas.

Y lo único que puedo pensar es: *Así es como morimos.*

Entre el fuego.

Entre el humo.

En una casa en llamas, juntos.

Antes de que el bebé tenga la oportunidad de vivir.

Tiemblo tanto que me castañean los dientes. No puedo dejar de mirarlo. Porque Nick no tiene miedo.

Pero yo sí.

Dios, yo sí.

68

NICK

El humo entra a raudales en el dormitorio con la rapidez suficiente como para tener peso. Es espeso, negro, asfixiante. Me golpea la garganta como si fuera ácido.

Nora tose una vez, de forma seca y aterrorizada, con la mano volando hacia su vientre.

No.

Aquí no.

Así no.

Cojo la camiseta del respaldo de una silla y se la planto en las manos. —Cúbrete la cara.

Ella obedece, temblando, subiéndose la tela sobre la nariz y la boca. Tiene los ojos muy abiertos, ahogados en el terror, pero está concentrada. Escucha. Sobrevive. Esa es la diferencia entre la gente que vive y la gente que arde.

La puerta tiembla violentamente. Las llamas muerden el borde inferior, y la luz se filtra por las rendijas.

Se nos acaba el tiempo.

Me acerco a la cama y tiro el colchón de un empellón violento. Golpea el suelo con un estruendo. Luego arrastro la estructura metálica con tal fuerza que una de las patas chirría contra el parqué.

Nora me mira fijamente. —¿Qué estás...?—

Caigo de rodillas, meto los dedos en la pequeña junta de las tablas del suelo y tiro. La madera se astilla. Se levanta una trampilla cuadrada. El aire fresco sube como un último suspiro.

Ella abre mucho los ojos. —Hay una... Nick, ¿qué es eso?—

—Una salida —gruño—. ¡Muévete!

Le cojo la mano y la guío para que baje primero por la escalera. Va despacio. Demasiado despacio, pero con cuidado, que es lo que más importa. En cuanto sus pies tocan el hormigón, bajo yo detrás y cierro la trampilla sobre nosotros.

La oscuridad cae de golpe. Por un momento, el único sonido es la respiración agitada de Nora y el rugido sordo y monstruoso del fuego sobre nuestras cabezas. El calor radia hacia abajo, cocinando el techo. Este túnel no está diseñado para resistir un incendio total.

La agarro por la cintura y la giro hacia la negrura que tenemos delante. —Quédate cerca —le digo—. No te detengas por nada del mundo.

—Nick, ¿y si el fuego...?

—No pienses. —Le aprieto la cadera—. Camina.

Empezamos a avanzar. Medio agachados, medio corriendo por un estrecho corredor de hormigón que pasa bajo la casa. No es más que un túnel de servicio, pensado para antiguos cargamentos de armas y salidas discretas. El polvo flota en el aire. La única luz proviene de una fina tira de emergencia a lo largo de una pared, que parpadea como si tuviera miedo a la oscuridad.

Sobre nosotros, algo se derrumba. La vibración desprende el polvo del techo en una lluvia asfixiante. Nora da un respingo. Yo la sujeto.

—Más rápido —le digo.

No me cuestiona. Hace un esfuerzo, apretándome la mano, con la respiración sibilante a través de la camiseta pero lo bastante firme como para mantenerse en pie.

El túnel gira a la izquierda y luego sube ligeramente. El final aparece a la vista, una puerta de metal oxidado medio oculta tras unas cajas apiladas.

Le doy un hombrazo. Gruñe.

Le doy otro. El metal cede. El aire frío de la noche nos golpea de pleno.

Saco a Nora a los árboles que hay detrás de la propiedad, lo bastante lejos para que nadie que vigile la casa sepa que esta salida existe. El resplandor del fuego ilumina el cielo detrás de nosotros, un estallido violento de naranja y negro.

Nora se gira, apretándome el brazo con fuerza. —Dios mío...—

—No mires —le espeto, tirando de ella—. Aún no estamos a salvo.

Corremos por el terreno irregular hacia el viejo cobertizo donde antes se guardaban los vehículos de reserva.

Como era de esperar, la Bratva lo vació hace meses. Como era de esperar, lo único que queda es una vieja camioneta oxidada con medio depósito y el parabrisas agrietado.

Suficiente.

Abro la puerta de un tirón, meto a Nora dentro y salto sobre el capó hacia el lado del conductor. Puenteo los cables. Salta una chispa. El motor tose. Arranca con un rugido.

Salimos disparados por el camino de tierra, sorteando árboles hasta que los neumáticos tocan el asfalto. Piso a fondo. Nora está temblando tanto que apenas puede mantener la camiseta apretada contra la boca.

La miro de reojo, solo un segundo. Está pálida. Con los ojos irritados por el humo. El pelo medio chamuscado en las puntas.

Pero viva.

Viva porque ha escuchado.

Viva porque me he movido lo bastante rápido.

Viva porque quienquiera que haya venido a por nosotros ha subestimado lo que yo sería capaz de hacer para que ella siguiera respirando.

Trago saliva y obligo a la camioneta a ir más rápido. Avanzamos exactamente una manzana.

Entonces... *FLASH.* Luces azules y rojas brillan en el retrovisor. El lamento de una sirena de policía rasga la noche.

Nora levanta la cabeza de golpe. —Nick...—

—No te muevas. —Mi voz es pura escarcha.

La sirena vuelve a aullar. Las luces se acercan.

Demasiado cerca.

Quieren que me detenga. Alguien ha dado el aviso. O alguien lo ha planeado. Una emboscada disfrazada de ley.

Respiro una vez, despacio. Las opciones se reducen a dos.

Huir.

Luchar.

Ninguna es buena con Nora en el coche.

La sirena brama de nuevo, esta vez de forma más prolongada e insistente. Y tras las luces, tras el ruido, tras la progresiva sensación de inevitabilidad, lo siento. Una trampa que se cierra. Un nudo que se aprieta.

Agarro el volante con tanta fuerza que el cuero viejo cruje. —Nora —digo en voz baja, con los ojos clavados en las luces intermitentes.

Se le entrecorta el aliento. —¿Sí?—

—Pase lo que pase a continuación, no grites.

Porque no estamos tratando con policías. No esta noche. No después del fuego. No después de la gasolina.

Lo que tenemos detrás no es la ley.

Es la guerra.

69

NORA

No hay nada como la experiencia de sentirse culpable al novecientos por ciento y aun así intentar parecer inocente.

Los faros del coche de policía bañan el interior del todoterreno robado, brillantes y acusadores. El pulso me martillea en la garganta mientras la puerta de la patrulla se abre con un crujido que suena exactamente al fin del mundo.

Las manos de Nick están firmes sobre el volante. Por supuesto que lo están. Probablemente podría aparcar en batería en plena zona de guerra.

—Respira —murmura sin mirarme.

Fácil decirlo para él. No es el que está sentado en un vehículo robado con las cejas chamuscadas, el pelo oliendo a humo y una situación de «bebé a bordo» por cortesía de la mafia rusa.

Mis dedos se curvan protectoramente sobre mi vientre, como si pudiera escudar a la pequeña habichuela contra el concepto de cargos por delito grave.

Las luces rojas y azules parpadean en el espejo lateral mientras el agente se acerca. El haz de su linterna atraviesa la ventanilla del conductor, posándose primero en la cara de Nick. Calmado. Inexpresivo. Mirada muerta.

De verdad desearía que hubiera practicado su expresión de «soy un ciudadano totalmente normal que cumple la ley» en algún momento de su vida.

—Buenas noches —dice el policía, con esa voz que mezcla aburrimiento y sospecha que solo se obtiene de alguien que lleva años poniendo multas en el mismo tramo de carretera.

Nick baja la ventanilla hasta la mitad. El aire frío se clava en el coche como un cuchillo, trayendo el leve olor a humo de todo lo que acabamos de dejar atrás.

—Agente —dice Nick.

Solo eso. Nada de «señor», ni charla trivial sobre el tiempo. Su acento es más marcado cuando está cansado, las consonantes más ásperas, las vocales más cortas.

El haz de la linterna oscila entre nosotros, luego baja por el salpicadero, los asientos y la leve mancha de hollín en mi bata de enfermera.

Por favor, que no huela la gasolina. Por favor, que no huela la gasolina.

—Licencia y documentación —dice el policía.

Cómo no.

Siento que Nick se queda inmóvil a mi lado. No de forma visible, no de una manera que una persona normal notaría, solo un ligerísimo tensado de su mandíbula, el microsegundo de retraso antes de moverse.

No tenemos documentación. Y la licencia probablemente tampoco ayudaría.

—Tengo la cartera atrás —dice Nick, con voz suave como piedra pulida—. ¿Puedo cogerla?

El agente vacila. Su mano se desplaza lo justo hacia su funda como para que se me revuelva el estómago en un lento y nauseabundo vuelco.

Está a punto de decir algo —*sí, no, salga del coche, queda arrestado; señora, aléjese de esa montaña rubia y aterradora*— cuando su radio cobra vida en su hombro.

—Unidad doce, tenemos el incendio de una estructura en… —La operadora recita una dirección.

Mi corazón tropieza, porque conozco esa dirección. La tengo grabada en el cerebro, junto con el olor a ceniza mojada y el miedo.

El piso franco.

—Informan de múltiples explosiones —continúa la operadora—. Posible tubería de gas. Servicios de bomberos en camino.

El lenguaje corporal del policía cambia por completo a mitad de la frase; la irritación se transforma en una atención alerta. Se acerca la radio a la boca.

—Doce. Recibido —dice—. Estoy cerca. Voy para allá.

Vuelve a mirarnos, con los ojos entrecerrados, sopesando… algo.

Por favor, que solo sea una luz trasera fundida.

Por favor, deja que esta sea la única vez que el universo me conceda un deseo insignificante.

—Lleva una luz trasera fundida —dice finalmente, como si las palabras fueran decepcionantes incluso para él.

Casi sollozo de alivio.

—Arregladlo —añade, dando ya un paso atrás, con la atención claramente redirigida a la emergencia más grande y candente—. Buen viaje.

—Sí, agente —suelto yo, con voz aguda y extrañamente alegre—. Por supuesto, agente, nos encantan las luces que funcionan, somos muy fans—

Nick me da un toque en la rodilla, un gesto sutil de *cállate antes de que nos incrimines*.

El policía golpea el techo dos veces con la mano y vuelve trotando a su coche. Un segundo después, la patrulla nos adelanta a toda velocidad, con la sirena cobrando vida, alejándose en dirección a nuestra reciente experiencia cercana a la muerte.

Nick sube la ventanilla. Me hundo en el asiento y mis pulmones por fin recuerdan su función.

—Vale —susurro—. Vale, esto está… bien. Todo está bien. Estamos bien. Perfectamente bien.

Los nudillos de Nick están blancos sobre el volante.

—No estamos bien —dice, porque claro que lo dice—. Pero nos estamos moviendo.

El todoterreno se incorpora de nuevo a la carretera. Mi adrenalina, ese fiel duendecillo del caos, decide que este es el momento perfecto para abandonar el barco. El mundo se vuelve borroso por los bordes, como si alguien estuviera bajando las luces del escenario. De repente mi cuerpo pesa el triple, y cada músculo tiembla con las réplicas del impacto.

El humo se aferra a mi pelo, a mi ropa, a mi garganta. Bajo todo eso, las náuseas se agitan suaves pero insistentes en mi estómago. Embarazo más terror: un lote combinado encantador.

—No te duermas —dice Nick en voz baja, con los ojos en la carretera—. Te has dado un golpe en la cabeza.

—Estoy bien —balbuceo, perdiendo ya las consonantes—. Solo… voy a descansar los ojos un segundo.

—Eso es lo que dice la gente antes de desmayarse —refunfuña él.

—Soy… gente —señalo, o lo intento. Sale más bien como «Soy ‘ente».

Él exhala un suspiro, ese sonido particular de Nick, de cansancio del mundo, que significa que piensa que estoy siendo imprudente, mortal y molesta, generalmente en ese orden.

Intento seguir discutiendo. De verdad que sí. Pero el zumbido del motor, el ritmo del intermitente, la forma en que las luces de fuera de la ventana se alargan en líneas suaves, todo tira de mí. Mi cuerpo ha decidido que el tiempo de lucha o huida ha terminado.

Curvo la mano con más firmeza sobre mi vientre y pienso por un segundo: *Estamos bien. Seguimos aquí.*

Entonces la oscuridad me envuelve y me pierdo en ella.



Me despierto en silencio. No el tipo de silencio de hospital, ni de urgencias, ni del piso franco. Un silencio más pesado, acolchado y desconocido.

Me duele el cuello. Me sabe la boca a humo y algodón. Durante un momento de desorientación, no sé dónde estoy, solo que no me

muevo y que tengo algo suave bajo la mejilla.

Parpadeando, levanto la cabeza. Estoy en un sofá. Un sofá de verdad. Beige, anodino, del tipo que encuentras en apartamentos amueblados y anuncios de «viviendas de estilo neutro».

La habitación que me rodea está en penumbra, iluminada por una sola lámpara en la esquina. Las ventanas están cubiertas por persianas gruesas. El aire huele levemente a polvo y a cualquier producto de limpieza que usaran por última vez, con un rastro fantasma de humo que nos sigue a nosotros.

Mi ropa tiene manchas grises. Mis manos están sucias.

Piso franco, suministra mi cerebro perezosamente. *Uno nuevo.*

Cierto. Coche. Policía. Sirena. Sueño.

Nick.

Me incorporo, y un mareo me invade por un segundo antes de que el mundo se estabilice. Siento un pequeño vuelco en el vientre. Presiono una mano allí por instinto, murmurando:

—Hola, pequeño polizón. ¿Sigues conmigo?

Siento las piernas como si fueran de pan mojado, pero consigo ponerme de pie. Estoy en lo que parece un pequeño salón. Un televisor viejo, una mesa de centro, una estantería combada. Hay un pasillo corto a un lado y una cocina estrecha al otro. Sin toques personales. Sin fotos familiares. Simplemente… vacío.

El tipo de lugar en el que puedes desaparecer sin dejar rastro.

Oigo agua correr tras una puerta cerrada al final del pasillo. El baño, probablemente.

Sigo el sonido, y cada paso hace que el suelo cruja en una protesta cansada. La puerta del baño está entreabierta; el vapor escapa por la rendija. Llamo suavemente.

—¿Sí? —La voz de Nick llega a través de la madera, más ronca de lo habitual.

—Soy yo —digo—. Me he despertado. Solo quería asegurarme de que no había soñado la parte en la que no nos arrestaban.

El agua se corta. Hay una pausa, luego sonidos suaves de movimiento. Toalla, ropa; la eficiencia silenciosa de un hombre que ha hecho esto demasiadas veces en demasiados pisos francos.

La puerta se abre un momento después. Nick ocupa todo el marco, como siempre. Tiene el pelo húmedo, más oscuro por los bordes, goteando un poco sobre sus hombros desnudos. Está sin camiseta, lo cual es… mucho. El tatuaje negro y gris de su pecho me devuelve la mirada, con los ojos de tinta tan inquietantes como siempre. Hay un nuevo mosaico de manchas rojas tenues donde su piel estuvo demasiado cerca del fuego; nada con ampollas, pero sí irritado.

Lleva unos vaqueros limpios que no he visto nunca. Provisiones del piso franco, supongo. Parece recién salido de un anuncio de *Hombres Peligrosos Que Saben Cómo Arreglar Tu Luz Trasera*.

Mi cerebro, para nada oportuno, se vuelve a nublar un poco por los bordes. Esta vez por una razón distinta.

—Deberías seguir tumbada —dice, con los ojos recorriendo mi cara, mi postura, todo mi ser, como si estuviera realizando un diagnóstico de cuerpo completo.

—Estaba tumbada —replico—. He evolucionado. Es todo un proceso.

Su mirada baja hacia mi vientre, luego vuelve a subir. Hay un destello de algo en su expresión. Culpa, tal vez, o alivio. Desaparece rápido.

—Hay una ducha —dice con brusquedad, retrocediendo hacia la habitación y señalando por encima de su hombro—. Hay toallas limpias en el armario. Ropa en el armario del dormitorio. Te quedará grande. —Su boca hace una mueca, el fantasma de una casi sonrisa —. Mejor que oler a humo y a miedo.

—En realidad, el humo se lleva mucho esta temporada —digo, porque si no hago bromas, empezaré a pensar—. Todas las víctimas de incendio que se precien lo llevan.

Me lanza una mirada inexpresiva que no llega a ocultar cómo sus hombros caen una fracción, como si mi verborrea fuera la prueba de que sigo funcionando.

—Anda, ve —dice—. Estás dejando hollín por todas partes.

—Mandón —murmuro, pero mi cuerpo ya se mueve hacia el baño, atraído por la promesa de agua caliente y de no sentirme como una chimenea humana.

Bajo el chorro, apoyo la frente contra el azulejo y dejo que el agua golpee mi nuca. El hollín y la ceniza se van por el desagüe, volviendo el agua gris a mis pies. Fragmentos de las últimas horas pasan ante mis ojos. Fuego, gasolina, el calor presionando contra mi espalda mientras corríamos por esa trampilla, la linterna del policía en la cara de Nick, el sonido de mi propio corazón ahogando la sirena.

La cara de Lena, pálida y furiosa cuando descubrió lo que había aceptado.

La voz de Dimitri, llamando a mi bebé su hijo, como si yo fuera solo la caja que entregará su premio.

La mano cálida de Caroline sobre la mía en su oficina cuando me dijo: —Puedes decirme si necesitas ayuda—.

Caroline.

Un pequeño nudo se forma en mi pecho al pensar en ella, en la forma en que siempre parecía guardarme las espaldas. Mi mentora. Mi jefa. Mi especie de madre sustituta.

Lo aparto. No puedo procesar tantas cosas en una sola ducha.

Para cuando salgo, envuelta en una toalla con el pelo recogido, me siento marginalmente más humana y marginalmente menos como un trozo de carbón.

El dormitorio es pequeño e impersonal. Solo una cama, una cómoda, un armario con una fila de ropa de varios tamaños y una pila de pantalones de chándal cuidadosamente doblada. Elijo el par más pequeño y aun así termino enrollando la cintura tres veces para evitar que se me caigan de las caderas. El embarazo se ha centrado mucho en mis pechos hasta ahora, no tanto en mi cintura.

Cuando vuelvo al salón, Nick está junto a la ventana, separando ligeramente la persiana con dos dedos, lo justo para ver una rendija del mundo exterior. Ahora está vestido, con una camiseta oscura lisa que se ajusta a sus hombros, con calcetines pero sin zapatos. La viva imagen de la naturalidad, si ignoras que su cuerpo está en estado de alerta máxima permanente.

Suelta la persiana cuando me oye.

—¿Todo despejado? —pregunto, encogiendo las piernas debajo de mí mientras me hundo de nuevo en el sofá.

—Por ahora —dice él.

Las palabras se quedan ahí suspendidas. Pesadas. Cargadas de significado.

Ese «por ahora» está soportando mucho peso últimamente.

Me paso los dedos por el pelo húmedo y apoyo los codos en las rodillas.

—A ver. Nuevo piso franco. Nuevo sofá. Mismos intentos de asesinato. ¿Quieres decirme cómo siguen encontrándonos, o debería empezar a hacer gráficos de teorías de la conspiración en las paredes?

Él mueve la mandíbula. Respira hondo una vez, luego otra.

—Estoy pensando —dice lentamente— en lo que oí en la casa. Dimitri y su mujer. Ella no te quería allí. No te quería en ninguna parte cerca de él.

Recuerdo esa discusión. El siseo bajo y venenoso de la voz de Ekaterina a través del tabique. *—Me aseguraré de que no haya bebé—.*

—Ella tenía motivos para estar enfadada —continúa Nick—. Para algunas mujeres, el orgullo es más peligroso que una pistola. Si ella está filtrando información a la familia rival, usándote como un arma—

—Espera. —Me enderezo, con el corazón acelerándose—. ¿Crees que Ekaterina es la infiltrada? ¿La mujer de Dimitri?

—Creo que tenía un motivo —dice él—. Acceso. Sabía los preparativos, los horarios. Sabía cuándo estabas en la clínica. En el piso franco.

Mi cerebro intenta alinear eso con lo que sé. Con quién conozco.

Casi encaja.

Casi.

Hay un zumbido en la parte posterior de mi cabeza. Un recuerdo que intenta abrirse paso.

El recuerdo que he estado intentando ignorar.

—Ella no sabía dónde estaba el piso franco —digo despacio—. No este. Ni el anterior. Solo lo sabían unas pocas personas, ¿verdad?

—Correcto. —Su mirada se clava en mí—. ¿Por qué?

—Porque… —Me callo, y las piezas finalmente encajan con una claridad nauseabunda.

La explosión de la clínica.

El coche bomba.

La emboscada en el hospital.

El piso franco ardiendo como una cerilla caída en un bidón de gasolina.

La llamada de radio del policía sobre el incendio en la calle exacta en la que intentábamos desaparecer.

—Solo unas pocas personas sabían dónde estábamos —repito, más para mí que para él—. Tú. Dimitri. El jefe. —Trago saliva; de repente siento la garganta demasiado apretada—. Y Caroline.

Nick frunce el ceño.

—La administradora.

—Ella me llamó —digo, y las palabras salen ahora más rápido, atropellándose unas a otras en su prisa por salir—. Desde su casa. ¿Te acuerdas? La noche en el piso franco, antes de ir al médico. Usó el teléfono de su casa. Y después, cuando llegamos aquí… no, en el último sitio… le dije dónde estábamos. Le di la dirección del piso franco.

Mi propia voz empieza a sonar lejana en mis oídos, como si viniera de un túnel.

—Le dije que me llevabas al piso franco —digo—. Y que Dimitri y su mujer se quedaban en la casa principal. Ella estaba… ansiosa. Demasiado ansiosa. Preguntando quién estaba dónde, quién estaba conmigo. Y entonces… bum. Literalmente. El coche. La mansión. El piso franco.

Siento un vacío en el estómago. Mi mentora. Mi jefa. La mujer que me daba té, me obligaba a tomarme mis descansos y me decía que merecía cosas buenas.

Me imagino su cálida sonrisa mientras decía: *Sabes que puedes decirme si necesitas ayuda.* Se me revuelve el pecho. Quiero estar equivocada. Pero no creo que lo esté.

Decirlo en alto es como pasarme un bisturí por mi propio corazón.

—Caroline es la infiltrada.

70

NICK

Una cosa es sospechar que hay un topo. Otra muy distinta es ver cómo esa sospecha se confirma en los ojos de alguien.

Caroline.

A medida que Nora me lo cuenta *todo*, siento una náusea profunda en el estómago.

La llamada.

Las preguntas sobre el paradero de Dimitri.

Ese interés tan insistente en saber a qué piso franco la había llevado.

La presión para reunirse a solas.

Cada palabra que pronuncia Nora es un peso que me cae a plomo en las entrañas. Y cuanto más habla, más frío me quedo.

Para cuando termina, el mundo en mi interior se ha quedado quieto. En silencio. A oscuras.

Todo encaja. Demasiado bien. Alguien filtró nuestra ubicación. Alguien conoce los movimientos de Nora. Alguien está acechando, cada vez más cerca.

—Tiene sentido —digo al fin. Mi voz suena plana, rasgada por el humo, el miedo y la imagen de Nora en el suelo mientras las llamas avanzaban hacia ella—. Podemos usar esto. Podemos hacer que el topo dé la cara.

Ella asiente, insegura pero confiada. Siempre confía, y eso me atraviesa como un cuchillo cada vez.

—Bien —susurra—. Entonces, llama a Dimitri. Cuéntale.

Obligo a mis manos a mantenerse firmes mientras saco el teléfono. Es el procedimiento. El protocolo. El orden. Encuentras una filtración, informas a la cúpula.

Pero, joder, cómo lo odio.

Las palabras de Nora aún flotan entre nosotros cuando marco el número de Dimitri.

Espero impaciencia. Quizá enfado. Quizá órdenes que odiaré.

Lo que *no* espero es el silencio.

Y después... una voz que me hiela la sangre en las venas.

No es Dimitri. No es Ekaterina.

Es Leonid.

—Volkov. —Su voz suena a gravilla, humo y viejas guerras—. Dígame exactamente dónde está.

Todo mi cuerpo se tensa. Esa voz no llama a los soldados rasos. Esa voz no responde a los teléfonos de los herederos. Esa voz no habla a menos que haya ocurrido algo catastrófico.

—Pakhan —digo con cautela—. Necesito a Dimitri. Tenemos..., tenemos una filtración. Alguien está interfiriendo en el caso de Nora. Alguien que...

—Está muerto.

No lo dice gritando. Pero las palabras caen como una maldita ejecución. Mi visión se estrecha. Mis pulmones olvidan cómo funcionar.

Nora se pone rígida a mi espalda; por lo visto, alcanza a oír a Leonid.

Fuerzo mi voz para que suene estable. —Repita eso.

—Dimitri Leonovich Morozov ha muerto —dice—. Su esposa, también. Hace una hora.

Aprieto el teléfono con tanta fuerza que cruje. —¿Cómo?

Hay un instante de silencio. Luego, una frase tan brutal que suena como un disparo.

—Su cuerpo estaba en pedazos.

Nora ahoga un grito detrás de mí y se lleva la mano a la boca.

En pedazos. No herido. No lesionado. Desaparecido.

Se me tensa la mandíbula. —Pakhan..., ¿qué ha pasado?

Él inhala un aire lento y frío. —Una bomba en su coche.

Se me revuelve el estómago. Mi coche. Mi vehículo personal. El coche que utilizo para proteger a Nora.

—La familia Solokov pensó que usted y la gestante volverían a la mansión —continúa—. Pusieron trampas en el bloque del motor. Suficientes explosivos para vaporizar una casa entera.

A Nora le flaquean las piernas. Se agarra al respaldo de una silla.

—Pero Dimitri —dice Leonid, y su voz se ensombrece con algo antiguo y colérico— decidió salir a dar un paseo. Se llevó a su mujer. Utilizó su coche para «despistar» a cualquiera que los siguiera. Y cuando accionó el contacto...

Emite un sonido bajo y horrible. No es un suspiro. No es un gruñido. Es más bien el fantasma de una explosión.

—Hemos encontrado su reloj en un árbol.

Los ojos de Nora se inundan de horror.

Yo no me muevo. No puedo. Un coche bomba es un mensaje. Una declaración. Una puta línea que se ha cruzado.

Y entonces el Pakhan añade algo aún peor.

—Con el heredero muerto —gruñe—, la única sangre Morozov viva es el niño que lleva la gestante.

Nora da un respingo como si le hubieran disparado. Comprende al instante lo que esto significa. Lo que lleva ahora dentro. Lo que el mundo hará para conseguirlo. Para conservarlo. Para controlarlo. Para convertirlo en un arma.

Leonid prosigue: —Ese bebé es ahora el futuro de esta Bratva. La familia Solokov lo sabe. Volverán a por él. Reducirán la ciudad a cenizas con tal de llegar hasta ella.

Nora se presiona el vientre con una mano, temblando violentamente.

—No quieren al niño vivo —dice él, y su voz cae como una sentencia de muerte—. Lo quieren muerto. Quieren exterminar el linaje Morozov.

Ella emite un pequeño sonido ahogado. Parte miedo, parte dolor, parte algo primario.

Me quedo mirando la pared. Cada músculo de mi cuerpo se tensa, listo para matar a alguien. Todo ha cambiado. Cada regla. Cada estructura de poder. Cada puta prioridad.

—La guerra es oficial —dice Leonid—. Hasta que yo diga lo contrario, Volkov, ni se mueva. Ni respire. No pierda de vista a esa chica ni a ese niño ni un segundo. ¿He sido claro?

—Sí.

—Bien. Espere nuevas órdenes.

La línea se corta. El silencio se desploma en la habitación como una estrella moribunda.

Entonces Nora susurra con la voz rota: —Nick... ¿el bebé es *el* heredero ahora?

No *un* heredero. No un niño cualquiera.

El heredero Morozov.

El único heredero.

El último de su estirpe.

Me giro hacia ella. Está pálida. Le tiemblan los labios. La mano le tiembla donde se curva de forma protectora sobre su vientre. Y por primera vez desde el incendio, veo terror real en sus ojos. No por ella. Sino por la vida que lleva dentro.

Mi voz suena ronca. —Sí.

Ella se tambalea. —Nick, ¿qué les hacen a las madres de los herederos?

La respuesta es una que ya conoce. Cualquier cosa. Todo. Lo que sea necesario para mantener al niño con vida. O lo que sea que dé poder a los hombres que lo quieren muerto.

A Nora se le quiebra la respiración. —Dios mío —susurra—. Dios mío, Nick, ¿qué va a pasar ahora?

No miento. No suavizo la situación. No la consuelo. Me acerco, lo suficiente para que sienta mi calor, y digo la única verdad que existe.

—Ahora, Nora, todo el mundo intentará matarnos.

71

NORA

Dimitri y Ekaterina Morozov han muerto. Muertos en el coche de Nick. Una bomba destinada a nosotros. A mí.

Se me retuerce el estómago con tanta fuerza que tengo que sentarme, dejándome caer en el borde de la cama como si el suelo se hubiera inclinado bajo mis pies.

No me caían bien. No confiaba en ellos. Eran crueles y descuidados, y trataban a las personas como muebles reemplazables. Pero no debían haber muerto. No así. No porque alguien quisiera matarme tanto como para llevarse por delante a quienquiera que estuviera sentado en el radio de la explosión.

La culpa me golpea como una ola. Repentina. Fría.

—Deberíamos haber sido nosotros —susurro antes de poder contenerme—. Nick, sé que eran horribles, pero han muerto porque alguien venía a por mí. Por mi culpa.

Nick permanece frente a mí, inmóvil como una estatua tallada, pero sus ojos —esos ojos gélidos e implacables— se suavizan lo justo para permitirme respirar de nuevo.

—Han muerto —dice en voz baja— porque se buscaron enemigos que no podían controlar.

—Eso no hace que sea mejor.

Exhala una vez por la nariz. —No. Hace que sea verdad.

Me presiono el vientre con una mano. Mi cuerpo, este cuerpo, sigue siendo el campo de batalla para las ambiciones de los demás. Dimitri queriendo un hijo. La familia rival queriendo una baza. Caroline queriendo... algo que todavía no logro comprender.

—¿Y si vuelven a por nosotros? —pregunto—. ¿Y si van a por Lena? ¿Y si...?

Nick se mueve como un rayo, acuclillándose frente a mí para que estemos a la misma altura. Me toma la cara entre ambas manos.

—Tu hermana está a salvo —dice—. Tú estás a salvo. El niño está a salvo. Yo haré que siga siendo así.

—¿Pero cómo puedes saberlo? —Se me quiebra la voz—. Dios, estoy tan harta de quebrarme.

Tensa la mandíbula. —Porque todavía no te he perdido.

Las palabras sueltan algo en mi interior. Miedo, ira, alivio, todo arremolinándose hasta que no puedo distinguir lo uno de lo otro.

Le miro. Le miro de verdad. El humo aún se aferra a su pelo. Hay un corte en su mandíbula tras la pelea, fino pero con aspecto irritado. Su camisa está cedida en el hombro, por donde alguien le agarró. No ha dormido en... ¿días? ¿Semanas? Y, sin embargo, está aquí, anclado frente a mí como la única cosa firme en un mundo que sigue torciéndose.

—Nick. —Se me vuelve a cerrar la garganta—. No puedo perder a Lena. Ni al bebé. Ni...

Me besa. No es algo suave. No es una pregunta. Es una colisión; su boca está caliente contra la mía, una mano se desliza entre mi pelo y la otra me agarra la cadera con una desesperación que no tiene nada que ver con la lujuria y sí con la supervivencia.

Jadeo contra él, agarrando puñados de su camisa, atrayéndolo hacia mí porque de repente le necesito, a este hombre que me aterroriza y me protege y me enfurece y me da estabilidad, todo a la vez.

Me levanta como si no pesara nada y me tumba en el colchón, sosteniéndose sobre mí, respirando con dificultad. Sus dedos rozan el dobladillo de mi camiseta, subiéndola, exponiendo mi piel pulgada a pulgada con un temblor.

Y es entonces cuando algo en mi interior se detiene en seco.

—Espera. —Le pongo una mano en el pecho, no para apartarlo, solo para frenar el impulso que nos arrastra a ambos como una marea.

Se queda helado al instante, con los músculos tensándose bajo mi palma y conteniendo el aliento como si esperase que le pida que se marche de nuevo.

Trago saliva. —Nick... tienes que decírmelo, ¿vas a arrepentirte de esto? —susurro—. ¿Como antes? ¿Vas a despertarte y decidir que fue un error, que estoy fuera de tus límites o que soy demasiado peligrosa?

Sus ojos se abren de golpe, azules y ardientes. Parece destrozado por la pregunta. Destrozado por mí.

—Nora —masculla—, no me arrepiento de nada que tenga que ver contigo.

Mi corazón da un vuelco. Se inclina hacia abajo, con su frente apoyada contra la mía, y su aliento rozando mis labios.

—Ni del beso —murmura—. Ni de la ducha. Ni de lo de anoche. Ni de esto. Nunca.

Algo cálido y doloroso se rompe en mi pecho. —Pero dijiste...

—Me equivoqué. —Las palabras son apenas audibles, arrancadas de él como una confesión—. Ya no voy a negar lo que siento por ti.

Antes de que pueda responder, antes de que pueda siquiera respirar, su boca vuelve a estar sobre la mía, feroz y hambrienta y reverente.

Y el resto del mundo se consume en llamas.

72

NICK

La beso como si me estuviera muriendo de hambre y ella fuera lo único que me mantiene con vida.

Me responde como si llevara toda su puta vida esperando a que alguien le quitara la carga de la lucha de las manos durante cinco minutos. Sus dedos se hunden en mis hombros con la fuerza suficiente para dejar moratones. Abre la boca bajo la mía, necesitada, temeraria, perfecta.

Entonces le subo la camiseta y se la quito, y cuando aparece ese sujetador de algodón negro —sencillo, suave, no pensado para seducir a nadie—, siento que algo en la base de mi columna se quiebra.

Me encanta que no se haya vestido para mí. Me encanta que me esté dando algo que nadie más puede ver.

Me besa como si estuviera huyendo de algo —o corriendo hacia algo, no sabría decirlo— y la agarro por la nuca, enroscando su pelo. Suelta un gemido. Desde la garganta, desde el vientre, desde esa parte de ella que ha dejado de fingir que no desea esto.

—Joder, Nick —jadea contra mis labios como si fuera una confesión.

La subo a la mesa. Sin delicadeza. Sin cuidado. La alzo por las caderas como si tuviera permiso para desmontarla pieza a pieza. Su

respiración se entrecorta. Se ríe —a medias salvaje, a medias sorprendida— y el sonido arrastra el calor directamente hacia mi polla.

—No quiero esperar —susurra.

—Bien —gruño mientras paso los dientes por su mandíbula—. No iba a dejar que lo hicieras.

Su cabeza se echa hacia atrás al instante. La garganta expuesta. Ofreciéndose.

Cristo.

Su trenza se deshace bajo mis manos. El pelo desparramándose por todas partes, electricidad estática y seda. Quiero enredarlo en mi puño, en mi muñeca, alrededor de su garganta. La quiero doblada en cada forma que un cuerpo pueda adoptar.

Bajo las copas de su sujetador y sus pezones se endurecen al instante; la piel se le pone de gallina antes incluso de que llegue a rozarla con la boca.

Cuando la muerdo, solo un poco, da un respingo, arqueándose sobre la mesa con tanta fuerza que las patas chirrían. ¿Todos esos ruiditos suaves y bonitos de enfermera que intenta tragarse? Los quiero todos. Quiero arrancárselos hasta que no sea capaz de recordar su propio nombre.

Una mano se aferra a mi pelo, sujetándome justo donde ella quiere, pero la otra me araña la espalda, atrayéndome más cerca. Y más cerca. Como si no pudiera soportar ni un milímetro de aire entre nosotros.

Bajo los besos por su pecho y tiro del botón de sus vaqueros. Se queda enganchado una vez y ella suelta una risita, un sonido nervioso, sin aliento, precioso. Gruño porque quiero que se esté riendo también cuando la eche a perder.

Entonces los vaqueros salen. Rápido. Con brusquedad. Como ella quiere. Rodea mi cintura con los muslos y se engancha, arrastrándome contra su calor húmedo. Está temblando, ya hipersensible, ya desesperada. Le abro más las rodillas y subo mi boca por la parte interna del muslo.

Sufre una sacudida violenta. Me encanta.

Sabe a sudor y a algo más dulce, algo hecho para mí, y cuando le deslizo dos dedos dentro despacio, se rompe. Abre los labios. Sus ojos se ponen en blanco. Se abre por completo ahí mismo, solo con mi mano, solo por la presión, la voz y la necesidad.

Está empapada, apretando mis dedos como si intentara que entraran más profundo, intentando atraerme más adentro. Curvo el pulgar sobre su clítoris.

—N..., Nick —tartamudea, con la voz disolviéndose en un sonido de desamparo que me atraviesa por completo.

—Mírame —le digo.

Lo intenta. No lo consigue. Sus pestañas aletean y se deshace alrededor de mis dedos, de forma ruda, caótica y perfecta.

La sostengo mientras sucede. Le hablo mientras sucede. La destrozo mientras sucede. Y cuando sus ojos finalmente encuentran los míos, deshechos, anhelantes, confiados, casi pierdo el control.

Tira de mí con fuerza, besándome como si necesitara saborear lo que le he hecho. Sus manos vuelan hacia mi cinturón —sin finura, sin paciencia— y se me corta la respiración cuando sus dedos se cierran alrededor de mí. Apoyo una mano en la mesa, junto a su cabeza, para no desplomarme.

—Cuidado —digo con voz ronca—. Estoy cerca.

Ella sonríe con picardía, un gesto perverso y brillante.

—Bien.

Nada de juegos esta noche. Nada de alargarlo. Engancho mis manos bajo sus muslos, la arrastro hasta el borde, me alineo y empujo hacia dentro.

Cristo. Se me escapa el aire de golpe. Está estrecha, caliente, aferrándose a mí como si no quisiera soltarme. Sus muslos me aprietan la cintura, empujándome más adentro, y sus uñas me arañan la espalda dejando marcas que se verán mañana.

La follo más duro. Ella me devuelve la embestida con la misma fuerza. Es frenético. Sucio. Terriblemente ruidoso. La mesa golpea contra la pared con cada envite, su voz se quiebra al pronunciar mi nombre, mi propio aliento se rompe contra su piel.

Me muerde la mandíbula. Me muerde el cuello. Me muerde el hombro.

Yo también la muerdo.

Su clímax llega como un relámpago. Todo su cuerpo se arquea, sus muslos me estrujan y grita contra mi hombro. Ese sonido rompe algo en mi interior y la sigo con fuerza, enterrándome profundamente mientras mi visión se vuelve blanca.

No le doy tiempo ni a respirar. En el segundo en que sus rodillas tocan el parqué, algo en mí se libera. Algo oscuro, hambriento y con meses de retraso. Deslizo el pulgar por su labio inferior, sintiendo el temblor allí. Me mira a través de las pestañas, con las pupilas dilatadas, el pecho subiendo y bajando rápido.

—Abre —murmuro.

Obedece al instante. Dios, me mata.

Enredo los dedos en su pelo —sin suavidad, sin disculpas— y la guío exactamente a donde quiero. Sus manos se deslizan por mis muslos, sosteniéndose, dándome estabilidad. Parece entregada. Deshecha. Mía. Su aliento tiembla contra mi piel.

—Mírame —gruño.

Sus ojos suben de golpe. Tan obediente que duele.

—Buena chica.

Su garganta se mueve. El calor se enrosca en la base de mi columna, brutal y repentino.

Muevo las caderas, despacio al principio, probándola, observando cómo sus labios se abren más alrededor de mí. Viendo cómo se ajusta, cómo acepta, cómo ofrece más. Puedo sentir los sonidos suaves que emite vibrando a través de mí, sacudiendo hasta el último retazo del control que pretendo tener.

Aprieto el agarre en su pelo, guiándola más adentro, viendo cómo lo acepta. Viendo cómo lo desea. Sus dedos arañan ligeramente mis caderas, no como protesta, sino abrumada, intentando estabilizarse mientras uso su boca de la forma en que he querido hacerlo durante demasiado tiempo.

—Nora —mi voz se fractura—. Joder... eres perfecta.

Gime ante el elogio y algo primario ruge en mi interior. Pierdo el último hilo de contención. Mis movimientos se vuelven más bruscos, más necesitados, mi respiración se vuelve errática. Ella se aferra a

mis piernas, dejando que yo marque el ritmo, dejando que tome lo que necesite.

Siento el momento en que empiezo a perder el sentido. Mi columna se tensa, mi visión arde, mi cuerpo se bloquea como un arma cargada.

Tiro de ella hacia atrás lo justo para ver su boca, su hambre aturdida, el hilo de deseo que nos conecta. Está destrozada. Hermosa. Arrodillada ante mí como si hubiera nacido para esto.

Sus labios están brillantes, hinchados, abiertos.

Esperando.

Mía.

—No te muevas —consigo decir entre dientes—. Quédate ahí.

Lo hace. Temblando. Expectante. Orgullosa de a lo que me ha reducido.

Hundo mi mano en su pelo de nuevo, tirando lo justo para inclinar su cara hacia arriba, hacia mí. Mi respiración sale a sacudidas mientras la tensión estalla y el placer me desgarra con tanta fuerza que mis rodillas casi ceden.

Me rompo, violenta e impotentemente, deshaciéndome justo encima de ella. Manchando su piel, su boca, su garganta. Marcándola. Reclamándola de una forma que nadie podría confundir.

Cierra los ojos al sentir el primer rastro caliente en la mejilla y abre los labios emitiendo un sonido suave que se me va directo al torrente sanguíneo. Su lengua asoma para atrapar lo que puede, lenta y necesitada, y juro por Dios que casi me desplomo.

Cuando el último temblor me recorre, la suelto del pelo y, en su lugar, acuno su nuca, acariciando con el pulgar detrás de su oreja en un insólito momento de ternura. Me mira. Deshecha, radiante, orgullosa de sí misma, con mi necesidad secándose tibia sobre su piel.

—Nick —susurra, sin aliento.

Y me dan ganas de levantarla y volver a echarla a perder.

73

NORA

Emerjo del sueño de forma lenta y dulce, como si flotara hacia la superficie a través de agua tibia. Durante unos segundos de absoluta felicidad, no hay nada más que calor en mis músculos y ese leve y agradable rastro de dolor entre mis muslos. Mi cuerpo recuerda la noche anterior antes que mi cerebro. Las manos de Nick, su boca, el roce áspero de su barba de varios días cuando me besó como si estuviera hambriento.

Sonrío contra la almohada. Huele a él. A humo y jabón y a algo puramente Nick que se ha impregnado en el barato detergente del motel. Mi mano se extiende de forma automática, buscando músculo sólido y dormido…

Sábanas frías.

No está ahí.

Una punzada de inquietud reemplaza el calor de mi pecho. Me doy la vuelta y me quedo boca arriba, con la manta bien subida, escuchando.

Entonces lo oigo. Una voz. Baja. Ronca. Reducida a pura gravilla.

Nick. Está al teléfono.

Abro los ojos de golpe. Está de pie cerca de la cocina americana, de espaldas a mí, con el pantalón de chándal caído sobre las caderas y los hombros tan tensos que parecen a punto de quebrarse.

Mantiene la cabeza ladeada hacia la puerta incluso mientras habla, como si intentara interponer su cuerpo entre el mundo y yo. Toda su postura transpira peligro.

Su voz es apenas un susurro rasposo. —… No se lo he dicho a Nora. Se alteraría demasiado.

Se me cae el alma a los pies tan rápido que casi me mareo.

Vaya.

Vaya, eso es… eso es estupendo. Es exactamente la clase de frase con la que quieres despertarte cuando estás embarazada de un bebé de la mafia y te escondes de un montón de gente que te quiere muerta.

El estómago se me queda gélido. El calor de anoche se evapora de forma tan violenta que parece un golpe físico, como una puerta cerrándose de un portazo dentro de mi pecho.

Ahí está de nuevo. Un secreto. Una elección. Alguien decidiendo lo que puedo o no puedo soportar.

Porque no es que eso haya salido horriblemente mal en mi vida anteriormente.

Trago saliva con dificultad, intentando controlar el repentino temblor de mis manos, y busco a ciegas el teléfono de prepago en la mesita de noche. El que solo se ilumina con el nombre de Lena. Mis dedos se mueven como si pertenecieran a otra persona, volando sobre la pantalla agrietada mientras mis oídos permanecen atentos a cada palabra que sale de la boca de Nick.

Caroline sabe el nombre del ensayo clínico. Conoce el hospital. Tiene colegas en todas partes. Podría descolgar el teléfono y preguntar por una tal «Lena Cole» con esa voz alegre y servicial, y tendría la ubicación en menos de diez minutos. Una paciente de leucemia de veintiún años. Guapa. Ojos grandes. Sonrisa fácil.

Caroline es una cazadora. Y yo la he guiado directa al rastro.

El pecho se me oprime tanto que me duele.

***Nora**: Oye. Necesito que me contestes rápido. ¿Estás bien? Quédate exactamente donde estés. No dejes entrar a nadie. No hables con NADIE del personal de la clínica. Hablo en serio.*

Pulso enviar con el pulgar y me quedo mirando la pantalla como si pudiera obligar a Lena a responder más rápido con la mirada.

Un segundo. Dos. Tres.

***Lena**: ¿Qué? Nora, ¿qué pasa?*

El alivio se mezcla con el pánico. Al menos contesta. Al menos está despierta. Viva.

Por ahora.

Me escuecen los ojos mientras escribo de nuevo, demasiado rápido, con los pulgares tropezando.

***Nora**: Te lo explicaré todo pronto. Tú no te muevas. No te fíes de nadie que no sea de seguridad. Prométemelo.*

Me tiemblan las manos cuando dejo el teléfono. Deja un pequeño y oscuro círculo de sudor sobre la barata mesita de noche.

El tono de voz de Nick baja aún más. Apenas distingo las palabras, pero capto lo suficiente.

—… todavía no. Entrará en pánico. Ya sabe cómo es ella…

Se detiene. Se me eriza el vello de la nuca. Muy despacio, como si ya supiera exactamente lo que va a ver, Nick se gira. Nuestras miradas se cruzan a través de la habitación.

Y la expresión de su rostro —congelada, resignada, algo parecido al pavor tallado en piedra— me lo dice todo.

¿Sea lo que sea lo que me ha estado ocultando? No es algo pequeño. Y no es algo bueno.

Retiro la manta y me pongo en pie, envolviéndome en la sábana como si fuera una armadura. El corazón me late con tanta fuerza que lo siento en la garganta, pero mi voz suena firme. Serena. Letal.

—Muy bien —digo—. ¿Qué es lo que no me has contado?

Me mira como un hombre atrapado en su propia trampa, todavía con el teléfono en la mano, con el pasado y el presente cercándolo a la vez. Mira la pantalla. Luego, lentamente, finaliza la llamada y posa el teléfono sobre la encimera con una precisión cuidadosa y deliberada.

Como si estuviera depositando un arma entre nosotros.

74

NICK

Es esto. La conversación que he estado esquivando como si fuera una mina terrestre. La que he intentado enterrar bajo el trabajo, bajo el sexo, bajo la sangre y las cenizas y la sutil ilusión de que, si lograba mantenerla respirando, si lograba que su corazón siguiera latiendo, podría dejar atrás la verdad.

No puedo.

Nora está de pie junto a la cama, envuelta en la sábana como una diosa furiosa, con el pelo alborotado y los ojos muy abiertos, agudos y tan condenadamente heridos que hacen que me duelan las costillas.

Anoche me miraba como si yo fuera... algo bueno. Algo seguro.

Ahora me mira como si se estuviera preparando para un impacto.

—¿Qué es lo que no me has contado? —vuelve a preguntar, y esta vez no hay suavidad en su tono. Solo acero sobre algo crudo y tembloroso.

Intento ganar tiempo. Por hábito. Por instinto.

—Nora, lo de esta mañana...

—Nick.

Mi nombre en su boca nunca me ha cortado así. Atraviesa limpiamente cada excusa a la que me he estado aferrando.

Hay una fracción de segundo en la que estoy a punto de mentir. Siento cómo la mentira va tomando forma, ligera y fácil —*no es nada, solo asuntos de la Bratva, no tienes por qué preocuparte*—, pero en cuanto me roza la lengua, algo en mi interior se rebela.

Se merece la verdad.

Aunque lo arrase todo entre nosotros.

Tomo una bocanada de aire que siento como si me raspara los pulmones. —Hay algo —digo finalmente.

Levanta la barbilla, solo un poco. Ya lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Siempre se le ha dado mejor leer a la gente de lo que a los demás se nos da escondernos.

Desvío la mirada, porque mirarla a los ojos mientras digo esto me resulta casi imposible. La pared vacía del motel es más fácil. La pintura desconchada. La pequeña grieta en el yeso.

—El asesinato autorizado de tu padre —digo—. Konstantin Korolov.

Lo oigo. Ese minúsculo y quebrado amago de asfixia en su respiración. Pero ella no habla, así que sigo adelante, porque no hay una forma indolora de hacer esto. Ninguna versión en la que la hoja no corte.

—Fue mi padre quien lo llevó a cabo.

El silencio que sigue golpea con más fuerza que cualquier puñetazo que haya recibido jamás.

Me obligo a mirarla. No está llorando. Todavía no. Está simplemente... inmóvil. Cada rasgo de su rostro se ha congelado. Aprieta la sábana contra su pecho con los nudillos blancos, como si necesitara algo a lo que aferrarse para no caer.

Se ha quedado pálida. Sus ojos parecen demasiado grandes. Como si le hubiera dado un mazazo al suelo que pisa y aún no hubiera decidido si va a caer o a luchar.

Suelto las palabras, en voz baja y ronca. —Lo sabía antes de lo de la clínica. Antes de entrar aquel día. Antes de pronunciar tu nombre. Sabía lo que él había hecho.

Su voz, cuando por fin suena, es tan tenue que casi no la oigo.

—Lo sabías —susurra—. Todo este tiempo. Y no me lo dijiste.

Hay un universo entero en la forma en que pronuncia ese *tú*.

Asiento una vez. Siento como si estuviera confesando algo mucho peor.

Se ríe. Es un sonido agudo, espantoso, que nada tiene que ver con su habitual sentido del humor negro y cálido. No hay ligereza en él. Solo incredulidad y algo hiriente.

—¿Pensaste que no podría soportarlo? —dice con palabras que tiemblan de rabia—. ¿Después de todo lo demás? Las bombas, los tiroteos, el incendio... ¿esto es lo que pensabas que me destrozaría?

—Nora...

—Ni se te ocurra.

La palabra aterriza como una bofetada.

Ahora sus ojos brillan; la rabia, el dolor y la traición se entrelazan en algo casi incandescente.

—No te atrevas a intentar restarle importancia —continúa, alzando la voz—. No te quedes ahí plantado actuando como si esto fuera solo un detalle desafortunado. —Suelta una risita amarga y desecha. —Ah, por cierto, Nora, ¿la razón por la que tienes esa cicatriz, la razón por la que tu padre murió abrazándote en el porche? Fue mi familia. Fue mi padre. Pero no quería disgustarte.

—Nora, yo...

—No estoy enfadada por lo que hizo tu padre —me corta bruscamente, y yo me inmuto, porque yo sí estoy enfadado por ello; siempre lo he estado—. Quiero decir, lo estoy —obviamente, no soy una santa—, pero eso... eso no es lo que me está doliendo ahora mismo.

Toma aire de forma temblorosa. Se lleva la mano libre al vientre, aplanando la palma allí de forma protectora.

—Estoy furiosa —susurra— porque me lo ocultaras. Porque decidieras que yo no tenía derecho a saberlo. Porque miraras mi vida, mi familia, este bebé, y decidieras que tú eras el que podía elegir lo que yo era capaz de soportar.

Las palabras caen como disparos. Cada una da en el blanco. Respiro a pesar del dolor en el pecho, porque no es nada comparado con lo que acabo de hacerle al suyo.

—No te lo dije —digo con voz ronca— porque no quería que me miraras de la forma en que me estás mirando ahora.

Se estremece como si la hubiera golpeado de nuevo. Por un segundo, se le descompone el rostro. Luego vuelve a recomponerse por pura y testaruda voluntad. Tiene los ojos vidriosos, pero la furia no se ha ido a ninguna parte.

—Ese no es el quid de la cuestión, Nick —responde ella—. No se trata de que tengas miedo de mis sentimientos. No se trata de tu culpa. No conviertas esto en un asunto trágico sobre ti.

Abro la boca. La cierro. Porque tiene razón. Y cada instinto de protegerla, de cargar con todo sobre mis hombros, es el mismo instinto que me llevó a ocultarte esto.

—Si me ocultas algo así —dice con la voz ya temblorosa—, ¿cómo voy a poder confiar en que me mantendrás a salvo? ¿En que mantendrás a salvo a mi hermana? —Presiona su mano con más fuerza contra su vientre—. ¿En que mantendrás a salvo a mi bebé?

Mi bebé.

Me golpea con más fuerza que la acusación. Más fuerte que la rabia. Ya no habla de supuestos. No es el hijo del heredero. No es un contrato abstracto. Es su bebé. El que he jurado proteger de todas las formas posibles.

Y en esto, cuando de verdad importaba, he fallado.

—No te merezco —digo en voz baja.

No es una excusa. No es una defensa. Es simplemente la verdad. La que se me quedó grabada desde la noche en que me sacó del borde de la muerte y me desperté cubierto de la sangre de otro.

Retrocede como si le hubiera pegado un bofetón. —¡Ese no es el problema, Nick! —estalla—. Me da igual si crees que me mereces o no. Esto no va de tu complejo de mártir ni de lo culpable que te sientas. Estoy enfadada porque no confiaste en mí. Porque decidiste por mí.

Se le quiebra la voz en la última palabra. Traga saliva con dificultad, con los ojos brillantes y la barbilla temblorosa.

—Y si no puedo confiar en ti... —Sacude la cabeza, como si decir las palabras le doliera—. Si no puedo confiar en ti, no puedo quedarme aquí.

Todo en mi interior se queda muy, muy quieto. El mundo se reduce al espacio que hay entre nosotros, a la fina sábana que la

envuelve y a la distancia que yo mismo he puesto, y a la puerta que tiene detrás, que de repente parece el fin del mundo.

El instinto ruge, ardiente y feroz: *No dejes que se vaya. No dejes que cruce esa puerta. Echa la llave. Bloquea la salida. Cae de rodillas y suplica si hace falta.*

Lo acallo.

Porque tiene razón.

Porque yo he causado esto.

Porque, a pesar de toda la sangre que mancha mis manos, puede que esto sea lo peor que le he hecho nunca a alguien que no se lo merecía.

No me acerco a ella. No intento tocarla. Mis manos se cierran inútilmente a los lados porque no sé si ya tengo derecho a tocarla.

Respira con dificultad, mirándome como si estuviera al borde de un precipicio, con el suelo desmoronándose bajo sus talones, intentando decidir si saltar o echar a correr.

Y por primera vez desde que me miró en aquella sala de urgencias hace tres años —con la mirada firme, la voz calmada, las manos seguras, rescatándome de la oscuridad cuando yo ya me había rendido—, no sé si podré evitar la caída.

75

NORA

Esto es una estupidez. Sé que es una estupidez. Un rinconcito de mi cerebro, muy respetuoso con la ley, agita frenéticamente una carpeta mientras grita que salir corriendo descalza a un patio controlado por la Bratva es básicamente postularse para un Premio Darwin.

Pero el resto de mí —la mayoría más grande, ruidosa y caótica— es un huracán en toda regla.

Miedo. Traición. Desamor. Hormonas del embarazo. La voz de Nick todavía resonando en mis oídos.

—Sabía lo que él había hecho.

Siento el corazón como si me lo hubieran abierto en canal. Así que corro.

La puerta de la casa franca se cierra de golpe tras de mí; el aire frío de la mañana se clava en mis pulmones. El hormigón me muerde los pies. Se me nubla la vista por unas lágrimas que me niego a dejar caer.

Solo necesito aire. Espacio. Un segundo en el que Nick Volkov no sea lo único que mantiene mi mundo en pie mientras, al mismo tiempo, derriba a patadas cada viga de apoyo.

La puerta de seguridad delantera se alza ante mí. Barrotes de acero, cerraduras electrónicas, reforzada con suficiente vigilancia de

la Bratva como para detectar el parpadeo de una mosca.

No me importa. Solo necesito salir.

Una sombra se mueve a mi derecha. Una sombra grande.

—¿Vas a alguna parte? —pregunta una voz profunda.

Me quedo petrificada. Un soldado de la Bratva da un paso al frente. Grande. Corpulento. Familiar. Lo he visto en la casa principal. Siempre vigilando, siempre en silencio. Uno de los hombres leales al Pakhan.

No sonríe. No amenaza. Se limita a quedarse ahí plantado, como si a un muro de granito le hubieran salido piernas.

—Tengo que irme —digo, intentando esquivarlo por un lado.

Él me imita al instante, bloqueando cada paso con precisión mecánica. —Nadie sale —responde. No es brusco. Solo absoluto.

Se me dispara el pulso. —He terminado. No me importan sus órdenes...

Su mano se cierra alrededor de mi brazo. Dedos de hierro. Cero vacilación.

—Pare —jadeo—. ¡Suélteme!

—No puedo —su tono es desesperantemente plano—. El Pakhan ha dicho que nada de movimientos. Especialmente usted.

El Pakhan. El jefe de la Bratva. El hombre cuya palabra es ley. El que ordenó al heredero que me atara a él. El que decide quién vive, quién muere y quién acaba enterrado en una tumba sin nombre ni ceremonia.

Un terror gélido me recorre la espalda. No es Nick quien me detiene. No es un malentendido.

Es la Bratva asegurando su activo.

No soy Nora. Soy un útero. Una moneda de cambio. Una posesión.

Empieza a arrastrarme hacia un coche negro que espera al ralentí junto a la acera. Se me cae el alma a los pies.

—¡Pare..., pare! —forcejeo con la fuerza suficiente como para resbalar y casi caerme—. ¡No voy a ir con usted!

—Lo hará —dice sin más.

Me retuerzo. Él aprieta el agarre. El dolor me sube por el brazo.

—Está embarazada —añade con un encogimiento de hombros distraído—. No se esfuerce tanto.

Se me hiela la sangre. Lo sabe. Sabe exactamente lo que llevo dentro y aun así me maneja como a un paquete.

Un pensamiento horrible detona en mi cabeza. *No es leal. Me está llevando para ellos.*

Para la familia rival. Los Solokov.

Para quienquiera que haya estado intentando matarme.

—¡Suélteme! —grito.

Antes de que pueda procesar el movimiento, la cabeza se me va hacia atrás y siento un escozor agudo en la mejilla izquierda.

Me ha dado una bofetada, fuerte.

—Grite todo lo que quiera —gruñe.

Me arde la garganta mientras tomo aire... y entonces...

—¡Nora!

El rugido sacude el patio. Me giro bruscamente hacia el sonido.

Nick. Irrumpe por la puerta como un maldito huracán con puños.

Sus ojos se clavan en mí. Luego en el hombre que me ha abofeteado. Y observo en tiempo real cómo todo rastro de humanidad desaparece de Nick Volkov, dejando atrás nada más que una intención pura y letal.

76

NICK

Corrió. Ha corrido para alejarse de mí.

Y he dejado que se aleje más de dos segundos.

Para cuando mi cerebro reacciona, ya ha cruzado el patio. Menuda, furiosa, aterrorizada, y Oleg la agarra como si no fuera más que una mascota que se porta mal.

—¡Nora, no!

No recuerdo haber cruzado el patio.

En un segundo, la mano de Oleg está sobre ella. Al siguiente, arremeto contra él con tal fuerza que el suelo cruje bajo nosotros.

Chocamos contra el pavimento con dureza. Oleg gruñe, intentando zafarse de debajo de mí, pero ya lo estoy agarrando por la parte delantera de la chaqueta y hundiendo mi puño directamente en su mandíbula.

Hueso contra hueso con un chasquido nauseabundo. La cabeza de Oleg sale despedida hacia un lado. La sangre salpica. Intenta levantar el brazo.

Se lo rompo. Siento cómo el hueso cede bajo mi agarre, un chasquido seco, un desplazamiento grotesco. Ruge de dolor.

Bien. Debería hacerlo.

Lo agarro por la garganta y estampo la parte posterior de su cráneo contra el hormigón una, dos veces, con la fuerza suficiente

para que sus ojos pierdan el enfoque.

—Le ha puesto las manos encima —gruño, con la voz temblando por una rabia que apenas puedo contener dentro de mi cuerpo.

Oleg intenta escupir, un error estúpido y suicida. —Corrió. Yo estaba...

Le doy otro puñetazo, abriéndome los nudillos. Su labio se desgarra. La sangre me cubre la mano.

—¡Está embarazada! —le rujo en la cara, agarrándolo por la camisa y levantándolo a medias del suelo—. ¿La has agarrado como si fuera un perro callejero? ¿Le has dado una bofetada?

—Yo... yo no pretendía...

Lo estampo de nuevo contra el suelo. —No me importa lo que pretendiera.

Voy a por su garganta, con la visión nublada por la furia, con la plena intención de asfixiarlo hasta que pierda el conocimiento, o tal vez algo peor...

Pero unas manos me agarran por detrás.

—¡Nick! Nick. ¡*Basta*! —la voz de Lev restalla como un látigo.

Anton me pasa un brazo por el cuello, intentando arrastrarme hacia atrás. —¡Volkov, retírate! ¡Órdenes del Pakhan!

Lanzo el codo hacia atrás, alcanzando a Anton en las costillas. Gruñe, pero aprieta el agarre. Me lanzo hacia delante de nuevo, intentando liberarme, intentando volver al hombre que le puso una mano encima.

—Suéltame —gruño—. He dicho que *me sueltes*.

Oleg retrocede gateando, con el brazo bueno en alto para defenderse, la cara ensangrentada y la mejilla ya hinchada. —Está loco —escupe con voz temblorosa—. ¡Ha desobedecido las órdenes!

—Y usted ha faltado al respeto a mi mando —rujo, lanzándole una patada incluso mientras Lev me arrastra del torso hacia atrás.

Mi pie impacta contra las costillas de Oleg. Jadea de dolor, atragantándose con el aire.

Anton aprieta su agarre. —¡Volkov, casi lo matas!

—No he terminado —gruño, luchando contra ambos con cada músculo que tengo—. La ha tocado. Me cobraré sus manos por ello.

Lev espeta: —Te estás comportando como un perro rabioso. ¡Cálmate!

Pero no puedo. No cuando Nora está temblando junto a la puerta, con los ojos muy abiertos y la mejilla roja. No cuando alguien le ha puesto la mano encima mientras lleva a ese bebé. No cuando los dedos de Oleg estaban en su brazo.

No cuando le ha dado una bofetada.

Todo mi cuerpo vibra con una intención oscura.

Debería matarlo. Lo mataré.

Lev debe de verlo en mis ojos, porque su agarre cambia, se vuelve más firme, más desesperado. —Volkov —advierte—, si lo tocas de nuevo, si le das un solo golpe más, el Pakhan ordenará tu muerte.

No lo oigo. Puedo oír, pero no escucho. No por encima de la sangre que ruge en mis oídos. No por encima de la visión de Nora apretada contra la puerta, temblando. No por encima del recuerdo de la mano de Oleg sobre ella.

Su mejilla.

Su cara.

Un sonido surge de mi interior, algo entre un gruñido y un juramento. —No me importa.

Lev se queda quieto. Anton maldice en voz baja. —Nick, no —suplica—. No lo hagas.

Pero es demasiado tarde.

Todo mi cuerpo se tensa, listo para liberarse, listo para arremeter de nuevo contra Oleg, listo para terminar lo que he empezado sin importar quién se interponga en mi camino.

Echo el peso hacia delante... y Lev toma una decisión. Una terrible. Una necesaria.

Siento cómo se mueve detrás de mí, siento la súbita firmeza de su postura, siento cómo se desplaza el aire mientras retira el puño hacia atrás.

—Nick —dice en voz baja, casi con pesar—, perdóname.

Apenas tengo tiempo de asimilar las palabras antes de que me golpee.

77

NORA

En el momento en que Lev golpea a Nick, grito. El chillido surge de mis entrañas, crudo, desgarrado, justo cuando el puño de Lev se estrella contra la mandíbula de Nick, luego en sus costillas, después en todas partes.

Demasiado rápido.

Demasiado salvaje.

Demasiado definitivo.

Los brazos de Anton se cierran alrededor de mi cintura, arrastrándome hacia atrás. Mis pies pierden el contacto con el suelo. Intento alcanzar a Nick, con los dedos rascando el aire, y aterriza otro puñetazo. Este es tan fuerte que oigo a Nick atragantarse con su propia sangre.

—¡Suéltame! —grito, revolviéndome contra el agarre de hierro de Anton—. ¡Nick! ¡Lev, para!

Lev no me mira. Ninguno de ellos lo hace.

Porque están demasiado ocupados dándole una paliza.

Ahora dos hombres se unen a Lev. Patadas que vuelan, puños que impactan. El sonido sordo y nauseabundo de los golpes destinados a quebrar a un hombre en lugar de a inmovilizarlo. Nick intenta subir los brazos, pero alguien le golpea el codo de lado. Cae

de rodillas. Una bota conecta con sus costillas, con fuerza. Algo cruje.

Grito de nuevo.

Lev agarra a Nick por la parte posterior del cuello y estampa su cara contra el suelo. La sangre salpica el hormigón. Nick intenta incorporarse. Un puñetazo lateral restalla contra su sien. Se desploma.

—¡Basta! —suplico con la voz quebrada—. Parad, por favor… ¡Ya está en el suelo!

Eso solo parece animarlos. Uno de los hombres levanta a Nick por la parte trasera de la camisa solo para que el todavía sangrante Oleg pueda asestarle dos puñetazos más: golpes directos a las costillas, tan profundos que los siento en mis propios huesos.

El cuerpo de Nick se dobla. Tose sangre.

Esta vez no vuelve a levantarse.

—¡Suficiente! —ladra alguien.

Pero incluso un «suficiente» en la Bratva sigue significando una última patada. Un golpe final. Un último insulto.

Y entonces Anton me pega un tirón hacia atrás tan fuerte que mi cabeza se sacude. Pierdo de vista a Nick por completo tras el muro de cuerpos y violencia.

—¡Nick! —grito—. ¡*Nick*!

Mi voz se raja, se quiebra, se disuelve en sollozos antes de que pueda evitarlo.

La puerta del coche se abre. Me empujan dentro. La puerta se cierra de un portazo. El motor ruge.

Nick se ha ido.

El paisaje pasa borroso tras la ventanilla mientras nos alejamos a toda velocidad, pero todo lo que veo es ese último momento. Nick golpeando el suelo, la sangre manchando el pavimento.

Más le vale estar vivo.

Más le *vale* estar vivo.

Me prometió que me protegería.

Lo prometió…

Mi respiración se entrecorta. Mis manos tiemblan tan violentamente que las aprieto entre mis rodillas solo para

mantenerlas quietas.



Las puertas de la mansión de la Bratva se alzan ante nosotros como colmillos de hierro negro listos para tragarme entera. Entramos. El motor se detiene. Unas manos me sacan del coche. Mis piernas flaquean, pero alguien me empuja hacia delante y tropiezo al cruzar unas imponentes puertas dobles hacia un vestíbulo pulido y frío que apesta a riqueza y peligro: mármol brillante, madera antigua, cuero, aceite de armas.

El hombre que espera dentro es alto, de pelo canoso, regio de una forma aterradora. Pero los hombres que lo flanquean se tensan, se yerguen, con la mirada más afilada, como si su sola presencia fuera suficiente para mantenerlos a raya.

Odio la forma en que me mira. Como si fuera una carpeta de archivos que le están presentando. Como si ya conociera todas las respuestas.

—Traedla —dice, con voz calmada pero absoluta.

Me empujan a un despacho enorme con paredes de madera oscura y ventanales que van del suelo a techo. El hombre toma asiento tras un pesado escritorio, con una postura perfecta y una expresión ilegible.

Simplemente me estudia. Frío. Distante. Poderoso.

—Siéntese.

No me muevo. No es que sea valiente. Es que estoy temblando demasiado.

Espera exactamente dos segundos antes de repetir, más bajo esta vez: —Siéntese.

El miedo gana. Me siento. Él une las yemas de sus dedos, observándome como un cirujano que examina un tumor.

—Soy Leonid Morozov.

El nombre cae como un mazazo.

Morozov.

El Pakhan.

El jefe de toda la red de la Bratva en la región.

El hombre ante el que respondía Dmitri. Su padre.

El hombre ante el que responde Nick.

El hombre ante el que responde todo el mundo.

—Oh, Dios —susurro antes de poder contenerme.

A los labios de Leonid asoma un leve espasmo. No es una sonrisa, sino un pequeño reconocimiento. —Sí. Ahora lo comprende.

Se me oprime el pecho. El pulso se me acelera. Esto no es una reunión. Esto es un juicio.

—Sé lo de Dmitri —digo, con voz apenas audible—. Sé que ha muerto.

Leonid asiente, impasible ante la gravedad de la afirmación. —Trágico. Pero predecible. Mi hijo era un experto en ganarse enemigos.

Trago saliva con dificultad.

Leonid continúa: —Su muerte cambia el contrato que usted firmó.

Mis latidos se disparan. —Yo… yo no…

Él me corta. —No me interrumpa.

Cierro la boca de golpe.

—El acuerdo era con Dmitri. Él ya no está. Pero el resultado de ese acuerdo —sus ojos se desvían intencionadamente hacia mi vientre— permanece.

El hielo inunda mis venas.

Se echa un poco hacia atrás, medido, sereno. —El hijo que lleva en el vientre es sangre Morozov. Sangre de mi familia.

Niego con la cabeza. —No, mi bebé no es…

—Sí —corrige él con frialdad—. ¿Legalmente? ¿Biológicamente? ¿Moralmente? Irrelevante. En mi mundo, el linaje se reclama mediante el poder. Mediante la posesión. Y mediante la responsabilidad.

Me siento enferma.

Él prosigue. —La muerte de Dmitri significa que debe redactarse un nuevo contrato. Un nuevo acuerdo. —Sus ojos se afilan—. Uno en el que usted permanezca bajo *mi* protección. Bajo mi autoridad. Hasta que nazca el niño.

Se me cae el alma a los pies. Un nuevo contrato.

Con él. Con el jefe de la Bratva.

Atrapada. Poseída.

No puedo respirar. —¿Y si me niego? —susurro.

Su expresión no cambia. —Entonces usted me entregará al niño y desaparecerá.

Mis manos se cierran en puños sobre mis rodillas. —Eso no es… usted no puede…

—Oh, sí puedo. —Su voz corta como una cuchilla—. Y lo haré. —Se inclina hacia delante—. Así que, ¿qué va a ser, señorita Cole? ¿Firmar un nuevo contrato, quedarse bajo mi techo, bajo mi mando, y asegurar la seguridad continua de su hermana? ¿O marcharse y renunciar a lo que es mío?

La náusea me invade. Sabe lo de Lena.

Por supuesto que lo sabe.

Esto es una jaula. Una jaula hermosa, pero una jaula al fin y al cabo.

Abro la boca, tratando de forzar las palabras, tratando de elegir entre opciones imposibles.

Pero antes de que pueda hablar, el mundo estalla.

Se produce un tiroteo fuera del despacho. Disparos secos, rápidos, increíblemente cercanos. Una ventana estalla en mil pedazos. Estallan los gritos. Se oyen botas golpeando con fuerza los suelos. Alguien grita al final del pasillo.

Leonid se levanta lentamente, con la expresión afilándose como una daga.

—Los Solokov —masculla—. Están aquí.

78

NICK

No sé cuánto tiempo me han pegado. El suficiente para que el suelo bajo mi mejilla esté caliente. El suficiente para que la sangre —la mía, la suya, no lo sé— pegue la camisa a mi piel. El suficiente para que pierda la cuenta de qué golpes aterrizan y cuáles apenas siento.

Pero sé cuándo se detienen. Porque el mundo se queda en silencio. No en paz, nunca en paz. Solo en silencio, como si el propio aire estuviera esperando a ver si me quedo en el suelo.

No lo hago.

Me incorporo apoyándome en las manos, y un dolor me atraviesa las costillas como si fuera fuego. Algo se ha quebrado. Quizá más de una cosa.

Bien. El dolor me mantiene alerta.

Dos soldados de la Bratva merodean cerca. Oleg no está, se ha ido. Se ha marchado cojeando después de que alguien se lo llevara a rastras. Pero estos dos idiotas están murmurando sobre si aún respiro.

Resuelvo su debate agarrando el tobillo del hombre más cercano y tirando de él. Cae al suelo con un gruñido. El otro apenas logra articular un «qué coño...» antes de que le estampe la frente en la nariz. El hueso cruje. La sangre brota.

No me detengo. No puedo detenerme.

Nora se ha ido. Se la han llevado. Se la han llevado a rastras mientras me inmovilizaban y me daban una paliza como a un perro.

Y todo lo que veo cuando parpadeo es su rostro —con los ojos muy abiertos, aterrorizada— y la marca de la mano de Oleg en su mejilla.

Le dije que la protegería. La culpa me sabe a óxido.

Me pongo en pie antes de que los hombres se recuperen, agarro a uno por el cuello y lo estampo contra la pared.

—¿Adónde se la han llevado? —Mi voz apenas suena humana.

—O... oye, Volkov, tranquilo...

Respuesta incorrecta. Le encajo el puño en el estómago, luego en las costillas, luego en la garganta. Rápido, eficiente. Se asfixia, balbucea, me agarra del brazo.

—*¿Dónde?*

—¡A la casa! —jadea, agarrándose la garganta—. El Pakhan la quería..., quería..., joder, no..., no sé por qué...

Yo sí.

Porque Dimitri ha muerto.

Porque con el heredero fuera de juego, el bebé —su bebé— se convierte en una baza. En un seguro. En un arma.

Suelto al hombre. Se desploma de rodillas, tosiendo. El otro intenta alejarse a gatas.

Mala idea.

Le piso la mano, clavándola contra el cemento. Grita.

—Vas a decirme quién ordenó el ataque al piso franco —digo—. Ahora.

—¡No lo sé! —clama.

Su mentira tiembla en el aire entre nosotros. Así que me arrodillo. Le agarro la mandíbula. Le echo la cabeza hacia atrás. Le obligo a mirarme.

—Ni una mentira más.

El miedo parpadea en sus ojos.

—Los Solokov..., ellos, Dios, están intentando eliminarla, eliminar al bebé. Ella es..., ella es la baza...

—¿Y dónde están ahora?

—En... en la mansión —tartamudea—. Alguien les dio el chivatazo. Alguien les dijo que la iban a trasladar.

Caroline.

La puta administradora.

Traicionó a Nora.

Otra vez.

El calor me recorre el cuerpo. Frío, preciso y letal.

Suelto la mandíbula del hombre, me levanto y me limpio la sangre de los nudillos en el muslo.

Los hombres se relajan aliviados.

Idiotas.

Le estampo el tacón de la bota en la sien al más cercano. Cae al instante. El segundo intenta gatear. No llega lejos.

Cuando termino, uno está inconsciente. El otro no se mueve en absoluto.

Las costillas me duelen cuando me enderezo, pero es algo distante. Ruido de fondo.

Nora es lo único que importa.

Cojo una pistola del cinturón de uno de los hombres y echo a andar.

El aire nocturno me golpea como el hielo, pero me despeja la mente. Me muevo rápido. Mi visión se estrecha. Mi cuerpo olvida el dolor.

~

La mansión de la Bratva se extiende en el horizonte como una fortaleza. Muros altos. Puertas de acero. Demasiados guardias.

¿Pero esta noche?

Esta noche, parece el infierno.

Destellos naranjas. Humo que asciende. Gritos que resuenan por todo el terreno. Los disparos estallan en ráfagas frenéticas.

Los Solokov han golpeado primero. Bien. El fuego cruzado significa caos. El caos significa distracción.

La distracción significa que puedo entrar.

Me deslizo entre las sombras del perímetro y trepo por el muro de contención de piedra. Un dolor agudo me surca las palmas de las manos, piel herida, durezas desgarradas, pero el agarre aguanta. Una vez arriba, me dejo caer tras un seto recortado justo cuando una bala pasa zumbando por donde estaba mi cabeza hace un segundo.

Me quedo petrificado. Escucho. Pasos. Juramentos. Otro disparo.

Hay alguien cerca.

Espero hasta que dobla la esquina.

Jamás me ve. Le tapo la boca con la mano mientras le hundo el cuchillo en el riñón, lo giro y lo bajo en silencio tras el seto. Su cuerpo se sacude una vez y luego se queda quieto. La sangre se acumula bajo las hojas.

Cojo su pistola. Su cargador extra. Su radio. El ruido crepita por el canal.

«... brecha en el lado oeste...»

«... órdenes de Morozov: disparad a todo lo que se mueva...»

«... están buscando a la chica...»

El corazón me da un vuelco. Están buscando a Nora.

Me muevo más rápido. Tres hombres aparecen corriendo al doblar una esquina. Me sitúo en su ángulo muerto y le barro las piernas al de atrás, atrapando su fusil mientras cae. Disparo una vez. Tiro limpio a la cabeza. Los otros dos se giran.

Demasiado lentos. Ya estoy sobre ellos. Disparo al pecho. Cuchillada en la garganta.

Los cuerpos caen. Sigo adelante.

Para cuando llego a las puertas de la terraza trasera, mi camisa está hecha jirones. La sangre me mancha el abdomen. No sé de quién es. No me importa.

Dentro, la mansión es un caos. Humo. Disparos. Gritos. El rugido crepitante del fuego en algún lugar más profundo de la casa.

Avanzo por el pasillo, con las botas resbalando en los suelos cubiertos de sangre. Un hombre sale de un salto de una habitación. Un soldado de los Solokov. Rápido, pero no lo suficiente. Lo estampo contra la pared, codo a la mandíbula, rodillazo al estómago, cuchillo al pecho.

Se desliza por el papel pintado, dejando un rastro espeso.

—¡Nick!

Alguien grita mi nombre desde el final del pasillo. Giro sobre mis talones con la pistola en alto.

Un hombre de la Bratva carga contra mí. Disparo. Cae. Paso por encima de él sin aminorar la marcha.

Habitación tras habitación truena con los disparos. Los hombres gritan. El cristal se hace añicos. Huelo a humo, a pólvora, a gasolina derramada.

Esto es una guerra.

Y caminaré a través de todo ello para llegar hasta ella.

Abro la siguiente puerta de una patada. Dos hombres se giran, sorprendidos. No les doy oportunidad de actuar. Tres disparos. Dos cuerpos golpean el suelo.

El despacho está vacío. Pero oigo algo en el pasillo. Una voz. Un grito.

El grito de una mujer.

El corazón me da un vuelco. Corro. Más rápido. Con más fuerza. Hasta que llego a las pesadas puertas dobles del despacho del Pakhan. Los disparos estallan desde el interior.

No pienso. Simplemente me lanzo contra la puerta, abriéndola de un hombrazo.

Y el mundo explota en violencia.

Humo. Cristales rotos. Hombres gritando. Alguien disparando salvajemente. Veo la espalda de un hombre de pelo cano, Leonid puto Morozov, agachándose tras un escritorio.

El Pakhan nunca abandona su fortaleza; verlo en la línea de fuego significa que todo se ha ido ya a la mierda.

Otro grito. Esta vez procede de lo que sé que es una habitación del pánico, al otro lado del despacho de Leonid.

Nora. Deben de haberla metido ahí.

El alivio me golpea con tal violencia que las costillas me duelen.

Entonces suena otro disparo. Demasiado cerca de la habitación del pánico.

Me muevo. No respiro. No pienso. No siento el dolor de las costillas ni el escozor de la sangre en mi cara. Simplemente

arremeto, directo hacia el fuego cruzado, hacia lo único que importa.

Hacia ella.

Siempre hacia ella.

79

NORA

Me empujan hacia la habitación del pánico con tanta fuerza que mi cadera choca contra el banco de acero. El dolor brilla con intensidad, agudo, pero antes de que pueda maldecir o estabilizarme, la pesada puerta se cierra de golpe. Un cierre hidráulico se acciona con un *clonc* metálico que vibra a través del suelo y me recorre toda la columna.

Me quedo paralizada. Sin ventanas. Sin rejillas de ventilación a la vista. Solo metal. Hormigón. Aire reciclado que sabe demasiado ralo. Demasiado artificial.

Los latidos de mi corazón empiezan a acelerarse. Rápido. Más rápido. Demasiado rápido. Apoyo ambas palmas contra la pared fría. No sirve de nada. Intento respirar. Eso tampoco ayuda.

Los disparos resuenan en algún lugar más allá de la puerta. Cortos, secos, feroces. Un grito. Algo pesado estrellándose.

Luego, lo peor de todo: nada. Ese tipo de silencio que significa que el mundo puede acabarse al otro lado de un muro y yo no me enteraría hasta que el fuego me alcanzara.

Se me oprime el pecho. Han dicho que el bebé pertenecía a la Bratva. Han dicho que *yo* pertenecía a la Bratva. Sus palabras se repiten en mi cabeza como un disco rayado, cada vez más alto.

No puedo respirar. No... literalmente. No me entra el aire. Mis pulmones se agarrotan como si hubieran olvidado cómo funcionar, como si se estuvieran plegando sobre sí mismos.

Me aparto de la pared demasiado rápido y me golpeo contra la opuesta. Mis piernas flaquean. Me deslizo hasta el suelo.

—Oh, Dios... oh, Dios... oh, Dios...

Mi visión se estrecha. La habitación se inclina. Los bordes se difuminan. Mi corazón late con demasiada fuerza, de forma pesada, como si intentara salir a puñetazos de mi pecho.

Me agarro la garganta, asfixiándome con nada, atragantándome con el aire. Esta no puede ser mi vida. Esto no puede ser real. Yo era enfermera. Ayudaba a la gente. Cambiaba sábanas, daba la mano a los pacientes y les decía que sus familias estaban en camino.

Ahora estoy en medio de un tiroteo en una mansión criminal, escondida en una caja de metal mientras unos mafiosos discuten sobre la propiedad del niño que llevo dentro.

Mi bebé.

El futuro de mi hermana.

Mi vida.

Respiro en bocanadas rápidas y entrecortadas. Me clavo las uñas en el cuero cabelludo, intentando obligarme a volver a mi cuerpo.

No puedo.

No puedo.

No puedo...

Se me revuelve el estómago. Unas manchas negras parpadean en mi visión.

—Nick —jadeo, mientras las lágrimas calientes caen por mi rostro —. Nick, por favor, no estés muerto. No puedo hacer esto sola. No puedo...

El pulso me retumba en los oídos con tanta fuerza que lo ahoga todo. Pasan los minutos. O tal vez son horas.

El tiempo se vuelve líquido cuando te estás desmoronando.

Rodeo mi vientre con los brazos, balanceándome ligeramente aunque no ayude. —Lo siento —le susurro al bebé—. Lo estoy intentando. Lo intento con todas mis fuerzas...

Entonces: un clic pesado.

El cierre se libera.

Levanto la cabeza de golpe, con la garganta completamente cerrada.

Pasos.

Una sombra.

—No... —gimo—. No, no...

La puerta se abre de par en par.

Una figura llena el umbral.

Durante un instante de náusea, no logro distinguir quién es. Tengo la vista demasiado borrosa, el cerebro demasiado inundado de adrenalina.

Pero entonces la figura se mueve, la luz ilumina su rostro y...

Nick.

Cubierto de sangre. Magullado. Respirando como si hubiera luchado a través del infierno para llegar hasta aquí.

Sus ojos se clavan en los míos —salvajes, urgentes, vivos— y el mundo vuelve a enfocarse con tal rapidez que duele.

—¡Nick! —sale de mí como una explosión, mitad sollozo, mitad plegaria.

No camino hacia él. Me lanzo a sus brazos.

Chocamos contra la pared de metal, pero él ni se inmuta. Sus brazos me rodean, fuertes y temblorosos al mismo tiempo. Mis dedos se clavan en su nuca. Apoyo la cara en su hombro. Su sangre se me mancha en la mejilla.

—Pensé... —mi voz se quiebra—. Pensé que te habían matado.

Él me agarra la cara, me obliga a levantarla y me besa. No es un beso suave. No es reconfortante. Es real. Crudo. Trémulo. Como si el mundo pudiera hundirse bajo nuestros pies si no me besara ahora mismo.

Se aparta lo justo para respirar contra mi boca. —Nos vamos —gruñe—. Ahora mismo.

Asiento, pero el pánico —todavía agudo, todavía ardiente— me sube de nuevo por la garganta. —Nick... —las lágrimas brotan otra vez. Estoy demasiado alterada para detenerlas—. Nunca estaré a salvo. Él ha dicho... el jefe de la Bratva ha dicho... que el bebé es

suyo. Que pertenezco a la familia. Que nunca me dejarán marchar. Que...

Se me corta el aliento bruscamente. Mi pecho tiembla como si fuera a resquebrajarse de nuevo.

—No se detendrán —susurro—. Nunca voy a salir de esta, ¿verdad?

Nick me agarra por los hombros. Firme, fuerte, dándome apoyo.

—Nora.

Solo mi nombre. Pero es un voto. Una advertencia. Una promesa.

—Tengo un plan.

80

NICK

La mansión arde a nuestro alrededor. Los disparos rebotan por los pasillos; las balas desgarran el lujoso revestimiento de madera y los viejos óleos. El aire apesta a pólvora, sangre y humo.

Hay hombres que gritan. Hombres que mueren.

Pero yo no me detengo.

Su mano está en la mía. Cálida. Pequeña. Fuerte.

Tiro de ella a través de la carnicería, pasando por delante de cuerpos desplomados contra columnas de mármol y cristales rotos que brillan en el suelo como estrellas afiladas. Un moribundo me agarra el tobillo al pasar.

Le aplasto la muñeca bajo mi bota y sigo adelante.

Llegamos al corredor del subnivel, el que solo utiliza el alto mando, y el aire cambia. Más frío. Más silencioso. Arterial.

El corazón del imperio de la Bratva.

La bóveda de datos.

Exactamente donde necesito estar.

La puerta blindada de la bóveda se alza ante nosotros. Paso una tarjeta de acceso robada por el lector. El cierre se desactiva.

En el interior hay filas de bastidores de servidores que brillan con una luz blancoazulada en la penumbra, zumbando como un latido

mecánico. Cada archivo. Cada contrato. Cada orden de asesinato. Cada registro del niño que lleva dentro.

Y de ella.

—Quédate atrás —murmuro, guiándola tras una consola de datos metálica. Le entrego una pistola—. Si alguien atraviesa esa puerta, dispárale.

Se le corta la respiración. —Nick, yo no...

—Puedes hacerlo —la interrumpo—. Lo harás.

Porque si alguien logra pasar por encima de mí, ella no tendrá otra oportunidad.

Los disparos estallan al final del pasillo. El trueno de las botas resuena cada vez más cerca. No hay tiempo. Arranco de un tirón el panel del servidor y me pongo a trabajar. Mis manos se mueven rápido, los dedos vuelan sobre el terminal de mando. Las líneas de código se desplazan. Los directorios se cargan. Los cortafuegos colapsan bajo la anulación por fuerza bruta.

Iniciar purga. Limpieza del directorio raíz. Borrar todas las copias de seguridad. Destruir todo rastro.

Su nombre. Sus análisis de sangre. Su contrato.

Desaparecido.

Siento su aliento a mi espalda, tembloroso pero constante.

—Nadie te encontrará jamás —digo, sin apartar la vista de la pantalla—. Ni la Bratva, ni ningún rival. Nadie.

Por primera vez en tres años, no habrá ojos rastreándola. No habrá ningún reclamo sobre su vida.

Le tiembla la voz. —Nick...—

Me giro.

Y ahí es cuando lo veo. Detrás del bastidor principal del servidor. Pequeño. Negro. Pegado a la estructura. Con una luz roja parpadeante.

Una bomba.

Quedan sesenta segundos.

La bomba hace tictac en la cuenta atrás.

Cincuenta y nueve.

Cincuenta y ocho.

Cincuenta y siete.

Joder.

81

NORA

El caos ruge fuera de la cámara acorazada. Los gritos resuenan por el pasillo. Los disparos hacen vibrar la puerta de acero con tanta fuerza que las bisagras se estremecen. Cada instinto de mi cuerpo me pide a gritos que me haga un ovillo y rece para que esta pesadilla termine.

Pero Nick me pone una pistola en las manos y me dice que le cubra.

Y eso es lo que hago.

Tengo las palmas de las manos empapadas de sudor. Mi corazón es un martillo frenético golpeando en mi cráneo. Pero me planto detrás de la consola de metal, apunto a la puerta y aprieto el gatillo tal como él me ha enseñado.

El retroceso sacude mis brazos. Un grito brota del pasillo. No sé si le he dado a alguien. No sé si solo los he asustado. No sé si acabo de empeorarlo todo.

Solo sé que Nick está trabajando rápido. Más rápido de lo que le he visto trabajar nunca.

Está ante la terminal del servidor, con los dedos volando y la sangre bajándole por el antebrazo. Las pantallas parpadean en rojo y blanco. Los tonos de error suenan como alarmas.

Está borrando todo el imperio de la Bratva. Todos sus registros. Todos sus chantajes. Todo el derecho que dicen tener sobre mí.

Ha dicho que nadie volverá a encontrarme después de esto.

Quiero creerle.

Pero la puerta vuelve a retumbar con una lluvia de balas y me ahogo en un jadeo aterrorizado. Me agacho por instinto, rodeando mi vientre con los brazos aunque debería estar apuntando.

—¡Nick! —grito por encima del pitido de mis oídos.

—¡Ya los veo! —gruñe él sin mirar atrás.

Otro disparo atraviesa la pequeña ranura de la puerta. Pasa rozando mi hombro e impacta contra la torre del servidor que tengo detrás.

Grito y devuelvo el fuego. Dos disparos. Salvajes. Presas del pánico.

Pero los pasos del exterior retroceden atropelladamente. Pasos que corrían hacia nosotros hace apenas unos segundos.

La adrenalina me recorre el cuerpo, tan intensa que casi puedo saborearla. Me obligo a volver a mi posición, con el arma en alto y el hombro temblando tanto que apenas puedo mantenerla nivelada.

No quiero morir aquí. No quiero que mi hijo muera aquí. No quiero que Nick—

El pensamiento se corta bruscamente cuando unos brazos me rodean desde atrás. Nick. Me tira hacia atrás, lejos de la consola, lejos de la puerta, lejos de los disparos.

—Nick, ¿qué…? ¿Qué está pasando? —Se me quiebra la voz al terminar la frase—. ¿Por qué nos vamos? Los archivos—

—Ya está —espeta, con voz baja y letal. Su aliento me golpea la oreja, caliente y agitado—. El borrado ha terminado.

—¿Pero entonces por qué…?

Él me hace girar, me agarra la cara y me obliga a mirarle a los ojos. —Nora —dice, con una voz tan firme que me aterra más de lo que podría haberme aterrado cualquier grito—. Hay una bomba.

Se me cae el alma a los pies. —¿Qué?

—Un dispositivo —dice, mientras me arrastra hacia el fondo de la cámara—. Menos de sesenta segundos.

—¡Dios mío!

No tiene pánico. No corre a ciegas. Está concentrado. Tenso, calculando de esa forma letal y eficiente en la que se pone cuando se prepara para hacer algo violento o increíblemente valiente.

—No tenemos tiempo para huir —continúa, con voz cortante—. El radio de la explosión es demasiado grande.

Casi me flaquean las rodillas. —¿Entonces qué hacemos? —susurro—. Nick, ¿qué hacemos?

Me atrae con fuerza contra su pecho, protegiendo mi cuerpo con todo su físico. A pesar de que es él quien está sangrando, a pesar de que es él quien ya ha mantenido a raya a la muerte una docena de veces hoy.

—Sobrevivir —dice.

La puerta se estremece bajo el peso de alguien que se lanza contra ella. Los gritos resuenan por el pasillo. Las luces de la cámara parpadean una, dos veces, como si supieran lo que se avecina.

Los brazos de Nick se aprietan a mi alrededor. La bomba sigue su cuenta atrás detrás de nosotros.

Y lo único que puedo hacer es contener el aliento, aferrarme a él y rezar para que no muramos juntos en la oscuridad.

82

NICK

La bomba hace tictac a nuestras espaldas. Agudo, mecánico, implacable.

Cincuenta segundos. Quizás menos.

Arrastro a Nora por la cámara acorazada, con la mano rodeándole la muñeca con tanta fuerza que puedo sentir su pulso latiendo contra mi piel. Ella tropieza, con la respiración entrecortada, pero sigue moviéndose porque confía en mí.

Que Dios me ayude, confía en mí.

Llegamos a la esquina más alejada. Un hueco en la pared donde el refuerzo de los cimientos se une a los armarios de servidores. Es pequeño. Demasiado pequeño. No está diseñado para proteger de una explosión total. En el mejor de los casos, desviará la primera onda expansiva. En el peor…

En el peor, no importará lo que me pase a mí mientras ella sobreviva.

Nora se gira para mirarme, con los ojos muy abiertos y aterrorizados. No por ella. Por mí.

Y eso casi me arranca algo vital del pecho.

—Este refugio no es suficiente —susurra ella.

—Lo sé.

La empujo hacia el fondo de la estrecha alcoba revestida de acero. Ella aprieta los dientes, intentando no entrar en pánico. Intentando no llorar. Tiembla tanto que le castañean los dientes.

El tictac de la bomba suena más fuerte. Cuarenta segundos.

Me mira como si pudiera leer la verdad en mi rostro: que no sé si esto la protegerá. Que me estoy jugando su vida y la vida que lleva dentro a una apuesta de placas de metal y oraciones.

No puedo permitir que ese miedo permanezca. Le sujeto la nuca con la mano, obligándola a mirarme a los ojos.

—Escúchame —le digo con voz baja y firme, a pesar de que el corazón me late como un tambor de guerra—. Quédate justo aquí. No te muevas.

—Nick —balbucea ella—. No... no hagas ninguna estupidez.

—Demasiado tarde —murmuro.

Entonces me pongo delante de ella. Protejo su cuerpo con el mío. Apoyo los brazos contra la pared a ambos lados de ella, con el torso pegado a su pecho y las piernas inmovilizando las suyas. Me agacho lo suficiente para cubrirle el vientre con el peso de mi propio cuerpo.

Si sale metralla, me dará a mí primero. Si llega el fuego, yo recibiré las quemaduras. Si el techo se desploma, me aplastará a mí antes de tocarla a ella.

La bomba vuelve a sonar. Treinta segundos.

Nora inspira con brusquedad. —Nick, no puedo..., por favor, no quiero perderte...

Apoyo mi frente contra la suya. Su aliento tiembla contra mi boca.

—Estos ojos —le digo con suavidad— han visto demasiada sangre.

Sus lágrimas se desbordan. Le acaricio la mejilla con el pulgar.

—La tuya no será una de ellas.

Sus dedos se aferran a la parte delantera de mi camisa desgarrada como si pudiera anclarme allí. Como si pudiera detener lo que se avecina.

La cuenta atrás de la bomba continúa.

Diez segundos.

Nueve.
Ocho.
La abrazo con más fuerza.
Siete.
Seis.
Cinco.
Cuatro.
Se le corta la respiración.
Tres.
Cierro los ojos.
Dos.
Le pego la cabeza a mi pecho.
Uno.
El mundo estalla.

83

NORA

La consciencia regresa de golpe, como si saliera a la superficie tras estar sumergida en aguas negras.

Jadeo y aspiro un aire denso, cargado de polvo y humo. El mundo está del revés. Tengo algo pesado encima. El suelo tiembla. Las alarmas chillan a través de mis oídos, que no dejan de pitar.

De pronto, el peso se desplaza.

Se mueve.

Respira.

—¿Nick…?

Mi voz es apenas un susurro ronco.

Se incorpora, apartándose de mí mientras tose, cubierto de polvo y escombros. Tiene las puntas del pelo chamuscadas y sangre por toda la sien, pero me está mirando. Me está mirando.

Está vivo.

De algún modo, está vivo.

Mis pulmones tartamudean y luego se bloquean. —¿Estás… estás bien? —consigo articular. Me arden los ojos y me tiemblan las manos mientras intento tocarlo, buscar heridas, convencerme de que es real.

Él asiente una vez con gesto sombrío. —Una bomba de mierda. Trabajo de aficionados. —Se limpia la sangre de la frente, con la

mirada aguda y alerta a pesar de todo—. Si hubiera sido buena, estaríamos muertos.

Lo miro fijamente. No sé si echarme a reír, a llorar o pegarle un puñetazo.

Otro estruendo sacude el suelo. La puerta de la cámara acorazada yace retorcida en el suelo. El fuego trepa por un bastidor de servidores. El humo inunda el pasillo a través de una grieta en la pared.

Nick me agarra de la muñeca. —Tenemos que movernos. Ya.

Me arrastra entre los restos. Siento las piernas entumecidas. Me pitan los oídos. Cada nervio de mi cuerpo grita *peligro*, pero no le suelto la mano.

El pasillo exterior es el apocalipsis. Vigas caídas, lámparas de cristal hechas añicos, el aire denso por el polvo. Se oyen disparos a lo lejos. Hay hombres gritando en ruso. En algún lugar cercano, alguien llora.

Avanzamos rápido, agachándonos para esquivar el yeso que cae, pasando por encima de cuerpos, sorteando escombros humeantes. En dos ocasiones, Nick me empuja contra la pared para dejar pasar a hombres armados; soldados rivales y de la Bratva, todos desdibujados por el humo y la muerte.

En un momento dado, me vuelve a faltar el aire y el pánico empieza a aflorar, pero Nick me aprieta la mano una vez, con firmeza, dándome seguridad.

—Ya casi estamos.

Me aferro a eso.

Salimos de golpe por una puerta lateral al patio. La mansión, a nuestras espaldas, parece el cadáver de un animal ardiendo. Ventanas reventadas, fuego trepando por las paredes, el humo asfixiando el cielo. Hay coches desperdigados por la entrada en ángulos imposibles. Con los motores en marcha. Con las puertas abiertas. Algunos abandonados. Otros echando humo.

Nick localiza un SUV negro cerca de la puerta. —Ese.

Corremos hacia él. Me arden los pulmones. Me duelen las costillas. La vista me flaquea.

Nick llega al lado del conductor, abre la puerta de un tirón y se queda petrificado.

Ya hay alguien en el asiento.

Una mujer.

Con las manos aferradas al volante con tal fuerza que tiene los nudillos blancos. Su rostro está iluminado por el resplandor de la mansión en llamas.

Caroline.

La mujer que me traicionó. Que me vendió. Que persiguió a Lena. Que casi hace que maten al bebé.

Se le dilatan las pupilas al vernos. —Oh, gracias a Dios —suspira —. Nora, no sabía a qué otro sitio ir—

No dejo que termine. No dudo. Ni siquiera lo pienso.

Mi puño vuela antes de que sea plenamente consciente de ello.

Mis nudillos chocan contra su mandíbula. Su cabeza se tuerce hacia un lado. Se desploma inconsciente contra la ventanilla.

Nick parpadea al mirarme, con una chispa de sorpresa cruzando su rostro durante medio segundo. Luego asiente una vez, casi con aprobación.

Abro la puerta de un tirón, agarro a Caroline por la parte delantera de la blusa y la saco a rastras del coche. Cae al suelo con un golpe seco.

—Zorra —murmuro, temblando.

Nick se desliza en el asiento del conductor y se estira para desbloquear mi puerta. Me subo, con las manos temblándome tanto que apenas puedo abrocharme el cinturón. Respiro rápido, demasiado rápido. Las lágrimas vuelven a escocer, pero no caen.

Nick pisa el acelerador a fondo. El SUV derrapa sobre la grava, con el motor rugiendo mientras nos lanza a través de las puertas, rozando por poco una garita de guardia en llamas al salir.

Miro hacia atrás una vez. La mansión se encoge tras nosotros, consumida por las llamas, el humo y los gritos de hombres agonizantes. Vuelvo a mirar hacia delante.

—Tenemos que ir a por Lena —digo con voz tensa, apenas estable—. Sigue en las instalaciones privadas de la clínica. Si Caroline… si alguien se lo ha dicho…

—Nora. —La voz de Nick corta mi pánico—. Yo me he encargado.

Lo miro fijamente. —¿Qué significa eso?

No responde. Tiene la mandíbula apretada. Los ojos fijos en la carretera. Su agarre al volante es tan fuerte que tiene los nudillos blancos, y no es por miedo.

Es por determinación. Una determinación oscura, pesada, definitiva.

Algo se me retuerce en el pecho. —Nick… —Mi voz flaquea—. ¿En qué estás pensando?

No me mira.

Y no vuelvo a preguntar. Porque me aterroriza la respuesta. Me aterroriza que esté a punto de desaparecer. Me aterroriza que piense que salvarme significa marcharse. Me aterroriza que, después de todo —después del beso, el fuego, la bomba—, ya me esté soltando.

Lo observo bajo el tenue resplandor humeante de la mansión que arde. No lo digo en voz alta. Pero el pensamiento es como un cuchillo bajo mis costillas.

Por favor, no me dejes.

Ahora no.

No después de esto.

No después de haber sobrevivido al infierno para llegar hasta mí.

Pero el rostro de Nick permanece ilegible. Duro, sombrío, decidido.

Y contengo el aliento, esperando que el camino que tenemos por delante no lo aleje de mí.

84

NICK

El trayecto se hace eterno. Nora se queda dormida en algún punto entre las afueras de la ciudad y la nada de la autopista. No es un sueño profundo. Es más bien como si su cuerpo hubiera colapsado tras horas de terror. Apoya la cabeza contra la ventanilla. Su respiración se acompasa. Sus dedos se relajan allí donde habían estado aferrados al dobladillo de mi camiseta desgarrada.

Incluso inconsciente, parece que se está preparando para un impacto.

Mantengo los ojos en la carretera. No en ella. Si la miro demasiado tiempo, no podré apartar la vista.

El humo aún mancha el horizonte a nuestras espaldas. La mansión de la Bratva arde. Cada registro de ella, del bebé, ha desaparecido. Limpiado. Borrado como si nunca hubiera existido en su mundo.

Un mundo nuevo aguarda por delante. Uno peligroso.

Pero ahora es suyo.

Suyo y de Lena.

Y mataré a cualquiera que intente arrastrarla de vuelta.

Entro en un hotel de carretera. Uno de esos lugares tranquilos y mal iluminados donde nadie hace preguntas siempre que pagues en

efectivo. El tipo de sitio donde el anonimato es la única moneda real.

Aparco lejos de la recepción para que nadie vea bien el SUV. Nora no se mueve. Salgo sin hacer ruido, entro y cojo una habitación. El recepcionista apenas levanta la vista. Bien.

Cuando vuelvo al coche, está ligeramente acurrucada hacia la puerta del pasajero. Su rostro se ve suave mientras duerme. Vulnerable de una forma que nunca se permite estar despierta.

Abro su puerta y me inclino. —Nora —murmuro—. Ya hemos llegado.

No se despierta. Sus pestañas aletean una vez, pero sigue sumida en el sueño, respirando despacio, con el agotamiento envolviéndola como una manta.

Así que la levanto. Está suave y cálida contra mi pecho, con la cabeza apoyada en mi hombro. Suelta un medio suspiro e instintivamente se acurruca más contra mí.

El corazón me da un vuelco.

La llevo dentro. Subo la estrecha escalera. Recorro el tranquilo pasillo. La llave de la habitación hace clic al abrirse y empujo la puerta con el pie para cerrarla. Es pequeña. Sencilla. Bastante limpia. Silenciosa.

Segura.

La deposito en la cama con suavidad. Pero en cuanto su cabeza toca la almohada, abre los ojos de golpe. Salvaje, asustada, con las manos alzándose como si esperara un peligro.

Se las cojo. Las sostengo. Se las bajo.

Su respiración se calma cuando me ve.

—Estás a salvo —digo en voz baja—. Te tengo.

Me mira fijamente, con el pecho subiendo y bajando rápido. —La mansión...

—Ha desaparecido —digo—. Todo. Los servidores. Los archivos.

Sus labios se entreabren. Sus ojos se llenan de lágrimas, pero las espanta parpadeando. —¿Así que de verdad no pueden encontrarme?

—No pueden encontrar nada —confirmo—. Vosotras y Lena sois fantasmas ahora. Puedo crearos nombres nuevos, registros nuevos. Vidas nuevas.

Su alivio no parece alivio. Parece duelo.

Frunzo el ceño. —¿Qué pasa?

Traga saliva con dificultad. —Estás..., estás hablando de mí como si fuera algo..., aparte —su voz flaquea—. Como si tu trabajo hubiera terminado. Como si solo te hubieras quedado conmigo porque me debías algo, porque tu padre mató al mío, porque lo ocultaste, y ahora crees que... —se le cierra la garganta—... lo has enmendado.

Siento una presión en el pecho. —No —digo de inmediato.

Pero ella niega con la cabeza, las lágrimas asomando. —Está bien, Nick. Ya no me debes nada. Me has salvado. Has salvado al bebé. Lo has borrado todo. Tú...

—Nora.

Ella se detiene. Me mira como si tuviera miedo de tener esperanzas.

Me acerco y me arrodillo junto a la cama para quedar a su altura. Cojo sus manos, ambas, entre las mías.

—No voy a dejarte.

Su aliento se entrecorta.

—No he hecho todo esto por una deuda —digo—. Ni por culpa. Ni porque creyera que te debía algo.

Me llevo sus manos a la boca y le beso los nudillos. Con suavidad, con reverencia, como si fueran la única parte de mí que aún está limpia.

—Lo he hecho porque te elijo a ti.

Un pequeño grito ahogado escapa de sus labios.

—Te elijo a ti —repito—. Por encima de la Bratva. Por encima del pasado. Por encima de todo lo que he sido. De todo lo que he hecho. De todo lo que se suponía que debía llegar a ser.

Sus ojos se nublan por las lágrimas. Sus labios tiemblan.

—Quiero dejarlo todo atrás. La Bratva. Las órdenes. la sangre. Todo. —Mi pulgar acaricia su palma—. Quiero una vida contigo. Si me aceptas.

El silencio nos presiona. Profundo, frágil, lleno de algo que nunca me he permitido sentir. Nora se inclina hacia delante, apoyando su frente contra la mía. Aprieta mis manos como si me estuviera anclando a la tierra.

—Nick —susurra con la voz quebrada—, siempre te he querido a ti.

Siento que el corazón me va a estallar. Le acuno el rostro, con cuidado, con delicadeza, como si pudiera desaparecer si la toco con demasiada fuerza.

—Entonces nos vamos —digo—. Nosotros. Juntos. Si eso es lo que quieres.

Su aliento tiembla mientras asiente. Una lágrima resbala por su mejilla.

La recojo con el pulgar.

Y por primera vez desde que era un niño, no hay muerte en mi futuro. Solo ella.

Trago saliva antes de hacer la pregunta. —¿Es eso lo que quieres?

85

NORA

Ni siquiera le dejo terminar la frase.

—Sí —susurro, y la palabra se me escapa con más fuerza de la que esperaba—. Nick, por supuesto que te quiero.

Se queda paralizado apenas un segundo, como si no estuviera seguro de haberme oído bien. Como si, después de todo lo que ha pasado esta noche, esto fuera lo único a lo que no sabe cómo sobrevivir.

Entonces se le oscurece la mirada. Lentamente. El hambre florece en algo más profundo, algo que me golpea en lo más hondo, caliente y abrumador.

Me acerco a él. Mis manos se hunden en su pelo, enredado y áspero por el humo y la sangre seca, y tiro de él hacia mí. El beso es instantáneo: dos personas que casi lo han perdido todo y que, de repente, vuelven a tenerlo todo por perder.

Exhala contra mi boca como si llevara años conteniendo el aliento. Sus manos suben para acunar mi rostro, luego se deslizan por mi cabello, ladeando mi cabeza lo justo para profundizar el beso. Todo mi cuerpo se estremece por la forma en que me toca. Sin miramientos, sin vacilación, pero con una reverencia que me hace perder el equilibrio.

Cuando me levanta, mis piernas se envuelven alrededor de su cintura sin pensarlo. Puedo sentir la tensión en él, la fuerza bruta, la contención doblegándose en su interior como el metal bajo presión. Le clavo las uñas en los hombros y le subo la camiseta por encima de la cabeza, dejando al descubierto los grandes hematomas morados que le recorren el costado.

Se mira a sí mismo —casi con timidez, como si los daños fueran vergonzosos—, pero yo no puedo dejar de tocarlo. Cada corte y cada rasguño es una prueba, un pequeño milagro de que, de alguna manera, hemos llegado a este segundo, a esta habitación, a la esperanza de que no vamos a morir esta noche.

Cuando vuelve a besarme, es rudo y hambriento, y cada gramo de mi cuerpo canta. Me sube a la encimera de la cocina, el metal presionando mis muslos, y tiro algo al suelo —una taza de café, una cuchara, qué más da—. Necesito sus manos por todas partes, y necesito que sienta lo viva que estoy, lo vivos que estamos juntos.

Lo agarro de la mandíbula con fuerza, presionando con el pulgar el corte de su mejilla. Sisea y sonríe contra mi boca, dejando escapar un gruñido feroz y juguetón. Me dan ganas de arrancárselo de la boca de un bocado.

—¿Estás segura? —pregunta.

Asiento una, dos veces, y si estoy temblando es porque la adrenalina no sabe qué hacer con la lujuria. Mis dedos recorren sus hombros, bajando por el hueco entre el músculo y el hueso, cruzando hematomas que parecen galaxias floreciendo bajo la piel.

Quiero marcarlo de nuevo, no con violencia, sino con deseo.

Su mano está bajo mi camiseta, sus dedos provocando chispas sobre mis costillas; el calor me marea. No puedo dejar de tocarle el cuello, la línea de la mandíbula, el borde de la oreja. Memorizo la sal de su piel, la corriente que recorre sus manos mientras engancha un dedo en la cinturilla de mi ropa y me pega a él.

No es suficiente.

Nunca es suficiente.

—Dios, cómo echaba de menos tu boca —murmura contra mi clavícula. Me dan ganas de reír, salvo que mi respiración es un

sonido jadeante y animal mientras succiona el calor justo debajo de mi garganta.

Todo mi cuerpo tiembla, vaciado y vuelto a llenar una y otra vez con cada beso desesperado y ansioso. La última hora, el último año, la vida entera pasada... cada momento es un moratón en mis entrañas, y por un segundo puedo sentir cada dolor, cada vez que deseé esto y fingí que no lo deseaba.

Desliza sus nudillos por mis costillas, presionando con el pulgar los salientes de mi columna como si comprobara que sigo entera. La aspereza de su palma me quema el costado y me froto contra él, chocando las caderas con tanta fuerza que mis dientes castañean.

Quiero meterme dentro de él. Quiero cavar y arañar y dejar pedazos de mí bajo su piel hasta que nunca más pueda librarse de mí.

—Estás sangrando —dice, pero no como si fuera un problema.

—Tú también —le respondo con una risa, salada y salvaje, dejando caer la cabeza hacia atrás porque no recuerdo la última vez que me reí sin que se me saltaran las costuras de algo en mi interior.

El sonido sale de mi garganta irritada y se desliza en su boca, y él me besa como si necesitara robarlo antes de que muera.

Me levanta con ambas manos, temerario y rápido, y siento los bordes de la encimera clavarse en mis nalgas mientras mi espalda se arquea bajo el rastro codicioso de su boca bajando por mi abdomen. Desabrocha la fila de botones con los dientes, pequeñas ráfagas de dolor blanco y relámpago mientras el aire frío besa la piel aún húmeda de sudor.

Su aliento se siente como lo único que me mantiene unida.

Sus manos acunan la parte posterior de mis rodillas y las separa. Me inclino hacia delante y atraigo su cara hacia la mía porque quiero ver sus ojos, quiero ver exactamente lo que le estoy haciendo.

Hay tanta hambre que casi parece pánico, como si tuviera miedo de morir de inanición. Siempre ha sido así: más cerca de la muerte, más cerca de la necesidad. Todo con él es vida o muerte.

Lo amo por ello. Lo odio por ello. Le levanto la cara, con los dedos en su pelo, mis labios aplastados contra los suyos como si su sabor fuera el antídoto para todo.

—Maldita seas, estás temblando —dice, y no sé si es una acusación o asombro. Quizá ambas cosas. Quizá ninguna. Acaricia mi muslo con la palma de la mano, con los músculos tensos—. ¿Es demasiado?

Toda mi vida se ha fragmentado en dolores y aislamientos, extraños y pequeños momentos de anhelo seguidos de la nada. Ruido blanco, nieve estática, semanas de silencio. Llevo mucho tiempo entumecida. Ahora soy un planeta tormentoso que gira con cada roce de sus manos.

Tiro de su pelo con más fuerza y él gime. Por un breve instante, temo que nos comamos vivos el uno al otro, quitándonos reluciente metralla de los dientes y la lengua cuando esto acabe. Pero, en el fondo, no me importa.

Me muerde el cuello, con más fuerza ahora, y mi cuerpo responde antes de que pueda pensar, impúdico y codicioso, restregándose con cada pulso de calor en mi interior. El dolor está en todas partes: la herida en mi cadera, el corte dentro de mi labio, la presión aumentando en mi vientre hasta que es lo único que puedo oír.

—Cristo —dice en el hueco de mi garganta, y la palabra es mitad oración, mitad maldición—. Siempre supiste cómo hacerme perder la cabeza.

—Eso es lo que quiero —jadeo, con la lengua apelmazada en la boca—. Quiero que lo pierdas todo.

Suelta una carcajada y sus dedos enganchan la cinturilla de mis pantalones cortos, sueltan el botón, tiran despacio como si apenas pudiera soportar la anticipación de desnudarme después de tanto tiempo. Sus manos tiemblan tanto que casi siento lástima por él, pero sobre todo estoy loca de deseo.

Algo en mi interior se obsesiona con su vacilación, su reverencia, el recuerdo de cómo me miró durante lo peor de todo, terriblemente asustado, furioso ante la idea de que lo dejara solo en este mundo.

Ahora es lo contrario: nada podría separarnos, no si muerdo con la suficiente fuerza.

Me agarra las caderas como si fueran frágiles, y lo odio. Lo quiero rudo, arañando, borrando el contorno de mi cuerpo con su

agarre.

—Más fuerte —digo, cortante como una amenaza, y sus ojos se ponen en blanco por el alivio o algo parecido.

Es un encantamiento, un hechizo. Sus uñas se clavan hasta que siseo, e intenta aflojar, pero le dejo claro que quiero el dolor. Cuanto más fuerte me sujeta, más real me vuelvo.

Mis pantalones cortos han desaparecido y siento que el vendaje se desprende con apenas un escozor; la piel viva debajo hormiguea ahora con una mezcla de sangre, sudor y desinfectante.

Se arrodilla —el cabrón arrogante se pone de rodillas de verdad — y me pregunto si las baldosas le queman, si siquiera lo nota, o si está tan obsesionado que nada que no sea un disparo podría distraerle.

Tiene las manos extendidas alrededor de mis muslos, y la visión de sus nudillos magullados, temblorosos y manchados, me deja sin aliento. Quiere tener cuidado pero no sabe cómo. Puedo saborear su hambre en el aire que nos separa.

Dice mi nombre con reverencia y después ya no hay más palabras. Cada nervio de mis piernas es un circuito sobrecargado, electrificado por su toque. Me agarro a la isla de la cocina porque, si la suelto, me desplomaré; y entonces él me besa el muslo, subiendo, con un aliento tan caliente que casi podría cauterizar el corte. El mundo se reduce al círculo de sus brazos, la apertura de mis piernas, el sabor a sangre, ozono y secuelas.

Emito un sonido; no es una palabra, ni siquiera una sílaba, solo un sonido de ruptura interna, porque desliza la lengua por la parte interna del muslo, bordeando la herida y luego justo sobre ella, con la mayor delicadeza posible, como si intentara curarme con su boca.

Todos mis músculos se tensan, mi centro chisporrotea, pero no quiero que me curen. Quiero que me arruinen, y quizá él lo entiende porque sonríe contra la piel por encima de mi rodilla, con los labios temblando y los ojos vueltos salvajes. Entonces muerde, solo un poco, lo justo para hacerme saltar, y cuando me mira, veo que su hambre se ha duplicado: todo dientes y triunfo.

—¿Es eso lo que necesitabas? —dice, sin aliento, acariciando la marca del mordisco con un beso rápido y penitente.

Su boca es un desastre febril y perfecto. Me arqueo contra él, con un pie apoyado en el armario, y él se abre camino por mi cuerpo, devoto y codicioso al mismo tiempo. Apenas puedo respirar. No quiero hacerlo. Quiero hipoxia, quiero privar a mi cerebro de cualquier pensamiento que no sean sus manos, su calor, la forma en que se le quiebra la voz cuando lo acerco más a mí.

—Sí —consigo decir, y es más un gemido que una palabra.

Soy un desastre. El sudor, la sangre y el deseo me pegan a este momento, y si algo atravesara la ventana ahora mismo, seguiría apretándolo entre mis muslos, negándome a soltarlo.

Se me echa encima, presionando mis caderas contra la encimera, y puedo sentirlo duro como una piedra a través de sus calzoncillos, el saliente y el hueco de su pelvis. Mi cuerpo simplemente se abre para él, con todos los nervios hechos gelatina.

Lo quiero dentro de mí con tantas ganas que podría aullar. Pero, por un segundo, no se mueve, se queda con las manos enjaulando mi cintura, mirándome como si no estuviera seguro de que fuera real. Hay una parte diminuta y trágica de mí que se pregunta si quizá no lo soy. Tal vez morí hace media hora, con la sangre filtrándose entre los tablones del suelo, y esto es el más allá: baldosas de cocina, luz fluorescente, el estremecimiento de su aliento contra el mío.

Si es así, no me quejo.

Se inclina, atrapa mi boca de nuevo y esta vez es dulce. Suave y estremecedor, como si se disculpara por todo lo que no puede deshacer. Yo le dejo. Dejo que saboree la sal de mis lágrimas donde se han secado en la comisura de mi labio. Sostiene mi cara como si fuera algo valioso, no una herida. Mi pulso late con tanta fuerza que puedo saborearlo, metálico en mi lengua, crudo en mi garganta.

Cruzo los tobillos tras su espalda y lo atraigo aún más, necesitando sentir el latido de su corazón contra el mío, la pequeña diferencia de cadencia que demuestra que no somos el mismo cuerpo, aunque parezca que podríamos serlo.

Su lengua asoma, probando la unión de mi boca, y me abro para él, le dejo entrar, dejo que coja lo que quiera. Sus manos se deslizan por la parte trasera de mis muslos, ásperas y temblorosas, y cada

centímetro de piel que reclaman se vuelve hipersensible, gritando por más.

Sube la camiseta más y más, dejándome expuesta y temblando bajo la luz de la cocina, pero no me importa. Quiero que vea mi mapa, cada cicatriz y cada abrasión a medio curar, la piel de gallina brotando mientras su aliento roza mi vientre.

Fragmentos de mi antiguo yo, la que nunca se sintió segura en su propia piel, se están consumiendo. El nuevo yo, el que le sostiene la mirada con la certeza animal de desear y ser deseado, toma el mando.

Me separa más las rodillas con sus caderas, vuelve a poner ambas manos en mi trasero y me levanta, apenas unos torpes centímetros. El impacto me arranca una carcajada. Nuestros dientes chocan y soy tan estúpidamente feliz que quiero aplastar a los dioses que pensaron que yo estaba hecha para algo menos que esto.

Deja caer su peso sobre mí, con fuerza contra mi muslo, y quiero que se entierre en mí. Quiero morder el hematoma de su hombro mientras me descompone de forma tan completa que olvide mi propio nombre; lo cual es bueno, porque por un segundo no estaba segura de si aún tenía uno. Mis uñas clavan nuevas medias lunas en su espalda mientras él se cierne sobre mí, con la respiración entrecortada, mirando mi boca como si intentara memorizarla, preservarla. Como si quizá esta fuera la única versión de mí que alguna vez ha deseado.

Se balancea hacia delante, despacio, rozando mi piel, y su fricción es demasiado. Mi cabeza cae hacia atrás, golpeando el armario blanco, y río al aire de la cocina.

—Maldita sea, deja de esperar —gruño, y es un desafío, una exigencia y una confesión.

Él sonríe, lobuno, con los ojos oscurecidos y hambrientos—. Ten cuidado con lo que pides, *printsessa*.

Sus manos se cierran alrededor de mis caderas, con los dedos hincándose, y entonces deja de esperar. Solo queda el momento agudo e impactante en el que finalmente cede y toma. Toda la lucha desaparece de mí, reemplazada por algo salvaje y fundido que ruge

por mi columna y borra cualquier pensamiento coherente de mi cráneo.

El mundo se reduce a fragmentos: el golpe de mi espalda contra el armario, el raspado de la encimera sobre la baldosa al desplazarse bajo nosotros, sus dientes en mi hombro para acallar un sonido roto, mis piernas cerradas alrededor de él como si nunca fuera a soltarlo. No sé si estoy riendo o llorando, o ambas cosas. Todo se funde en el mismo ruido crudo y desigual.

Si pudiera arrancarme la piel y pegarla contra la suya, lo haría. Si pudiera abrirme una vena en el pecho y verter mi vida directamente en su boca, también lo haría, solo para mantenerlo aquí, solo para mantener esto.

Murmura algo sucio y reverente en mi cuello —mi nombre, una maldición, una promesa— y cada embestida de su cuerpo contra el mío me roba un pedazo de lenguaje. Me aferro con más fuerza, clavando las uñas, con la cabeza echada hacia atrás, dejando que me use, que me sostenga, que se ancle en mí como si yo fuera lo único sólido que queda en su mundo en ruinas.

Ambos temblamos, ambos sangramos por algún lado, ambos estamos demasiado perdidos para que nos importe.

Por primera vez desde que todo se fue al infierno, no me siento como una presa.

Me siento poseída.

Me siento deseada.

Y mientras la cocina se inclina y los bordes de mi visión se vuelven blancos e incandescentes, el único pensamiento que queda en mi cabeza es sencillo, aturdido y absoluto, aterradoramente cierto.

No voy a salir viva de los brazos de este hombre.

86

NICK

—Otra vez.

La palabra es apenas un suspiro, apenas un sonido, apenas humana, pero detona dentro de mí. Mi visión se agudiza. Mi cuerpo responde antes de que mi mente pueda procesarlo. Todo en mí —cada instinto, cada cicatriz, cada parte oscura y salvaje— se pone en estado de alerta.

Ni siquiera se da cuenta de lo que está pidiendo.

O quizá sí.

Está despatarrada en el suelo, con el pelo formando un halo rebelde, los labios hinchados y el pecho todavía agitado. Me mira con una expresión a medio camino entre el desafío y la súplica, y sé que voy a destrozarla durante horas.

Le pongo la mano bajo la mandíbula y la obligo a levantar la cara hacia la mía. —¿Hablas en serio?

Traga saliva, con las pupilas totalmente dilatadas. —Nick... por favor.

Dios.

Mi autocontrol se rompe por completo. La pongo boca abajo de un solo movimiento. Suelta un jadeo y tiro de sus caderas hacia arriba por debajo de mí, separándole las rodillas con las manos hasta que gime.

—Suplícame como es debido —le susurro al oído—. —O no tendrás nada.

Ella se estremece, con las palmas apoyadas en el suelo y la espalda arqueándose por instinto.

—Nick... te quiero...

—No. —Mi mano impacta contra su muslo con un azote lo bastante fuerte como para hacerla saltar—. —Suplica.

Toma aire con dificultad. —Quiero tus manos sobre mí.

—Casi.

—Quiero que me folles —dice con la voz quebrada—. —Duro.

—Casi.

Baja la cabeza. Su voz suena ronca. —Quiero... —se ahoga—. —Te quiero a *ti*, Nick. Por favor. No puedo... Necesito...

La agarro del pelo, lo enrollo en mi puño y tiro de ella hacia arriba de modo que su espalda se arquea contra mí. Abre la boca soltando un gemido de desamparo que me va directo a la polla.

—Eso es —gruño—. —Eso es lo que quiero.

Deslizo la punta de mi miembro sobre ella. Despacio, provocándola, hasta que empieza a temblar.

—No me tortures —jadea—. —No puedo...

—Aceptarás lo que yo te dé.

Y entro en ella de golpe.

Un sonido roto sale de su garganta —mitad sollozo, mitad gemido— y todo su cuerpo empuja hacia atrás contra el mío, codicioso y desesperado. Le aprieto la cadera con una mano con la fuerza suficiente para dejarle un moratón. Con la otra sigo enredado en su pelo, tirándole de la cabeza hacia atrás para que se arquee en cada embestida.

—¿Sientes esto? —suelto entre dientes, embistiendo de nuevo—. —¿Cómo me aprietas? ¿Lo mojada que estás por mí?

Gime, con los dedos arañando el suelo.

—Eres mía cuando estás así —le digo al cuello, dándole un mordisco mientras hablo—. —Mía. Nadie más puede verte así. Nadie más puede oírte así.

—Soy tuya —jadea, con la voz a punto de romperse—. —Soy... ¡Dios, Nick, por favor!...

Eso me provoca algo que no sé nombrar. Algo antiguo, enterrado en lo más profundo. Algo territorial y peligroso.

Me inclino sobre ella, con el pecho contra su espalda, y deslizo la mano por delante hacia abajo hasta que mis dedos encuentran su clítoris. Grita, de forma cruda y desvergonzada.

—Córrete para mí —le ordeno—. Ahora mismo. Córrete para mí o me detendré.

—No, no... no pares, por favor, por favor...

Su cuerpo se tensa, se bloquea, tiembla, y entonces se hace pedazos bajo mi cuerpo, convulsionando alrededor de mi polla como si intentara extraer de mí hasta la última gota.

No me detengo.

Ni un segundo.

Vuelve a gritar, casi sobrepasada, pero aun así empuja hacia atrás, suplicando más sin decir una sola palabra.

La follo durante su orgasmo, durante las réplicas, durante los temblores que le debilitan las piernas.

Siento que el clímax sube en mi interior, brutal, ardiente e imparable. —Nora... —mascullo.

Ella busca hacia atrás a ciegas, rozándome la cadera con los dedos, desesperada. —Dentro —susurra, suplicando con una voz que casi me hace perder los estribos—. —Nick, dentro, por favor...

Pierdo el control. Arremeto profundo y con fuerza y me corro con la frente apretada contra su nuca, gimiendo su nombre como si estuviera confesando algo que no debería.

Cuando termina, ella se desploma hacia delante sobre los codos, temblando, con la respiración entrecortada. No dejo que se caiga. Mantengo mis manos en sus caderas. Sosteniéndola. Estabilizándola. Reclamándola.

Con su cuerpo aún apretado alrededor del mío, todavía temblando, susurra: —¿Otra vez?

Y suelto un juramento en voz baja contra su hombro porque ya noto que me estoy endureciendo dentro de ella una vez más.

EPÍLOGO: NICK

SEIS MESES DESPUÉS…

El pequeño Sean duerme sobre mi pecho. Cálido. Pesado. Con sus puñitos cerrados bajo la barbilla. Suave respiración que me roza la piel. Ha sacado la nariz de Nora y su mandíbula obstinada. Rasgos útiles para sobrevivir en este mundo.

Mi mano abarca casi toda su espalda. Cada vez que exhala, algo en mi pecho se relaja un poco más.

Hace seis meses, el mundo era fuego, sangre y pérdida.

¿Y ahora?

Ahora es esto. Un salón silencioso con los rayos del sol colándose por las cortinas. Un sofá desgastado que compré de segunda mano porque Nora decía que la comodidad importaba más que la apariencia. Una casita en un pueblo tan tranquilo que lo más ruidoso es el dichoso carillón de viento que Nora se empeñó en colgar en el porche.

A salvo. Esa es la palabra a la que siempre vuelvo.

Nunca pensé que la seguridad fuera para hombres como yo. Nunca pensé que viviría lo suficiente para desearla. Pero aquí estoy, con un bebé babeándome el esternón, pensando que, si alguien intenta perturbar esta paz, acabaré con él sin dudarlo.

Suena el timbre. No me muevo. Sean se mueve un poco y suspira, acurrucándose más contra mi piel. No voy a levantarme. No me arriesgaré a despertarlo.

Si a quien sea que esté ante la puerta no le gusta, puede irse al infierno.

EPÍLOGO: NORA

Me seco las manos con un paño de cocina y me dirijo a la puerta. Las bisagras chirrían. Nick dice que lo arreglará, pero nunca lo hace porque, en el fondo, le gusta oír cuando viene alguien.

Las viejas costumbres son difíciles de erradicar.

Abro la puerta y sonrío al instante. Lena está en el porche, radiante y sonriente; la luz del sol resalta los reflejos nuevos de su pelo. Se la ve sana. Fuerte. Tiene color en las mejillas y una postura firme.

Lleva seis meses con su nueva identidad y le va de maravilla. Se me hincha el pecho de orgullo.

—Hola —dice, levantando una bolsita de bollos—. Traigo sobornos.

—Perfecto. —La cojo de la muñeca y tiro de ella hacia adentro—. Nick no se va a levantar.

Ella suelta un bufido. —¿Por qué? ¿Por fin ha dejado que lo agotes…?

—Cariño —la interrumpo, sintiendo que me arden las mejillas.

—Ah. Vale. Me cuadra.

Entramos en el salón, donde Nick sigue repantingado en el sofá, sin camiseta, con nuestro hijo roncando plácidamente sobre su pecho.

Lena se detiene a mitad de camino.

—Vaya —dice en voz baja—. De verdad que no se mueve, ¿verdad?

—No —susurro—. No cuando está así.

Nos quedamos al borde del sofá. La mirada de Lena se dulcifica al observar al bebé y luego se desvía hacia el pecho de Nick. Hacia el tatuaje. Ese par de ojos en negro y gris tatuados sobre sus pectorales. Unos ojos que solían ser inexpresivos, vacíos, vigilantes. Grabados en su piel mucho antes de que hubiera ninguna ternura en su vida.

Lena inclina la cabeza. —Sabes, es una locura, pero ¿esos ojos de su pecho? Se parecen mucho a los tuyos.

Nick la mira con pereza, como si fuera a negarlo solo por llevar la contraria.

Sonrío. Porque tiene razón. Se parecen a los míos.

Pero ahora tienen algo distinto. Son menos huecos. Están menos atormentados.

Esos ojos de tinta ya no parecen fantasmas ni advertencias. Parecen guardianes.

Parecen una familia.

Paso los dedos con suavidad por el pelo de nuestro bebé y me inclino para besar la coronilla de Nick.

En mi mente, las palabras fluyen con facilidad.

Aquellos ojos solían atormentarle. Ahora velan por nosotros.

PARTE I

AVANCE EXCLUSIVO

1

SERA

—¿La invitación?

La empleada de la puerta, con aire aburrido, extiende la mano, casi sin levantar la cabeza para mirarme. No es que hubiera mucho que ver, dado el ornamentado antifaz que me cubre los rasgos ahora mismo. Inspirado en las piezas que se usan en la ópera veneciana, está tachonado de joyas relucientes que servirán de mucho para desviar cualquier sospecha que, de otro modo, pudiera recaer sobre mí.

—Por supuesto —respondo con calma mientras meto la mano en el bolso tachonado a juego que llevo al costado. Saco la invitación; o, al menos, la versión que pude crear con unos pequeños retoques en mi ordenador.

Contengo la respiración mientras la empleada la mira, recorriendo el texto con la vista. Sé que es perfecta, pero las dudas siempre se entrometen.

—Adelante —me dice, indicándome con un gesto que entre en el salón de baile donde se celebra la gala. Recojo la invitación, le dedico una rápida sonrisa y paso a su lado antes de que pueda pensárselo dos veces.

El corazón me late con fuerza bajo el vestido verde esmeralda que he elegido para la ocasión. No tengo mucha ropa de gala en mi

armario, pero estuve repasando algunas fotos de eventos anteriores para encontrar algo que me permitiera pasar desapercibida. Este modelo de terciopelo ceñido al cuerpo, a juego con el ornamentado antifaz y los tacones de vértigo, es exactamente la tapadera que necesito entre los vestidos de diseño y los trajes de mil dólares que se exhiben esta noche.

A través del antifaz, observo la sala; la gala se celebra en el salón de baile de un majestuoso y antiguo hotel, que en su día sirvió de hogar a estrellas de Hollywood de décadas pasadas y que aún conserva parte de su antiguo esplendor. Los detalles dorados brillan bajo la lámpara de araña que cuelga del techo, repleta de diamantes y pulida a la perfección. El suelo de madera oscura resuena con el chasquido de los tacones y las botas lustradas, y grandes cortinas de terciopelo rojo cubren todas las ventanas para garantizar que nadie pueda ver el interior.

Porque este lugar, este baile, no es el tipo de evento abierto al público. No, si no fuera por los contactos de mi padre, ni siquiera sabría que esta reunión se estaba celebrando. Y él ha hecho todo lo posible por mantenerme alejada de este mundo durante mucho tiempo, por mantenerme alejada de las miradas indiscretas de los hombres. Si supiera que estoy aquí, se habría vuelto loco, y con razón.

Pero he sido una buena chica de colegio católico durante demasiado tiempo, y estoy más que dispuesta a despojarme de eso en el transcurso de la noche. Si salgo de este lugar con mi virginidad, consideraré esta velada un completo fracaso.

Y este es el lugar para que eso ocurra. Una reunión de algunas de las personas más ricas, poderosas y peligrosas de esta ciudad, la mayoría de la Bratva, a ninguna de las cuales le preocupa mantener una cierta reputación de clase y contención. Son personas que cogen lo que quieren, cuando quieren, y, esta noche, espero formar parte de eso. El número de muertes causadas por la gente que se encuentra en esta sala se cuenta por cientos, si no miles. Aunque los antifaces ocultan en parte sus identidades, mi cuidadosa investigación me permite identificar a algunos de ellos mientras doy una vuelta por el salón: Vasily Obstrek, uno de los herederos del

negocio de contrabando de armas de los Obstrek. Carla Renowna, la hija menor de los asesinos de los Corazones Negros.

Esta gente es exactamente la razón por la que mi padre no querría que estuviera aquí, y exactamente la razón por la que tuve que usar mis habilidades informáticas para crear una versión de la invitación para poder entrar. Con el trabajo que hago, preparar eso fue fácil. Después de todo, pasar horas dándole vueltas a cómo descifrar códigos de criptominería me ha dado unas habilidades mucho más avanzadas que una simple falsificación.

Mi mirada se posa en un hombre que no reconozco. Su oscuro antifaz le oculta el rostro, siendo la comisura de sus labios la única parte visible de él, como un antiguo salteador de caminos o un bandido. *Apropiado.* Lleva un traje azul marino que parece agua profunda y oscura bajo esta luz, y cuando mis ojos lo encuentran, me doy cuenta de que me está observando.

No aparta la vista cuando se encuentra con mi mirada, evaluándome con calma. Se me corta la respiración, el estómago se me retuerce y burbujea de emoción.

Si vas a aprovechar esta gala, Sera, más vale que empieces ya...

Pero antes de que pueda dirigirme hacia él, acorta la distancia entre nosotros, cogiendo dos copas de champán de la bandeja de un camarero que pasa antes de llegar a mi altura. Me ofrece una sin decir palabra, y yo dudo un instante antes de cogerla, llevármela a los labios y dar un largo sorbo.

—Sabes —comenta mientras sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo—, normalmente, haría que alguien pagara por no darme las gracias por un favor.

Alzo las cejas.—¿Pagar? ¿Cómo, exactamente?

Él sonríe.—No estoy seguro de que esa sea la conversación ligera de fiesta que buscas.

Hace una pausa, su mirada cae sobre mi boca. De repente, percibo el aroma de su loción para después del afeitado: ámbar oscuro y pino, embriagador y masculino, que consume mis sentidos en un instante.

—A menos, claro —continúa—, que no estés buscando conversación en absoluto.

Inspiro bruscamente. No aparta su mirada de mí, sin concederme un momento de respiro de sus penetrantes ojos. Son de un azul brillante, que resalta los hilos plateados entretejidos en su traje. Resultan aún más llamativos con su pelo oscuro.

No puedo evitar fijarme en el pequeño oasis que nos rodea en esta multitud, como si todo el mundo intentara mantenerse a distancia de él, dejándole un amplio espacio. La ansiedad se mezcla con la emoción en mi pecho.

¿Buena señal o mala?

—¿Qué crees que estoy buscando, exactamente? —replico, mis dedos temblando alrededor de la copa de champán.

—Podría decírtelo —responde, acercándose un poco más—. Pero soy mejor demostrando. No contando.

Y con eso, deja su copa en una mesa y se da la vuelta para cruzar la sala.

Me quedo allí un instante, con la cabeza dándome vueltas..., hasta que él se detiene y se vuelve hacia mí, con un brillo de invitación en los ojos. No, de *autoridad.* Este hombre quiere mostrarme exactamente a qué se refiere. Y si voy con él...

No tendré más remedio que someterme.

Me bebo de un trago lo que queda de champán mientras él desaparece en dirección a los baños privados y voy tras él, tratando de mantener el equilibrio sobre mis piernas temblorosas. No tengo ni idea de qué me espera, pero de una cosa estoy segura: si él tiene la mitad de ganas que yo, nos lo vamos a pasar *endiabladamente* bien.

2

SERA

Lo encuentro esperando cerca de la salida trasera, como si nunca se hubiera ido.

Me aparta de la pared, se sienta en la cisterna que tiene detrás y me atrae hacia su regazo. Todavía tengo la respiración acelerada, el corazón desbocado y los restos del orgasmo recorriéndome el cuerpo sin control.

Cuando me tiene sentada sobre él, me coge la cara con las manos y me besa una vez más. Es difícil con las máscaras de por medio, pero su forma de besarme parece acortar la poca distancia que aún nos separa.

Su lengua recorre la mía, como si me hablara en un lenguaje secreto dentro de la boca, y yo lo único que puedo hacer es hundirme en él, con las piernas a horcajadas sobre su regazo, las manos en su pecho, y dejar que el placer fluya a través de mí.

Desliza las manos hacia la espalda de mi vestido y tira de la cremallera hacia abajo hasta que el terciopelo se desprende de mi cuerpo. Me lo quita y lo arroja a un lado, dejándome solo con los tacones altos. Sé que debería sentirme expuesta así, desnuda ante él, e intento cubrirme el pecho por instinto, pero me sujeta los brazos antes de que pueda hacerlo, inmovilizándomelos bruscamente a los costados y dedicándome una sonrisa maliciosa.

—Si quiero verte, gatita —me dice, con una voz que no admite réplica—, entonces te veré.

Su mirada recorre mi cuerpo, bebiéndome con avidez; se desliza por el rosa hinchado de mis pezones, mi vientre abultado, el montículo de vello púbico oscuro sobre mi coño. Suelta un gemido grave y me pone la mano entre las piernas, masajeando hábilmente con los dedos el exterior de mi hendidura. Gimo mientras me retuerzo en su regazo.

—Sigue moviéndote así —me advierte en voz baja—, y voy a tener que ponerte a cuatro patas y follarte.

Hundo la mano en su pelo negro como el azabache y mis dedos bajan hasta el broche que evita que la máscara se le caiga. Ahora que me ha visto, tan utterly expuesta, hay una parte de mí que también quiere verlo a él. Estoy segura de que no es una buena idea, que nace de la tonta ocurrencia de querer conocerlo mejor, pero el impulso es suficiente para que mis manos se pongan a la obra antes de que pueda detenerlas.

Y vuelve a sujetarme las manos, esta vez con un leve gruñido. Sus labios se curvan en una sonrisa, pero puedo ver un destello de ira en sus ojos detrás de la máscara.

—Si hubiera querido que me vieras la cara, ya lo habrías hecho —me dice.

—Lo siento, yo…

Niega con la cabeza y se lleva la mano a la garganta, donde una corbata de seda negra se le pega a la piel.

—Está claro que no se puede confiar en ti, gatita —murmura mientras se la quita y la usa para rodearme.

Ahogo un grito cuando la tela me cubre los ojos, borrando el resto del mundo a mi alrededor. Hay una parte de mí que quiere protestar, una parte que sabe el peligro en el que me estoy metiendo con un hombre al que no conozco, un hombre que ahora me está privando de la vista. Pero la emoción absorbente de que me arrebaten el control una vez más puede con todo.

—Oh, mira eso —continúa mientras su mano vuelve a bajar entre mis piernas—. Estás empapada. Te gusta que sea un poco brusco, ¿verdad, gatita?

Quiero responder, pero me tapa la boca con la suya antes de que pueda articular palabra. Su lengua me explora profundamente mientras su polla empieza a removerse de nuevo contra mi muslo. Pensaba que esto sería cosa de un solo encuentro, que querría volver a la fiesta en cuanto acabara conmigo, pero está claro que está dispuesto a tomarse su tiempo para disfrutar de cada momento.

Pronto, está apretando mis caderas contra las suyas, frotándose contra mí como si no pudiera saciarse. Su polla vuelve a endurecerse en lo que debe de ser un tiempo casi récord, y no puedo evitar sentir un pequeño aleteo al pensar en lo que debe de significar: que debe de desearme tanto como yo a él, si es que eso es posible. He venido aquí en busca de alguien que me permitiera olvidarme de mí misma, alguien que me permitiera desconectar y entregarme únicamente al placer, y él parece más que dispuesto a darme exactamente eso.

Con la venda en los ojos, no veo nada. Cuando se aparta, no sé si me está mirando o no; siento un hormigueo en la piel donde creo percibir su mirada. Pero entonces, siento su mano en mi cadera, tirando de mí hacia arriba, y el roce de su polla contra mi entrada una vez más.

Tira de mí sobre él con un movimiento brusco y no puedo evitar soltar otro grito cuando mi coño hipersensible se llena de su dureza una vez más. Me guía las caderas de un lado a otro como si se estuviera masajeando con mi cuerpo, y la idea de que me utilice así para su placer es más embriagadora que el champán que estaba bebiendo fuera. Más embriagadora de lo que hubiera podido imaginar.

—Joder, gatita, ojalá pudieras ver lo bien que te ves enroscada a mi alrededor ahora mismo —gruñe mientras empieza a moverse dentro de mí—. Si tan solo pudiera confiar en ti sin esa venda, ¿eh?

Gimo mientras le paso los brazos por el cuello, buscando a tientas algo a lo que aferrarme cuando el placer empieza a vencerme. Hay algo increíblemente intenso en sentirlo dentro de mí así, centrándome solo en las sensaciones. No puedo ver cómo se ve dentro de mí, pero puedo imaginarlo, y mi mente se llena de imágenes lascivas que solo intensifican mi excitación.

Esta vez me toma con embestidas largas y lentas, sujetándome las caderas con firmeza mientras se clava en mí una y otra vez. Es como si estuviera saboreando la sensación de tenerme enroscada a su alrededor. Oigo algunos gruñidos y gemidos mientras me posee y desearía más que nada poder ver la expresión de su cara. Pero sé que si hiciera el más mínimo gesto de quitarme la venda, se apresuraría a detenerme.

Y no sé hasta dónde llegará este hombre para proteger su identidad. Su sola presencia en una reunión como esta dice mucho de su secretismo y su posible depravación, y no voy a dejar que me hagan daño por buscar una noche de placer.

—Oh, joder, sí —masculla mientras empieza a acelerar el ritmo.

Su mano se mueve hacia mi monte de Venus, sus dedos bajan para rodear mi clítoris mientras me folla. Las sensaciones ya empiezan a acumularse en mi cuerpo, empujándome a ese punto de no retorno, y mis labios se separan mientras jadeo, intentando coger todo el aire que puedo. Casi puedo sentir su mirada fija en mí, aunque no tengo forma de saber si es solo mi imaginación, pero sus ojos azules parecen atravesar el velo de seda negra que me cubre el rostro, llegando de algún modo a una parte más profunda de mí que no puedo explicar.

Mis muslos empiezan a temblar a ambos lados de su cuerpo, el placer ya empieza a ascender hacia ese punto de no retorno. Mi respiración se vuelve pesada y rápida, los ruidos que hacía se me quedan atascados en la garganta a medida que el orgasmo se acerca más y más. Sus dedos rodean mi clítoris hinchado mientras sigue embistiéndome, encontrando un ritmo constante para llevarme al clímax.

Cuando me da una última embestida profunda, siento que me rindo, mi cuerpo se estremece mientras el clímax se apodera de mí una vez más. Grito tan fuerte que estoy segura de que todo el mundo en esta gala podrá oírme, pero en ese momento, me importa bien poco. No, lo único que importa es cómo me está haciendo sentir, el alivio de abandonar mis intentos de aferrarme al control. Este hombre no me deja tomar las riendas, pero, por una vez, es emocionante en lugar de frustrante.

Mientras mi cuerpo pulsa a su alrededor, él se mantiene inmóvil dentro de mí, permitiendo que el movimiento de mi cuerpo lo lleve al límite y lo haga correrse. Un murmullo grave y profundo emana de su garganta mientras se corre dentro de mí, y puedo sentir de nuevo su calor, llenándome, marcándome, haciéndome suya...

El roce de su boca contra la mía es lo que me devuelve a la realidad, y mis ojos se abren con un aleteo tras la venda, olvidando por un momento que sigo sin poder verlo. Siento su aliento en mi piel mientras desciende del éxtasis de nuestro placer mutuo, su polla aún latiendo dentro de mí. Entonces, por fin, se retira, permitiéndome recuperar el aliento.

—Joder, qué bien te ves corriéndote en mi polla —gruñe mientras sus manos recorren la curva de mi cintura desnuda.

Me siento tan pequeña debajo de él, tan delicada... no es algo a lo que esté acostumbrada. Claro, puede que mida poco más de uno cincuenta y cinco, pero siempre hago lo posible por comportarme de tal manera que nadie se atreva a desafiarme.

¿Pero con él? Con él, lo único que puedo hacer es concentrarme en la enormidad de su agarre, en sus manos tomando el control de mí como si fuera lo más natural del mundo.

Para cuando se retira, siento que el calor del deseo empieza a crecer de nuevo en mí. Me levanta, me gira con facilidad sobre su regazo y luego me rodea las manos con las suyas para llevarlas a su polla.

Contengo la respiración bruscamente al agarrarlo por primera vez. Puede que no pueda ver su tamaño por la venda, pero puedo sentirlo; mis manos apenas se juntan al rodearlo. *¿De verdad lo he tenido dentro?* Ahora parece imposible que cupiera, pero el sudor que se me pega a la frente por los orgasmos de los que todavía me estoy recuperando dice lo contrario.

—¿Sientes cuánto te deseo? —murmura en mi oído, sus labios rozando suavemente mi lóbulo.

Efectivamente, aunque acaba de correrse, puedo sentir su dureza latiendo bajo mi tacto. Es como si no se cansara de mí, como si ni siquiera pudiera *imaginar* cansarse de mí. Muevo las manos arriba y

abajo un par de veces, probándolo, sintiéndolo, y soy recompensada con el delicioso gruñido que suelta en mi oído.

—Joder, así, gatita —gruñe—. Acaríciame la polla. Siente lo dura que me pones.

No me salen las palabras para responderle, tengo la cabeza demasiado revuelta por el placer y el deseo como para pensar con claridad, pero no tarda en volver a estar completamente duro. Y una vez que lo está, me atrae de nuevo a su regazo y retomamos lo que habíamos dejado.

No estoy del todo segura de cuánto tiempo hemos pasado juntos, escondidos en ese cubículo. El tiempo parece desvanecerse, marcado solo por el paso de los orgasmos y el placer y los clímax mutuos que no podemos reprimir. Soy vagamente consciente de la gala que hay fuera, de la música que llena el aire, de las ocasionales ráfagas de risas y conversaciones que se abren paso entre los sonidos de nuestra respiración y nuestros cuerpos uniéndose. Pronto, el pequeño espacio se llena con el aroma de nosotros dos juntos, mi olor y el suyo, combinándose mientras nuestros cuerpos se encuentran una y otra vez.

Me toma contra la pared, sobre su regazo, incluso sentada en el borde de la cisterna para poder entrar en mí desde allí. Es como si estuviera decidido a sentirme desde todos los ángulos, a explorarme de formas que nadie lo ha hecho antes.

Y lo hace todo con esa venda aún cubriéndome el rostro. Debería hacerme sentir distante de él, pero, en cambio, no puedo evitar disfrutar de la sensación de liberación que me proporciona. No tengo que procesar los datos de mi propia visión, no, solo puedo concentrarme en cómo se siente él, en el profundo retumbar de su voz en mi oído, en sus manos por todo mi cuerpo, en sus órdenes mientras toman el control de mí. Con la venda, me siento como una persona diferente, aislada de la versión de mí que existe fuera de esta habitación.

No me cabe duda de que seguiría toda la noche si pudiera. Siento su respiración agitada en mi piel, y se acerca para besarme de nuevo. Pero antes de que pueda profundizarlo en otro verdadero abrazo, la puerta del baño se abre de golpe y me aparto de él al

instante. No puedo evitar fijarme en que él no hace ningún movimiento para hacer lo mismo. Es como si fuera muy consciente de que nadie le discutirá, independientemente de la incorrección que esté cometiendo.

—¿Dónde coño estás? —corta el silencio una voz de mujer.

Mi corazón da un vuelco. *Oh, por favor, que este hombre no esté casado...*

—¡Joder, ven rápido! —vuelve a gritar, y da un golpe en la puerta del cubículo.

—Oh, yo creo que me he corrido bien despacio —murmuro.

Él se ríe entre dientes, pasando una mano por la parte baja de mi espalda. —¡Mila, cálmate! —le grita—. Estaré allí en un segundo...

—¡No tenemos ni un puto segundo! —protesta ella—. La mafia siciliana acaba de llegar y se han negado a entregar sus armas en la...

Pero antes de que pueda terminar lo que está diciendo, una ráfaga de disparos procedente de la sala de al lado hace que el pánico recorra mi sistema. Me aparto de él de un salto sin pensar, mi instinto me dice que corra, que ponga tanta distancia como pueda entre este lugar y yo antes de que me atrapen.

¿Ha dicho la mafia siciliana?

—A la mierda —gruñe mientras se pone en pie.

Espero que salga corriendo de la habitación sin decir una palabra más, pero para mi sorpresa, su brazo me rodea la cintura una vez más y me acerca para darme otro beso. El tipo de beso que me deja sin aliento, un beso que hace imposible pensar en otra cosa que no sea la sensación de su cuerpo contra el mío.

Me agarro a sus brazos con toda la fuerza que puedo, intentando no caerme allí mismo. Tengo las piernas tan temblorosas por el placer que hemos compartido que apenas puedo mantenerme en pie.

—Por mucho que me gustaría quedarme, gatita —murmura—, tengo asuntos más urgentes que atender. Asegúrate de salir por la parte de atrás, ¿vale?

Y, antes de que pueda articular palabra, la puerta se abre y se cierra.

Busco la venda a tientas y me la arranco de los ojos, pero para cuando lo consigo, él ya se ha ido.

Me quedo allí de pie un instante, plenamente consciente de lo sola que estoy. Y entonces, caigo en la cuenta. *Ahí fuera está pasando algo gordo y, cuanto más tiempo permanezca aquí, más probabilidades habrá de que me vea envuelta en ello.*

No puedo permitir que eso ocurra. Si alguien descubre quién soy o lo que acabo de hacer, pensará que estoy metida en esto. Sea cual sea el puto plan que mi padre ha urdido para convertir esta noche en un baño de sangre.

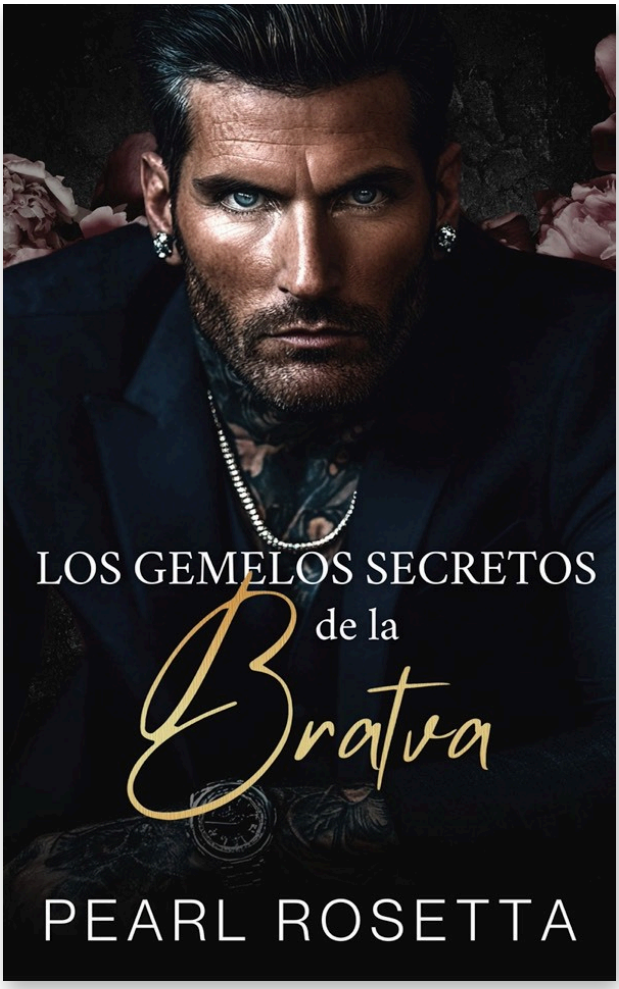
Porque da la casualidad de que la mafia siciliana es precisamente la banda que dirige mi padre.

Y si mi padre se entera de que no solo estoy aquí, sino que además acabo de tener un encuentro íntimo con un hombre al que no conozco de nada, un hombre que parece tener una gran influencia en este mundo... No sé si debería tener más miedo de los pistoleros o de lo que mi padre me hará cuando tenga la oportunidad.

Cojo el vestido del suelo y me lo pongo a toda prisa, con las manos temblorosas mientras busco a tientas la cremallera a mi espalda para subirla. Mi cuerpo aún hormiguea con el recuerdo de su tacto, cada centímetro de mí recuerda lo bien que me sentía en sus brazos...

Aunque nunca haya llegado a verle la cara.

Me muerdo el labio y apoyo la mano en la pared para estabilizarme mientras me calzo de nuevo. Puedo oír el caos en el exterior, pero no es nada comparado con el torbellino que se agita en mi mente ahora mismo mientras corro hacia la puerta y huyo.


LOS GEMELOS SECRETOS
de la
Bratva
PEARL ROSETTA